

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA (ÁREA DE  
LITERATURA ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA)**

**DOCTORADO: "Las literaturas hispánicas y los géneros literarios en  
el contexto occidental"**

**Tesis Doctoral:**  
**La narrativa y el discurso  
sobre la identidad nacional dominicana**

**Director:**  
**Dr. Eduardo Becerra**

**Doctorando:**  
**Hayden Carrón Namnún**



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA (ÁREA DE  
LITERATURA ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA)**

**DOCTORADO: "Las literaturas hispánicas y los géneros literarios en  
el contexto occidental"**

**Tesis Doctoral:**  
**La narrativa y el discurso  
sobre la identidad nacional dominicana**

**Director:**  
**Dr. Eduardo Becerra**

**Doctorando:**  
**Hayden Carrón Namnún**



***A Sara***



# Índice

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>11</b>
---------------------	-----------

<b>PRIMERA PARTE</b>	<b>17</b>
----------------------	-----------

## CAPÍTULO I:

<b>IDENTIDAD, NACIÓN Y NACIONALISMO: EN BUSCA DE UNA DEFINICIÓN</b>	<b>19</b>
---	-----------

<b>1. LA IDENTIDAD INDIVIDUAL, COLECTIVA Y NACIONAL</b>	<b>23</b>
<b>2. NACIÓN Y NACIONALISMO</b>	<b>28</b>
<b>3. ASPECTOS DE LA IDENTIDAD, LA NACIÓN Y EL NACIONALISMO EN LATINOAMÉRICA</b>	<b>32</b>
<b>3.1. La nación y la raza</b>	<b>39</b>
<b>3.2. Escribir la nación</b>	<b>44</b>
<b>3.3. Un nuevo acercamiento al nacionalismo</b>	<b>52</b>
<b>4. EL DISCURSO SOBRE LA IDENTIDAD NACIONAL EN LA LITERATURA: LA NARRACIÓN DE LA HISTORIA EN HISPANOAMÉRICA</b>	<b>55</b>
<b>5. ASPECTOS DE LA IDENTIDAD, LA NACIÓN Y EL NACIONALISMO EN REPÚBLICA DOMINICANA</b>	<b>64</b>

## CAPÍTULO II:

<b>EN BUSCA DE LA IDENTIDAD: LÍNEAS CONDUCTORAS DEL PENSAMIENTO IDENTITARIO DOMINICANO</b>	<b>67</b>
--	-----------

<b>1. LOS INICIOS: ANTONIO SÁNCHEZ VALVERDE Y EL VALOR DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO</b>	<b>70</b>
<b>1.1. Los siglos de la miseria</b>	<b>73</b>
<b>1.2. La élite criolla</b>	<b>75</b>
<b>1.3. Una nueva colonia</b>	<b>77</b>
<b>2. EL MULATISMO: PEDRO F. BONÓ</b>	<b>80</b>
<b>2.1. Etapa liberal</b>	<b>82</b>
<b>2.2. El estudio de la sociedad</b>	<b>84</b>
<b>2.3. Las clases trabajadoras</b>	<b>87</b>

<b>3. DEL POSITIVISMO AL PESIMISMO: EUGENIO MARÍA DE HOSTOS, AMÉRICO LUGO, FRANCISCO MOSCOSO PUELLO, FEDERICO GARCÍA GODOY Y JOSÉ RAMÓN LÓPEZ.</b>	90
<b>3.1. <i>Eugenio María de Hostos</i></b>	92
<b>3.2. <i>Los discípulos</i></b>	95
<b>4. HISPANOFILIA Y ANTI-HAITIANISMO: MANUEL ARTURO PEÑA BATLLE Y JOAQUÍN BALAGUER</b>	105
<b>4.1. <i>Peña Batlle: historia y nación</i></b>	108
<b>4.2. <i>Joaquín Balaguer: la raza dominicana</i></b>	112
<b>5. LA COMPOSICIÓN SOCIAL DOMINICANA: JUAN BOSCH</b>	118
<b>5.1. <i>Entre el campo y el exilio: el cuento</i></b>	119
<b>5.2. <i>Durante y después del exilio</i></b>	121
<b>5.3. <i>Marxismo y composición social</i></b>	123
<b>6. LÍNEAS CONDUCTORAS DEL PENSAMIENTO IDENTITARIO DOMINICANO: ALGUNAS REFLEXIONES</b>	127
 <b>SEGUNDA PARTE</b>	 131
 <b>CAPÍTULO III:</b>	
<b>LA NARRATIVA DOMINICANA</b>	133
<b>1. NARRATIVA Y EL DISCURSO SOBRE LA IDENTIDAD EN LA REPÚBLICA DOMINICANA</b>	135
<b>2. LA NOVELA EN REPÚBLICA DOMINICANA</b>	140
<b>3. LA TRADICIÓN NOVELÍSTICA EN REPÚBLICA DOMINICANA</b>	145
<b>3.1. <i>Período de 1850 a 1900</i></b>	147
<b>3.2. <i>Período de 1900 a 1961</i></b>	150
<b>3.3. <i>Período de 1961 a 1990</i></b>	161
<b>4. EL CUENTO DOMINICANO</b>	168
<b>4.1. <i>Los inicios</i></b>	168
<b>4.2. <i>El cuento dominicano de 1960 a 1990</i></b>	172



## CAPÍTULO IV:

## LA NARRATIVA Y EL DISCURSO SOBRE LA IDENTIDAD DOMINICANA 179

<b>1. LAS TRES CULTURAS</b> -----	181
<b>2. LAS NOVELAS</b> -----	193
<b>3. ENRIQUILLO: LA FUNDACIÓN DEL MITO NACIONAL DOMINICANO</b> -----	195
<b>3.1. El autor</b> -----	195
<b>3.2. La novela</b> -----	198
<b>3.3. Olvidos y mitos</b> -----	207
<b>4. LA SANGRE: LAS DICTADURAS DOMINICANAS</b> -----	210
<b>4.1. La narrativa del dictador-dictadura en Latinoamérica</b> -----	210
<b>4.2. La Sangre: contexto histórico</b> -----	229
<b>4.3. La novela</b> -----	233
<b>5. LA MAÑOSA: LAS ETERNAS REVOLUCIONES</b> -----	243
<b>5.1. Las montoneras</b> -----	243
<b>5.2. La novela</b> -----	246
<b>6. EL MASACRE SE PASA A PIE: EL ANTIHAITIANISMO</b> -----	256
<b>6.1. Las relaciones domínico-haitianas</b> -----	256
<b>6.2. La novela: historia y testimonio</b> -----	260
<b>6.3. El antihaitianismo como identidad nacional</b> -----	265
<b>7. LA BIOGRAFÍA DIFUSA DE SOMBRA CASTAÑEDA: IDENTIDAD Y SINCRETISMO RELIGIOSO</b> -----	271
<b>7.1. Religiosidad popular e identidad</b> -----	271
<b>7.2. La novela</b> -----	275
<b>8. SÓLO CENIZAS HALLARÁS (BOLERO): REVISIÓN POSTRUJILLISTA DEL DISCURSO SOBRE LA IDENTIDAD NACIONAL</b> -----	282
<b>8.2. La novela</b> -----	286
<b>9. JULIA ÁLVAREZ Y JUNOT DÍAZ: LA IDENTIDAD DOMINICANA DESDE EL EXTERIOR</b> -----	294
<b>9.1. La polémica de la dominicanidad de la diáspora</b> -----	294
<b>9.2. Julia Álvarez: el papel de la mujer en la historia dominicana</b> -----	297
<b>9.3. Los dominicanos “en los países”: Junot Díaz</b> -----	302

<b>CONCLUSIONES</b>	<b>311</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>317</b>
<b>OBRAS DE FICCIÓN ANALIZADAS</b>	317
<b>OBRAS CITADAS</b>	318
<b>ANEXO</b>	<b>333</b>
<b>LAS DICTADURAS DOMINICANAS</b>	333

## Introducción

La literatura dominicana ha estado tradicionalmente ausente de críticas, estudios y reconocimiento internacional. Como bien dice Ana Gallego Cuiñas, el tratamiento dado por la crítica de los países del llamado Occidente a la producción literaria de la pequeña nación caribeña ha sido de carácter “residual, al margen del margen”<sup>1</sup>. Las razones de este desconocimiento son muchas y muy variadas, desde carencias socioeconómicas del propio país, hasta el poco desarrollo de la industria editorial en la isla, incapaz de promocionar a los creadores dominicanos fuera de sus fronteras.

Sin embargo, cabe destacar que temáticas inspiradas en la cultura e historia de la República Dominicana han sido utilizados por escritores de la talla de Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, para dar vida a la visión que de los pueblos latinoamericanos se tiene en el resto del mundo. García Márquez ha explicitado en múltiples entrevistas que la figura central en la que se inspiró para su novela prototípica de los dictadores y las dictaduras en América Latina, *El otoño del Patriarca*, fue Rafael Leónidas Trujillo Molina, que rigió los destinos del país durante 31 años. En el caso de Vargas Llosa, éste dedicó varios años al estudio de la historia dominicana para la composición de su obra *La Fiesta del Chivo*, que también se adentra en la dictadura trujillista y sus efectos para el pueblo dominicano<sup>2</sup>. El reciente estreno en el 2005 del largometraje de Luis Llosa basado en esta novela ha logrado despertar un tímido interés por la historiografía literaria de la isla y sus principales autores actuales. Un ejemplo de estos estudios recientes es el libro de la especialista holandesa Rita de Maeseneer,

---

<sup>1</sup> Ana Gallego Cuiñas. “La mirada desenfocada: un recorrido por la literatura dominicana y su problemática”, *Hesperia*, Anuario de Filología Hispánica, IX, 2006, pp. 56-73, p. 57.

<sup>2</sup> Para un resumen histórico sobre los dictadores dominicanos ver anexo.

*Encuentro con la narrativa dominicana contemporánea*<sup>3</sup>, donde recopila varios artículos sobre diversas obras dominicanas del siglo XX. Otro ejemplo corresponde a la antología *Cuentos dominicanos* publicada por la madrileña editorial Siruela<sup>4</sup>. Pero al vislumbrar la cantidad de obras de valor incuestionable —principalmente narrativas— que carecen de una simple reseña en una revista especializada, nos hace decir junto con Gallego Cuiñas que la literatura dominicana ha sido “desplazada, desoída, ninguneada por occidente”<sup>5</sup>.

Ahora bien, enfrentarse al estudio de la narrativa dominicana es encontrarse con los múltiples dictadores, revoluciones sociales e injerencia de potencias extranjeras que han asolado el país desde su independencia. Se trata de la cuna de Rafael Trujillo, uno de los dictadores más sangrientos del siglo XX latinoamericano, de las víctimas de dos intervenciones militares norteamericanas y de múltiples caudillos rivales luchando por el poder. Pero también, en su narrativa, los dominicanos han plasmado importantes interpretaciones sobre su modo de ver el mundo: los bailes afrocaribeños como la bachata y el merengue, que en la actualidad causan furor en los centros de diversión de las principales capitales del mundo; la exuberante vegetación tropical, fértil terreno para los mitos y las leyendas; la mezcla racial entre los primeros pobladores, los conquistadores y los esclavos africanos, provocando luchas ancestrales por una redefinición racial que posibilite la inclusión de la mayoría de la población. En definitiva, la narrativa producida en la isla plantea una oportunidad para rastrear las diferentes visiones identitarias que han sido propuestas por los intelectuales y que han ido moldeando la visión de lo que significa ser dominicano tanto en el ámbito local, como en la manera en que los “otros” perciben esta nación.

---

<sup>3</sup> Rita de Maeseneer, *Encuentro con la narrativa dominicana contemporánea*, Iberoamericana, Madrid, 2006.

<sup>4</sup> Pedro Peix y Danilo Manera, *Cuentos dominicanos: una antología*, Ediciones Siruela, Madrid, 2002.

<sup>5</sup> Ana Gallego Cuiñas, op.cit., p. 58.

El planteamiento de esta investigación se basa en tres intereses fundamentales: primero el reconocimiento del papel de la narrativa como creadora de mitos nacionales que conforman la identidad de los pueblos. Segundo, la exploración de los discursos identitarios elaborados por los intelectuales dominicanos y el modo en que la narrativa ha hecho posible la proyección o el rechazo de dichos discursos en la creación de la identidad dominicana. Y por último, la verificación de la conexión entre narrativa de ficción e historia en la formación de las utopías nacionales.

Aunque estamos conscientes de que los estudios identitarios han ido perdiendo adeptos entre la crítica mundial, lo cierto es que en el caso de la República Dominicana nunca han tenido mayor importancia. Los discursos sobre la identidad han estado presentes en la isla desde su fundación, como una penosa búsqueda de justificación hacia lo que constituye la esencia del ser dominicano. Prácticamente todos los intelectuales y hombres de estado del país han dejado constancia de sus preocupaciones sobre la frágil (o al menos así percibida) composición social de la nación en amplios ensayos y tratados científicos. Sin embargo, nos parece que es en la narrativa donde resulta más evidente esa búsqueda del ser nacional, no sólo porque su carácter artístico abona el terreno para una representación más global de las interpretaciones históricas sin las ataduras propias del método científico, sino, principalmente, porque es a través de las obras de ficción donde puede rastrearse el conflicto entre un discurso identitario oficial, promovido y muchas veces impuesto desde gobiernos autoritarios, y los diversos discursos populares que han florecido en las diferentes regiones del país expresados a través de la tradición oral, de la música y de las creencias mágico-religiosas. Aunque textos antropológicos de mediados de los años ochenta del pasado siglo intentaron sacar de la oscuridad esas manifestaciones de la esencia nacional, pensamos que han sido las obras narrativas las que más cabalmente han podido

presentar la constante búsqueda de un discurso identitario que pudiera representar a una amplia gama de actores sociales.

Al trazarme el proyecto de esta investigación tuve muy presente que un estudio sobre los discursos identitarios de la República Dominicana a través de la narrativa era una oportunidad indispensable para hacer un recorrido por la ensayística de la isla desde su época de colonia hasta mediados del siglo XX. En este recorrido –que no pretende ser en ningún caso exhaustivo– puede reconocerse la presencia constante de teorías pseudocientíficas y movimientos del pensamiento ya caducos no sólo en Europa si no en el contexto de los países latinoamericanos, que se mantienen vigentes en las obras ensayísticas producidas en la isla y que influyen de una manera muy importante las diversas decisiones político-económicas que van tomando las clases dirigentes.

En el caso de la narrativa me propuse presentar una visión panorámica de la producción literaria en el país desde su fundación hasta 1990. Como ya hemos dicho, la poca atención que ha tenido la literatura dominicana ha dejado en el olvido muchos cuentos y novelas que, aparte de sus méritos artísticos incuestionables, pueden reconocerse como fundacionales de la nación dominicana.

La investigación que presento tiene cuatro capítulos diferenciados. En el primero, basándome en las teorías sobre el papel de la narrativa en la historia fundacional de las naciones y en la creación de la identidad nacional de autores como Doris Sommer, Hayden White y Michel de Certeau, trato de elaborar un marco conceptual desde el cual analizar las obras seleccionadas.

El segundo capítulo corresponde a un análisis pormenorizado de las corrientes de pensamiento que han ido conformando el discurso sobre la identidad dominicana, haciendo hincapié en las figuras intelectuales que han promovido las diferentes visiones sobre la dominicanidad.

En el tercer capítulo, sin pretender realizar un estudio exhaustivo de historiografía literaria, elaboro una visión panorámica de la narrativa dominicana, presentando las principales obras, autores y corrientes literarias que han ido conformado la tradición narrativa del país.

Y por último, el quinto capítulo lo dedico a la exploración de las obras que se consideran fundacionales de la nación dominicana, añadiendo el estudio de la revisión postrujillista de la identidad nacional.





# **PRIMERA PARTE**



# **C**apítulo I

## **Identidad, nación y nacionalismo: en busca de una definición**



Los términos identidad, nación y nacionalismo son utilizados –y muchas veces intercambiados– en una diversidad impresionante de situaciones, llegando a expresar ideas contradictorias según los casos. Pero lo que hace que estos términos hayan ejercido una especie de fascinación para muchos estudiosos es el inmenso componente emocional que evocan al ser enunciados. Pocos conceptos han generado tal disponibilidad a matar o a morir por ellos como los que nos proponemos estudiar.

Lo primero que sorprende a cualquiera que intente encontrar una definición cabal de estos conceptos es la ambivalencia y a veces hasta incoherencia con que los estudiosos han tratado de, más que definir, limitar la amplitud de significantes que traen consigo.

Benedict Anderson, quizá el autor más citado en los estudios sobre nacionalismo en América Latina, explica la paradoja que se encuentran los teóricos entre lo fundamental de los conceptos y su elusiva definición. Refiriéndose al nacionalismo –pero con un juicio extensivo a los demás términos– describe esta dificultad en tres vertientes: primero el origen moderno de los mismos en comparación con la subjetiva antigüedad que le confieren las personas que los viven. Es decir, la mayoría de las apelaciones a la identidad y a la nación consideran su alcance hasta “tiempos inmemoriales” y son recibidos acríticamente por los destinatarios sin la necesidad de comprobar históricamente los planteamientos. Lo cierto es que tanto las apelaciones al nacionalismo como su estudio datan de la época moderna y no tienen nada de “inmemoriales”.

Segundo, la universalidad de los conceptos en contraposición con las inmensas particularidades que se expresan según el contexto al que son referidos, pues no existen dos nacionalismos iguales –aunque algunos comparten referencias parecidas–, y la sola expresión de la identidad busca los matices que hacen única a la comunidad. Por

último, el poder político-social que genera la enunciación de los conceptos en comparación con su pobreza ideológica y filosófica<sup>6</sup>.

Teniendo en cuenta la dificultad para encontrar definiciones acabadas y que puedan aplicarse en diversas circunstancias, me propongo realizar dos acercamientos de los términos planteados. Primero un breve recorrido por la historia de los conceptos y los diversos significantes que han ido adquiriendo a través de su evolución. En segundo lugar acotar una definición o serie de definiciones que me permitan utilizar estas nociones como marco referencial en el posterior análisis de las obras narrativas.

Además de este doble acercamiento, también pretendo establecer las líneas generales en que dichos conceptos han sido entendidos y empleados en la realidad latinoamericana y en la dominicana en particular.

---

<sup>6</sup> Benedict Anderson, *Imagined Communities: reflections on the origin and spread of Nationalism*, Verso, New York, 1991.

## **1. La identidad individual, colectiva y nacional**

El concepto de identidad se remonta a Aristóteles y posteriormente a la tradición escolástica, que la considera uno de los principios fundamentales del Ser (todo es idéntico a sí mismo y por eso una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo y de la misma perspectiva) y una ley lógica del pensamiento (dos proposiciones contradictorias no pueden ser ambas verdaderas o ambas falsas a la vez). Los filósofos modernos agregaron la característica de la conciencia de ser como parte integral de la identidad humana para diferenciarla de las cosas y animales. Así la memoria –la continuidad de la conciencia–, pasó a formar parte esencial del concepto de identidad humana<sup>7</sup>.

Larraín Ibáñez propone tres elementos sobre los cuales se construye la identidad: primero los individuos se definen a sí mismos con ciertas características que comparten con su entorno social (religión, nacionalidad, etnicidad, género, sexualidad, etcétera). Segundo, a través de lo material, su cuerpo y sus posesiones. Es decir, mediante la posesión, adquisición o modelaje de los materiales el ser humano se proyecta a sí mismo en los objetos. Y, por último a través de los otros, nuestra identidad también se nutre de los reflejos que de nosotros mismos los otros nos muestran.

La pregunta “¿quién soy?” en el caso del ser humano se refiere, como explica Jesús Zaglul, no sólo a la imagen que tenemos de nosotros mismos, sino a la imagen que los “otros” tienen de nosotros.

---

<sup>7</sup> Para un estudio más detallado sobre el origen del concepto de identidad ver: Jorge Larraín Ibáñez. “The concept of Identity”, en Mercedes F. Durán-Cogan and Antonio Gómez-Moriana (eds) *Nacional identities and sociopolitical changes in Latin America*, Routledge, New York, 2001, pp. 1-30.

Lo fundamental es tener presente que la pregunta por el “nosotros” implica siempre la pregunta por “los otros”. Ni individual ni colectivamente nos identificamos sin la referencia al “otro”<sup>8</sup>.

Es decir, la identidad personal no se desarrolla individualmente sino en su relación con los otros, como construcción social. La identidad personal y la colectiva se interrelacionan de tal manera que ninguna puede existir si no es en relación a la otra. Los individuos crean y modelan su identidad mediante sus relaciones sociales y la sociedad cambia o permanece debido al ejercicio individual de dicha identidad.

Es importante aclarar que la pregunta por la identidad tanto individual como colectiva es siempre una búsqueda llena de diversas interpretaciones e imposiciones que se van desarrollando a medida que la pregunta trata de ser respondida. Pero las respuestas que se den dependerán tanto de quién hace la pregunta como de quién busca responderla. La historia dialéctica de esta búsqueda formará parte de las distintas respuestas que puedan darse.

La identidad no se “describe” ni se “explica” sino “comprendida” en la narración en que ella se cuenta y se recuenta. Responder adecuadamente a la pregunta por el “quiénes somos” consiste en contar la historia de un pueblo-cultura-nación, en todas sus dimensiones y desde la mayoría de los puntos de vista posibles<sup>9</sup>.

Estas perspectivas generalmente se encuentran en conflicto ya que cada una propone ser la interpretación definitiva de la pregunta identitaria. En general se pueden clasificar en dos tipos los acercamientos tradicionales hacia la pregunta por la identidad. La primera corresponde a los que conciben la identidad como algo inmutable, proveniente del pasado y que debe preservarse de las diversas

---

<sup>8</sup> Jesús Zaglul, “Para seguir releyendo, haciendo y recontando la identidad cultural y nacional dominicana: pistas e interrogantes”, *Estudios Sociales*, N° 89-90, Julio-diciembre 1992, p. 134.

<sup>9</sup> *Ibid*, p. 138.



“contaminaciones” y “amenazas” del presente. Este tipo de acercamiento describirá una historia de héroes fundadores, depositarios de todas las virtudes que se deben emular como grupo social. Por otra parte están los que conciben la identidad como un proyecto en continuo movimiento y transformación. Para ellos el concepto de identidad debe ser dinámico, admitiendo siempre su puesta en crisis por la aparición de un nuevo elemento que reclama una importancia antes negada. Sin embargo, la misma flexibilidad del planteamiento determina la poca seguridad de sus conclusiones, por lo que son fácilmente rebatibles en el plano político-social, pues la pregunta por la identidad no es una tranquila interrogante que pueda dilucidarse en un prototípico laboratorio, es más bien una pregunta acuciante, llena de escollos y conflictos, de cuyos resultados se derivan tanto las relaciones de poder como el percibido bienestar del grupo social.

Entre estos dos extremos el discurso sobre la identidad se mueve como las ondulaciones de un péndulo. Es decir, en un momento dado se buscarán los esquemas fijos y considerados eternos para contrarrestar posibles nuevas interpretaciones identitarias surgidas por elementos externos a los contadores oficiales de la identidad. En otros momentos, la lucha será ganada por los que propugnan una flexibilidad hacia la composición identitaria colectiva y nuevos elementos penetrarán y transformarán las relaciones grupales.

Cada definición “positiva” de la identidad supone, *contrario sensu*, la elaboración de imágenes “negativas” con las cuales complementa y delimita el marco de su propia configuración. Las imágenes negativas pueden ser el resultado de un esquema implícito o explícito de la definición de una identidad cultural [...] resulta claro que la definición por negación, contribuye a una dialéctica de resultados enriquecedores<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> Fernando Ainsa, *La identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*, Editorial Gredos, Madrid, 1986, p. 59.

Pero ¿cómo se reproduce la narrativa de la identidad en los nuevos integrantes del grupo? La respuesta más aceptada es que la identidad se reproduce construyendo historias y referencias mediante las cuales los miembros de la comunidad se pueden “identificar” con los elementos propuestos por dichos artefactos.

Cultural identities work by producing meanings and stories with which individuals can identify. The more important the role of a collective identity for the construction of personal identities, the greater appeal of meanings and narratives which are created to interpellate individuals so that they identify with them<sup>11</sup>.

De ahí la importancia de las constantes narrativas que los grupos sociales ponen a disposición de sus miembros para que puedan definirse con las características propuestas. Las narrativas proveen una gran cantidad de símbolos, gloriosas historias, tradiciones, héroes, religiones, mártires, etcétera.

Cuando el grupo social se constituye en una nación (proceso que veremos en el siguiente acápite), las diversas instituciones nacionales, como la academia, los intelectuales, los medios de comunicación, reproducen el discurso oficial de lo que debe ser la nación, según el consenso dispuesto por las elites.

Public versions of national identity frequently want us to believe that there is only one true version of it, that one can somehow determine with precision what belongs to it and what does not, and that it is more or less shared by everyone in the society<sup>12</sup>.

Pero existen otros discursos, los elaborados por la gente común, que se van expresando marginalmente y que conforman nuevas vías hacia la identificación

---

<sup>11</sup> Jorge Larraín Ibáñez, op.cit, p. 15. Todas las traducciones que utilizo en los pies de página son mías.  
*“Las identidades culturales funcionan mediante la producción de significantes e historias con las cuales los individuos se pueden identificar. A mayor importancia de la identidad colectiva para la construcción de la identidad personal, mayor y más acuciante será la seducción de esos significantes y narrativas que son creadas para interpelar a los individuos para que se puedan identificar con ellos”.*

<sup>12</sup> Ibid, p. 16.

*“Las versiones públicas de la identidad nacional frecuentemente quieren hacernos creer que sólo hay una versión verdadera de la identidad, que de alguna manera podemos determinar con precisión qué pertenece a la comunidad y qué no, y que estas concepciones son compartidas por todo el mundo en la sociedad”.*

personal y colectiva. Esos discursos marginales, al entrar en conflicto con las versiones oficiales, generan nuevos significantes e historias que hacen evolucionar los estáticos conceptos identitarios oficiales. Así aflora la narrativa de los grupos minoritarios ya sea por etnia, religión u orientación sexual, que van desarrollándose paralelamente a las historias oficiales y que se rebelan contra la interpretación piramidal que se les impone.

La conceptualización de la identidad se remite a un fenómeno histórico-social, ya que se va conformando tras procesos psico-sociales instalados en una realidad socioeconómica, mediante la cual un pueblo va haciendo su historia y compartiendo experiencias y vivencias sociales. La identidad social de un pueblo se reconoce en su historia, en la forma en que los sujetos, miembros de éste, la expresan y manifiestan en cada momento histórico<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> Josefina Zaiter, “Pensamiento psico-social e identidad nacional en la sociedad dominicana” en Pedro de San Miguel y Roberto Cassá (eds.), *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana: siglos XIX y XX*, Ediciones Doce Calles, Madrid, 1999, p. 254.

## 2. Nación y nacionalismo

La narración, discurso o, como lo llama Benedict Anderson, “artefacto cultural”, que ha producido el mayor significativo identificativo para los miembros de una comunidad es la nación. Lejos de ser un concepto claramente objetivable, la nación es una abstracción, un mito originario y, en muchos casos, una decisión política deliberada de las elites dominantes. Fijémonos en la definición clásica de Renán:

A nation is a soul, a spiritual principle. Two things that actually are only one comes together to build this soul or spiritual principle. One of them lies in the past, the other one in the present. One is the common possession of a rich heritage of memories; the other is a present accord, the desire to live together and the will to continue to accumulate and build the common heritage<sup>14</sup>.

En esta definición no existe ningún elemento objetivo. Y es que la nación, como han comprobado con asombro una gran cantidad de teóricos, no se sostiene en ninguna base racional. Si comenzamos a enumerar los distintos requisitos que deben existir en una comunidad para que ésta se considere una nación rápidamente nos vienen a la mente una serie de excepciones que más que confirmar la regla la demuestran inservible. Por ejemplo, el idioma. Muchas veces se ha definido la nación como una comunidad que comparte el mismo idioma (extensible a la religión), pero la historia de la formación de las naciones modernas demuestra que la diversidad lingüística era la norma en la mayoría de las naciones y que incluso hoy existen comunidades plurilingües que se asumen a sí mismas como una sola nación.

---

<sup>14</sup> Ernest Renan, *What is a nation? / Qu'est-ce qu'une nation?*, Tapir Press, Toronto, Ontario, 1996.  
“Una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas que en realidad son sólo una se unen para construir esta alma o principio espiritual. Una de ellas se refiere al pasado, la otra al presente. Una es la posesión común de una rica herencia de recuerdos; la otra es un acuerdo presente, el deseo de vivir juntos y la voluntad de seguir acumulando y construyendo esa herencia común.”

Otro elemento comúnmente referido como requisito de la formación nacional es un territorio común. Sin embargo, la existencia de múltiples comunidades nacionales que no tienen un territorio donde asentarse, o las diásporas de diversos pueblos que aun viviendo en diferentes territorios se sienten parte de una comunidad nacional, echan por tierra esta pretensión.

Dicho lo anterior se entiende perfectamente porqué Renán utiliza palabras como “alma” o “principio espiritual” para definir la nación. La naturaleza inasible del concepto determina que en lugar de definirlo haya que limitarlo, rodeando las diversas aristas que se proponen como fronteras. Además, la amplitud del término no es casual, pues permite la identificación de las realidades más diversas, debido a que el único propósito del mismo es el de denominar un sentimiento, una voluntad.

Es por esto que Benedict Anderson acopia el término “comunidad imaginada”, no inventada, pues esto último refiere una voluntad anterior y un fin posterior. La comunidad imaginada expresa la idea de un grupo de personas que se conciben a sí mismos como partes de una comunidad. Es imaginada porque las personas que se identifican con ella no conocen personalmente a todos los demás miembros de la comunidad. Sin embargo, no se cuestiona la pertenencia de cualquiera que cumpla los requisitos que se imaginan diferencian al grupo de otros. También es una comunidad imaginada porque sostiene unos límites arbitrarios que diferencian la nación con otras naciones.

Ahora bien, como hemos visto anteriormente con respecto al término identidad, la nación tampoco puede entenderse como una esencia acabada que puede expresarse, describirse y definirse. Funciona más bien como una pasta de barro, sumamente maleable y siempre en constante búsqueda de formas y definiciones. No obstante esta naturaleza en constante movimiento, los contadores oficiales de la narración nacional

siempre apelan a unas características, requisitos e historias que datan de tiempos inmemoriales y que se constituyen en *a priori* de cualquier evolución de los fundamentos de la nación.

Lo cierto es que la nación se construye y se reconstruye diariamente a través de las distintas relaciones de las personas que la viven. Como atinadamente dice Fernando Anzueta:

The nation can be seen as an artifact produced through a wide range of symbols, narratives and discursive formations, including news papers writing, history and literature<sup>15</sup>.

Y aquí llegamos al nacionalismo, que no es más que la apelación a la nación para que sus miembros busquen intereses comunes. En palabras de Lloyd Fallers:

Nationalism is an ideological commitment to pursue unity, independence and the common interest of the people that believe that they belong to a community<sup>16</sup>.

Pero como ya hemos dicho, la nación es una abstracción y como tal debe ser enseñada a los nuevos miembros. Víctor Alba explica que para que dicha abstracción pueda ser “inoculada” a la mayoría de la comunidad y pueda convertirse en una identidad nacional aceptada y defendida por esa mayoría se necesita la propaganda. Dicha propaganda requiere de tres factores para ser efectiva: primero, una doctrina elaborada por un grupo de intelectuales; segundo, que la elite encuentre esa doctrina

---

<sup>15</sup> Fernando Anzueta, “Scenes of reading: imagining Nations/Romancing History in Spanish America” en Sara Castro-Klarén y John Charles Chasteen (eds.) *Beyond Imagined Communities: reading and writing the Nation in nineteenth-century Latin America*, Woodrow Wilson Center Press and The Johns Hopkins University Press, Washington DC, 2003, p. 116.

“La nación puede verse como un artefacto producido a través de una amplia gama de símbolos, narraciones y formaciones discursivas, incluyendo los periódicos, la historia y la literatura”.

<sup>16</sup> Lloyd A. Fallers, *The social anthropology of the nation-state*, Aldine Pub. Co., Chicago, 1974, p.18.

“El nacionalismo es un compromiso ideológico de perseguir la unidad, la independencia y los intereses de las personas que se conciben a sí mismas como pertenecientes a una comunidad”.

apropiada para sus intereses, y por último, la implantación de dicha doctrina a las masas populares a través de un sistema educativo<sup>17</sup>.

Es importante destacar que para la mayoría de los autores la nación es una creación de una elite y que, por tanto, dicho grupo proclama sus características inherentes como fuentes fundamentales de la identidad nacional que se busca instaurar. Además, esta elite buscará establecer una doctrina efectiva que le permita el disfrute de diversos tipos de privilegios debido a su carácter representativo del ser nacional.

Una vez que la gran mayoría de los miembros de la comunidad aceptan la doctrina propuesta por la elite como una identificación colectiva, el poder evocador de dicha representación es uno de los más poderosos conocidos en la historia. No existe ningún otro artefacto cultural –a excepción quizás de la religión– que genere más alto nivel de compromiso y sacrificio en los miembros de un colectivo, apelando a estamentos irracionales que se constituyen en verdaderas explosiones emotivas difícilmente erradicables a través de la muestra racional de la incongruencia de su sustento. Es por esto que Anderson explica, que para entender en su justa magnitud las fuerzas motrices que confluyen en las apelaciones nacionalistas, hay que rastrear la historia de su procedencia, así como el cúmulo de narraciones que le han conferido esa profunda legitimidad emocional dentro de la comunidad.

---

<sup>17</sup> Víctor Alba, *Nationalists without nations: the oligarchy versus the people in Latin America*, Frederick A. Praeger Publishers, New York, 1968.

### **3. Aspectos de la identidad, la nación y el nacionalismo en Latinoamérica**

América Latina siempre ha sido una anomalía en la historia del nacionalismo, debido principalmente a que rompe los esquemas teóricos tradicionales en cuanto a los elementos que deben estar presentes en una comunidad para constituirse en una nación. Gran parte de los estudiosos sobre el nacionalismo pasaban de puntillas por la historia de los países latinoamericanos asumiéndolos como una incómoda realidad que se resistía a ser encasillada en los distintos modelos propuestos<sup>18</sup>. Nicola Miller explica esta dificultad:

The real difficulty posed by Latin America is not that it is wholly different from the implied norm but that everything *partly* applies. The conventional identifiers of nationalism are all present, but in complicated ways<sup>19</sup>.

Y es que, como dice Fernando Aínsa “lo que ‘une’ a América son sus signos culturales ‘importados’[la lengua, la religión, la raza], lo que la hace ‘diversa’ son las peculiaridades regionales o nacionales”<sup>20</sup>. Por lo tanto, los elementos clásicos en los que se apoyan los teóricos para determinar las características identitarias de un pueblo necesitan ser contextualizadas en complejos procesos históricos difícilmente encasillables en modelos estáticos.

Para poner algunos ejemplos, fijémonos en el caso del idioma. En lugar de las múltiples lenguas nativas que aún en la actualidad son habladas por las poblaciones nativas, el idioma común de los hispanoamericanos es el castellano, la lengua del

---

<sup>18</sup> De los estudios teóricos me refiero principalmente a: Whitaker (1962), Masur (1966), Baily (1970), Freeman Smith (1972).

<sup>19</sup> Nicola Miller, “The historiography of nationalism and national identity in Latin America”, *Nations and Nationalisms* 12 (2), 2006, p. 203.

*“La verdadera dificultad que presenta Latinoamérica no es que sea completamente diferente a la norma, sino que todas las normas pueden aplicarse parcialmente. Los identificadores convencionales del nacionalismo están todos presentes pero en formas muy complejas”.*

<sup>20</sup> Fernando Aínsa, op.,cit., p. 83.



colonizador. Por lo tanto, no pudo constituirse en un identificador de la conciencia nacional ya que se requieren elementos distintivos de otras comunidades. Sin embargo, en el caso hispanoamericano nos encontramos con la particularidad de que las diversas variaciones del idioma, dependiendo de dónde se hable, han generado una fuerte identificación y se ha constituido en parte indisoluble de la nación. Así un argentino, chileno o venezolano se reconocerá no en el idioma de los colonizadores sino en las variaciones que se han generado en sus respectivas comunidades.

La diversa evolución que ha sufrido el castellano hasta convertirse en el “argentino”, el “chileno” o el “cubano”, puede rastrearse desde la célebre polémica entre el argentino Domingo Faustino Sarmiento y el venezolano Andrés Bello, aireada a través de la tribuna del periódico chileno “El Mercurio” en 1842. Antes de adentrarnos en los argumentos esgrimidos por cada uno, es importante contextualizar las circunstancias sociohistóricas en que se establece la discusión. Aún recientes las luchas contra la corona española para lograr la independencia, los intelectuales se proponen elaborar un discurso identitario que justificara la presencia en el mundo de las naciones “civilizadas” el nacimiento de este grupo de países que buscaban incorporarse a la escena internacional. Entre otras muchas posiciones ideológicas, se destacaron dos que se ven claramente representadas en esta polémica. La primera posición es la de Andrés Bello, que proponía una especie de continuidad con el mundo y las instituciones legadas por la metrópoli. En el caso del idioma esta opción se resume en una postura estática de la lengua como algo dado e inmóvil que debe ser preservado por un “cuerpo de sabios” capaz de asegurar la pureza del lenguaje ante la amenaza de la “contaminación” de otras lenguas y culturas. Para Bello “en las lenguas, como en la política [...] no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes que

autorizarlo en la formación del idioma”<sup>21</sup>. La postura de Sarmiento puede expresarse en la ruptura con el régimen colonial y el llamamiento a la búsqueda de las ideas e instituciones más avanzadas de la época (representadas por Francia y Estados Unidos). Con referencia a la lengua, Sarmiento presenta una concepción dinámica del idioma, altamente relacionada con la práctica de los hablantes y la adecuación al mundo de ideas que debe comunicar.

Si hai un cuerpo político que haga las leyes, no es porque sea ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes, como lo practicaban las ciudades antiguas, sino porque representando al pueblo i salido de su seno, se entiende que espresa su voluntad i su querer en las leyes que promulga. Decimos lo mismo con respecto a la lengua: si hai en España una academia que reuna en un diccionario las palabras que el uso jeneral del pueblo ya tiene sancionadas, no es porque ella autorice su uso, ni forme el lenguaje con sus decisiones, sino porque recoge como en un armario las palabras cuyo uso está autorizado unánimemente por el pueblo mismo i por los poetas<sup>22</sup>.

Por tanto, lejos de ser contaminaciones, la influencia de otras lenguas y culturas, y el constante cambio del idioma, no son más que la expresión del movimiento propio del progreso. Los extremos y variados colores que ha adquirido el castellano en las regiones americanas han terminado por dar la razón a Sarmiento –en cuanto al hibridismo idiomático– y a influyentes pensadores como Simón Rodríguez y José Martí, cuyos llamados a la invención de nuevos modelos e instituciones para las incipientes naciones americanas identificaron el peligro del inmovilismo y el continuismo de los esquemas coloniales.

---

<sup>21</sup> Pier Luigi Crovetto y Raúl Crisafio, “España en la polémica entre Domingo Faustino Sarmiento y Andrés Bello sobre el idioma”, *Lingua e letteratura ispanoamericana*, Universidad de Génova, 1999, pp. 91-99, p. 91.

<sup>22</sup> Sarmiento, Domingo Faustino, *Obras completas*, Tomo I, Universidad Nacional de La Matanza, San Justo, 2001, p. 226.

Otro identificador que convencionalmente se asocia a la formación de una conciencia nacional es la presencia de un grupo predominante con cierta homogeneidad racial. En Latinoamérica esta característica habría que descartarla, no solamente porque la raza de gran parte de la elite es la misma que la de los conquistadores, sino principalmente por la compleja mezcla de grupos humanos que tuvieron lugar en el continente americano durante los trescientos años de colonización. Más adelante desarrollaré con más detalles la importancia del componente racial en la formación del discurso identitario latinoamericano, por ahora es importante el entendimiento de que la yuxtaposición de diversos grupos raciales originó lo que se denomina una “creación imaginada” de un nuevo sujeto nacional continente –en teoría– de lo mejor de cada una de los grupos<sup>23</sup>.

Como hemos dicho anteriormente, los estudios teóricos sobre el nacionalismo se limitaban a constatar la incómoda realidad de que sus modelos no podían aplicarse a la complejidad latinoamericana. No fue hasta mediados del siglo pasado que los latinoamericanistas comenzaron a intentar entender el acertijo que planteaban estos discursos identitarios. Gran parte de ese renovado interés se debió a circunstancias políticas e históricas como la Revolución Cubana y el ambiente de la guerra fría. En un primer momento, los estudiosos concluyeron que la historia de los nacionalismos latinoamericanos podía resumirse en una construcción de las elites blancas que excluía a la gran mayoría de la población a través de la promulgación de elementos nacionales eurocéntricos que no podían ser asimilados por las incipientes naciones.

Beatriz González Stephan explica la artificialidad con que fueron creados los nuevos países:

---

<sup>23</sup> Digo “creación imaginada” debido a que lo que realmente ha sucedido es el encumbramiento de los elementos de la raza blanca añadiéndole sólo algunos elementos de las demás razas. Sin embargo es patente la percepción de “armonía racial” que comparten casi todos los países hispanoamericanos.

Grupos dominantes delimitaron fronteras, construyeron “repúblicas teóricas” como dijera José Martí, y, ante la poca viabilidad de esta fantasía exacerbaron el nacionalismo a través de mecanismos que potencializaron el intervencionismo militar como la proliferación e inflación de una simbología nacionalista, para lo cual la literatura fue terreno abonable<sup>24</sup>.

Por ejemplo, Víctor Alba, haciendo un recorrido por la historia de los diferentes movimientos de la independencia americana, sugiere que las guerras de emancipación fueron un movimiento de la oligarquía cuyo único objetivo fue hacerse con el gobierno comunitario, pero sin cambiar ni un ápice las estructuras feudales que se habían desarrollado durante la colonia. En ese sentido opina que la independencia americana fue un movimiento reaccionario. Extendiendo su estudio hacia las sucesivas guerras de división de los países latinoamericanos, llega a la conclusión de que los criollos nunca buscaron (ni permitieron) la participación de los negros, mulatos e indios (cerca del 90% de la población) en los asuntos políticos, incluso en muchos países la esclavitud siguió siendo el sistema de producción luego de la independencia<sup>25</sup>.

Por su parte, Fernando Aínsa refiere que en el momento de la independencia hispanoamericana lo que sucede es una demarcación de los descendientes de españoles con respecto a la Metrópoli. Las indígenas, negros y mulatos siempre estuvieron fuera de la discusión sobre la identidad latinoamericana y, por tanto, sobre la formación y organización de los nuevos países. Acabadas las guerras de independencia, la preocupación por lograr un discurso identitario unificador se convirtió en una constante entre los intelectuales latinoamericanos:

Según los períodos se ha hablado del “ser americano”, de “la idea de América”, de la “americanidad”, de “conciencia nacional”, de “expresión” u “originalidad” americana.

---

<sup>24</sup> Beatriz González-Stephan, *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional*, Iberoamericana, Madrid, 2002, p. 54.

<sup>25</sup> Víctor Alba, op., cit.

Según los países y los momentos históricos, se ha puesto el acento en “lo criollo”, “lo indígena”, “lo hispánico”, “lo europeo” o sobre el “mestizaje cultural”, para resaltar las notas primordiales de una identidad que se ha presentado tanto en sus facetas nacionales como regionales<sup>26</sup>.

Dicha búsqueda por un proyecto de identidad nacional estaba encaminada a la creación de una república liberal al estilo francés o de los Estados Unidos. La mayor misión para los intelectuales y artistas –percibida como esencial para la patria– fue la elaboración de una identidad nacional que les proporcionara un proyecto viable de país, entendiendo el progreso desde el punto de vista de las teorías liberales como “the concerted effort of a political and intellectual elite, with regulated input from the common people”<sup>27</sup>. En otras palabras, el progreso que visionaban los hombres de letras latinoamericanos estaba compuesto por una tecnocracia formada por ellos mismos con la sagrada misión de dirigir los destinos de la nación, y el resto de la población, que debía convertirse en “ciudadanos” al estilo europeo.

Pero en la práctica la complejidad de elaborar un discurso de identidad nacional se incrementaba debido a que las mezclas raciales que se dieron en Latinoamérica durante la colonización fueron bastante heterogéneas. Por un lado los ibéricos: portugueses y españoles llenos de culturas diversas: el norte con lenguas regionales y el sur con su fuerte influencia morisca. Aínsa explica que “hasta finales del siglo XV los pueblos ibéricos estaban agrupados en unidades políticamente autónomas que reflejaban significativas diferencias culturales y sociales”<sup>28</sup>, estas diferencias fueron traspasadas a la conquista y colonización de América. En cuanto a los africanos, la trata de esclavos

---

<sup>26</sup> Fernando Aínsa, op.cit., p. 50.

<sup>27</sup> Teresita Martínez-Vergne, *Nation and citizen in the Dominican Republic 1880-1916*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2005, p. 1.

“El esfuerzo conjunto de una elite política e intelectual, con una regulada aportación de la gente común”.

<sup>28</sup> Fernando Aínsa, op.cit., p. 92.

reunió lo más diverso de las tribus: mozambiqueños, congoleños, angoleños, una cantidad de etnias que separadas de su entorno fueron mutando sus identidades. Por último, los indígenas, llamados así sólo por los colonizadores ya que entre ellos siguieron siendo aymaras, maya quichés, nahuas, etcétera.

La diversidad de las razas y el mestizaje producido entre ellos crearon una cantidad de matices que confundían el sistema de castas que los colonizadores querían emplear para gobernar las Américas. Por esto al final de la colonización existían cerca de dos docenas de clasificaciones administrativas según los ancestros y los distintos grados de mezcla racial<sup>29</sup>. Así, al terminar las guerras de independencia, las elites se encontraron con unas estructuras socioculturales fuertemente arraigadas que difícilmente podían ser reemplazadas por un discurso racional sobre una identidad homogénea. El problema se resumía, en palabras de Gustavo Verdesio, en que las incipientes repúblicas americanas “had to confront the problem of not being a nation in the same sense that the European ones were; hence, the need to generate a national history, a national culture, and an official educational system, all necessary resources for the creation of national consciousness<sup>30</sup>”.

---

<sup>29</sup> Para más información sobre las mezclas raciales del continente americano ver: Magnus Morenes, *Race Mixture in the History of Latin America*, Boston, Little, Brown, 1964.

<sup>30</sup> Gustavo Verdesio, “An Amnesic Nation: the erasure of indigenous pasts by Uruguayan expert knowledges”. En Sara Castro-Klarén y John Charles Chasteen (eds.) *Beyond Imagined Communities: reading and writing the Nation in nineteenth-century Latin America*, Woodrow Wilson Center Press and The Johns Hopkins University Press, Washington DC, 2003, (pp. 196-224) p.197.

“Tuvieron que afrontar el problema de no ser naciones en el mismo sentido que los países europeos, por tanto, tuvieron la necesidad de crear una historia nacional, una cultura nacional y un sistema educativo oficial, todos estos recursos necesarios para la creación de una conciencia nacional”.

### **3.1. La nación y la raza**

La composición racial de las sociedades tuvo gran repercusión en el pensamiento de las elites latinoamericanas debido a que todas las teorías de la formación nacional en el siglo XIX postulaban como condición imprescindible una población homogénea, por lo que las diferencias raciales eran vistas como amenazas para la nación. Confrontados con la incuestionable realidad de una extendida mezcla racial, las elites criollas utilizaron dos formas para crear una “identidad nacional” homogénea en países racialmente heterogéneos: una estrategia interna de englobar la diversidad racial bajo denominadores comunes, siempre predominando los elementos de la raza blanca europea, aunque incluyendo elementos de las demás razas; y una estrategia externa de presentar un enemigo amenazante que podría destruir los rasgos culturales considerados esenciales de la nacionalidad. Desde finales del siglo XIX, la avasallante expansión de Estados Unidos fungió como esa amenaza exterior que hemos mencionado. El problema básico de estas dos estrategias se percibe en el hecho de que ninguna afronta el problema racial asumiéndolo como una amalgama de culturas en las que los elementos identitarios esenciales deben ser percibidos y reconocidos por la gran mayoría de la población. Por eso siempre ha existido una contradicción entre el objetivo de los fundadores de la “identidad nacional” de llegar a una cultura homogénea y compartida por todos –ya proponiendo una incorporación parcial de los distintas etnicidades, ya eligiendo una de ellas y limitando las demás–, y por otra parte el reconocimiento de la heterogeneidad étnica de las poblaciones.

El historiador holandés Michael Baud lo explica de la siguiente manera:

En general, se puede afirmar que los Estados modernos consideran la enfatización de las diferencias étnicas dentro de las fronteras de sus países como una cuestión muy peligrosa. Allí donde pueden, intentan neutralizar, ocultar o incluso reprimir la diversidad étnica. Por el contrario, en las relaciones con el mundo exterior a menudo se exageran mucho las

diferencias etnoculturales. El antagonismo así creado contribuye a promover una unidad nacional y quita importancia a los posibles contrastes étnicos internos<sup>31</sup>.

El auge que tuvo el positivismo científicista en Latinoamérica a finales del siglo XIX y principios del XX cristalizó la percepción de un nuevo obstáculo para que los países latinoamericanos formaran naciones modernas. Este obstáculo fue la jerarquización de los grupos humanos. Es decir, utilizando las ciencias naturales – principalmente la biología–, se trataba de explicar los diferentes estadios de “desarrollo” de las culturas argumentando que las características propias de las diversas razas predeterminaban la capacidad de las sociedades para alcanzar el progreso. De más está decir que dentro de esa jerarquía la raza blanca europea se situaba en la cúspide, considerándose superior y rectora de todas las demás. Aparte de la biología, nuevas “ciencias” fueron desarrolladas para ahondar en la división “científica” de los pueblos. Como ejemplo podemos citar la Frenología, doctrina psicológica según la cual las facultades psíquicas están localizadas en zonas precisas del cerebro y en correspondencia con relieves del cráneo, pudiéndose reconocer el carácter y las potencialidad de una persona o grupo a través de un examen externo; o la Eugenesia, creada por el científico inglés Francis Galton, que propugna una “selección artificial” – en referencia a la teoría darwiniana de la “selección natural”–que garantice la reproducción de los individuos mejor dotados (generalmente pertenecientes a las elites) y evite la de los individuos considerados inferiores.

Para el pensamiento racista, cuya influencia fue determinante en Latinoamérica, la pureza de la raza equivalía a superioridad, mientras el mestizaje degeneraba a las razas superiores haciéndolas descender en sus cualidades a medida que la mezcla se

---

<sup>31</sup> Michiel Baud, (et.al.), *Etnicidad como estrategia en América Latina y el Caribe*, Ediciones Abya-Yala, Quito, 1996. p. 127.



extendía. Las elites latinoamericanas utilizaron estas pseudociencias para justificar la división y explotación de la mayoría de la población (negra, mulata, mestiza e india), debido a su inferioridad e incapacidad para la vida “civilizada”. También dichas teorías fueron utilizadas por la “inteligentsia” fundadora de naciones como apología para la negación de derechos a los negros y mulatos o el exterminio de las razas indígenas. Trágicos ejemplos de cómo las teorías racistas influyeron en las decisiones gubernamentales de las incipientes naciones americanas son los casos de Argentina y Uruguay. En Argentina, la llamada “Guerra del Desierto” o “Conquista del desierto”, en 1879, fue deliberadamente diseñada no para someter al control de la república a los pueblos Mapuches y ganar el control de sus territorios, sino más bien para su total aniquilación como pueblo. En Uruguay, desde la fundación del nuevo país, en 1831, se emprendió una campaña de exterminio contra la única tribu organizada del territorio: los Charrúas. El planteamiento no daba lugar a medias tintas, la formación de las naciones americanas era una lucha entre la “civilización” europea y el “barbarismo” de los indígenas. En su libro *Conflictos y armonías de las razas* (1883), Sarmiento dice lo siguiente:

Puede ser muy injusto exterminar salvajes, sofocar civilizaciones nacientes, conquistar pueblos que están en posesión de un terreno privilegiado; pero gracias a esta injusticia, la América [Estados Unidos], en lugar de permanecer abandonada a los salvajes, incapaces de progreso, está ocupada hoy por la raza caucásica, la más perfecta, la más inteligente, la más bella y la más progresiva de las que pueblan la tierra; merced a estas injusticias, la Oceanía se llena de pueblos civilizados, el Asia empieza a moverse bajo el impulso europeo, el África ve renacer en sus costas los tiempos de Cartago y los días gloriosos del Egipto. Así pues, la población del mundo está sujeta a revoluciones que reconocen leyes inmutables; las razas fuertes exterminan a las débiles, los pueblos civilizados suplantán en la posesión de la tierra a los salvajes<sup>32</sup>.

---

<sup>32</sup> Citado en Roberto Fernández Retamar, *Calibán apuntes sobre la cultura de nuestra América*, Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1973, p. 87.

Pero aunque las teorías racialistas fueron utilizadas por la elite latinoamericana contra las capas de la población cuyos rasgos fenotípicos indígenas o negros eran más pronunciados, para los “científicos” racialistas la composición social de dicha elite era percibida y catalogada peor que aquella de los grupos poblacionales considerados inferiores. Recordemos que para este tipo de teoría una raza inferior pura contenía mejores elementos genéticos que una raza superior mezclada muchas veces con varios grupos inferiores. Por eso, teóricamente, los latinoamericanos eran considerados como lo humanamente más inferior que podía existir: “Scientific racialism considered the multiracial populations of Latin America to be inferior even to the races this pseudoscience classified as primitive –such as blacks and Indians”<sup>33</sup>.

En la organización interna de los países, las elites intentaron resolver la heterogeneidad racial de la población –percibida por ellos como un lastre– utilizando, a grandes rasgos, dos estrategias que intermitentemente fueron puestas en práctica durante toda la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. La primera fue la atracción de la población desfavorecida de los países europeos, ofreciéndoles diversos tipos de privilegios como tierras y ayudas económicas. La idea era “blanquear” a su población a través de los matrimonios interraciales. En algunos países como Argentina y Uruguay, el previo exterminio de los grupos indígenas permitió que los nuevos flujos migratorios aumentaran significativamente el porcentaje poblacional de raza blanca. Pero en otros países, principalmente en Centroamérica y el Caribe, esta técnica no dio el resultado esperado porque la inmigración fue inferior a la deseada, y porque la mezcla entre negros, mestizos e inmigrantes no fue tan extendida. En este punto, es

---

<sup>33</sup> Juan E. De Castro, *Mestizo nations: culture, race and conformity in Latin American Literature*, The University of Arizona Press, Tucson, 2002, p.16.

“El racismo científico consideró a las poblaciones multirraciales de América Latina como más inferiores que las razas que esta pseudociencia clasificaba como primitiva, por ejemplo los negros y los indios”.

importante notar que las doctrinas racialistas nunca fueron aceptadas en su totalidad por las clases dirigentes latinoamericanas. La puesta en práctica de una estrategia de mezcla racial ya expresa la confusión, pues peor que razas inferiores, lo que estas teorías condenaban era la mezcla racial. Sin embargo, en Latinoamérica dicha mezcla no sólo no fue condenada sino que fue propuesta como una forma de superar el problema racial. Así llegamos a la segunda estrategia utilizada para lidiar con la percibida incompatibilidad entre la raza y la nación, la cual consistió en una redefinición de la concepción de mezcla racial, promoviendo el discurso del mestizaje (todas las razas que convergieron en América forman una sola que a su vez es una nueva raza y con la que se puede realizar el proyecto nacional) como la definición primordial de la conciencia nacional. El discurso del mestizaje en muchos aspectos es puramente nominal, ya que los rasgos culturales que se proponen para la construcción de la nación son los de la elite criolla: idioma español y religión católica. La ventaja principal de este discurso es que proporciona una especie de máscara a la mayoría de la población (incluida la elite criolla) para ocultar sus orígenes “impuros” e inventa una nueva raza a la que puede añadirsele cuanta virtud se quiera conceder. Pero en definitiva, el discurso del mestizaje ha sido utilizado por las elites tanto para elaborar una identidad diferente del español y del portugués –posibilitando la identificación de algunos grupos sociales y su eventual apoyo político– como para justificar la explotación de la mayoría de la población a través de la pretendida incorporación de las culturas en un “mainstream” nacional creado y administrado por ellos, llamado identidad nacional<sup>34</sup>.

---

<sup>34</sup> Un análisis bastante exhaustivo sobre el discurso del mestizaje en Latinoamérica durante los siglos XIX y XX puede encontrarse en Lourdes Martínez-Echazábal, “Mestizaje and the discourse of National/Cultural identity in Latin America, 1845-1959”, *Latin American Perspective* 25.3 (1998): pp. 21-42.

### 3.2. Escribir la nación

El camino del romanticismo al modernismo, pasando por el auge del positivismo, constituye una cadena de extrema importancia para entender la búsqueda de un discurso identitario coherente en Hispanoamérica. Durante el romanticismo, el acceso a la letra escrita era lo que diferenciaba a los intelectuales de la masa de campesinos que transmitía su cultura de forma oral y que preservaba una gran influencia de las culturas originarias –como México, Perú y Ecuador– o que habían logrado una unión entre los elementos de la cultura europea y las diversas etnias africanas que fueron traídas como esclavos al Nuevo Mundo –como es el caso del Caribe. Julio Ramos explica que a partir de la consolidación de la independencia de las naciones americanas la letra escrita fue el distintivo de las elites:

*Escribir*, a partir de los 1820, respondía a la necesidad de superar la *catástrofe*, el vacío de discurso, la anulación de estructuras, que las guerras habían causado. *Escribir*, en ese mundo, era dar forma al sueño modernizador; era “civilizar”: ordenar el sinsentido de la “barbarie” americana<sup>35</sup>.

Los letrados, según Ángel Rama el primer grupo latinoamericano consciente de sus privilegios, fueron los funcionarios estatales que basaban su influencia en las nuevas repúblicas en sus conocimientos del funcionamiento burocrático de la cosa pública. Rama sostiene que estos letrados fueron el elemento más significativo que se transfirió desde las instituciones coloniales a las nuevas repúblicas<sup>36</sup>. En el período de finalización de las guerras de independencia, escribir literatura o un tratado de leyes a menudo era realizado por los mismos, ya que aún la especialización de las letras no se había efectuado. Sólo existía el concepto de “hombre de letras”, que abarcaba cualquier

---

<sup>35</sup> Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1989, p. 19.

<sup>36</sup> Rama, Ángel, *La ciudad letrada*. Serie Rama, Ediciones del Norte, Hanover, N.H., U.S.A., 1984.

profesional que, a través de la letra escrita, podía tener una presencia en la organización de la nación.

Pero al consolidarse las repúblicas, los letrados comenzaron a perder esa influencia preponderante que tuvieron durante el romanticismo. Durante el último cuarto del siglo XIX, intelectuales como Martí comienzan a preguntarse por el “desplazamiento de las letras” como actividad central en la organización de las naciones. La crisis moderna pone en entredicho el saber poético, contraponiéndolo con lo económicamente valorable.

La relación entre la vida pública y la literatura se problematiza en las últimas décadas del siglo. A medida que los Estados se consolidan ha ido surgiendo una esfera discursiva específicamente política, ligada a la administración y legitimación estatal, y autónoma del “saber” relativamente indiferenciado de la república de las letras<sup>37</sup>.

La problematización de las relaciones entre la literatura y el estado se fue haciendo más acuciante a medida que la tan anhelada modernización iba suplantando los presupuestos institucionales de antaño. La literatura, anteriormente aclamada como “modelo incluso del ideal de una lengua nacional, nacionalmente homogenizada [...] donde se proyectaban los modelos de comportamiento, las normas necesarias para la invención de la ciudadanía<sup>38</sup>”, comienza a ser sustituida por un saber “científico” autónomo, que debía llevar hacia el progreso a las incipientes naciones. Así, los intelectuales y artistas tuvieron que redefinir la especificidad de su discurso y delimitar su influencia en la formación nacional. Con el auge del positivismo a finales del siglo XIX, esta redefinición discursiva pone el énfasis en “educar” a la gran mayoría de la población con el fin de hacerla apta para la ciudadanía. Un modelo que tuvo una gran influencia en los pensadores latinoamericanos fue el personaje de Próspero descrito en el paradigmático ensayo *Ariel*, de José Enrique Rodó. Próspero representa al “buen

<sup>37</sup> Julio Ramos, op.cit., p. 63.

<sup>38</sup> Ibid., p. 19.

maestro”, rodeado de sus jóvenes discípulos en una búsqueda espiritual por los principios fundacionales de las naciones americanas<sup>39</sup>.

Puede parecer contradictorio, a raíz de lo que expresamos en el acápite anterior, que el positivismo tomara –entre otras vertientes– esta variante educativa en Hispanoamérica. Por eso en este punto es necesario aclarar que las doctrinas de Comte rara vez se aceptaron en su integridad. Teodosio Fernández explica las especificidades de la adhesión latinoamericana al positivismo:

Las peculiaridades del pensamiento positivista hispanoamericano estriban en que se trató sobre todo de una actitud, relacionada con la voluntad de progreso y de alcanzar la verdad; una actitud que sólo daba relieve a la experiencia, al conocimiento de los hechos, al rigor científico, contra el uso irrestricto de la razón, contra las verdades abstractas, absolutas, contra las creencias religiosas, contra la intuición [...] el positivismo se proponía como una moral del desinterés de la objetividad, de la probidad del pensamiento.<sup>40</sup>

Ahora bien, la modernización no llegó a las sociedades hispanoamericanas de una manera homogénea. En muchos casos –en el próximo capítulo podremos verificarlo presentando las especificidades de la República Dominicana– se da un solapamiento de modelos de pensamiento dentro de las élites y una muy desigual implementación de dichos modelos en el resto de la población. Un ejemplo de esto puede verse en los sistemas de producción agrícolas en la región del Caribe. Mientras la industria azucarera consolidaba las relaciones capitalistas modernas en las últimas décadas del siglo XIX, gran parte de la agricultura continuó desarrollándose con las técnicas que se utilizaban desde la época colonial. En el área del pensamiento, existe una amplia desigualdad entre las elites progresistas que elaboraban los programas

---

<sup>39</sup> Jean Franco, “Latin American Intellectuals and collective identity”, *Social Identities*, vol. 3, issue 2, June 1997, pp. 4-5.

<sup>40</sup> Teodosio Fernández, *Los géneros ensayísticos hispanoamericanos*, Taurus, Madrid, 1990, p. 57.

estatales y proponían los discursos oficiales sobre la identidad nacional, y la gran mayoría de la población primordialmente rural. Y es que en sociedades tan desiguales económica, social e intelectualmente como las naciones americanas, la teorización de la identidad propuesta por intelectuales y artistas, muchas veces, se encuentra aislada del conglomerado social que busca sintetizar. Aínsa refiere que:

La debilidad y la condición de marginalidad absoluta, debida al aislamiento, cuando no a la enemistad de las elites entre sí [...] y de estas con las sociedades de las que emanan, ha conducido a una atomización y a una gran dispersión de esfuerzos culturales<sup>41</sup>.

Desde la contraposición entre civilización y barbarie planteada por Sarmiento, los intelectuales latinoamericanos a menudo aceptaron la inferioridad con respecto a Europa. Lo civilizado era lo que venía de fuera, mientras que la barbarie se nutría de la mezcla de razas, especialmente de las razas consideradas inferiores, como la indígena y la africana. Lo cierto es que las relaciones culturales entre las diversas civilizaciones funcionan bajo la dualidad atracción/rechazo. Es decir, las diferentes culturas se atraen entre sí intercambiando elementos que luego son metabolizados por la cultura receptora. Por otro lado, existe un instinto de conservación que lleva a las culturas a rechazar toda influencia foránea, asociándola con la contaminación y la pérdida de identidad propia. Entre Europa e Iberoamérica ha habido este tipo de relación, que ha pasado a un plano político-ideológico en el cual las diferentes corrientes de pensamiento han hecho su bandera en la copia fiel de la “civilización europea” o la “pura invención americana”.

Con la modernización, una tendencia importante en los discursos identitarios hispanoamericanos fue la identificación entre la nación y un individuo o arquetipo. Es

---

<sup>41</sup> Fernando Aínsa, op.cit., p. 78.

decir, a través de la personificación de los ideales que se proponían como esenciales para la viabilidad de los nuevos países, se presentaba una figura, siempre hombre, que representaba todo lo que las elites querían que fuera la nación, excluyendo una gran cantidad de elementos. Jean Franco argumenta que esa identificación entre un individuo y la nación se nutría de las diferentes corrientes de pensamiento que iban ganando preponderancia:

The analogy between the individual and the nation was extremely persistent and tended to reflect the intellectual fashions of the times: the geographical determinism of the nineteenth century gave rise to a concept of the nation whose characteristics were geographically determined<sup>42</sup>.

En la mentalidad de los intelectuales latinoamericanos debía definirse un origen y una trayectoria de la conciencia nacional. Se necesitaba un “cuándo”, un “dónde” y un “quiénes”. A la primera pregunta se respondió que la conciencia nacional surgió casi inmediatamente después de que los conquistadores se radicaran en las tierras americanas y las sintieran como suyas, resintiendo el control del imperio español. El “dónde” se refería a los lugares centrales de los países, los asentamientos urbanos donde se desarrollaba la mayor parte de la actividad académica, política y económica. Por último, el “quiénes” se respondió asimilando como actores fundacionales de las nuevas naciones al grupo de la elite criolla que, aunque demostraba una indudable mezcla racial, gozaba de características fenotípicas bastante más cercanas a los europeos que el resto de la población. Un ejemplo de lo anterior es la correspondencia entre las respuestas dadas por la elite a las preguntas enunciadas en la región del Caribe (Cuba, Puerto Rico y República Dominicana). La identificación del ser nacional con un

---

<sup>42</sup> Jean Franco, op.cit., p. 6.

*“La analogía entre el individuo y la nación fue extremadamente persistente y tendió a reflejar las modas intelectuales de la época: el determinismo geográfico del siglo diecinueve creó un concepto de nación cuyas características estaban determinadas geográficamente”.*



“quién” determinado tomó diversos nombres según los países, en Puerto Rico, el jíbaro, en República Dominicana, el campesino cibaeño, y en Cuba, el guajiro. Lo que tienen en común estas figuras es que corresponden a la parte poblacional del país que, por diversas razones históricas, pudo conservar una mayor cantidad de elementos raciales y culturales provenientes de los tiempos coloniales. En el caso del “cuándo”, el discurso identitario en los tres países sostiene una automática conexión entre los colonizadores y las actuales poblaciones, siendo la conciencia nacional una especie de mutación del sentimiento de fidelidad al imperio español hacia un regionalismo cultivado por razones históricas y económicas. Y por último, la respuesta al “dónde” es congruente con la dicotomía campo/ciudad tan común en la ensayística latinoamericana del siglo XIX. El campo representaba la barbarie, la mezcla racial y cultural, mientras que los centros urbanos eran la cuna de la civilización, del gobierno, el refugio del caos.

Como es evidente, todas las respuestas dadas por la elite se basaban en una serie de “olvidos” o exclusiones que hacía inaccesible la idea nacional a la gran mayoría de la población. Pero como ya hemos dicho, el concepto de nación no puede ser fijado con fuego en ningún metal y de esa forma convertirlo en inamovible. La mayoría de la población de los incipientes países americanos fue construyendo una identidad y una conciencia nacional paralela a la impuesta por las elites. Así, aunque influida por el fuerte discurso oficial, la conservación, mezcla y recreación de los diversos elementos culturales heredados de los pueblos marginados fueron componiendo un entendimiento nacional muy diferente al pretendido por las elites y, en muchos casos, contrario a la idea oficial.

Dos elementos principales separaron la conciencia nacional de las elites y de la mayoría de la población: la raza y el entendimiento mitológico de la realidad, contrario al racionalismo propuesto por el positivismo y el modernismo. Mientras que para los

intelectuales el factor racial se constituía en un obstáculo para el progreso, la mayoría de la población fue incorporando elementos marginales de las poblaciones indígenas y de los esclavos africanos. Estos componentes son evidentes en una amplia gama de procesos culturales como el sincretismo religioso –en el caso de México y su amplia devoción por la virgen de Guadalupe que toma elementos del cristianismo y de los rituales aztecas; o las distintas formas de santería presentes en toda el área del Caribe–, o las variantes culinarias, tan importantes en toda la América hispana, que reúnen productos y platos de muy diversa procedencia (indígena, africana, europea) y los han ido convirtiendo en la “comida típica” de las diferentes regiones. Sobre este punto, la psicóloga social dominicana Josefina Zaiter explica:

La no asunción del mestizaje está, a nuestro modo de ver, en el centro del drama que implica la construcción de la identidad de los pueblos. El mestizaje ha sido considerado como algo que se debe negar y ocultar, por cuanto es motivo de desprecio<sup>43</sup>.

El segundo elemento “olvidado” dividió el entendimiento nacional con la oposición entre civilización/barbarie. Durante siglos las clases populares latinoamericanas habían transmitido sus conocimientos de forma oral y se basaban en la interpretación mitológica de la realidad. Las elites, admiradoras del progreso y conocimiento europeo, veían en este tipo de entendimiento de la realidad una de las causas principales del atraso de las naciones, ya que rechazaba los postulados racionalistas que –según esta idea– debían regir la construcción nacional. Para ilustrar este punto tomemos el ejemplo de la lucha vivida en toda Centroamérica y partes de Suramérica como Venezuela con respecto a la eliminación del sistema de producción agrícola en tierras conjuntas. Para establecer una explotación racional que llevara a una

---

<sup>43</sup> Josefina Zaiter, op.cit, p. 256.

industria de exportación de productos, las elites consideraban un prerequisite que los terrenos cultivables pudieran ser explotados por un propietario definido para el que los campesinos trabajaran como asalariados. Pero para la mayoría de la población, que había adoptado las costumbres agrícolas de los pobladores originarios, la forma ideal era a través de la unión de muchas parcelas de terreno, pertenecientes a varias familias donde se cultivaba conjuntamente diversos productos prioritarios para la autosustentación. Los amplios “beneficios” augurados por las clases dirigentes con la implementación del monocultivo para la exportación fue ampliamente contestado por la mayoría de los campesinos, necesitándose la importante política de expropiación y represión para que pudiera implementarse. Y es que la cultura campesina que prevalecía tenía como prioridad no la consecución de grandes dividendos a través del comercio y la explotación de la tierra, sino simplemente producir lo necesario para vivir e intercambiar el excedente por otros productos en los mercados locales. Este tipo de enfrentamientos, añadido al fracaso en el desarrollo e implementación de un sistema nacional educativo, terminó de convencer a las elites de la imposibilidad congénita de la mayoría de la población para alcanzar los niveles técnicos y humanos necesarios para entrar en el club de los países civilizados.

Aquí vemos la importancia de las teorías positivistas para que las clases dirigentes desarrollaran un plan de acción con el objetivo de salvar los obstáculos que percibían para el progreso de las naciones. Sobre el papel del positivismo durante el siglo XIX y principios del XX, Nikita Harwich dice que fue “the instrument with which Spanish American historiography sought to reach both an explanation and a diagnosis upon which to elaborate a plan for the future”<sup>44</sup>. Pero pronto el pesimismo de las elites

---

<sup>44</sup> Nikita Harwich Vallenilla, “National identities and national projects: Spanish American historiography in the 19<sup>th</sup> and 20<sup>th</sup> centuries”, *Storia della storiografia*, 1991 (19): 147-156, p. 154.

por no poder implementar su proyecto nacional dio paso a las justificaciones para el autoritarismo gubernamental. Las dictaduras militares demostraron la parte oscura de este tipo de proclamas de identidad: “The nation was patriarchal, authoritarian, and unified only because dissident and alien elements were expelled from the polis and exterminated”<sup>45</sup>.

### 3.3. Un nuevo acercamiento al nacionalismo

Debido tanto al nacionalismo asumido por las dictaduras militares de derechas, como a las dificultades teóricas que el caso latinoamericano presenta en el estudio del nacionalismo, el interés de los especialistas se eclipsó, para renacer nuevamente a finales de los años ochenta con el proceso de redemocratización de los países. El camino para este renacimiento fue allanado por nuevos acercamientos al concepto de nacionalismo, en particular las teorías de Benedict Anderson.

These initiatives were aided and inspired by developments in the theory of nationalism, above all Benedict Anderson’s ubiquitously cited *Imagined Communities*. Anderson’s emphasis on the extent to which all nations were imagined –i.e. not necessarily tied to the supposedly standard– because European –defining features of race, ethnicity and language – paved the way for incorporating Latin American experiences into broader comparative and theoretical frameworks<sup>46</sup>.

---

“El instrumento con el cual la historiografía hispanoamericana buscó encontrar tanto la explicación como el diagnóstico sobre el cual elaborar un plan para el futuro”.

<sup>45</sup> Jean Franco, op.cit., p. 8.

“La nación era patriarcal, autoritaria, y unificada sólo porque los elementos disidentes y extranjeros eran expulsados de la polis y exterminados”.

<sup>46</sup> Nicola Millar, op.cit., p. 203.

“Estas iniciativas fueron inspiradas y ayudadas por el desarrollo de la teoría del nacionalismo, sobre todo la enormemente citada obra de Benedict Anderson *Comunidades Imaginadas*. El énfasis de Anderson en el punto de que todas las naciones eran imaginadas –no necesariamente atadas al supuesto modelo– por europeo –definiendo los elementos de raza, etnicidad y lenguaje– allanaron el camino para la incorporación de las experiencias latinoamericanas en un esquema teórico-comparativo más amplio”.

Hay que destacar que la principal tesis de Anderson sobre la formación de las naciones latinoamericanas, que prioriza la función de los burócratas del imperio español en la creación de una conciencia regional en lugar de una afiliación al imperio, luego traducida en una conciencia nacional, ha sido rechazada por la mayoría de los estudiosos debido a la poca evidencia científica que presenta el autor. Sin embargo, dos de sus conceptos abrieron el estudio del nacionalismo en la región: primero su idea de la nación como una comunidad imaginada, en lugar de una realización definida, y su énfasis en el papel de la imprenta capitalista en la formación de las naciones latinoamericanas.

La propuesta de que todas las naciones son “imaginadas”, rompe diametralmente la concepción de que existen unos requisitos predeterminados para poder referirnos a diversos grupos como una comunidad nacional. Estos requisitos – tomados todos ellos de la experiencia europea –, formaban una especie de modelo en el que no encajaban las vivencias de muchas de las naciones del planeta. En el caso latinoamericano permitió a los estudiosos adentrarse en aristas antes rechazadas desde el inicio.

La segunda propuesta de Anderson con respecto al papel de la imprenta capitalista en la formación de las naciones ha permitido la profundización en los estudios que identifican las obras literarias como verdaderos tratados fundacionales de las naciones. Doris Sommer demostró la gran influencia que las novelas románticas del siglo XIX y principios del XX tuvieron en la formación de la conciencia nacional de los países americanos<sup>47</sup>. Por su parte, Fernando Unzueta sigue los planteamientos de

---

<sup>47</sup> Más adelante desarrollaré las tesis de Sommer basadas en su libro *Ficciones Fundacionales: Las novelas nacionales de América Latina*, Traducción José Leandro Urbina y Ángela Pérez. Bogotá, Ediciones Fondo de Cultura Económica, 2004.

Sommer proyectados al papel del lector, es decir, la influencia del lector de novelas románticas en la conformación de la identidad colectiva<sup>48</sup>.

---

<sup>48</sup> Fernando Urzueta, op.cit.

#### **4. El discurso sobre la identidad nacional en la literatura: la narración de la historia en Hispanoamérica**

La fundación de las naciones americanas se vio fuertemente influida por el cambio radical del pensamiento que supusieron para el mundo la ilustración, la revolución francesa y la revolución industrial. Mucho más complejo que un mero viraje ideológico, con la ilustración se inició una nueva manera dominante de ser en el mundo. El entendimiento mitológico de la realidad propio de la concepción religiosa del cosmos fue perdiendo validez ante los grandes descubrimientos de las ciencias naturales. La noción de que el mundo podía ser conocido tal como era a través de la utilización del “método científico”, se expandió por todas las ramas del conocimiento humano. Las ciencias naturales se coronó como el saber a imitar, debido a su exactitud y a su capacidad para establecer las “leyes” que regían los hasta entonces misteriosos fenómenos del cosmos. Por su parte, las recién inauguradas ciencias sociales sucumbieron ante el poderoso aliciente de lograr descifrar no ya el comportamiento de la naturaleza, sino las secretas normas que gobernaban al ser humano.

Así, la historia, que hasta entonces era concebida como los relatos de las glorias y vicisitudes de los reyes o emperadores, pasó a entenderse como una recopilación de datos objetivos cuya última finalidad era encontrar patrones definidos que pudiesen explicar –y sobre todo predecir– el devenir de las sociedades. Para las jóvenes naciones americanas la historia se convirtió en la fundadora de un discurso que en última instancia debía otorgarles a las elites una especie de “certificado de legitimidad”. Es decir, el papel del historiador era encontrar esa específica cadena de acontecimientos que había hecho posible e inevitable el surgimiento de los nuevos países y de sus elites rectoras.

Por ende, el siglo XIX fue el siglo de la historia. El discurso legitimador necesario para el nuevo entendimiento del mundo no debía fundarse en las verdades eternas (religión o tradición) sino en las ciencias empíricas. Beatriz González Stephan explica que en el caso latinoamericano “la idea del progreso no sólo hizo mirar a los intelectuales hacia delante, sino también y, sobre todo, hacia atrás, construyendo pasados, causas y efectos que explicasen cómo podía salir de la tradición y entrar en la modernidad<sup>49</sup>”. La historia (nacional, de la literatura, de la política) se convirtió entonces en el campo donde podían buscarse las raíces legitimadoras de las nuevas elites.

Pero la historia, como bien apunta Michel de Certeau, no es más que otra manera de contar el mito, reconociendo la extensa deuda que guarda la narración de la historia con el discurso de las religiones, cargado de supuestos y basado en afirmaciones difícilmente comprobables, pues en la selección de esa “rigurosa” cadena de hechos ya existe una intención de asignar significados ideológicos a los acontecimientos<sup>50</sup>.

Por su parte, Hayden White ha demostrado cómo no solamente la estructura del discurso histórico está organizada como una obra narrativa, sino que en la misma selección de acontecimientos ya se expresa la actitud que debe tomar el lector frente al valor y al “significado” de esos hechos en el conjunto de la narración. Por eso afirma que en lugar de aplicar una ciencia con reglas definidas, el papel del historiador es muy parecido al del escritor de ficción que ordena una serie de escenas inconexas proporcionándole un sentido a lo que sería un devenir incesante de acontecimientos.

---

<sup>49</sup> Beatriz González Stephan, op., cit, p. 103.

<sup>50</sup> Michel de Certeau, *The writing of history*, translated by Tom Conley, Columbia University Press, New York, 1988.



I believe, the historian performs an essentially *poetic act*, in which he prefigures the historical field and constitutes it as a domain upon which to bring to bear the specific theories he will use to explain “what was *really* happening” in it<sup>51</sup>.

Para White, la historia debe considerarse como lo que esencialmente es: “a verbal structure in the form of a narrative prose discourse that purports to be a model, or icon, of past structures and processes in the interest of explaining what they were by representing them”<sup>52</sup>. Además, añade que todo discurso histórico conlleva “a deep structural content which is generally poetic, and specifically linguistic, in nature, and which serves as the precritically accepted paradigm of what a distinctively “historical” explanation should be. This paradigm functions as the “metahistorical” element in all historical works that are more comprehensive in scope than the monograph or archival report”<sup>53</sup>.

En este orden de ideas, White cuestiona las razones para atribuir más “valor científico” a un relato histórico que a otro, pues la mayoría de ellas tienden a justificarse en la ideología o la moral. Lo que sucedió a partir de la ilustración fue la incorporación de ese elemento “metahistórico” que proporciona a la narración de los hechos históricos esa apariencia de infalibilidad que puede compararse con el discurso

---

<sup>51</sup> Hayden White, *Metahistory: the historical imagination in nineteenth-century Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, Maryland, 1973, p. X.

“Yo creo [que] el historiador esencialmente realiza un acto poético, en el cual prefigura el campo histórico y lo constituye como un lugar en el que probar las teorías específicas que usará para explicar ‘lo que realmente sucedía’”.

<sup>52</sup> Ibid., p. 2.

“Una estructura verbal en la forma de un discurso narrativo en prosa que pretende ser un modelo, un icono, de estructuras y procesos pasados en el interés de explicar lo que fueron a través de la representación”.

<sup>53</sup> Ibid., p. IX.

“Un profundo contenido estructural que generalmente es poético, y especialmente lingüístico, y que sirve como un paradigma precrítico de qué es una explicación histórica aceptable. Este paradigma funciona como un elemento ‘metahistórico’ que en todo trabajo histórico resulta de mayor peso que un monográfico o datos probados”.

religioso. Todo historiador propone una serie limitada de hechos con los elementos interpretativos que considera necesario para darle un significado a los mismos.

Los postulados de White cuestionan los fundamentos de la historia y de la filosofía de la historia. Al poner en entredicho no los datos proporcionados por los historiadores si no la forma en que se presentan dichos datos (narración), argumenta que ya la forma conlleva una toma de postura frente al contenido que altera significativamente la fiabilidad del discurso histórico. En ese sentido la infalibilidad de las “leyes” que puedan ser deducidas a partir de los relatos históricos no deben ser asumidas como aquellas inferidas en las ciencias naturales a través del método científico.

This relation [del uso de la narración para contar la historia] becomes a problem for historical theory with the realization that narrative is not merely a neutral discursive form that may or may not be used to represent real events in their aspect as developmental processes but rather entails ontological and epistemic choices with distinct ideological and even specifically political implications<sup>54</sup>.

Pero habrá que esperar hasta la segunda mitad del siglo XX para que los pensadores comiencen a desconfiar de la validez absoluta de la historia. Durante el siglo XIX, los intelectuales latinoamericanos buscaron encontrar la llave de la modernidad estudiando cuidadosamente el pasado de sus sociedades y comparándolo con el de aquellos países que consideraban superiores. Y no sólo no dudaron en comparar la historia de las nacientes naciones con los acontecimientos europeos y norteamericanos, sino que, a través de la filosofía de la historia, consideraron innecesaria la búsqueda exhaustiva de datos, ya que los modelos propuestos sobre las

---

<sup>54</sup> Hayden White, *The content of the form: narrative discourse and historical representation*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, Maryland, 1987, p.28.

*“Esta relación se convierte en un problema para la teoría de la historia cuando se da cuenta que la narración no es meramente una forma discursiva neutral que puede o no usarse para representar eventos reales en su aspecto de procesos en desarrollo, sino que implica elecciones ontológicas y epistemológicas con distinciones ideológicas y hasta implicaciones políticas”.*

etapas civilizatorias de una sociedad podían ser trasladados a la experiencia americana sin necesidad de su correlación con hechos probados. Así, son sobradamente conocidas las exhortaciones de Andrés Bello sobre la necesidad de utilizar el método inductivo (y narrativo) para contar la historia, sin acogerse a la simple repetición de principios universales elaborados por los europeos. Bello desconfiaba de los sistemas filosóficos que se prestaban no a clarificar los hechos sino a emitir juicios valorativos sobre el pasado, buscando establecer principios universales. Dichos principios muchas veces sólo estaban en la selección de acontecimientos que el intelectual proponía como historia.

Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina sino por medio de previos estudios históricos. Sustituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grandes pueblos y de los grandes hombres; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos; sería quitar a la experiencia del género humano el saludable poderío de sus avisos, en la edad, cabalmente que es más susceptible de impresiones durables; sería quitar al poeta una inagotable mina de imágenes y de colores. Y lo que digo de la historia, me parece que debemos aplicarlo a todos los otros ramos del saber<sup>55</sup>.

Esta exhortación de Bello presenta la idea de la función de la literatura como colaboradora en la formación de las naciones americanas. Es necesario decir que el papel del historiador y del escritor de ficción no estaban en absoluto diferenciados en la América del siglo XIX. La noción de “hombre de letras” correspondía al intelectual que

---

<sup>55</sup> Andrés Bello, Discurso inaugural pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile el día 17 de septiembre de 1843, obtenido de la página web (fecha de último acceso 31 de enero de 2009) [http://www.uchile.cl/uchile.portal?\\_nfpb=true&\\_pageLabel=conUrl&url=4682](http://www.uchile.cl/uchile.portal?_nfpb=true&_pageLabel=conUrl&url=4682)

tanto podía producir una antología de cuentos como un compendio histórico. Además, aunque Beatriz González-Stephan problematiza la relación entre el surgimiento común de la nacionalidad y la literatura en Hispanoamérica, acepta que a falta de una historia que se correspondiera a los anhelos civilizadores de las elites europeizadas, se buscó en la creación literaria una forma mediante la cual “el pasado podía ser restablecido en una cadena de momentos decisivos para fundamentar la profundidad del ‘espíritu nacional’”<sup>56</sup>.

Más que un hecho “estético” o “ficcional” [la literatura] fue entendida como un hecho pedagógico, medio para la formación de las ciudadanías. En ella el Estado depositaba de forma indirecta un conjunto de valores, determinados con anticipación, en los que ideológicamente concretaba y realizaba la esencia de lo nacional, produciendo el efecto imaginario de una pretendida particularidad<sup>57</sup>.

Así, la literatura fue entendida como una herramienta esencial para constituir la nacionalidad. Doris Sommer cuenta como Bartolomé Mitre (presidente de Argentina entre 1862 y 1868) llamó a la “acción literaria” para erigir la nación. A raíz de este tipo de exhortaciones, varias generaciones de escritores entendieron que la literatura tenía la capacidad de afectar a la historia, de ayudar a construirla<sup>58</sup>.

En las fisuras epistemológicas que la historia deja expuestas, los narradores podían proyectar un futuro ideal. Esta labor tuvo lugar en libros que se convirtieron en novelas clásicas de sus respectivos países. Los escritores fueron alentados en su misión tanto por la necesidad de rellenar los vacíos de una historia que contribuiría a legitimar el nacimiento de una nación, como por la oportunidad de impulsar la historia hacia ese futuro ideal<sup>59</sup>.

---

<sup>56</sup> Beatriz González-Stephan, op.cit., p. 122.

<sup>57</sup> Ibid., p. 190.

<sup>58</sup> Doris Sommer, op.,cit., p. 42.

<sup>59</sup> Ibid., p. 24.

Pero, ¿qué literatura tenían en mente los pensadores latinoamericanos cuando acometían la tarea de elaborar un discurso identitario? En la época de la independencia, es la literatura de los conquistadores la que rige, ya que la de los indígenas había quedado reducida a su mínima expresión, no por inexistente, sino por ser considerada inferior, el producto de culturas salvajes. Esto explica los continuos llamados a una “independencia literaria” de las metrópolis europeas. Dentro de la literatura, la narrativa se erigió en el territorio fundamental de la búsqueda del discurso sobre la identidad americana. Más allá de cualquier estudio antropológico o psicológico, es en la narrativa, en ese deseo de ordenar el caos, donde se intentó buscar y construir una identidad cultural integral. Al decir de Aínsa, “gracias al esfuerzo de comprensión imaginativa que ha propiciado la narrativa, se ha podido sintetizar la esencia de una cultura”<sup>60</sup>. A finales del siglo XIX y principios del XX la atención de los narradores fue puesta en el rastreo de los elementos de la identidad, surgiendo una novelística histórica que “pretende contribuir a crear un ‘espíritu nacional’”<sup>61</sup>. Luego, con las novelas de la tierra se buscó explorar el vasto territorio interior de las naciones americanas, descubriendo ese infierno/paraíso al que habían llegado los descendientes de europeos pero que siempre habían desconocido. Las obras comenzaron a recopilar nombres de aves, insectos y vegetación, como una forma de aprehender ese paisaje tan fascinante y a la vez tan inhóspito. Además se crearon “personajes colectivos, verdaderos arquetipos de grupos representativos de la sociedad que los pueblos necesitaban para ‘reconocerse’. El indio, el cholo, el gaucho, el emigrante entraron a la narrativa como ‘grupos’ homogéneos, más que como ‘individualidades’”<sup>62</sup>.

---

<sup>60</sup> Fernando Aínsa, op.cit., p. 24.

<sup>61</sup> Ibid., p. 126.

<sup>62</sup> Ibid., p. 130.

Ahora bien, habiendo establecido que la línea divisoria entre la historia y la literatura en las primeras décadas de la formación de las naciones americanas fue sumamente tenue, resulta sencillo asimilar los postulados de Sommer sobre las “Ficciones Fundacionales”, refiriéndose a las novelas nacionales: narraciones cuya lectura es obligatoria en los países hispanoamericanos durante el bachillerato como fuente de historia local y orgullo patriótico. Dichas narraciones pueden reconocerse tan fácilmente como los himnos nacionales y tuvieron una gran influencia en las legislaciones pues muchos de sus autores se convirtieron en presidentes de sus países.

En la teoría de Sommer las novelas hispanoamericanas fundacionales de la nacionalidad fueron estructuradas como un romance (entendido este término en su acepción inglesa de “novela de tema romántico”), que presentan los proyectos originarios de la nación como una unión heterosexual donde cada uno de los componentes representa un grupo social, racial o de interés. En dicha unión el hombre, representado siempre con las características propias del “hombre moderno” europeo, muy alejado del bruto caudillo que por ese entonces se hacía con el poder de las repúblicas a través de la lucha armada; y la mujer, joven, inexperta y deseosa de procrear una virtuosa prole que serán los nuevos habitantes de las naciones, se unen en un “matrimonio de conveniencia” que será el comienzo del progreso.

Narra Doris Sommer que al estar trabajando sobre el discurso de identidad nacional dominicana en algunas novelas del siglo XIX<sup>63</sup>, se dio cuenta de que el patrón de las novelas románticas se repetía en todos los países de Hispanoamérica. Por eso decidió expandir su estudio.

---

<sup>63</sup> En su tesis doctoral que luego sería publicada como libro: Doris Sommer, *One master for another: populism as patriarchal rhetoric in Dominican novels*, University Press of America, Lanham, Maryland, 1983.

Una novela particular será celebrada en su ámbito nacional como producto autóctono, característico y de alguna manera inimitable; sin embargo, hemos visto que cada romance comparte con los otros mucho más que su estatus institucional. Las semejanzas son sintomáticas de la paradoja general del nacionalismo; es decir, rasgos culturales que parecen ser únicos y dignos de una (auto) celebración patriótica son con frecuencia típicos también de otras naciones e incluso diseñados según modelos extranjeros<sup>64</sup>.

En definitiva, la historia y la literatura estuvieron íntimamente relacionadas en el pensamiento de los intelectuales que construyeron lo que hoy conocemos como el discurso sobre la identidad nacional de los países hispanoamericanos. Por eso “El rastreo de “formaciones nacionales” a partir de la literatura puede resultar de interés en la medida en que muchos rasgos de la llamada “identidad” hispanoamericana tiene un origen en la ficción”<sup>65</sup>.

---

<sup>64</sup> Doris Sommer, *Ficciones Fundacionales*, op.cit., p. 48.

<sup>65</sup> Fernando Aínsa, op.cit., 127.

## **5. Aspectos de la identidad, la nación y el nacionalismo en República Dominicana**

La formación de la identidad nacional en la República Dominicana, aunque comparte muchas similitudes con los procesos fundacionales de los países americanos, tiene importantes diferencias. La primera es que la guerra de independencia no se libró contra el imperio español sino contra la primera república negra del mundo: Haití, lo que propició un enemigo externo que fungiera como unificador de las distintas tendencias identitarias dominicanas. Pero quizás la diferencia esencial entre la experiencia dominicana y la del resto de los países americanos es que las clases dirigentes dominicanas fueron muy probablemente las únicas de todo el continente que nunca quisieron separarse de la metrópoli. Ni siquiera –como es el caso de la mayoría de las naciones latinoamericanas– por el mero objetivo de controlar ellos mismos el país, obteniendo los privilegios que los colonizadores detentaban. Ni el estado de abandono con que el imperio dejó que la colonia se consumiera durante los siglos XVII y XVIII, cuando ni siquiera se pagaba a los funcionarios coloniales ni al gobernador pues los barcos de la metrópoli no atracaban en la isla, originó en la elite un sentimiento de independencia. Tampoco cuando España regaló la parte este de la isla de Santo Domingo a Francia mediante el tratado de Basilea (1795) y la pugna entre los ingleses y franceses para asumir el control de la antigua parte española causó una gran destrucción, los grupos dirigentes pensaron en asumir el control de los destinos de la colonia.

Vale decir que ni la declaración de independencia de 1821, elaborada por José Núñez de Cáceres (conocida por los dominicanos como la “independencia efímera”), ni la separación de la República de Haití lograda en 1844, tuvieron como objetivo primordial crear una nación independiente. En ambos casos la clase dirigente siempre



tuvo entre sus planes la anexión del territorio a una potencia. En el caso de la independencia de 1821 el objetivo fue buscar un protectorado con las tropas del general Bolívar para unir la recién emancipada colonia a la Gran Colombia. En cuanto a la separación de Haití, los políticos e intelectuales dominicanos se dividieron en dos facciones: la que defendía una independencia total de toda dominación foránea (encabezada por Juan Pablo Duarte y el grupo de los Trinitarios) y la que propugnaba alcanzar un protectorado de las potencias extranjeras que pudieran asegurar la defensa del país ante la amenaza haitiana. Esta segunda tendencia estuvo apoyada por los sectores económicos dominantes: los latifundistas en la región sureste y los madereros de la suroeste. La anexión de la República Dominicana a España en 1861 muestra que la segunda tendencia logró imponerse. Sobre este punto Michiel Baud sostiene que “mientras una ola de anti-hispanismo barría el continente americano, la elite dominicana, que basaba su posición en la posesión de la tierra y en su ascendencia española, retornaba a sus vínculos con la madre patria”<sup>66</sup>.

Lamentablemente la guerra de Restauración (1865), librada contra las tropas españolas para expulsarlas del territorio, no inculcó en las elites gobernantes el convencimiento de que el país podía conseguir el progreso deseable sin la “protección” de una potencia extranjera. Hasta bien entrado el siglo XX, luego de la primera invasión norteamericana (1916-1924) y el posterior establecimiento de la dictadura de Rafael Trujillo Molina (1930), una gran parte de los intelectuales y las clases dominantes buscaron a toda costa volver a ser colonia de cualquier potencia que mostrara interés en regir los destinos de la República.

---

<sup>66</sup> Michiel Baud, “Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer y la identidad nacional dominicana”, en Pedro L. de San Miguel y Roberto Cassá (eds.) op.cit., p.155.

Como vimos anteriormente, todas las teorías de formación nacional del siglo XIX y principios del XX oponían serios obstáculos a la construcción de “países civilizados” en las nuevas naciones latinoamericanas, principalmente por la composición racial de la población mayoritaria percibida como “inferior”. Así las elites dominicanas –al igual que las del resto del continente–, imbuidas en las teorías liberales y positivistas, comparaban a su población y a sus instituciones con las europeas y norteamericanas, asumiendo que éstas habían moldeado a las sociedades y no viceversa, cuando en realidad a los europeos les llevó siglos de guerras, divisiones y compromisos ir desarrollando las formas de gobierno que sus sociedades fueron demandando.

Las clases dirigentes quisieron formar sus instituciones de manera casi mágica, descalificando a toda la población y tratando de atraer a los inmigrantes europeos que por su raza y sus características eugenésicas estaban adaptados a la vida de las naciones “civilizadas”. Las advertencias de Bolívar, Simón Rodríguez y Martí, sobre la importancia de la invención de nuevos sistemas políticos para las nuevas naciones, no fueron escuchadas. Las elites prefirieron la copia fiel del sistema norteamericano y europeo, y la adaptación de la población a lo que “debían ser” las instituciones, en lugar de adaptar el sistema de gobierno a lo que la gran mayoría de la población necesitaba.

Separadas de toda realidad social, las instituciones políticas se fueron convirtiendo en simples fachadas nominales y el vacío de poder fue llenado por innumerables caudillos regionales que sí respondían a las demandas de la mayoría de la población. En el caso dominicano, el caudillismo, las revoluciones y las montoneras<sup>67</sup> fueron una constante hasta el establecimiento de la dictadura de Trujillo.

---

<sup>67</sup> Alzamiento de jefecillos regionales contra el gobierno de la nación por la adopción de políticas contraria a sus intereses.

# **C**apítulo II

**En busca de la identidad: líneas  
conductoras del pensamiento  
identitario dominicano**



En este capítulo analizaré las distintas corrientes que han formado el pensamiento identitario en la República Dominicana desde el siglo XVII (cuando era colonia española) hasta nuestros días. Los intelectuales cuyo pensamiento propongo estudiar han tenido una marcada influencia, no sólo en el establecimiento de lo que hoy se considera como “dominicano”, sino también en la forma en que la mayoría de nuestros pensadores han analizado la historia de la República y los avatares que ha pasado para convertirse en una nación.

Los pensadores son: Antonio Sánchez Valverde (1729-1790), sacerdote y abogado, primer hombre de letras de la colonia; Pedro Francisco Bonó (1828-1906), abogado, considerado el fundador de la sociología dominicana; Eugenio María de Hostos (1839-1903), y algunos de sus discípulos más influyentes: Francisco Moscoso Puello (1885-1959), Américo Lugo (1870-1952) y José Ramón López (1866-1922); Manuel Arturo Peña Batlle (1902-1954), ideólogo de la dictadura de Trujillo; Joaquín Balaguer (1906-2002), personero del dictador y posterior presidente de la República durante casi tres décadas, y Juan Bosch (1909-2001), cuentista y posiblemente el intelectual dominicano más conocido internacionalmente.

## **1. Los inicios: Antonio Sánchez Valverde y el valor de la isla de Santo Domingo**

El siglo XVII marcó el comienzo de la decadencia de la que fuera la primera colonia española en el Nuevo Mundo. La decisión real de recolocar a toda la población de la isla en un cuarto del territorio total<sup>68</sup>, para así poder controlar el contrabando y la infiltración de ideas luteranas en las nuevas colonias, propició la ocupación de la parte oeste de la isla por aventureros, piratas, filibusteros y bucaneros. Esos asentamientos dieron lugar a la ocupación total por parte de Francia del occidente de la isla, formando la colonia francesa de Saint Domingue, que más tarde sería la República de Haití.

En Saint Domingue, los franceses establecieron una economía esclavista de plantación intensiva que convirtió la colonia en la más rica posesión francesa de ultramar. Mientras tanto, la parte española de la isla languidecía debido a la prohibición de comerciar con otras potencias y al abandono del imperio, ocupado en la conquista y colonización de la tierra firme del continente.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, aunque hubo una ligera recuperación de la economía, el estado de miseria general había producido el éxodo masivo de todo el que pudiera reunir la cantidad de capital necesario para emigrar a otras posesiones españolas mejor atendidas. Es en este contexto que el clérigo y abogado Antonio Sánchez Valverde y Ocaña, nacido en Santo Domingo el 16 de febrero de 1729<sup>69</sup>, escribe su obra *Idea del valor de la isla Española y utilidades que de ella puede sacar su monarquía*, publicada en Madrid en 1785.

---

<sup>68</sup> Este proceso se conoce como “Las devastaciones de Osorio”, porque fueron ejecutadas por el gobernador Antonio de Osorio entre 1605 y 1606.

<sup>69</sup> Existe un debate entre los historiadores dominicanos sobre la fecha exacta de nacimiento de Antonio Sánchez Valverde. Max Henríquez Ureña, en su *Panorama Histórico de la literatura dominicana*, lo sitúa en 1720, mientras que José María Morillas, en su biografía de Sánchez Valverde, lo ubica en 1734. Hemos preferido utilizar la fecha que ofrece Néstor Contín Aybar en su *Historia de la literatura dominicana*, por la gran documentación histórica que utiliza el autor para argumentar sobre el asunto.

La importancia de este libro de Sánchez Valverde es incalculable. Se trata del más completo tratado sobre la vida en La Española durante el siglo XVIII, un compendio de su economía, la vida de sus habitantes y los problemas que afectaban a la mayoría de la población. Aunque contiene muchas informaciones algo exageradas o incorrectas, este libro ha sido utilizado por los historiadores dominicanos como una de las fuentes más fieles para la reconstrucción del pasado colonial de la República. Resulta interesante hacer un paréntesis para explicar el contexto ideológico en que vivió y escribió Sánchez Valverde y comprender a cabalidad su esfuerzo y el de otros pensadores coloniales para presentar las virtudes del Nuevo Mundo.

El siglo XVIII, caracterizado por el establecimiento definitivo del pensamiento enciclopedista ilustrado europeo, dio lugar a un reordenamiento político-ideológico del mundo en el cual las potencias europeas (lideradas por Francia, Inglaterra y Holanda) justificaban el dominio y explotación de las colonias mediante una doctrina de “orden natural”. Es decir, la raza europea, por su longevidad, su historia, el conocimiento de las ciencias, entre otras muchas virtudes, tenía el derecho natural de regir los destinos del mundo llevando a la humanidad el “progreso”.

Para demostrar o hacer “científica” la ideología supremasista europea, muchos pensadores recurrieron al método de denigrar al continente americano y sus habitantes. Utilizando principalmente los relatos de los cronistas y conquistadores, argumentaban que América era un continente inmaduro e imperfecto tanto en su flora como en su fauna, y que poseía la capacidad de degenerar todo lo extranjero (europeo) que pisara sus tierras.

Así, el francés Georges Louis Leclerc presentó su teoría del “rapetissement” (empequeñecimiento), que sostenía que los cuadrúpedos traídos de Europa a América perdían su vivacidad y degeneraban, volviéndose más pequeños y menos desarrollados

que los del viejo continente. Por su parte, el sacerdote holandés Cornelius de Pauw –al que Sánchez Valverde cita despectivamente en su obra– sostuvo de forma mucho más extrema que Leclerc la inferioridad del continente americano, afirmando que no sólo los indios y los criollos eran salvajes o poco civilizados, sino que eran degenerados, en un estado de progresiva decadencia. Por último, el gran filósofo alemán Friedrich Hegel se hizo eco de estos planteamientos y a través de sus obras, más que de los dos autores antes mencionados, se divulgó la supuesta inferioridad de América y sus habitantes<sup>70</sup>. A estos planteamientos hay que añadir el conjunto de mensajes antiespañoles conocidos como “la leyenda negra”, mediante los cuales las potencias emergentes de Francia e Inglaterra buscaron desacreditar y menospreciar la cultura y la raza hispánica.

Ahora bien, aparte de para defender al Nuevo Mundo de los ataques del pensamiento ilustrado europeo<sup>71</sup>, *La idea del valor de la isla Española* fue escrita con el objetivo principal de persuadir al rey de España para que pusiera más atención a la colonia. Se centra en la descripción de las potencialidades de la isla y las grandes ventajas económicas que el imperio podía obtener de la misma. Contiene una detallada descripción de las bahías, ensenadas y puertos de La Española y una breve enumeración de las islas y cayos que la rodean.

Para este trabajo centraré el análisis del pensamiento de Sánchez Valverde en tres puntos principales. Primero, su descripción de las vicisitudes económicas y sociales que padecía la colonia durante todo el siglo XVII y la mayor parte del XVIII. Luego su defensa de la “raza” de la elite criolla de la colonia de los ataques del pensamiento

---

<sup>70</sup> Para un estudio más detallado sobre el pensamiento antiamericanista del siglo XVIII ver: Máximo Rossi, *Praxis, historia y filosofía en el siglo XVIII: textos de Antonio Sánchez Valverde (1729-90)*, Taller, Santo Domingo, 1994, pp. 69-86.

<sup>71</sup> Otras obras de autores americanos de la época dedicadas al reconocimiento de la importancia de América fueron: *Carta del territorio ecuatoriano* (1745), del sacerdote Pedro Vicente Maldonado, e *Historia del reyno de Quito en la América meridional* (1789), del también clérigo Juan de Velasco. A estas se une *América vindicada de la calumnia del mal venéreo* (1785), de Antonio Sánchez Valverde.



racialista europeo. Y, finalmente, su propuesta a las autoridades coloniales para que la parte española de la isla se convirtiera para el imperio lo que la parte occidental representaba para Francia.

### **1.1. Los siglos de la miseria**

Después de una introducción donde describe los puertos y las islas adyacentes a La Española, Sánchez Valverde se centra en la narración de la miserable situación que caracterizaba a la parte española de la isla. Aún tomando en cuenta que el objetivo global de la obra fue el de persuadir a las autoridades españolas del abandono en que se encontraba la colonia y que, por tanto, uno de los métodos utilizados podía ser la exageración de la situación social de la isla, documentos de la época reflejan la veracidad de las aseveraciones del autor.

Las devastaciones (1605-1606) provocaron un descenso dramático en la producción. No sólo por el abandono de las tierras y la incapacidad de trasladar todo el ganado a las partes designadas para establecer a la población, sino precisamente por lo que se buscaba erradicar: el contrabando. Abortado el intento de formación de una agricultura de exportación a través de la fabricación del azúcar durante el siglo XVI, los habitantes del norte y noroeste de la isla se concentraron en el contrabando de madera y cuero con los ingleses, franceses y holandeses que atracaban en los remotos puertos de la isla con ese preciso objetivo. Por tanto, una vez eliminado el único vehículo de comercio que viabilizaba la agricultura y la ganadería de exportación en la isla, los habitantes que se quedaron se centraron en la práctica de una producción de subsistencia que no generaba ningún ingreso a través del comercio.

Así las cosas, la administración colonial dejó de percibir dinero alguno a través de los impuestos. Cuenta Sánchez Valverde que los “Derechos Reales se redujeron a

nada; porque ni había ramos de comercio de que cobrarlos, ni persona que se hallase en estado de pagar contribución”<sup>72</sup>. El dinero para el pago de los funcionarios y los soldados era enviado (por lo menos desde 1608) primero desde México y luego desde Panamá. Este envío de dinero se conoce como “el situado” y de él dependía la vida de la colonia.

La miseria fue tanta y tal la escasez de moneda, que la mayor fiesta de Santo Domingo era la llegada del situado, a cuya entrada por las puertas de la Ciudad se repicaban las campanas y causaba universal regocijo y gritería. (p. 114)

Con el establecimiento del situado las autoridades de la metrópoli asumieron el punto de vista de que la antigua ciudad primada de América se había convertido en una carga y que nada podía hacerse para convertirla en una colonia productiva. Además, la suerte pareció ensañarse con los habitantes de la isla durante todo el siglo XVII. Narra Sánchez Valverde que en 1666 hubo epidemias de viruela, sarampión y disentería que prácticamente extinguieron a los negros y a los indios que aún quedaban, dejando a los criollos sin “manos que cultivasen la tierra” (p. 109). En septiembre de 1672 un huracán arrasó las plantaciones de yuca, cacao y plátano. Al año siguiente un terremoto dejó en ruinas prácticamente todas las casas de la ciudad.

Estos sucesos, vistos como una maldición de los dioses, provocaron aún más el éxodo de la población hacia otras colonias del Caribe. Sobre esta migración de los habitantes de la isla dice Sánchez Valverde:

Insensiblemente iban saliendo de la Española, o las familias enteras o los sugetos que se hallaban todavía con algún caudal antes de consumirle poco a poco sin esperanza de adelantarle [...] Así lo executaban muchos en todo el siglo pasado y en principios del nuestro. Los mismos transmigrantes convidaban y provocaban a otros de suerte que apenas se quedaban en la Española los que por su mucha miseria se hallaban

---

<sup>72</sup> Antonio Sánchez Valverde, *La idea del valor de la isla Española*, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1947, p. 113. Las páginas entre paréntesis pertenecen a esta edición.

imposibilitados de huir; o los que por estrechos vínculos y obligaciones no podían desampararla. De las más distinguidas familias que se habían establecido y arraigado, apenas quedaron rastros. Las casas se arruinaban cerradas. Las posesiones de las tierras quedaron tan desiertas que llegó a perderse la memoria de sus propietarios. (pp. 112-113)

## **1.2. La elite criolla**

Sánchez Valverde es considerado el primer intelectual dominicano en intentar borrar, o al menos minimizar, la influencia de los elementos raciales y culturales africanos en la identidad dominicana. En uno de los pasajes de su *Idea del valor de la isla Española* arremete contra un tal “Mr. Weuves” que critica a los españoles y portugueses por no tener ni una gota de sangre “pura” en sus venas, debido a la constante mezcla con negros esclavos.

Para rebatirlo, Sánchez Valverde utiliza dos argumentos: la creación de una nueva raza y la contraacusación a los franceses, ingleses y holandeses de ser más promiscuos con las esclavas negras que los españoles y los portugueses. Aunque el segundo argumento es, cuanto menos, pueril, la creación de una nueva raza ha marcado el pensamiento dominante dominicano hasta nuestros días. La raza creada fue la “indispana”, es decir, la mezcla entre los indígenas y los conquistadores españoles.

Para analizar a cabalidad la importancia de las aseveraciones de Sánchez Valverde debemos tomar en cuenta que la corriente indianista no surgió en Latinoamérica hasta el siglo XIX con obras como la novela *Enriquillo* (1882), de Manuel de Jesús Galván, *Aves sin nido* (1889), de Clorinda Matto de Turner o *Caramurú* (1848), de Alejandro Magariños Cervantes. También debo añadir que mientras el romanticismo indianista fue utilizado por las elites latinoamericanas como una glorificación folclórica de pueblos extinguidos, cuidadosamente distanciados de los grupos indígenas que aun habitaban los países, en República Dominicana dicho

pensamiento fue empleado para negar cualquier influencia africana en la población dominicana, proponiendo como única fuente del mestizaje de la población la mezcla entre valientes conquistadores españoles y aguerridos jefes tribales Taínos.

Por estas razones podemos considerar el pensamiento de Sánchez Valverde como un adelantado precursor de lo que luego veremos que serán las líneas conductoras del pensamiento identitario dominicano, pues proporciona el argumento central que utilizarán los pensadores del siglo XIX y XX: que la mezcla de razas no es en sí misma negativa, siempre que el mestizaje no se produzca con esclavos negros.

Al llamar a los criollos dominicanos “indispanos”, Sánchez Valverde enfrenta por primera vez la evidente realidad de que la población de la colonia no podía considerarse como simplemente española. Incluso él mismo hubiera sido considerado un mulato por los europeos nórdicos. Vista la imposibilidad de reclamar una “pureza de sangre” inexistente, Sánchez Valverde —que no conocería el pensamiento eugenésico que surgiría dos siglos después—, opta por reivindicar los orígenes de la elite criolla dominicana a través del ensalzamiento de las dos razas que, según él, componen a la mayoría de la población.

El secreto a voces que muchos de los intelectuales dominicanos intentaron ocultar fue la realidad de que la población aborigen de la isla fue exterminada en la primera mitad del siglo XVI<sup>73</sup>, no dando tiempo a que se mezclara de forma significativa con los colonizadores. Sin embargo, aun hoy en día el pensamiento de la elite dominante presenta a los dominicanos de piel oscura como “indios”. En los próximos acápites me referiré a este asunto con más detalle. Como conclusión, el

---

<sup>73</sup> López de Velasco habla de que ya en 1570 sólo quedaban “dos pueblos de hasta 50 indios”. Citado en Franklyn Franco, *Los negros, los mulatos y la nación dominicana*, Editora Nacional, Santo Domingo, 1969 p. 34.

intelectual puertorriqueño Pedro San Miguel resume así el pensamiento racial de Sánchez Valverde:

In the eyes of Sánchez Valverde, the sixteenth century was truly a golden age, to which he traces the foundations of the community he would like to portray— a community in which peninsular Spanish ethnic and cultural elements are predominant. Consequently, other ethno cultural elements— particularly afro-dominican elements— are played down, marginalized, or totally ignored<sup>74</sup>.

### **1.3. Una nueva colonia**

Tanto la presentación de la miseria que asolaba la parte española de la isla, como la defensa de su elite para realizar un eficiente trabajo de dirigencia, le sirven a Sánchez Valverde para presentar a la Corona su proyecto para la colonia. Su visión se basa en la comparación de las dos partes de la isla. La parte española, con más y más fértil territorio se consumía en la despoblación y no producía ganancias suficientes ni siquiera para los emolumentos de sus funcionarios. En cambio, la parte francesa, poseyendo sólo un tercio del territorio total de la isla —con una importante franja de tierra no cultivable por su disposición montañosa—, se había convertido en la posesión colonial que más recursos enviaba a su metrópoli. ¿Cuál era la clave? ¿Eran acaso ciertas las acusaciones de Mr. Weuves y De Pauw, de que los españoles y portugueses eran holgazanes y que al llegar a las tierras americanas degeneraban en poco más que bestias? Sánchez Valverde está convencido de que todo se reduce a la gran cantidad de

---

<sup>74</sup> Pedro L. San Miguel, *The Imagined Island*, translated by Jane Ramirez, The North Carolina University Press, North Carolina, 2005, p. 10.

*“En los ojos de Sánchez Valverde, el siglo XVI fue verdaderamente la edad de oro de donde traza la fundación de la comunidad que quiere representar —una comunidad en la que son predominantes los elementos étnicos y culturales españoles. Consecuentemente, otros elementos culturales y étnicos —principalmente elementos afro-dominicanos— son menospreciados, marginalizados, o totalmente ignorados”.*

esclavos negros que poseían los colonos franceses<sup>75</sup>. Esos esclavos, brutalmente dirigidos en plantaciones dispuestas para la agricultura de exportación, generaban una cantidad de ganancia tal que les permitía a los vecinos colonos vivir rodeados de “opulencia y vicios”, lo que contrastaba con la visión que querían proyectar de ellos los intelectuales europeos. Pero este reproche moral no le impide al autor de *Idea del valor de la isla Española* proponer que se establezca en el Santo Domingo español el mismo sistema de producción que en la vecina colonia francesa. Sánchez Valverde apuesta por reproducir la supuesta bonanza que tuvo la isla de Santo Domingo durante el siglo XVI con los ingenios de caña de azúcar movidos por esclavos africanos. Al igual que otros miembros de la elite del Caribe español (principalmente de Puerto Rico y Cuba), buscaba establecer un acuerdo con la Corona que permitiera el desarrollo de la colonia mediante la importación de una gran cantidad de esclavos africanos.

Desde el punto de vista del estudio del discurso identitario dominicano, el pensamiento de este autor resulta imprescindible ya que preconiza las dos aristas principales en las que se basará la reflexión sobre la identidad nacional desde la fundación de la República hasta la muerte de Trujillo. Las dos aristas son: en primer lugar, la invención de un mestizaje entre los pobladores originarios de la isla y los conquistadores españoles. Este mito –pues, como ya hemos referido, los indígenas fueron exterminados con demasiada celeridad y no pudieron mezclarse significativamente con los españoles–, que en un principio intentaba ocultar la influencia africana en la composición racial dominicana, fue utilizado a partir del siglo XIX como un elemento diferenciador entre los dominicanos y los haitianos. En ese sentido, la raza dominicana sería mestiza (con una mayoría de rasgos de la raza blanca),

---

<sup>75</sup> En la época que escribe Sánchez Valverde se calcula que en la parte francesa había cerca de medio millón de esclavos, mientras que en la parte española no llegaban a diez mil. Tomado de Franklyn Franco *Los negros, los mulatos y la nación dominicana*, op.cit., p. 22.

mientras que la población haitiana sería definida exclusivamente por sus características africanas. La utilización de este mito, que ha permitido la elaboración de un discurso racial ficticio pero muy arraigado en el pueblo dominicano de ausencia de rasgos negros, resultó muy apropiado para unificar a los diferentes sectores del país y así organizar la lucha por la independencia. Sin embargo, durante el Trujillato las exaltaciones antihaitianas dieron origen a varios intentos de “limpieza étnica”, entre los que se destaca la matanza de cerca de 15 mil haitianos residentes en la zona fronteriza en 1937.

La segunda arista del pensamiento identitario de la que es precursor Sánchez Valverde es la concepción intelectual del pueblo dominicano como una nación dependiente y abandonada. A través de su obra este autor nos presenta la dura realidad de una isla que ha sido tratada con una total negligencia por parte de su Metrópoli. Podemos recorrer sus páginas darnos cuenta de la pasividad de sus habitantes, de la poca fidelidad al terruño, pues la clase dirigente emigró a colonias mejor atendidas. Este sentir de abandono y dependencia se verá plasmado en prácticamente todos los pensadores dominicanos hasta la Era de Trujillo. Algunos la explicarán como una consecuencia de una mezcla racial exacerbada que había logrado la degeneración de la mayoría de la población, mientras que otros argumentarán la necesidad de recurrir a las grandes potencias para tener protección económica y militar frente a la “amenaza haitiana”. Lo cierto es que la experiencia que refleja Sánchez Valverde de la miseria de la colonia de Santo Domingo durante los siglos XVII y XVIII marcará la percepción sobre el valor de la nación dominicana hasta bien entrado el siglo XX.

## **2. El mulatismo: Pedro F. Bonó**

Pedro Francisco Bonó Mejía (1828-1906) marca un verdadero hito dentro del pensamiento identitario dominicano. Su novedoso y adelantado enfoque sobre la nación dominicana hicieron que la “inteligentsia” de su época lo rechazara por utópico o excéntrico. Lo cierto es que sus planteamientos sobre el funcionamiento burocrático de los poderes legislativos y ejecutivo, y la necesidad de un proyecto de país que no sólo tomara en cuenta los intereses de la elite, siguen vigentes en la actualidad.

Sus orígenes (nació en Santiago de los Caballeros, capital de la región norte) determinaron en gran parte su línea inicial de pensamiento, apegado a los sectores intelectuales de la región norte o Cibao de la República, cuya propuesta de instauración de un proyecto nacional democrático basado en el liberalismo económico estuvo en constante pugna con los dirigentes tradicionales del sur del país, que fundamentaban su poder en la tenencia de hatos<sup>76</sup> y el corte de madera.

Luego de la llamada guerra de Restauración (1865), mediante la cual la República Dominicana dejó definitivamente de ser colonia española, la clase dirigente del sur del país, que venía rigiendo los destinos del mismo desde la independencia, cayó en un período de recesión debido al desprestigio de sus líderes por haber realizado la fracasada anexión a España. Ese vacío de poder dio la oportunidad al sector intelectual cibaño para promover su proyecto nacional desde el poder.

Es importante conocer las bases económicas que determinaron la enorme diferencia de concepciones ideológicas entre el norte y el sur del país. El sistema de producción propio de la colonia, caracterizado por la posesión de una gran cantidad de terreno, una parte de ella utilizada para la ganadería y otra para la agricultura de

---

<sup>76</sup> Grandes extensiones de tierra dedicados principalmente al pastoreo de ganado.



subsistencia, fue la base del poder de la región sur del país donde se encuentra la capital, Santo Domingo. Este sistema generó una organización social muy parecida al feudalismo, donde el dueño de la tierra vivía de las rentas que pagaban los campesinos por la utilización de la misma. El caso de la región norte es diametralmente opuesto, con un sistema económico orientado a la exportación, principalmente de tabaco, que requería de extensiones relativamente pequeñas de tierras y que podían ser cultivadas por grupos de campesinos que luego vendían sus productos a los comerciantes. Estos últimos constituyeron la base del poder en la región norte, pues controlaban los precios de los productos campesinos que luego vendían en el extranjero. Con este tipo de relación económica y social se fueron conformando núcleos burgueses entre los comerciantes que demandaban del poder central (generalmente en manos de los hateros) una mayor independencia para la creación de nuevos vínculos comerciales internos y externos. De esta incipiente burguesía surgieron los intelectuales que dirigirían el destino del país durante gran parte de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX.

Durante la primera mitad de su vida Bonó fue un miembro aventajado de esa elite intelectual cibaeña. Hasta 1867 ocupó puestos muy importantes en el aparato estatal. Desde los veintitrés años fue fiscal de Santiago, diputado, senador y ministro de la Suprema Corte de Justicia, entre otros cargos<sup>77</sup>. Luego se retiraría de la vida política recluyéndose en su hacienda de San Francisco de Macorís, rechazando cualquier oferta de ser parte del aparato estatal (incluyendo cinco propuestas para su designación como candidato a la presidencia por el Partido Azul), y dedicándose a la defensa legal de los

---

<sup>77</sup> Para una relación completa de los puestos estatales de Bonó desde 1851 a 1867 ver: Raymundo González, “El pensamiento de Bonó: nación y clases trabajadoras”, en Pedro L. de San Miguel y Roberto Cassá (eds.), *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana: siglos XIX y XX*, Ediciones Doce Calles, Madrid, 1999.

campesinos pobres, a la medicina natural y a escribir sus textos sobre la sociedad dominicana de entonces.

Para este análisis dividiré el pensamiento de Bonó en tres etapas, siguiendo el esquema propuesto por el pensador dominicano que más ha estudiado a este autor, Raymundo González<sup>78</sup>. La primera etapa abarca desde 1851, cuando comienza a desempeñar funciones en el aparato estatal, hasta 1867, cuando se aparta de la vida política. Su pensamiento de esta época lo representa su obra “Apuntes para los cuatro ministerios de la República”<sup>79</sup> (1857). La segunda etapa culmina con la publicación de sus *Estudios* (1876), de los que sólo se conserva el relativo a la “cuestión Hacienda”. Y por último, el cambio de interlocutor de sus escritos que se da en 1881 con la publicación de sus “Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas”, donde deja de tratar de influir en la intelectualidad de la época y para dirigirse a las masas campesinas.

### **2.1. Etapa liberal**

Proveniente de una familia de comerciantes del Cibao, desde muy joven Bonó desempeñó importantes cargos tanto en el aparato estatal como en la organización intelectual de la región. La elite cibaeña, fuertemente influida por la ideología liberal, consideraba esencial establecer una República democrática y capitalista, regida por el libre mercado. Este proyecto, como ya he explicado anteriormente, estaba reñido con los intereses de las clases dominantes del sur del país, cuyo sistema de gobierno se basaba en el caudillismo y el feudalismo tardío.

---

<sup>78</sup> La obra más completa de este autor sobre Bonó es: Raymundo González, *Bonó, un intelectual de los pobres*, Centro de Estudios Sociales Padre Juan Montalvo SJ, Santo Domingo, 1994.

<sup>79</sup> Los escritos de Bonó se encuentran reunidos en el libro: Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles de Pedro Francisco Bonó*, Editora Caribe, Santo Domingo, 1964. En adelante citaré: Bonó, título del artículo y página del libro.

Uno de los primeros trabajos teóricos de Bonó, el opúsculo “Apuntes para los cuatros ministerios de la República”, fue presentado con el objetivo de influir en los legisladores para la plasmación de los principios liberales en la organización de la recién creada República. En su análisis el proceso de conquista, colonización y posterior abandono de la parte española de la isla habían conformado unas relaciones entre el poder y la población que no podían desembocar en otra cosa que en el despotismo, el caudillismo y las constantes revoluciones entre grupos de poder con intereses encontrados. A través de una observación detallada de la legislación vigente y los métodos de producción y el sistema económico que manejaba la hacienda pública, Bonó llega a la conclusión de que a menos que el sistema legislativo comenzara a adaptarse a los objetivos que decía perseguir (la atracción de capitales extranjeros para la inversión o la suplantación de la agricultura de subsistencia por un sistema agro-exportador, entre otros), no sería más que papel mojado. Así, argumenta que un país pobre “ha de tener malas leyes y si buenas, mal ejecutadas y peor comprendidas”<sup>80</sup>.

La legislación dominicana estuvo siempre tentando. Promulgó leyes sobre instrucción pública sin pagar los profesores. Decretó leyes sobre la policía urbana y rural cuando se facultaba la vagancia, con militares en actividad de servicio con veinte y tres centavos fuertes mensuales de paga. Esto era querer en palabras y no en los hechos<sup>81</sup>.

En la confianza en que el sistema de gobierno y las leyes de un país determinarán su progreso se basa la primera etapa de su pensamiento. Sus ideas fueron compartidas por los sectores liberales cibaños, que vieron en los planteamientos de Bonó, Beligno Filomeno Rojas y Ulises Espaillat (presidente de la República en 1876) un proyecto nacional que les permitiría desplazar del poder central a las clases dirigentes del sur del país.

---

<sup>80</sup> Bonó, “Apuntes para los cuatro ministerios de la República”, p. 90

<sup>81</sup> Ibid. p. 94.

Otro punto de ese plan consistía en la propuesta de un sistema federal que se oponía al centralismo vigente hasta entonces. Se trataba de poner coto al poder tradicional del sur. Esta propuesta fue presentada por Bonó al “Soberano Congreso Constituyente de Moca” (1957-1958), pero sus postulados fueron rechazados. Sobre estos planteamientos nos dice Raymundo González:

En la propuesta de Bonó las dos regiones federales establecerían sus propios cauces para alcanzar el progreso en cada una, por lo que vendría a resultar que la región cibaeña, merced a su progreso constante, serviría de ejemplo y emulación para la del Ozama. [...] En la articulación de regionalismo y antidespotismo se halla la raíz de la propuesta federal de nuestro autor<sup>82</sup>.

## **2.2. El estudio de la sociedad**

Luego de la guerra de Restauración (1865), Bonó sufre un cambio radical en sus convicciones. En 1867 renuncia a su cargo en el gobierno y nunca más ocupará una posición de relieve en la administración pública. También se alejó de la participación política activa e incluso de los grupos intelectuales que había frecuentado hasta entonces. Se retiró a San Francisco de Macorís, en una especie de autoexilio<sup>83</sup>. De esta etapa surgen sus reflexiones sobre la sociedad dominicana, pues llega a la conclusión de que “no son los principios formales del derecho los que redundarán en la superación de los obstáculos que se oponen al progreso, sino la valoración de la experiencia concreta de la vida de los ciudadanos. Esa realidad debía ser cuidadosamente estudiada y establecida en sus pormenores”<sup>84</sup>.

Este cambio de enfoque hará que Bonó se aparte de la ideología liberal que dominaba a los intelectuales cibaenos de la época y que comience a plantear la

---

<sup>82</sup> Raymundo González, op.cit., p. 46.

<sup>83</sup> La mayoría de los estudiosos dominicanos atribuye esta reclusión al fusilamiento de Pepillo Salcedo por parte de las mismas filas revolucionarias que dirigía durante la guerra de la Restauración. González explica que este hecho “había propinado a los ojos de Bonó un fuerte golpe a la conciencia moral de la revolución”. Ibid., p. 48.

<sup>84</sup> Raymundo González, op.cit., p. 49.

problemática de la identidad y de la formación nacional, no desde la visión de las clases dirigentes, sino de la mayoría del pueblo: los negros y mulatos campesinos. Con ese objetivo comienza a observar las costumbres y los medios de producción del campesino cibaeño, principalmente el productor de tabaco. Se da cuenta de que el “progreso” tan anhelado por antiguos compañeros de ideología no se corresponde con la realidad de la mayor parte de la población. Incluso corrige muchas de sus anteriores observaciones sobre la incapacidad del campesino dominicano para adaptarse a métodos de producción capitalista que desembocaran en la creación de una economía agro-exportadora. Por ello, advertirá sobre el impacto que tiene en la población la imposición de nuevos cultivos como la caña de azúcar y el cacao, producidas con capital extranjero que iban expulsando al campesino de sus tierras y convirtiéndolo en un simple trabajador del campo por una miseria de jornal.

Gobierno, legislación y prensa han hecho y hacen, para cambiar el valioso y relativamente fácil cultivo del tabaco, nuestra sola riqueza cambie en el exterior, nuestra áncora de salud, por café, cacao, ramé y otros cultivos desconocidos, cada vez que los cálculos comerciales no salen a satisfacción de los interesados<sup>85</sup>.

Al contrario que todos los defensores de la ideología del progreso, defenderá la permanencia de los “terrenos comuneros” como única forma para que el campesino tenga acceso a la tierra y pueda mejorar su nivel de vida. Esta temática dominará el análisis conocido como “cuestión Hacienda”.

Otro punto novedoso en los planteamientos de Bonó —que no volverán a repetirse en pensadores dominicanos hasta la muerte del dictador Trujillo en 1961— es que no concibe la no predominancia de la raza blanca en la población dominicana como un impedimento para el desarrollo de la nación. Es el primero que no trata de disimular el

---

<sup>85</sup> Bonó, “Opiniones de un dominicano”, p. 280.

fuerte componente afrocaribeño de la población consciente que el mestizaje se dio entre blancos europeos y negros africanos esclavos y no con indios que ya se habían extinguido.

Bonó presenta la teoría del “mulatismo”. Desde su punto de vista, en la República Dominicana, gracias al tipo de colonización y posterior abandono de la isla por parte de la corona española, la mezcla de razas se dio de forma pacífica, borrándose las líneas entre amos y esclavos debido a la pobreza en que estaban sumidos ambos. En contraposición, en Haití la extrema crueldad de la colonización francesa engendró la violencia que luego se desataría durante la revolución. Así, sostiene que en Santo Domingo sería imposible una confrontación racial. Para muchos autores, Bonó idealiza las relaciones sociales en su presentación de una especie de armonía racial que obvia episodios claves de la historia en el que los conflictos se han puesto en evidencia<sup>86</sup>. Sin quitar validez a esas críticas, me parece importante señalar que la simple aceptación de que el problema del atraso y la pobreza en que vivía el país no era causado por las características eugenésicas de sus pobladores, ya era un paso gigantesco teniendo en cuenta la ideología de la época. Además, es el primer pensador dominicano que reivindica las medidas sociales que implementaron los diversos gobiernos haitianos durante la ocupación de la parte este de la isla. Admite que “fueron elementos transformadores para nosotros [los dominicanos]: primero, la libertad del esclavo y la igualdad política y civil; segundo, la demostración de los bienes y vínculos; tercero, gran parte de las tierras entraron al dominio directo de aquellos que la poseían”<sup>87</sup>.

---

<sup>86</sup> Pedro de San Miguel sostiene esta argumentación en: *The Imagined Island*, op.cit., pp. 36-66.

<sup>87</sup> Franklyn Franco, *Historia de las ideas políticas en la República Dominicana*, Editora Nacional, Santo Domingo, 1981, p.69.

### **2.3. Las clases trabajadoras**

En sus análisis de la sociedad dominicana Bonó va poniendo el énfasis en las vicisitudes que sufren los campesinos. Esto lo lleva a comenzar a plantear la problemática nacional no desde el punto de vista de las clases dominantes, para las cuales el pueblo por su barbarie y su propensión a las revoluciones no era capaz de construir una nación viable sin el protectorado de una potencia extranjera, sino desde la visión de la incapacidad de las clases rectoras para cuajar un proyecto de país que incluyera a las mayorías trabajadoras. Tomando algunas premisas de las teorías del “socialismo utópico” que se desarrollaba principalmente en Francia<sup>88</sup>, carga la responsabilidad del caos y el caudillismo en el entreguismo y la rapiña de los que deberían ser los veladores del bien público.

En sus “Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas” (1881), Bonó es pionero en la división sociológica de la sociedad nacional en dos clases: la clase directora y la clase trabajadora. De la primera dice que, “desprovista de amor al bien público, de talento y de valor y afincada en el privilegio del color de la piel”, todo lo espera del extranjero. Mientras que de la clase trabajadora anima a ver su “afán del día, profundizar los obstáculos que superan, los progresos que realizan [...] debe agradecerseles la escasa disciplina que han adquirido, combinada con la iniciativa que despliegan para sostener y salvar la nación”<sup>89</sup>.

Otro matiz interesante de su análisis es su crítica –no abandono– del liberalismo como sistema económico. Para él, era importante definir qué tipo de progreso quería conseguirse y sopesar los costos del mismo, en lugar de confiar ciegamente en las leyes del mercado. En ese sentido antepone al liberalismo un criterio de justicia social que

---

<sup>88</sup> En varios de sus ensayos Bonó cita a Hugo Felicidad de Lammannais (1782-1854), publicista francés que abrazó el socialismo utópico.

<sup>89</sup> Bonó, “Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas”, p. 209.

debe asegurar la distribución del tan anhelado progreso a las distintas clases sociales dominicanas, siendo esencial la evaluación de lo que más conviene a las mayorías del pueblo, en lugar de la erradicación de sus medios de vida por considerarse pre-capitalistas. Así, en sus reproches a los intelectuales por la ruina a que se sometía a los campesinos de la región este (dedicada principalmente a la ganadería y a la agricultura de subsistencia) con la implantación de grandes plantaciones de caña de azúcar, dice:

Hemos sido vencidos, el mal está a la puerta y nadie se mueve aún. ¿Temieron acaso entonces que fuésemos enemigos del capital? No. Yo por mi parte soy enemigo de las injusticias sociales que arrastran consigo desastres infinitos, las que hacen descender al hombre de su alta posición de ser racional, inteligente, independiente, a la de bruto, a la de cosa, pero no lo soy de la alianza del capital y del trabajo<sup>90</sup>.

Como resumen, el pensamiento de la última etapa de la vida de Bonó se basó en la división en clases de la sociedad dominicana, en la denuncia del impacto que los cambios de producción agraria acarrearían para los campesinos y en la elaboración de un proyecto nacional que incluyera a la mayoría de la población compuesta por negros y mulatos.

Lamentablemente no puede decirse que los principales postulados de Bonó hayan influido de una manera determinante en el pensamiento identitario dominicano. Sus planteamientos sobre la raza, organización estatal y modos de producción, fueron desechados, no sólo por los grupos conservadores de las clases dirigentes del sur del país, cuyos intereses político-económicos se veían directamente afectados por estas propuestas, sino también por el mismo grupo de intelectuales liberales cibaños cuyo proyecto de establecer una República democrática capitalista se vería frustrado por el establecimiento de la dictadura de Ulises Heureaux. Y es que para este grupo de

---

<sup>90</sup> Bonó, “Opiniones de un dominicano”, p. 282.



intelectuales liberales, la puesta en cuestión del sistema capitalista, y del tan anhelado “progreso material” debido a sus efectos para la mayoría de la población del país, era visto como una excentricidad imposible de concebir. A medida que la aplicación del proyecto liberal iba fracasando estrepitosamente, en lugar de escuchar a Bonó y poner el énfasis en las deficiencias del proyecto, los pensadores se aferraron a culpar a la mayoría de la población por su presunta “incapacidad para la vida civilizada”.

No fue hasta 1961 cuando la generación intelectual postrujillista comienza a buscar precursores de un pensamiento socialdemócrata que planteara una definición del discurso sobre la identidad dominicana que no estuviera sometido ni a las leyes deterministas raciales ni a principios económicos liberales. Esta generación, encabezada por los historiadores Raymundo González y Roberto Cassá, rescató los escritos olvidados de Bonó y propuso una interpretación diferente del devenir histórico de la República y los principales problemas que justificaban su atraso económico y social.

Sin embargo, el aborto del proyecto democrático de Juan Bosch (que veremos en los próximos acápite), reinstauró a los grupos dirigentes del trujillato, los cuales arremetieron contra cualquier discurso identitario que pudiera poner en entredicho los privilegios de que disputaban. A partir de los años ochenta del siglo pasado se logró la inclusión de Bonó en el canon intelectual dominicano como uno de los pensadores sociales más importantes del siglo XIX, pero su legado, aunque ha tenido bastantes seguidores en el ámbito académico, no ha encontrado figuras con poder político que intentaran llevar a la práctica alguna de sus adelantadas reformas estatales.

### **3. Del positivismo al pesimismo: Eugenio María de Hostos, Américo Lugo, Francisco Moscoso Puello, Federico García Godoy y José Ramón López.**

El período comprendido entre 1880 y la primera ocupación militar norteamericana en 1916 se caracterizó por un intento desesperado de los intelectuales de hacer funcionar el proyecto liberal que venían tratando de implementar en la República Dominicana desde la victoria en la Guerra de Restauración. Con la sucesión de gobiernos del llamado Partido Azul y el desprestigio de los líderes políticos del sur del país, la causa liberal parecía ya no tener ningún obstáculo real para consolidarse. Sin embargo, las mismas contradicciones del sistema capitalista liberal, aparte de la selectiva mirada de la intelectualidad –a excepción de Bonó– con respecto a la inclusión de las clases populares en el proyecto nacional, desembocaron en una incapacidad manifiesta por amainar las constantes revoluciones y regímenes autoritarios que se iban sucediendo. La idea del progreso, de convertir a la incipiente nación en un país moderno a la manera europea y norteamericana, se fue tornando en una frustración para los pensadores. Pero lejos de comenzar a cuestionar el sistema político-económico que se quería implantar en el país, o simplemente los métodos utilizados para esa implantación, la intelectualidad volcó toda su frustración en un reproche encarnizado al pueblo dominicano por su incapacidad congénita para asumir formas organizacionales modernas y civilizadas.

Sobre este período, el sociólogo holandés Harry Hoetink dice:

Así las ideas políticas oscilan entre el realismo e idealismo, entre lo que parece posible aquí y lo que era admirado en otra parte. El uso, a veces simultáneo, de dos marcos de referencia, el criollo y el extranjero-moderno, llevaba aún a los más liberales entre los políticos a una forma de esquizofrenia política<sup>91</sup>.

Es por eso que propongo estudiar de manera conjunta la serie de intelectuales anunciados en el subtítulo, pues sus aportes en materia de formación nacional –quizás con la única excepción de Hostos– se limitan a la crítica eugenésica y biológica de la población dominicana (aunque en otras materias como la literatura o las leyes la mayoría haya dejado una obra mucho más extensa).

Pero antes es importante destacar que los verdaderos problemas para la realización de la idea liberal de progreso material en la República Dominicana fueron<sup>92</sup>, por un lado, los errores teóricos propios del liberalismo que propugna la eficacia de las leyes del mercado pero que necesita para su establecimiento un control estatal que rechaza. En segundo lugar, las constantes revoluciones que desafiaban las instituciones y el poder central. Tercero, la reticencia de los campesinos a cambiar su modo de producción de subsistencia y tierras comuneras por un sistema capitalista, que a final de cuentas les empobrecía al convertirlos en jornaleros. Y por último, la imposibilidad de implementar un verdadero sistema educativo público que inculcara en la mayoría de la población el ideario científico y positivista.

---

<sup>91</sup> Harry Hoetink, *El pueblo dominicano: 1850-1900*, Universidad Católica Madre y Maestra, Santo Domingo, 1985. p. 160.

<sup>92</sup> Para un análisis detallado de los errores de los intelectuales liberales en el establecimiento de un sistema capitalista en la República Dominicana ver: Pedro L. de San Miguel y Roberto Cassá (eds.) op.cit., pp. 9-39.

### **3.1. Eugenio María de Hostos**

Para bien y para mal, intelectuales dominicanos del siglo XX de las más diversas tendencias reconocieron la fuerte influencia de las ideas de Eugenio María Hostos (1839-1903) en su formación. Este puertorriqueño, que vivió cerca de una década en el país, logró establecer una escuela de pensamiento social y político cuyos conceptos básicos aún pueden ser percibidos en el sistema educativo dominicano actual.

Luego de una corta estancia en 1875, Hostos se establece en Puerto Plata en 1879, radicándose al año siguiente en Santo Domingo, donde viviría hasta 1888. Reclamado por sus discípulos volvería al país en 1900 para morir tres años después. La llegada de Hostos a la isla coincidió con el momento de plenitud de las ideas liberales de proyecto nacional que el Partido Azul trataba de consolidar. El propósito inicial de Hostos fue continuar la lucha anticolonial y promover la independencia de Cuba y Puerto Rico del dominio español. Su proyecto de unión estratégica de las Antillas (Antillanismo) para poder hacer frente a los diversos imperialismos de las potencias de la época, encontró en la República Dominicana una tierra bastante fértil gracias a líderes como Gregorio Luperón y un selecto grupo de liberales de la región norte. Después de los primeros contactos con algunas comunidades dominicanas a través de viajes por la isla, Hostos decide tratar de implementar sus ideas en la única de las Antillas que había conseguido la independencia.

El aporte principal de la obra de Hostos en el país fue el establecimiento de un sistema educativo científico y formal –alejado del concepto escolástico de la educación que predominaba hasta entonces–, a través de la creación de las llamadas “Escuelas Normales”. Él mismo dirigiría la Escuela Normal de Santo Domingo hasta su salida del país. Desde la perspectiva de la teoría educativa, Hostos se sitúa en el punto intermedio

entre la educación escolástica tradicional y el humanismo renacentista que da prioridad a las bellas letras. Su discurso asume que la educación debe ser racional y empírica, apartándose tanto de la mitología religiosa como de la tradición grecoromana que propugnaba por la belleza de las formas. Sobre este punto, Julio Ramos explica:

En el momento en que el positivismo comenzaba a ser la ideología rectora de la educación en muchas zonas del continente, Hostos insistía en la racionalización de la pedagogía, atacando tanto los vestigios de educación religiosa como el *saber decir* enciclopedista<sup>93</sup>.

Aprovechando los importantes cambios político-económicos que iban transformando al país en aquellos años, Hostos incorporó a su proyecto educativo a destacadas figuras intelectuales, que formaron el núcleo del movimiento que se llamaría “normalismo”<sup>94</sup>, cuya misión era la creación de una elite intelectual que pudiera impulsar la “civilización” a través de cambios de legislaturas y educación popular. El Maestro –como se le conoce en República Dominicana– proponía establecer un proyecto nacional moderno basado en el positivismo organicista de Spencer. Dicho positivismo se basaba en la premisa de que “la sociedad es un organismo viviente, que forma todo un aspecto de la naturaleza real, que es exponente de un orden real, y que está sujeto a leyes naturales”<sup>95</sup>.

Para alcanzar el objetivo de una nación moderna que reflejara el ideal de civilización anhelado, Hostos veía necesario el conocimiento y desarrollo de las verdades demostradas científicamente y las leyes que gobiernan las relaciones sociales. Su objetivo era la formación de una elite científica autóctona que pudiera crear las instituciones necesarias para garantizar el clima de libertades políticas y humanas que se vivían en Europa y Estados Unidos.

---

<sup>93</sup> Julio Ramos, op.cit., p.52.

<sup>94</sup> Los principales integrantes del grupo fueron: los hermanos Francisco y Federico Henríquez y Carvajal, Salomé Ureña de Henríquez y Américo Lugo.

<sup>95</sup> Eugenio María de Hostos, *Moral Social*, Imprenta García Hermanos, Santo Domingo, 1888, p. 58.

El análisis que hace Hostos de la sociedad dominicana de entonces se basa en las observaciones que realiza en sus viajes por el país. En ellos se sorprende de las relaciones “primitivas” que predominan en el campesinado. Para el Maestro:

La sociedad dominicana aparece como una sociedad embrionaria, por el lastre colonial, del cual no ha podido desembarazarse. Sobre todo los sectores populares campesinos y urbanos forman una sociedad biológicamente enferma, que necesita convalecer, para avanzar hacia estados sociales superiores.<sup>96</sup>

A través de esta cita nos damos cuenta de que, acorde con su época, Hostos contempla la realidad dominicana desde la perspectiva de un pensamiento europeizante, donde las características propias del discurso sobre el ser dominicano deben variarse para poder ajustarse a la visión de civilización preconcebida, tomando como ejemplo a las grandes potencias. Por eso nos parece que las aseveraciones de Ramos dan justo en el clavo cuando dice que “Hostos sigue operando en el interior de la retórica iluminista y modernizadora cuya figura matriz es la antítesis civilización/barbarie. Sigue operando en el interior de un discurso sobre (y desde) América Latina como lugar del caos; representación, en último término, basada en la idea de un orden que se presupone realizado afuera: América Latina como carencia de la modernidad que define positivamente a Europa o EUA”<sup>97</sup>.

Aunque los aportes de Hostos en terrenos como la educación, la moral y la organización estatal han tenido una gran peso en el desarrollo de las ciencias sociales en la República Dominicana, desde el punto de vista del discurso sobre la identidad será ésa visión de América como territorio de un “caos” que es necesario ordenar a través del conocimiento occidental la premisa desde donde sus principales discípulos analizarán la problemática nacional dominicana. La mayoría se inclinará por las

<sup>96</sup> Raymundo González, “Hostos y la conciencia moderna en la República Dominicana”, en Pedro L. de San Miguel y Roberto Cassá (eds.) op.cit., p. 100.

<sup>97</sup> Julio Ramos, op.cit., p. 57.

derivaciones biologicistas del pensamiento de Spencer, que entroncan con la clasificación eugenésica de las razas entre superiores e inferiores, en relación con la constitución genética, el clima y una serie de factores que determinarían la capacidad de la sociedad para alcanzar o no el progreso.

### **3.2. Los discípulos**

Aunque Hostos no minusvalorara la intervención popular en la formación de la nación, sus postulados sobre la importancia del conocimiento científico y la creación de una elite de tecnócratas que pudieran desarrollar las instituciones necesarias para la modernización del país fueron tornándose, en la obra de sus discípulos, en una batalla ideológica entre lo “culto” y lo “bárbaro”. Quizás el mejor exponente de esa pugna fue el que se declaró como el más fiel seguidor de Hostos, Américo Lugo (1870-1952).

Intelectual precoz, Lugo se graduó de Derecho a los 19 años de edad. Durante toda su trayectoria buscó dar respuesta a la angustiante pregunta del porqué del atraso del pueblo dominicano como nación independiente. En 1899, en su primer libro, titulado *A punto largo*, encuentra su respuesta en la ignorancia de la mayoría de la población. Dicha ignorancia explicaba lo que llamará las actitudes “antipatrióticas” e “indolentes” de los campesinos que –según la visión de la elite intelectual– se lanzaba a apoyar cualquier revolución contra los gobiernos establecidos en la capital con el objetivo de ganar algunas monedas cuando se repartiera el botín, o lograr alguna sesión de terreno que los librara de la explotación de los capataces. Lugo, al igual que los intelectuales de la época, llama “antipatriótica” esa actitud debido al presupuesto de la clase dirigente de que las políticas que proponían serían buenas para la generalidad de la nación dominicana. Lo cierto es que las clases campesinas –como ya advertía Bonó– habían aprendido que el poder se distribuía según las regiones y los caudillos, y que los

proyectos progresistas de los intelectuales liberales se quedaban en papel mojado al aprobarse en el Congreso Nacional. Por eso, la actitud de los campesinos era la de unirse a los caudillos que tuvieran mayor poder, pues era el único medio de avance social que les presentaba la cerrada sociedad de entonces.

Volviendo a Lugo, la ignorancia de la mayoría de la población dominicana fundamentaba, además, la carencia de principios morales y civilizatorios que formarían la base del progreso de las naciones modernas. Así escribirá que “no hay que forjarse ilusiones sobre el valer moral del pueblo dominicano. El valer moral alcanza siempre el límite de la capacidad intelectual, y nuestra capacidad intelectual es casi nula”<sup>98</sup>. Y más adelante, refiriéndose las costumbres del pueblo dominicano, señala: “No conocen más ley que la fuerza, más hogar que el rancho, más familia que la hembra del fandango, más escuelas que las galleras... en general apático, belicoso, cruel, desinteresado”<sup>99</sup>.

Manuel Arturo Peña Batlle resume así el pensamiento de Lugo en este período:

Si la colectividad dominicana no había logrado encauzar su desarrollo por caminos de superación social, y, en consecuencia, no respondía la vida del grupo a las exigencias de una elemental constitución ética, no era posible pensar que aquellas gentes, faltas por completo de un ideal común de progreso, pudieran acomodar los fines de la administración pública a las más avanzadas normas de gobierno, como lo hacen los pueblos que están a la cabeza de la civilización<sup>100</sup>.

Partiendo de los postulados anteriores, Lugo pasará primero por el convencimiento de que en la época republicana del país los proyectos de civilización y progreso habían sido impuestos por una minoría de letrados enfrentados a la mayoría de la población, y segundo, por la negación de que el pueblo dominicano (entendido como

---

<sup>98</sup> Américo Lugo, “Sobre política”, en *A punto Largo*, Imprenta La Cuna de América, Santo Domingo, 1901, pp. 7-30.

<sup>99</sup> Ibid.

<sup>100</sup> Manuel Arturo Peña Batlle, “Semblanza de Américo Lugo” en *Ensayos Históricos*, Editora Taller, Santo Domingo, 1989, p. 226.



su población mayoritaria) constituya una nación en el sentido moderno del término. En 1916, apunta en su tesis doctoral:

De la lección atenta de la historia se deduce que el pueblo dominicano no constituye una nación. Es ciertamente una comunidad espiritual unida por la lengua, las costumbres y otros lazos; pero su falta de cultura no le permite el desenvolvimiento político necesario a todo pueblo para convertirse en nación [...] El Estado dominicano refleja lo que puede, la variable voluntad de las masas populares; de ningún modo una voluntad pública que aquí no existe. El pueblo dominicano no es una nación porque no tiene conciencia de la comunidad que constituye, porque su actividad política no se ha generalizado lo bastante. No siendo una nación, el Estado que pretende representarlo no es un verdadero Estado.<sup>101</sup>

La consecuencia principal de esta negación de identidad nacional a las masas populares es la justificación del autoritarismo. Si el pueblo no conforma una nación, ni el Estado puede representarlo hasta que éste desarrolle esa conciencia, entonces es imprescindible que una elite ilustrada imponga sus concepciones civilizatorias a esa mayoría que por su falta de desarrollo no puede alcanzar los estados superiores de convivencia necesarios para entrar en el club de los países civilizados.

Roberto Cassá explica que para Lugo “la inferioridad del pueblo llegaba a tal grado, a partir de los factores congénitos de corte racial, que lo inhabilitaba para ser sujeto de su realización”, de ahí su propuesta de una “dictadura ilustrada”, fundamentada en la necesidad de crear mecanismos de “freno a la constante irrupción de la masa en las esferas del poder a través de las revoluciones”<sup>102</sup>.

El convencimiento de que era necesario mantener gobiernos autoritarios para desarrollar la conciencia nacional de las masas formó la idea básica para el maridaje

---

<sup>101</sup> Américo Lugo, *El Estado Dominicano ante el Derecho Público*, Tipografía El Progreso, Santo Domingo, 1916, p. 124.

<sup>102</sup> Roberto Cassá, “Nación y estado en el pensamiento de Américo Lugo”, en Pedro L. de San Miguel y Roberto Cassá (eds.) op.cit., p.118.

entre los liberales y los conservadores. Esta síntesis entre ambas tendencias dominará la intelectualidad dominicana hasta la muerte del dictador Trujillo y aun en la actualidad tiene importantes representantes en la vida política nacional. Los dos pilares que completarán esta plataforma –ambos iniciados por Lugo, pero desarrollados a cabalidad durante el Trujillato– fueron la reivindicación de la tradición hispánica del pueblo dominicano y el papel del catolicismo en la formación de la incipiente identidad nacional.

Ambos planteamientos fueron la reacción de Américo Lugo y un pequeño grupo de la intelectualidad dominicana ante la primera invasión militar norteamericana al país (1916-1924). Como en el resto de Latinoamérica, a principios del siglo XX la reivindicación de los valores hispánicos y católicos se convirtió en “una expresión política espiritual de gran significación en todos los pueblos latinoamericanos que lucharon contra las acciones intervencionistas de los Estados Unidos, y que carentes en esos momentos de auténticas interpretaciones nacionales sobre sus orígenes, sobre su propia identidad, utilizaron este rasgo ideológico como instrumento de oposición, de combate, contra la penetración del imperialismo norteamericano”<sup>103</sup>.

A medida que el desprecio por las clases populares por parte de la intelectualidad fue buscando sus razones científicas, comenzaron a predominar los enfoques fundados en las ciencias naturales. De este período el mayor exponente de esta corriente fue José Ramón López (1866-1922). En su ensayo más conocido, *La alimentación y las razas* (1896), aplica la ortodoxia de las teorías eugenésicas de la época a la problemática del atraso de la República Dominicana. Su argumentación se basa en el convencimiento de que la población dominicana ha surgido de la degeneración de las razas que le dieron origen (indígena, española y africana):

---

<sup>103</sup> Franklin Franco, op.cit., p. 94.

La raza iba degenerando, perdiendo en tamaño, en vigor físico, en potencia mental. Cuando se realizó la independencia ya habíamos perdido mucho, y las guerras, que antes de esa época habían sido con causa de la degeneración, vinieron a ser posteriormente efecto de ella.<sup>104</sup>

Según López, esa degeneración se muestra y se nutre de los terribles hábitos de alimentación de los dominicanos, principalmente de los campesinos (que para ese entonces componían el noventa por ciento de la población de la República). En su visión, la raíz de todos los problemas del país provenía de lo que llama “la abstinencia” del campesino de los nutrientes necesarios para llevar una vida plena y productiva. Esta abstinencia no sólo ocasionaba dificultades físicas, sino sobre todo morales, siendo las principales características del carácter del campesinado “la imprevisión, la violencia y la doblez” (p. 48). Señala en otras páginas:

La abstinencia del campesino, la pereza muscular y mental en que ella le ha sumido, no sólo reduce, como acabamos de anotar, la suma de la riqueza nacional, de producción y consumo susceptible de impuesto, sino que combinándose con las consecuencias de las guerras civiles merma la población de la República y su moralidad. (p. 41)

Confrontado con la evidente realidad de que la frugalidad en los hábitos alimenticios de los campesinos se debían a un problema económico y no racial, acentuado, en la última mitad del siglo XIX, por el establecimiento de relaciones de producción capitalistas que desposeían a la clase trabajadora de la tierra y lo convertían en jornalero por un salario que no podía satisfacer sus necesidades, López ofrece la explicación de que la culpa debe ser impuesta a los campesinos por no regirse por las normas del libre mercado:

---

<sup>104</sup> José Ramón López, “La alimentación y las razas”, en *El gran pesimismo dominicano*, Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago, República Dominicana, 1975, p. 44. Las páginas entre paréntesis pertenecen a esta edición.

Pero si los campesinos ganan jornales tan reducidos, la culpa sólo es de ellos, y no se debe acriminar en nada a los empresarios. En ninguna parte pueden éstos fijar la cuantía de los salarios. Ella depende de la suma de trabajo que haya en el país relacionada a la de los brazos que han de ejecutarlo. Si el trabajo es poco y muchos los brazos, claro está que éstos, disputándose aquél, harán bajar, en la competencia, el salario que se les pague por la obra al mínimum compatible con el precio de los alimentos. (p. 47)

Es por esta razón que los intelectuales comienzan a desconfiar de la teoría de Hostos sobre la necesidad de establecer un sistema de educación moderno para poder traer la civilización a las masas populares. El argumento –que data del siglo XVIII, como vimos anteriormente– supone declarar la incapacidad racial de la población para la vida organizada.

Amargas dudas se ofrecen respecto a la eficacia de las ideas para civilizar esta masa incapacitada por el hambre, y toda esperanza de regeneración se vuelve hacia el alimento, porque el camino de la cabeza en las razas exhaustas va por el estómago y hay que fabricarles antes la cocina que la escuela, ineptas como son ya para el esfuerzo mental complicado, constante y poderoso que exige la civilización presente. (p. 36)

Por último, es importante señalar que José Ramón López fue evolucionando hacia posiciones sociológicas más orientadas hacia el bienestar del campesinado, reconociendo su importancia en la construcción de la identidad nacional. Estas concepciones fueron expuestas en su ensayo *La paz en la República Dominicana* (1915). Pero esta nueva postura no es muy conocida por los dominicanos debido sobre todo al uso ideológico de sus planteamientos iniciales, especialmente por el sistema propagandístico de la dictadura de Trujillo.

Ahora bien, a medida que la decepción y el pesimismo se fue apoderando de la elite intelectual dominicana, algunos autores trataron de poner de relieve los males de esa misma elite y de las clases dominantes a través de escritos ensayísticos con una

cínica jocosidad, burlándose de la tragedia cotidiana y futura que referían los pensadores.

El autor más representativo de esta postura fue Francisco Moscoso Puello (1885-1959), médico de profesión y literato por vocación. Su libro *Cartas a Evelina* (1941) es el resultado de la recopilación de sus artículos en forma epistolar publicados en varios medios de comunicación del país. Una pequeña parte de las cartas fueron escritas en 1913 y publicadas en la revista *La cuna de América*; mientras que la mayor parte fueron escritas entre 1930 y 1935 y vieron la luz dentro del matutino *Listín Diario*.

La línea temática que une estos artículos epistolares es la expresión de todos los prejuicios comúnmente aceptados sobre la “psicología del dominicano”. Es imposible saber con cuáles de estos prejuicios está en desacuerdo el autor y cuáles le parecen justificados. Así, sobre el sistema de gobierno dice: “¿Conoce usted un país que tenga tantas [leyes] como la República Dominicana? Los legisladores dominicanos son, a este respecto, muy originales. Todas las leyes son aquí importadas”. Y más adelante añade: “Aquí se prohíbe lo que está prohibido en los países civilizados y está autorizado todo lo que está en aquellos. De esto resultan anomalías que dan risa. Todos los años sale de las Cámaras una lluvia de leyes nuevas y se suprimen o derogan otras tantas”<sup>105</sup>.

En su visión todos los problemas del país se basan en la raza de los dominicanos y en el clima tropical que crea –según el autor– una especie distinta de ser humano y “sólo la selección natural podrá, con los siglos, crear una unidad étnica capaz de asumir los deberes y las obligaciones de una comunidad civilizada”(p. 54). Sin embargo, se

---

<sup>105</sup> Francisco Moscoso Puello, *Cartas a Evelina*, Editora Manatí, Santo Domingo, 2000, p. 3. Las páginas entre paréntesis corresponden a esta edición.

burla de la pretensión de la mayoría de los dominicanos de ser blancos, aunque esto signifique subir en la escala social.

Como usted no ignorará, los habitantes de la República Dominicana, somos en su mayoría mulatos, mulatos tropicales, que es un tipo singular de la especie humana [...] Pero debo advertirle, señora, que los dominicanos somos constitucionalmente blancos, porque ha sido a título de tales que hemos establecido esta República, que usted no debe confundir con la de Haití, donde los hombres comen gente, hablan francés *patois* y abundan los *papaluases* (p. 8).

En otra de sus cartas, Moscoso Puello se asombra del tiempo y el esfuerzo que invierten los dominicanos en la política y lo normal que perciben la corrupción estatal.

En honor a la verdad mis compatriotas piensan sin el mayor esfuerzo en el paseo, en el baile, en las mujeres y sobre todo en la política. Aquí es donde demuestran mejor sentido. La política es el arte de vivir del Estado [...] Aquí todos nos adherimos al Estado [...] vivimos de él, por él y con él. Al Presupuesto se le dice la gran mesa del Banquete Nacional (p. 15).

También fustiga lo que percibe como falta de espíritu emprendedor en los dominicanos, queda como resultado que los negocios estén en manos de extranjeros que por su dedicación y no por el capital que invierten se convierten en prominentes figuras del quehacer nacional.

Los hijos del país, no hacen nada, o viven de la política o barren las calles. Y no se preocupan por esto [el país]. No les importa. No están preparados para nada. Abandonan los negocios lucrativos por los empleos [...] Un nombramiento los enloquece [...] Son unos haraganes. Y no consideran esto como una deshonra, por el contrario, se sienten orgullosos (p. 42).

La conclusión de López es simple, las características básicas del comportamiento social del dominicano son: la haraganería, la corrupción, la ineptitud,

la violencia, la pillería y el alcoholismo. Por eso se lamenta “Con estos cimientos, ¿qué edificio podríamos construir? ¡El que tenemos!”(p. 70).

Como hemos mostrado, a partir del fracaso en el establecimiento del proyecto liberal del Partido Azul, compuesto en su mayoría por la intelectualidad cibaëña, la mayoría de los pensadores dominicanos se concentró en culpabilizar a la población por su incapacidad para asumirse como ciudadanos al estilo europeo y norteamericano. En un principio, Hostos puso el énfasis en crear un sistema educativo nacional que pudiera “inocular” el discurso sobre la identidad nacional a la mayoría de la población. Pero la compacta división en clases sociales en la República, hicieron imposibles la extensión de escuelas por todo el territorio nacional, quedándose sólo en las ciudades cuya población no alcanzaba el veinte por ciento del total. Hostos, quizás por su pensamiento humanista y sus experiencias en otros países de Hispanoamérica, entendió el atraso en que vivía el país como una consecuencia de la falta de organización propia de los estados caudillistas. Por eso sus primeros pasos no se dieron en el sentido de contacto con las comunidades rurales, sino en la dirección de la educación de las clases dirigentes, para que éstas contaran con los elementos necesarios para organizar la nación de una manera racional que aprovechara los grandes recursos de la isla. Sin embargo, la influencia del pensamiento determinista, además de –como ya hemos mencionado– la arraigada división de clases en la República atendiendo al color de la piel, proporcionó los elementos necesarios para que la mayoría de los intelectuales de finales del siglo XIX y principios del XX desecharan las posibilidades de crear una República democrática y comenzaran a plantearse la necesidad de “dictadores ilustrados” que condujeran al país por los senderos del progreso.

El autoritarismo de sus propuestas no tardaría mucho tiempo en ser respondido con el advenimiento al poder de Rafael Trujillo, uno de los dictadores más sangrientos que ocupara el sillón presidencial en un país latinoamericano.



#### **4. Hispanofilia y anti-haitianismo: Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer**

La primera ocupación militar norteamericana de la República (1916-1924) provocó un repunte del sentimiento nacionalista. La elite económica e intelectual, al igual que en los anteriores períodos en que la soberanía nacional se había visto comprometida a una potencia extranjera, mantuvo una actitud ambigua con respecto al gobierno militar estadounidense. Por una parte entendía y admiraba las reformas políticas y económicas que los ocupantes impusieron para el beneficio de las empresas y el efectivo control del caos caudillista de finales del siglo XIX. Incluso, retrospectivamente muchos intelectuales justificaron la ocupación militar como única forma de salvación del país. En un ensayo publicado póstumamente en 1954, Peña Batlle (1902-1954), quizás el más locuaz ideólogo del pensamiento nacionalista conservador dominicano, escribe que “poco antes de entrar los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, era tan patente nuestra ineptitud para el gobierno, que por fuerza, y como medida elemental de preservación estratégica, tuvo el gobierno de Wilson que ordenar la ocupación militar de nuestro país”<sup>106</sup>. Sin embargo, la suerte de quedar relegados a un segundo plano, tanto en la dirección de la cosa pública como en las jugosas inversiones empresariales, contribuyó a que una parte de esa elite se uniera a los esfuerzos de los sectores populares para que los norteamericanos salieran del país.

Como una forma de resistir la penetración cultural norteamericana muchos pensadores se dieron a la tarea de reelaborar la poco definida “identidad nacional” que languidecía desde el pesimismo de los intelectuales de finales del siglo XIX. Para cumplir ese objetivo utilizaron dos métodos principales: retomar el pensamiento

---

<sup>106</sup> Manuel Arturo Peña Batlle, *Política de Trujillo*, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1954, p. 9.

racialista del siglo XIX que priorizaba el componente blanco europeo en la cultura dominicana, y una reinterpretación radical de la historia para justificar la exaltación de los rasgos culturales hispánicos en el pueblo dominicano. El primer instrumento dio lugar al pensamiento biologicista de Joaquín Balaguer, mientras que el segundo da forma a la ideología historicista elaborada por Manuel Arturo Peña Batlle. La ideología que elaborarían estos intelectuales (principalmente Peña Batlle) se convertiría en doctrina durante el Trujillato. Este sistema de pensamiento se basó en dos elementos para identificar lo que se podía considerar como “lo dominicano”: primero la preeminencia de la raza blanca cuyos antecesores directos serían los conquistadores españoles. Por lo tanto, se magnifican los elementos culturales españoles (religión católica, idioma español), y además segundo, se produce un rechazo visceral a los componentes africanos de la cultura dominicana. Dichos componentes fueron externalizados y representados en el pueblo haitiano, portador y causa principal de todos los males que aquejaban a la República.

Hispanofilia y anti-haitianismo concentraron el pensamiento dominante entre los intelectuales dominicanos durante la dictadura de Trujillo. Y es importante señalar que aún cuenta con muchos adeptos en la actualidad. La antigua antítesis latinoamericana entre civilización y barbarie fue resuelta por los dominicanos a través de la amenaza del “imperio haitiano”. Ser dominicano comenzó a significar no ser haitiano, es decir, negro. Aunque resulte un poco irónico el establecimiento de una cultura anti-negra en medio de una población mayoritariamente mulata, el procedimiento fue común en muchos países de colonización ibérica. En el caso dominicano se trata de la alienación étnica de su población a través de la invención de una herencia indígena que justifique la mezcla racial evidente en los rasgos somáticos

de la mayoría de la población. Refiriéndose a la actualidad, Michiel Baud analiza el prejuicio racial dominicano:

Los prejuicios raciales en la República Dominicana no se enfocan en la situación interna, como ocurre en Brasil, sino casi exclusivamente en el “peligro” extranjero. Los prejuicios contra los “negros” se centran en los habitantes del país vecino Haití. La manipulación ideológica llevada a cabo por la elite ha contribuido en gran medida a ello. Sin embargo, resulta demasiado fácil decir que se trata únicamente de la manipulación de la opinión pública dominicana. Aunque es imposible averiguar con exactitud las causas de los prejuicios dominicanos, se debe considerar el antihaitianismo como una parte integral de la cultura dominicana. En amplios sectores de la sociedad, tanto en el campo como en la ciudad, tanto entre los de izquierda como entre los de derecha, existen prejuicios raciales en contra de los haitianos, que sobre todo están relacionados con su mal manejo del español, su falta de cultura, con su primitivismo (el vudú sería una prueba de ello) y su falta de higiene (actualmente asociada con el SIDA)<sup>107</sup>.

El último elemento que quiero señalar del pensamiento de este período es la defensa de un sistema de gobierno autoritario como única posibilidad de que la nación fuera viable y organizada. Para Peña Batlle, “los métodos de disciplina, si se quiere hasta exagerados, son imprescindibles en el vivir de los dominicanos”<sup>108</sup>. Mientras que Balaguer entendía que la democracia dominicana debía ser *sui generis*, “porque la democracia, como la entienden y ejercitan algunos países, es lujo que no podemos gastarnos nosotros”<sup>109</sup>. No es de extrañar que estos dos intelectuales jugaran un papel protagónico en los años represivos de la dictadura de Trujillo.

---

<sup>107</sup> Michiel Baud, (et.al.), *Etnicidad como estrategia en América Latina y el Caribe*, op.cit., p. 126.

<sup>108</sup> Manuel Arturo Peña Batlle, op cit., p. 86.

<sup>109</sup> Joaquín Balaguer, *El principio de la alternabilidad en la historia dominicana*, Conferencia en el Ateneo Dominicano, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1950, p. 5.

#### **4.1. Peña Batlle: historia y nación**

Manuel Arturo Peña Batlle es el intelectual que más coherencia y sofisticación ha dado a los planteamientos de los nacionalistas conservadores del país sobre la identidad nacional. Su influencia ha traspasado la imposición circunstancial de la dictadura de Trujillo para convertirse en fuente irrefutable del pensamiento conservador actual.

Aunque desde muy joven estuvo envuelto entre los intelectuales nacionalistas que propugnaban por una salida sin condiciones de las tropas norteamericanas en la isla, no fue hasta la década de 1940 cuando se convertiría en el pensador más influyente del país. A esto, obviamente contribuyó su adhesión entusiasta al régimen de Trujillo, hasta el punto de ser considerado “el más sagaz y decidido intérprete de las ideas políticas de Trujillo”, en palabras de Joaquín Balaguer. Prácticamente toda la producción de Peña Batlle está dedicada a la cuestión identitaria nacional<sup>110</sup>. Estudia la historia dominicana como una sucesión de cuatro tragedias que ha vivido el país desde su fundación. Cada una de ellas habría durado un siglo. Estas “vicisitudes sociales” en palabras de Pedro San Miguel son:

In the sixteenth century, the vicissitude that the colony had to face was the Protestant Reformation, of which smuggling was merely a secular, material expression. In the seventeenth, it was the buccaneers and the freebooters, representatives of the crass individualism spawned by nascent capitalism. The eighteenth century was the period of territorial encroachment by the French colony that had sprung up in the western part of Hispaniola. And finally, in the nineteenth century, Santo Domingo had to validate its existence in the face of the influx of refugees from the slave revolt that had broken out in Haiti, the positivism and materialism that had come from France, and the Haitian Domination. Given such onslaughts, according to Peña Batlle, the Dominican community had to struggle mightily to maintain its Hispanic identity.<sup>111</sup>

<sup>110</sup> Los escritos que citaré de Peña Batlle se encuentran reunidos en el libro: Manuel Arturo Peña Battle, *Ensayos históricos*, op.cit. En adelante citaré: Peña Battle, título del artículo y página del libro.

<sup>111</sup> Pedro L. de San Miguel, *The imagined Island*, op.cit., pp. 24-25.

Sus tesis principales son: primero, que la esencia de la identidad dominicana hay que buscarla en el primer siglo de la conquista española, siendo los dominicanos una mezcla prioritariamente de españoles con algunos rasgos indígenas. Segundo, que la mala administración de la colonia por parte del imperio español (escenificado en las devastaciones de 1605-1606) dio lugar a la decadencia de la sociedad dominico-española, causando el éxodo masivo de las “principales familias” de la colonia. Y, por último, derivado del anterior axioma, el convencimiento de que el establecimiento de la colonia francesa de Saint Domingue en la parte oeste de la isla y la posterior formación de la República de Haití constituyen una amenaza eterna a la raza (española) y a la cultura (cristiana) de los dominicanos.

La primera tesis la sustenta utilizando un discurso dual tanto para referirse a los colonizadores españoles como a la población indígena de la isla. Sobre los españoles propone una lucha entre la brutalidad de la conquista y las voces que salieron en defensa de los aborígenes, como la del padre Bartolomé de las Casas. Esta dualidad le permitirá resaltar los elementos positivos de la herencia española pudiendo tomar distancia del poder imperial.

Ante las miras absorbentes del imperialismo en América se levantó el opuesto y generoso criterio de los que defendieron la libertad de los indios y abogaron por ella y aun por la autonomía política de los pueblos recién descubiertos. La lucha entre ambos bandos fue larga y ardorosa. La comenzaron los padres dominicos con sus comentadas

---

*“En el siglo XVI, la vicisitud que la colonia tuvo que enfrentar fue la Reforma Protestante, de la cual el contrabando era solamente la parte secular, la expresión material. En el siglo XVII, fueron los bucaneros y filibusteros, representantes del burdo individualismo producido por el naciente capitalismo. El siglo XVIII fue el periodo de cercenamiento del territorio por el establecimiento de la colonia Francesa que había florecido en la parte occidental de la Hispaniola. Y finalmente, en el siglo XIX, Santo Domingo tuvo que revalidar su existencia frente al influjo de los refugiados de la rebelión esclava que había surgido en Haití, el positivismo y el materialismo venido de Francia, y la dominación haitiana. Dados esos ataques, de acuerdo a Peña Batlle, la comunidad dominicana tuvo que luchar vigorosamente para mantener su identidad hispánica”.*

predicaciones de 1510 ante el Virrey y gente rica de la Española y la cerró con su muerte el inmortal Bartolomé de las Casas, campeón de la buena causa de América.<sup>112</sup>

La raza indígena es presentada por Peña Batlle como una especie de “buenos salvajes” a la manera de Rousseau y del mito clásico. Por una parte, alaba su espíritu de conservación y hasta justifica las rebeliones que protagonizaron caciques indígenas contra los españoles. Incluso dedica uno de sus ensayos más extensos al análisis de la llamada Rebelión de Bahoruco, para rescatar la figura del jefe indígena Enriquillo, que se sublevó contra los conquistadores españoles y formó la primera resistencia activa de la isla, como un legítimo líder que luchó por la libertad de su pueblo. Sin embargo, contempla la extinción de la raza aborígen como una inevitable consecuencia de la modernidad y de la asimilación hacia la civilización representada por la cultura española.

La segunda tesis de Peña Batlle es común a casi todos los pensadores dominicanos que han estudiado críticamente la historia del país desde los tiempos de la colonia. Para ellos, la incapacidad y dejadez del imperio español para administrar la colonia dio lugar al aprovechamiento de la misma por parte de otras potencias que buscaban expandir sus dominios en América.

El error fundamental que reprocha Peña Batlle a los colonizadores fue la política de despoblar las dos terceras partes de la isla para poder controlar el contrabando y la infiltración de las ideas luteranas en la colonia. Esta decisión originó el establecimiento de aventureros y piratas, que luego se formalizó con la cesión a Francia de la parte occidental de la isla. Así, Peña Batlle personifica en el gobernador

---

<sup>112</sup> Peña Batlle, “Enriquillo o el germen de la teoría moderna del Derecho de Gentes”, p. 28.

Antonio de Ossorio la desastrosa decisión de llevar a cabo las devastaciones y las consecuencias que de ella se derivaron:

Por su manifiesta incapacidad administrativa comprometió el porvenir y dio pie a los más serios problemas sociales que ha confrontado y que confrontará la isla. Don Antonio Ossorio es el padre de la dualidad social y étnica en que aquella se ha repartido y el causante de la languidez y el abatimiento con que se ha desarrollado la nacionalidad dominicana. A la desastrosa y tiránica administración de Ossorio debemos nosotros, los dominicanos, muchos de nuestros vicios y casi todas nuestras deficiencias de conjunto.<sup>113</sup>

Una vez consumado durante el siglo XVII el establecimiento de la colonia francesa de Saint Domingue, las políticas coloniales de Francia tendrían consecuencias de largo alcance para la parte española de la isla. El modelo de plantación extensiva, con la importación de miles de esclavos africanos, cuyo brutal tratamiento no permitió su sociabilización como seres humanos –como a juicio de Peña Batlle sucedió en Santo Domingo–, desencadenó la sangrienta revolución negra que fundó la República de Haití. La firma del Tratado de Basilea (1795) mediante el cual España cedió su parte de la colonia a Francia es para Peña Batlle el segundo gran error de la administración imperial española, pues por su política derrotista condenó a la degeneración la incipiente identidad nacional de los españoles-dominicanos.

Nos traspasaron y vendieron como si se tratara de un hato de bestias, sin tener presente que para la fecha de la cesión existía en Santo Domingo, madura, una conciencia colectiva refractaria a toda ingerencia extraña y un sistema social y jurídico debidamente enlazado al proceso de nuestra formación histórica.<sup>114</sup>

A diferencia de los pensadores que le precedieron y de los nacionalistas que le seguirán, Peña Batlle no incluye en sus planteamientos referencias que puedan ser

---

<sup>113</sup> Peña Batlle, “Las devastaciones de 1605-1606”, p. 106.

<sup>114</sup> Peña Batlle, “El tratado de Basilea”, p. 53.

consideradas racistas. Su tercera y última tesis sobre la amenaza que representa Haití a la República Dominicana es más de carácter cultural que étnico. La penetración haitiana, primero militar y luego con el rostro de los braceros de la industria del azúcar, suponía una desviación de las costumbres españolas del pueblo dominicano como su religión católica y su idioma castellano. El problema identitario se resume así a la lucha de los dominicanos por conservar sus raíces hispánicas.

Por esto Peña Batlle defiende a nacionalistas como Pedro Santana, que anexó la recién emancipada República a España, pues a diferencia de las demás naciones hispanoamericanas, los dominicanos luchaban no para independizarse del amo colonial, sino para preservar su identidad española.

Cuando ya entrado el siglo XIX los pueblos hispanoamericanos comenzaron la lucha por la independencia sus esencias sociales tenían moldes definidos. Se independizaron de España después de haber aprendido a vivir el contenido de los regímenes políticos que vació en las provincias la Madre Patria. Se independizaron cuando se les maduró la conciencia. En cambio, los dominicanos maduramos la nuestra luchando por no dejar de ser españoles. El fenómeno es curioso e interesante: la independencia dominicana representa un movimiento social de introspección. Continuamente nos hemos visto obligados a volver hacia atrás —por vías de conservación— para no perder nuestras características permanentemente amenazadas por el imperialismo calvinista, por el materialismo y por el africanismo básico de la formación social haitiana.<sup>115</sup>

#### **4.2. Joaquín Balaguer: la raza dominicana**

El pensamiento de Peña Batlle tuvo muchos seguidores y sus planteamientos fueron convertidos en la versión definitiva e inviolable de la historia por la tiranía trujillista. Sin embargo, el nacionalismo conservador se alejó de la búsqueda académica y crítica de los elementos históricos que podían sustentar su visión de la identidad dominicana, tornándose en una mecánica repetición de argumentos abiertamente

---

<sup>115</sup> Ibid., p. 61.



racistas que hacían referencia a pseudoteorías del siglo XIX. Mucho de esto se debió a la influencia de Joaquín Balaguer (1906-2002). No dedico este espacio para analizar el pensamiento del doctor Balaguer por su valor analítico, ya que la mayoría de sus planteamientos habían sido descalificados científicamente ochenta años antes de que éste los presentara como explicación a los problemas identitarios dominicanos. La razón por la que es interesante revisar sus obras es porque no existe otra figura dominicana que haya encarnado como él el pensamiento nacionalista conservador y que, debido a su gran influencia en diversas posiciones políticas estatales, haya tenido la oportunidad de implementar sus ideas hasta convertirlas en verdaderos mitos culturales de la elite dominicana.

Balaguer fue un intenso colaborador del régimen de Trujillo. Ocupó una variedad impresionante de cargos públicos, entre los que destacan Ministro de Educación y Ministro de Relaciones Exteriores. Además fue nombrado presidente de la República por Trujillo, teniendo la fortuna de estar en esa posición cuando el tirano cayó asesinado (1961). Luego de un breve exilio, accede nuevamente a la Presidencia en 1966 en unas elecciones marcadas por las más diversas irregularidades. Se mantendría en el poder hasta 1978, completando el período que los dominicanos denominan “los doce años”. En 1986, con 78 años de edad y graves problemas de visión, gana las elecciones y gobierna (utilizando múltiples fraudes electorales) hasta 1996.

Ahora bien, la mayor parte del pensamiento balaguerista sobre la identidad dominicana se encuentra reunido en el libro titulado *La isla al revés: Haití y el destino dominicano*, publicado en 1983. Este libro copia partes completas de otro publicado por el autor en 1947 titulado *La realidad dominicana*. A diferencia de Peña Batlle, para quien el mayor objetivo era encontrar las claves históricas de la identidad dominicana,

Balaguer da por sentada dicha identidad considerándola simplemente una prolongación del pueblo español. Los elementos culturales que no corresponden a la herencia española serían el producto de la terrible influencia del “imperialismo haitiano”.

Santo Domingo es, por instinto de conservación, el pueblo más español y más tradicionalista de América. Desmembrado por el Tratado de Ryswick y vendido después, "como un hato de bestias", se ha aferrado, sin embargo, a su abolengo español como un medio de defenderse de la labor desnaturalizante realizada contra él por el imperialismo haitiano.<sup>116</sup>

El nudo de la argumentación de Balaguer es que la “raza dominicana”, que se caracteriza por los rasgos somáticos caucásicos, la religión católica y el idioma español, está en peligro de ser abducida por la salvaje y promiscua “raza etíope” representada por el pueblo haitiano.

El primer indicio de esa desnacionalización lo constituye la decadencia étnica progresiva de la población dominicana. Pero la disminución de sus caracteres somáticos primitivos es sólo el signo más visible de la desnacionalización del país que va perdiendo poco a poco su fisonomía española (p. 45).

Utilizando las teorías eugenésicas del siglo XIX, Balaguer asegura que la mezcla racial produce la degeneración de la raza superior (la blanca), cargando a los negros con una amalgama impresionante de defectos genéticos y morales que irían traspasando a la española raza dominicana. Así, la pérdida de los rasgos físicos es el mal menor, mientras que la “degeneración moral” es la causante de todos los problemas que ha enfrentado la nación.

El contacto con el negro ha contribuido, sin ningún género de dudas, a relajar nuestras costumbres públicas. La moral del campesino dominicano, en las zonas rurales donde ha sido mayor el trato con Haití, tiende visiblemente a descender para colocarse a los

---

<sup>116</sup> Joaquín Balaguer, *La isla al revés, Haití y el destino dominicano*, Fundación José Antonio Caro, Santo Domingo, 1983, p. 59. Todas las citas pertenecen a esta edición.

niveles de la de sus vecinos [...] El inmigrante haitiano ha sido también en Santo Domingo un generador de pereza. La raza etiópica es por naturaleza indolente y no aplica su esfuerzo a ningún objeto útil sino cuando tiene necesidad de obtener por esa vía su propia subsistencia (pp. 45-52).

Lo que Balaguer llama “imperialismo haitiano” hace referencia a la lucha de independencia dominicana para separarse de Haití en 1844, cuando el ejército y la economía haitiana superaban los recursos dominicanos y buscaban la unificación de la isla. Pero en el siglo XX, cuando las circunstancias se habían invertido, resulta impensable una amenaza militar por parte del estado haitiano. Entonces Balaguer establece el símil entre el antiguo soldado haitiano y el actual inmigrante en busca de trabajo en la industria azucarera. El enfoque en lo que llama “el factor demográfico”, refiriéndose a la pretendida capacidad de la raza negra para multiplicarse con mucha mayor rapidez que la blanca, es la mayor amenaza que afronta el pueblo dominicano. La presión que ejercen los haitianos a los recursos naturales de la isla y el peligro que constituye su presencia entre los dominicanos (con las posibilidades de mezcla racial que ello propicia) resulta para Balaguer en la nueva estrategia de conquista del “imperialismo haitiano”.

Otro punto en que hace hincapié Balaguer es en la necesidad de exorcizar cualquier sentimiento de culpa que los dominicanos pudieran tener con respecto a la matanza de entre doce y veinte mil haitianos ordenada por el dictador Trujillo en 1937. En su visión, aunque drástica, esa medida puso freno a la incesante penetración de haitianos en la frontera con su consiguiente influencia en los pueblos fronterizos dominicanos. Incluso Balaguer llega a hacer responsable a la “influencia degenerativa haitiana” el hecho de que muchos intelectuales dominicanos en el exilio defendieran el derecho del pueblo haitiano a recibir indemnizaciones por tan cruel matanza.

La influencia de Haití ha tenido también un efecto disgregativo sobre el alma dominicana. La continua afluencia de extranjeros de raza de color, mezclándose constantemente con las clases inferiores de la sociedad que son, como en todas partes, las más susceptibles a todo género de presiones malsanas, ha quebrantado el sentimiento patriótico y el sentimiento de la solidaridad nacional. Cuando se produjo en 1937 el conflicto entre la República Dominicana y Haití, motivado por las matanzas indiscriminadas decididas por el régimen a la sazón imperante, muchos dominicanos, por razones de orden político, ofrecieron su apoyo al gobierno haitiano, hecho incalificable que demuestra hasta qué punto el comercio con nuestros vecinos ha corrompido la fibra sagrada de la dominicanidad en no pocos individuos pertenecientes a las clases más elevadas de nuestra sociedad (p. 48).

Pero ¿quiénes son esos dominicanos “originarios” que el autor presenta como el culmen de la dominicanidad? Pues al igual que en Cuba se estableció la figura del “guajiro” y en Puerto Rico la del “jíbaro”, en la República Dominicana se esgrimió el mito del “campesino cibaeño”<sup>117</sup>, cuya piel notablemente más clara que la del resto de los pobladores de la isla apoya la hipótesis del pensamiento nacionalista conservador de que los moradores originarios de los que se deriva el pensamiento nacional dominicano son campesinos descendientes de andaluces y canarios. En *La isla al revés* Balaguer llega al extremo de presentar fotografías de pobladores de la región norte del país para probar que los fenotipos originales del dominicano son, y siempre han sido, los característicos de la raza caucásica.

Por último, es importante señalar que los escritos de Balaguer sobre la identidad nacional dominicana tienen más de oportunismo político que de un real interés sociológico. Durante prácticamente toda su carrera política, después de la muerte de Trujillo, su principal contendiente fue el dirigente del Partido Revolucionario

---

<sup>117</sup> Una comparación entre las diferentes figuras que son presentadas como portadoras de la nacionalidad en las islas del Caribe puede encontrarse en: Harry Hoetink, *Santo Domingo y el Caribe*, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1994.

Dominicano (PRD) José Francisco Peña Gómez, cuyo color de piel y rasgos africanos hacían especular que fuera de origen haitiano. Balaguer utilizó sus planteamientos antihaitianos para levantar el miedo que desde la dictadura de Trujillo se les ha inculcado a los dominicanos de una supuesta unificación de la isla, ordenada por las potencias occidentales. Así, reavivando el discurso racista del trujillato, Balaguer pudo mermar las posibilidades de Peña Gómez de llegar al poder. Como bien dice David Howard:

Haitians are the scapegoats in Dominican society. [...] “Haitian” is a signifier that functions as a switch word, connecting themes of poverty, criminality, negritud and backwardness<sup>118</sup>.

---

<sup>118</sup> David Howard, *Coloring the nation*, Lynne Rienner Publishers, Colorado, Estados Unidos, 2001, p. 30. “Los haitianos son los chivos expiatorios de la sociedad dominicana. “Haitiano” funciona como una palabra clave que evoca temas de pobreza, criminalidad, negritud y atraso”.

## 5. La composición social dominicana: Juan Bosch

Pedro de San Miguel sostiene que, a pesar de las diferentes ideologías que debaten la presentación del problema identitario dominicano, en lo esencial tanto la izquierda como la derecha presentan la historia del surgimiento de la nación dominicana como una tragedia<sup>119</sup>. Resulta interesante plantearse las razones por las cuales hombres tan diferentes como Manuel Arturo Peña Batlle, Balaguer y Juan Bosch, que jugarían un papel determinante en la vida política y social la República durante más de medio siglo y fundarían los tres partidos políticos que aún hoy se disputan las elecciones a la presidencia del país, llegaron a la conclusión de que el surgimiento de la nación dominicana ha sido el producto de anomalías que se han ido perpetuando hasta conformar esa amalgama de privilegios y desigualdades que hoy se llama República Dominicana.

En el espectro político, mientras Balaguer y Peña Batlle se inclinan por una democracia cristiana regida por el capitalismo, Bosch pasa de concepciones de capitalismo democrático a un marxismo moderado. Sin embargo, en algún momento de su vida todos abogaron por la necesidad de un gobierno autoritario que pudiera “domar”, por así decirlo, la impetuosa esencia del dominicano, dado a las rebeliones y al desorden.

Para este estudio podemos dividir el pensamiento identitario de Bosch en tres etapas. La primera comienza con su nacimiento como intelectual en los círculos cibaños en los años veinte, siendo sus cuentos la forma primordial en que da a conocer sus ideas. La segunda etapa abarca desde su vuelta del exilio en 1961, su proclamación como presidente de la República en 1962 y su posterior derrocamiento por un golpe militar a sólo siete meses de haber tomado posesión del cargo. En este período

---

<sup>119</sup> Pedro L. de San Miguel, *The imagined island*, op.cit., pp. 8-34.

ahondará en sus concepciones políticas y publicará ensayos que comienzan a adentrarse en la búsqueda sistemática del ser dominicano. La tercera y última etapa se inicia después de la revolución de 1965 y posterior ocupación militar por parte del ejército estadounidense. Para ese entonces ya Balaguer se había afianzado en el poder y quedaba claro que el destino de la pequeña isla sería regido por la oligarquía nacional y la política norteamericana. En este período escribe uno de los estudios más completos sobre el surgimiento y desarrollo de la nación dominicana: *Composición social dominicana* (1970).

### **5.1. Entre el campo y el exilio: el cuento**

Bosch comienza su vida intelectual a finales de los años veinte como cuentista de temáticas rurales. En sus cuentos presenta la realidad de los campesinos del Cibao, sus costumbres y sus luchas cotidianas. El análisis de sus obras ficcionales<sup>120</sup>, principalmente las del inicio, demuestra la típica confrontación entre “civilización y barbarie” tan común en los intelectuales dominicanos desde finales del siglo XIX. Bosch, aunque creyente en muchas de las teorías de modernidad y en la necesidad de crear sistemas sociales sofisticados que pudieran traer el progreso a la fallida nación dominicana, también muestra un extraordinario conocimiento de primera mano de la vida campesina.

De San Miguel lo compara con un etnógrafo que intenta “codificar los comportamientos, las creencias y las estructuras sociales del mundo rural”. Y más adelante añade que “esta mirada antropológica no está exenta de posturas críticas,

---

<sup>120</sup> Me refiero principalmente a su primer libro de cuentos titulado *Camino Real* (1933).

incluso irónicas. Sin embargo, su catálogo de comportamientos también registra aspectos reivindicables del mundo rural”<sup>121</sup>.

La visión negativa de las costumbres campesinas en los cuentos de Bosch la encontramos en su representación de las llamadas “revoluciones”. La facilidad con que las clases rurales tomaban las armas, junto con algunos jefecillos que les prometían fácil enriquecimiento a costa del saqueo de las arcas del Estado y el derrocamiento del gobierno de turno, es para Bosch el perfecto ejemplo de la “barbarie” que no permitía el progreso de la República.

Así, en su novela *La mañosa*, publicada en 1936 con los auspicios del Partido Dominicano (el partido de Trujillo), Bosch ahonda en el conocido argumento de cómo las montoneras y rebeliones fueron el principal obstáculo para el establecimiento de un sistema de gobierno viable durante el siglo XIX y principios del XX. Algunos autores como Franklyn Franco perciben esta argumentación cuanto menos favorable al establecimiento de la dictadura trujillista, puesto que utiliza la comparación entre el caos caudillista y la “paz” que reina con el advenimiento del tirano. Sobre su visión de las revoluciones Bosch explica:

*La Mañosa* fue un título simbólico. La mula de silla de papá se llamó La Melada. En la obra se llama La Mañosa porque nuestras llamadas revoluciones de aquellos tiempos eran una maña nacional, la versión tumultuosa y populachera y sangrienta de lo que después de 1930 serían los ya clásicos golpes de estado latinoamericanos.<sup>122</sup>

Hasta cierto punto resulta natural que Bosch haya comulgado con los ideales trujillistas en el inicio de su carrera intelectual, ya que toda la corriente de pensamiento de finales del siglo XIX y principios del XX estaba orientada a culpabilizar a la gran

---

<sup>121</sup> Pedro de San Miguel, “Premodernidad, modernidad y narración en Juan Bosch”, en Pedro L. de San Miguel y Roberto Cassá (eds.) op.cit., p. 244.

<sup>122</sup> Citado en Franklyn Franco, *Historia de la ideas políticas*, op.cit., p. 256.



mayoría del pueblo dominicano del fracaso del establecimiento de las instituciones políticas modernas. Este desencanto había generado el convencimiento de que la única posibilidad para que la República pudiera convertirse en una nación “civilizada” era el advenimiento de un hombre fuerte, providencial, que cargara con los destinos del país sobre sus hombros e impusiera “paz y orden”.

Sin embargo, los orígenes campesinos de Bosch, así como su amplio conocimiento de la psicología popular, le hacen establecer regiones de duda sobre ese pensamiento dominante que culpa enteramente al pueblo inculto de los males de la República. Muchos de sus cuentos ahondarían en los problemas económicos y culturales de los campesinos y, en cierto sentido, justificarían las constantes rebeliones como expresiones del descontento general hacia las políticas excluyentes de las clases dominantes.

### **5.2. Durante y después del exilio**

En 1937, justo cuando el tirano se sentía más seguro de la adhesión de Bosch a su proyecto, ofreciéndole incluso una diputación, éste decidió exiliarse en Puerto Rico. Años después explicaría que sus concepciones políticas habían madurado, pasando a creer que era posible y necesaria una democracia representativa para darle participación al pueblo en la solución de sus problemas básicos. Así, su exilio lo llevaría desde Puerto Rico a Caracas, luego a Cuba, a Costa Rica y España. No volvería al país hasta 1961, cuando ya el dictador había sido ajusticiado y por primera vez la esperanza de elecciones libres se convertía en una realidad para los dominicanos.

En sus años de exilio continuó escribiendo cuentos y se convertiría en un maestro del género reconocido en toda Latinoamérica. Sin embargo, en este acápite quiero centrarme en un ensayo publicado en 1961 coincidiendo con la desaparición del

tirano: *Trujillo, causas de una tiranía sin ejemplo*. En ese breve texto, Bosch establece un paralelismo entre los orígenes y la historia de la nación dominicana y el surgimiento de la dictadura de Trujillo.

El autor se centra en cinco elementos que, a su entender, explican el establecimiento de la tiranía: el origen psicológico, el biológico, el político, el militar y el económico. De éstos los que me interesa reseñar son el origen psicológico y el económico, ya que conforman la base del pensamiento de Bosch sobre la identidad dominicana.

Para el autor, el origen psicológico de la dictadura de Trujillo se percibe en la férrea división en castas en que está estructurada la sociedad dominicana. Explica que dicha división fue exportada por los españoles durante la colonización mimetizando la estructura social de la que provenían. Durante más de cinco siglos —argumenta Bosch— los dominicanos se han dividido entre gente de “primera, segunda y tercera”. Esto ha causado un resentimiento visceral entre los individuos más capaces de las clases inferiores, puesto que el obscuro sistema de privilegios se ha mantenido inamovible aunque cambiaran las circunstancias políticas. Así, Rafael Trujillo —que sería una persona de “tercera”—, y su cruenta dictadura, no es más que un producto del odio generado por esa división de castas y el deseo irrefrenable de humillar a la clase superior que nunca le había permitido acceso.

Derivado de lo anterior, la división en castas también genera el establecimiento de un sistema feudal tardío, donde los terratenientes son los “señores” que viven del trabajo de la mayoría de la población, que carece de tierras cultivables. En el análisis de Bosch las fuerzas de las relaciones capitalistas, que tuvieron su culminación durante la primera ocupación militar norteamericana (1924), necesitaban la implantación de un

hombre fuerte que pudiera destronar las arcaicas relaciones productivas dominicanas y allanara el camino para el establecimiento del capitalismo en el país.

Estas percepciones de Bosch le servirán de brújula cuando en 1962, luego de ganar las primeras elecciones libres del país, intente establecer un sistema democrático representativo. Su experimento no durará mucho, pues sus propuestas de reforma social serán vistas como una amenaza para los intereses de las clases dominantes y los norteamericanos apoyarán un golpe militar a sólo siete meses de establecido su gobierno.

En 1965, luego de un intento fallido de restablecer en el poder a los remanentes de la tiranía trujillista, los sectores progresistas se levantan en armas en lo que se llamó la Revolución del 65, con el objetivo de restituir a Bosch en su legítimo cargo de presidente de la nación. Pero la intervención militar de los Estados Unidos truncó dicho proyecto, imponiendo por la fuerza a Joaquín Balaguer, que se consolidaría en el poder hasta 1978. Desencantado, Bosch buscará otros elementos que le permitan explicar los problemas de la nación dominicana y que incluyan tanto las especificidades de las clases dominantes como los factores externos representados por el imperialismo norteamericano.

### **5.3. Marxismo y composición social**

Es posible que algunos lectores lleguen al final de este libro con la impresión de que el pueblo dominicano ha fracasado porque al acercarse a los quinientos años de vida como sociedad occidental no ha podido organizarse según los esquemas de esa sociedad. Eso sería una conclusión errónea, pues lo que ha fracasado no ha sido el pueblo dominicano; ha sido el sistema en que ha vivido<sup>123</sup>.

---

<sup>123</sup> Juan Bosch *Composición social dominicana*, Alfa y Omega, Santo Domingo, 1970, p. 7. Todas las citas pertenecen a esta edición.

Así comienza el preámbulo de *Composición social dominicana*, el análisis más acabado que se ha escrito sobre el problema identitario de su país. En él Bosch intenta dar una interpretación de la historia desde la perspectiva de la formación y desarrollo de las distintas clases sociales que se han sucedido por la República desde la época de la Colonia. Utilizando muchos de los conceptos del análisis marxista de las sociedades, el autor se embarca en un viaje crítico por las diferentes etapas de la historia del país.

Para Bosch, la primera anomalía que marcará el destino del futuro Estado estuvo presente en las contradicciones de la potencia colonizadora. “En España – explica–, no se produjo el desarrollo normal (si llamamos normal el patrón seguido en otros lugares de Europa) de las formas económicas y sociales del feudalismo” (p. 7), por lo que, mientras en los principales países europeos se fue desarrollando una burguesía que luego conformaría las relaciones capitalistas, en España siguieron reinando relaciones cuasifeudales, las cuales fueron transferidas a América durante la colonización. En el caso particular de La Española, que fue la primera colonia de España en el Nuevo Mundo, Bosch relaciona el fracaso del establecimiento de la industria azucarera en los inicios del siglo XVI con la pérdida del tren del capitalismo para el país. La “victoria” de los sectores ganaderos y hateros (precapitalistas) tuvo – según Bosch– la consecuencia de impedir la formación de una clase dirigente competente que pudiera regir los destinos del país.

Del nivel industrial descendimos al nivel de los hateros, sin dejar por eso de ser una sociedad esclavista. Y en lo sucesivo toda nuestra historia iba a estar condicionada por ese descenso, que sufrimos en nuestra infancia como pueblo. (p. 42)

A partir de entonces, la interpretación de Bosch se basa en demostrar cómo fue imposible una división clasista clara en la República y, por ende, la ausencia total de una conciencia nacional por parte de las clases dirigentes. Cuando durante los siglos

XVII y XVIII, España abandonó a la colonia para concentrarse en la explotación de sus posesiones en tierra firme, se agudizó esa confusión identitaria de las clases dominantes que nunca se sintieron capaces de establecer un conglomerado nacional viable y moderno.

Así, cada vez que se han dado pasos para el establecimiento de una burguesía que pudiera establecer relaciones económicas capitalistas en el país, la clase dominante, representada por los hateros y los madereros del sur del país, ha logrado aferrarse a sus privilegios y no ha permitido el desarrollo de la burguesía. Esa “arritmia histórica”, como lo llama Bosch, es lo que ha constituido la tragedia del pueblo dominicano, pues hasta la dictadura de Trujillo no pudo integrarse en el concierto de naciones con relaciones económicas capitalistas e industriales. De ahí el escaso desarrollo social, político y económico.

Bosch personifica en Trujillo el establecimiento de una burguesía nacional, debido a que el dictador, mimetizado como el Estado Dominicano, fue el mayor propietario de empresas de la República e impuso el desarrollo de capital e industrias en el país.

Esa ausencia de una burguesía nacional que produjo en la República Dominicana una arritmia histórica, fue lo que le permitió a Trujillo convertirse a un tiempo en el amo del poder político, del militar y del económico, lo que en fin de cuentas no era sino lo que había hecho la burguesía en otros países, pero en Santo Domingo, esos poderes estuvieron concentrados en una sola persona. (p. 262)

Para concluir debo decir que la interpretación que hace Bosch de la historia dominicana es una de las pocas que responsabiliza a los sectores dominantes de los problemas del país, además de diseccionar los entresijos de esos sectores desde la fundación de la colonia hasta 1970, fecha de la primera edición del libro. Su

argumentación sobre la prácticamente nula conciencia de nación de las clases dirigentes han servido para explicar el fracaso de muchas políticas tendentes a un desarrollo más igualitario de la sociedad dominicana.

## **6. Líneas conductoras del pensamiento identitario dominicano: algunas reflexiones**

Como puede inferirse a través de la reseña de autores y corrientes de pensamiento que hemos emprendido en este capítulo, la búsqueda por un discurso coherente sobre la identidad nacional ha sido estrategia de las elites para conservar los privilegios que detentan sobre la mayoría de la población. Desde los inicios de vida relativamente independiente –pues el imperio español abandonó la isla a su suerte desde principios del siglo XVIII– las clases dirigentes se alinearon en la formación de unos conceptos esenciales para definir lo que luego cuajaría como el ser dominicano. En este rígido esquema el componente racial jugó un papel determinante, excluyendo a la mayoría de la población predominantemente mulata.

Varios factores influyeron para que el discurso racial se tornara tan radical en el pensamiento dominicano. El primero y más importante es la presencia de un grupo humano (el pueblo haitiano) que representaba no sólo una amenaza para los intereses de las elites blancas, sino sobre todo, por la percepción del componente racial como un “caos” que había que domar a través de estrategias destinadas a “aplacar” las impetuosas características que se atribuían a los rasgos africanos. En ese sentido vemos que la definición de “lo dominicano” desde los inicios coloniales no atendió a razones de composición social o intereses comunes, sino a la contraposición entre dos pueblos (el haitiano y el dominicano) que en realidad tienen mucho más en común que lo que sus elites les gusta reconocer.

El segundo factor que influyó para la magnificación de la raza dentro del discurso identitario dominicano es común al resto de Latinoamérica. A saber, las clases dirigentes basaron sus privilegios en su descendencia europea desarrollando una

organización estatal que no permitía la incorporación de negros e indios que, en la mayoría de los países, correspondían a la mayoría de la población.

Otro punto que es interesante analizar es la constante percepción de la mayoría de los intelectuales de que la nación dominicana es algo extremadamente frágil en permanente riesgo ya de ser contaminada por la influencia haitiana, ya de sucumbir en las diversas luchas de los caudillos regionales. Desde el inicio de vida como país independiente esta apreciación fue tan ampliamente compartida que los grupos dirigentes no descansaron hasta lograr la anexión de la República a cualquiera de las potencias de la época. Con la guerra de Restauración se abortó la posibilidad de que el pueblo dominicano podría aceptar ser dominado por otro país, lo que impulsó a los pensadores desde finales del siglo XIX a propugnar por diversas formas de autoritarismo que asegurara la fijación en las masas del discurso oficial sobre la identidad nacional. Este pensamiento culminaría en la implacable dictadura de Trujillo.

La propaganda trujillista tuvo un tremendo éxito al inocular el sentimiento antihaitiano (y antinegro) a la mayoría de la población dominicana. Los intentos de desmontar los elementos abiertamente racistas sobre la identidad dominicana, aun no han tenido el suficiente éxito. Para grandes sectores de la vida nacional el color de la piel y el tipo de pelo de una persona determinan su clase social y, en definitiva, las oportunidades que podrá tener dentro del país.

Por último, es importante reflexionar sobre la permanencia durante todo el siglo XX de esquemas de pensamiento que ya habían sido superados en la mayoría de los países del continente. Me refiero, sobretudo, a las concepciones sobre la raza y la identidad nacional, que siguen ancladas en el determinismo del siglo XIX. El ejemplo más claro sobre este asunto fue la publicación, en 1984, de un libro que aún es citado y releído por los representantes del pensamiento nacionalista conservador. Nos referimos



a *La isla al revés*, del dominicano que más veces ha ocupado la presidencia del Gobierno, Joaquín Balaguer. Teorías abiertamente racistas que alienan a una gran parte de la población del país, en su mayoría mulata, siguen dominando el pensamiento identitario de muchos intelectuales. Esta circunstancia es, a nuestro parecer, una causa insoslayable de la inestabilidad sociopolítica que ha vivido el país a través de su historia.



# **SEGUNDA PARTE**



# **C**apítulo III

**La narrativa dominicana**



## **1. Narrativa y el discurso sobre la identidad en la República Dominicana**

Aunque la narrativa dominicana no ha sido estudiada como la máxima expresión literaria cultivada en el país, sí se ha constituido en una referencia obligada a la hora de rastrear la forma en que los dominicanos se perciben a sí mismos. Algunos autores llegan al extremo de equiparar el nacimiento de la novela en el país con la síntesis intelectual del sentimiento nacional dominicano. Por ejemplo, Doris Sommer observa:

The Dominican Republic was virtually constituted as a modern nation with the publication of the proto-populist romance, *Enriquillo* [...] it was almost immediately made required reading in the Dominican public schools and has provided a narrative structure and cultural fixed ideas for generations of Dominican novelist to debate and reform<sup>124</sup>.

Puede identificarse una directa correlación entre la publicación de obras narrativas y los distintos debates identitarios que se han ido sucediendo a través de toda la historia de la República. Cabe destacar que las visiones novelísticas sobre los dominicanos que se han impuesto como realidades inapelables desde finales del siglo XIX hasta la caída del régimen de Trujillo, hacen alusión al mito identitario propuesto por las elites –en su mayoría descendiente de europeos– que se compone de dos elementos esenciales: el rechazo a todos los elementos culturales que no sean propios de los europeos y la demonización de todo lo que pueda relacionarse con el vecino país de Haití. En realidad las dos visiones son complementarias pues se trata de realzar los valores hispánicos para maximizar las diferencias entre el pueblo dominicano y el

---

<sup>124</sup> Doris Sommer, *One master for another*, op.cit, pp. XIII-XIV.

“La República Dominicana fue virtualmente constituida como una nación moderna con la publicación del romance proto-pupulista, *Enriquillo* [...] casi inmediatamente fue hecho lectura obligatoria en las escuelas públicas dominicanas y ha proveído una estructura narrativa y unas ideas culturales que generaciones de novelistas dominicanos han debatido y reformado”.

haitiano y así poder justificar la existencia de la República Dominicana como nación moderna. Para dar una explicación global de cómo se ha ido reforzando el mito identitario propuesto por las elites dominicanas, Fernando Valerio Holguín explora la función del “primitivismo” en la literatura. El primitivismo es definido como “un ensamblaje de tropos diversos y contradictorios que consisten en imágenes e ideas recurrentes en referencias al ‘otro’”<sup>125</sup>. A través de esos tropos los europeos confrontaron las diferencias culturales con otros pueblos y legitimaron la colonización de Asia, América y África. En el caso dominicano –de acuerdo a su análisis– los autores han utilizado este mecanismo para establecer al haitiano como el “otro-primitivo” y han desarrollado la identidad no por lo que es o quiere ser un dominicano, sino por lo que no es, es decir haitiano, negro, africano.

En la novela dominicana Valerio Holguín encuentra que la caracterización de los haitianos utiliza tropos como: ladrones, caníbales, violentos, salvajes, promiscuos, prolíficos. Todas estas ideas fueron empleadas por los europeos no sólo para referirse a los africanos sino también a los latinoamericanos en general y a los caribeños en particular.

Aunque es común entre los estudiosos dominicanos atribuir todo lo negativo a gobiernos dictatoriales como el de Trujillo y a plantear que a la vuelta de la democracia todo se convirtió en un presente idílico, lo cierto es que muchos estudios identitarios a partir de 1961 se apoyaron en el marxismo, siguiendo el mismo patrón de definir la identidad dominicana no por lo que es, sino por lo que rechaza. Así lo expresa la Meindert Fennema, intelectual holandesa que ha dedicado varios estudios al problema racial dominicano:

---

<sup>125</sup> Fernando Valerio Holguín, op.cit., p. 75.



El nacionalismo tradicionalmente ha sido definido en Santo Domingo en términos negativos. La dominicanidad ha sido concebida por los intelectuales liberales y marxistas bien como anti-hispanismo o como anti-norteamericanismo, y por los conservadores como anti-haitianismo<sup>126</sup>.

Ahora bien, antes de presentar los diversos movimientos literarios que definen la narrativa nacional, resulta imprescindible una breve reflexión sobre las especificidades de dicha historia que la diferencian del resto del continente americano. Julio Ramos estudia la llegada desigual a la modernidad que sufrió Latinoamérica durante el siglo XIX y principios del XX mostrando el intrincado camino que supuso el paso de la literatura concebida como la única forma de ordenar el caos americano (Sarmiento y Bello) a la pérdida de legitimidad del discurso literario en las altas funciones de Estado, siendo suplantado por el pragmatismo moderno. Para Ramos:

En la república de las letras, la escritura se autorizaba extendiendo su dominio sobre la contingencia y anarquía del mundo representado en un sistema en que representar era ordenar el “caos”, la “oralidad”, la “naturaleza”, la “barbarie americana”. Así, entre las letras y el proyecto modernizador, que encontraba en la escritura un modelo de racionalidad y un depósito de formas, había una relación de identidad, no simplemente de “reflejo” o semejanza<sup>127</sup>.

Sin embargo, en el último cuarto del siglo XIX esta legitimidad del discurso literario, del “saber decir” como lo llama Ramos, comienza a erosionarse debido principalmente a que ya no es concebido como útil al proyecto modernizador de las naciones, cuyas clases dirigentes se inclinarán por el saber científico y la nueva ideología del progreso. Es en esta pérdida de legitimidad cuando el discurso literario necesitó buscar su lugar dentro de la sociedad. Ya no era bienvenido en las esferas

---

<sup>126</sup> Meindert Fennema, “Hispanidad y la identidad nacional de Santo Domingo” en Pedro de San Miguel y Roberto Cassá (eds.), *op.cit.*, p. 213.

<sup>127</sup> Julio Ramos, *op.cit.*, p. 75.

estatales por ser considerado ampuloso e inútil y en la educación quedaba desplazado por saberes más prácticos, considerados estratégicos para las nuevas naciones. Pero al mismo tiempo, afirma Ramos, es en esta circunstancia donde surge lo que conocemos como el oficio literario moderno, separado de la utilidad práctica y de la academia.

De ahí que la “crisis” de la literatura que enunciaron Martí y sus contemporáneos fuera sumamente relativa, al punto de construir un dispositivo de legitimación y proliferación: la cancelación del saber decir y de la autoridad del sistema anterior de las letras, más que una crisis de la literatura, representó la condición de posibilidad de su emergencia y de su autonomización<sup>128</sup>.

En el caso de la República Dominicana ese impulso modernizador fue no solamente tardío –sus primeros estadios comenzaron a implementarse después de la muerte de Trujillo en 1961– sino que su fuerza nunca ha sido una constante con el resultado de que la literatura del país siempre ha estado ligada a la política y a las instituciones estatales. Hemos visto en el capítulo anterior que los diversos “hombres de letras” que fueron elaborando el discurso sobre la identidad nacional, siempre se mantuvieron en el ejercicio de funciones públicas (con la excepción de Bonó). En este capítulo veremos también una identificación excesiva entre el quehacer literario y las funciones ministeriales.

De esta identificación se derivan varias reflexiones que nos parece oportuno analizar. La poca autonomía que ha tenido el discurso literario a través de la historia dominicana ha contribuido a crear una narrativa muy apegada al contexto histórico en que se ha escrito. Incluso, es posible afirmar que las temáticas históricas son utilizadas en la gran mayoría de las novelas representativas de cada periodo. Esto ha limitado

---

<sup>128</sup> Ibid., p. 81.

severamente el desarrollo de un discurso narrativo que pudiera expresar la riqueza de lenguajes y colores que provee la isla.

Otro punto importante es la poca especialización de los autores. La mayoría de ellos incursionarán en varios géneros literarios, siendo la novela uno de los menos frecuentados debido a las exigencia de tiempo que supone. Prácticamente la totalidad de los autores dominicanos han debido compaginar el oficio literario con diversos puestos laborales para poder subsistir, siendo los más comunes el funcionariado estatal. Como veremos a continuación, esta poca especialización ha mermado las posibilidades creativas de los escritores hasta el punto de que muchos dudan de que exista una verdadera tradición literaria en el país.

Por último, el fracaso en la implantación de un programa de educación pública nacional ha repercutido en el desarrollo literario debido al bajo nivel cultural de la población. Esta es la principal razón por la cual no se ha podido sostener un mercado de lectores nacionales que pudieran financiar la creación literaria más allá de los mecenazgos públicos o privados. La poca clase media y alta, fuertemente influenciada por la cultura norteamericana, consume muy poca literatura nacional, lo que imposibilita el establecimiento de editoriales en el país. Por estas razones debemos concluir, que en Santo Domingo no ha habido un impulso modernizador definitivo y que la unión entre la literatura, política e historia es la norma en las letras nacionales.

## 2. La novela en República Dominicana

Durante las décadas de los setenta y ochenta del pasado siglo, se celebraron muchos congresos, coloquios y seminarios entre los escritores dominicanos tratando de dar respuesta a la siguiente interrogante: ¿Por qué el género de la novela estaba tan atrasado en el país, en contraposición a lo que sucedía con la poesía, el cuento o el ensayo?

La cuestión surgía luego de un acercamiento práctico que evidenciaba que, aunque se han publicado relativamente muchas novelas –tomando en cuenta el escaso desarrollo de la industria editorial en la isla– en República Dominicana en los 160 años (aproximadamente) que lleva como nación independiente, muy pocas son representativas<sup>129</sup>. Esa ausencia de “la gran novela dominicana”, en comparación con lo sucedido con la novelística latinoamericana, desató una polémica en la que, a mi entender, todavía se encuentra sumida la producción narrativa de este país.

Uno de los coloquios más importantes fue el celebrado en Moca, ciudad de la región norte de la República, el 29 de noviembre de 1970. Se trata del “II Coloquio de Literatura: La novela dominicana”, organizado por el Ateneo de Moca y copatrocinado por la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra<sup>130</sup>.

El coloquio partía de la premisa de que “la novela es la culminación de la madurez literaria de un pueblo”<sup>131</sup>, en palabras de Bruno Rosario Candelier, uno de los organizadores principales del evento. Para mantener esta aseveración argumentaba que para que un país lograra una buena novelística necesitaba contar con una serie de requerimientos tanto de sus creadores como de la literatura en que aparece, entre los

---

<sup>129</sup> Desde 1820 hasta 1990 se publicaron 293 novelas, según Frank Moya Pons, *Bibliografía de la literatura dominicana : 1820-1990*, Santo Domingo, Comisión Permanente de la Feria Nacional del Libro, 1997.

<sup>130</sup> Para estas reflexiones nos basamos en la reseña de dicho coloquio elaborada por Bruno Rosario Candelier, “Segundo Coloquio de Literatura: La novela dominicana”, *Revista Ahora*, n° 372, 1970, p.14.

<sup>131</sup> Bruno Rosario Candelier, *Tendencias de la novela dominicana*, Santiago, República Dominicana, Pontificia Universidad Madre y Maestra, 1988. p. 12.

que sobresalen: a) una tradición literaria; b) una sólida producción narrativa; c) una base teórico-crítica; y d) una dedicación prácticamente exclusiva por parte de los creadores al desarrollo de su obra narrativa<sup>132</sup>. Sin entrar a discutir la validez del planteamiento anterior, me centraré en el hecho de cómo han afrontado los escritores dominicanos el proceso de su desarrollo novelístico y la manera en que se sitúan frente a su tradición.

Cuatro aspectos fueron sacados a la luz por los autores para tratar de explicar el atraso de la novelística dominicana. El primero de ellos se refiere a que muchas de las novelas dominicanas incorporan temáticas y escenarios que no se corresponden con las referencias vivenciadas por el entorno sociocultural al que pertenecen sus creadores. Como ejemplo significativo está el caso de *Madre Culpable* (1892), de Amelia Francasci, novela romántica ambientada en Madrid, ciudad que la autora nunca conoció y cuya recreación está llena de lugares comunes.

El segundo aspecto postula la falta de disciplina y consagración continua por parte de los novelistas a la creación de sus obras. Esto se explica porque gran parte de los autores de novelas de República Dominicana se dedican a oficios ajenos a la literatura y generalmente sólo publican una o dos novelas en toda su vida.

La tercera característica de la novelística dominicana que ha influido en su atraso con respecto a otros géneros es la casi total ausencia de una crítica literaria especializada y orientadora, capaz no sólo de juzgar los aciertos o errores de las obras que se publican, sino de guiar a los narradores a través de posturas teórico-críticas.

Y por último, el cuarto aspecto se refiere a la inmadurez literaria del quehacer novelístico dominicano. Inmadurez de muchos autores, pero sobre todo del pueblo

---

<sup>132</sup> Bruno Rosario Candelier, *Tendencias de la novela dominicana*, op. cit., p. 23.

dominicano y especialmente de la clase media, consumidora principal de éste género en otros países.

Otro punto ampliamente discutido por los escritores dominicanos desde los años setenta hasta la actualidad es la existencia o no de una tradición novelística dominicana. Nadie niega el hecho de que en República Dominicana se han publicado bastantes novelas desde 1856, cuando el pensador social Pedro Francisco Bonó publicó su novela *El montero*. Lo que sí argumentan los que sostienen la tesis de la no existencia de una tradición es que las obras publicadas son arrítmicas, aisladas, sin seguimiento ni desarrollo de las corrientes literarias por parte de los autores, quienes sólo escriben una o dos novelas en toda su carrera literaria. Es decir, que la escritura de novelas en República Dominicana sólo puede percibirse como un quehacer ocasional. Por tanto –afirman–, aunque existan novelistas dominicanos y novelas dominicanas, no puede hablarse de una tradición novelística a la que los autores puedan acudir para copiarla o superarla.

Uno de los mayores exponentes de esta tesis es Carlos Esteban Deive, quién explica que:

Preciso es convenir que esa tradición no existe. Lo que, en cambio, tenemos, es una narrativa deshilvanada, arrítmica, torpe, mimética, anecdótica y escrita por aficionados [...] ¿Cómo se puede lograr una tradición novelística si la casi totalidad de los narradores de antaño son autores de una sola novela?<sup>133</sup>

Por otra parte, estudiosos como Bruno Rosario Candelier y José Alcántara Almánzar, autores de ensayos y antologías sobre la novela dominicana, sostienen que esa tradición sí existe, pero que ha sido menospreciada por la mayoría de los intelectuales dominicanos. Rosario Candelier lo expresa así:

---

<sup>133</sup> Carlos Esteban Deive, “Un siglo de novela dominicana”, *El Siglo*, 29 de julio de 1985.

En la opinión de la mayoría de los que han hablado o escrito sobre la novela en Santo Domingo hay el criterio de que no existe una novelística dominicana. Y eso es falso. Lo que realmente ocurre es el hecho de que aún no se ha estudiado debidamente el conjunto de novelas dominicanas para conocer sus estructuras más frecuentes, sus recurrencias temáticas más comunes, sus recursos técnicos más acentuados y su relación con la realidad sociocultural dominicana<sup>134</sup>.

Por su parte, Alcántara Almánzar explica que sólo mirando la cantidad de novelas publicadas en Santo Domingo puede inferirse que la novela dominicana “no sólo ha sido abundante en cada una de las vertientes de la tradición hispanoamericana (histórica, costumbrista, criollista, social, etc.), sino también continua, y que podemos trazar líneas de conexión a través de las cuales veríamos afinidades temáticas, rupturas, saltos y procedimientos formales comunes”<sup>135</sup>.

Lo cierto es que ambas posturas tienen algo de razón. Es evidente que la narrativa dominicana ha sido producida de forma intermitente y por escritores aficionados, pero también habrá que convenir que la cantidad de novelas y cuentos publicados en el país demuestran que es posible, al menos, intentar rastrear los puntos de conexión definitorios que podrían desvelar los elementos constitutivos de una “narrativa dominicana”. En mi opinión, muchos de los intelectuales dominicanos que niegan rotundamente la existencia de una novelística en el país pasan por alto los méritos de la narrativa dominicana ya sea por desconocimiento o por consciente menosprecio hacia lo autóctono. Resultaría sorprendente que una pequeña media isla, con menos de doscientos años de vida independiente y con graves problemas políticos y socioeconómicos, pudiera erigirse en una especie de “potencia narrativa”. Quizás la

---

<sup>134</sup> Bruno Rosario Candelier, *Tendencias de la novela dominicana*, op. cit., p.19.

<sup>135</sup> José Alcántara Almánzar, *Dos siglos de literatura dominicana. Prosa: (S. XIX-XX)*, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1995, p.5.

clave de la cuestión está en con quién se comparan los escritores dominicanos cuando niegan la existencia de una novelística en la República.

Entendemos los reparos que muchos escritores dominicanos puedan tener con respecto a la producción novelística de la isla, sin embargo nos inclinamos hacia la segunda tesis y en las páginas sucesivas realizaremos una breve exploración de la novela en República Dominicana.



### **3. La tradición novelística en República Dominicana**

El género novelístico en República Dominicana se inicia a mediados del siglo XIX, con la publicación de *El montero*, de Pedro Francisco Bonó, en una revista española editada en París llamada “El correo de Ultramar”. Antes, en 1841, Alejandro Angulo Guridi, un dominicano residente en Cuba, publicaba *La joven Carmela*.

Dos razones principales explican este tardío nacimiento de la novela dominicana. La primera fue la prohibición real que pesaba sobre las colonias españolas de producir o circular obras de ficción, argumentando que los libros paganos eran perjudiciales para los indígenas. Dicha prohibición se mantuvo desde el siglo XVI hasta principios del XIX. La cédula real que explica la necesidad de evitar el contacto de los indios con los libros de ficción data de 1831 y su lógica dentro del imperio fue el temor de que los pobladores originarios pudieran confundir la Biblia con las obras de ficción. Aunque entendemos que en el conjunto de Hispanoamérica el veto tuvo efectos variados, debatiéndose entre diversos académicos si las obras de los cronistas no tienen ya los elementos poéticos de la novela, en el caso dominicano tuvo un efecto de atraso devastador. Y es que a la antigua Ciudad Primada de América le fue impuesto un cerco mucho más estrecho que a las colonias de tierra firme en cuanto libros se refiere, debido la penetración, por el norte de la isla, de diversos textos luteranos provenientes de Alemania y Holanda. El cerco impuesto llegó hasta el extremo de despoblar dos tercios del territorio total de la isla y concentrar a la población en lugares que pudieran vigilarse por las autoridades. Por lo dicho anteriormente se explica que no se cuente con ninguna obra con valor literario de la época colonial de la República, sino sólo documentos oficiales como cartas, informes, memoriales, testimonios, etc.

La segunda y más importante razón que explica este tardío nacimiento del género en el país es la falta de condiciones económicas, sociales y culturales para el desarrollo no sólo de la literatura, sino de todas las áreas del conocimiento. Desde mediados del siglo XVI, con el descubrimiento y colonización de nuevas tierras en el continente americano, el imperio perdió todo interés en la Española. Esta situación llevó a un empobrecimiento y atraso muy acusados en la isla, ya que todas las familias que poseían algunos recursos emigraban a lugares donde el suministro alimentario y comercial fuera más fluido, lo que dio lugar a una especie de nivelación entre amos y esclavos, con el establecimiento de terrenos comuneros para poder sobrevivir.

Aunque no comparto en su totalidad la tesis sobre la importancia de los conflictos sociales para el desarrollo de la literatura, cito los requerimientos que plantea Bruno Rosario Candelier para el desarrollo de la novelística en un país, ya que ha sido el planteamiento más sostenido por los intelectuales dominicanos. Para Rosario Candelier el desarrollo de una novelística requiere la existencia de: “1) un desarrollo material, social y cultural; 2) un enfrentamiento dramático que afecte a los implicados; y 3) un narrador con conciencia de los conflictos sociales”<sup>136</sup>.

Volviendo al nacimiento de la novela dominicana, vale decir que nace bajo el influjo del romanticismo y fuertemente marcada por la narrativa decimonónica francesa. Los intelectuales dominicanos de esas épocas leían a Víctor Hugo y a Musset antes que a Cervantes o Fernando de Rojas, quizás como una reacción de desquite por la guerra de Restauración.

Ahora bien, a falta de un esquema definitivo donde pueda enmarcarse toda la novelística dominicana publicada desde 1856 hasta 1990, hemos tratado de desarrollar un estudio cronológico que, aunque deja de lado aspectos concernientes a tendencias y

---

<sup>136</sup> Bruno Rosario Candelier, *Tendencias de la novela dominicana*, op. cit., p. 99.

movimientos narrativos, ilustra mejor –a nuestro parecer– la tradición novelística dominicana<sup>137</sup>. La división que proponemos se basa en períodos cronológicos. El primero comprende desde 1850 hasta 1900, al que seguirá el período de 1901-1961, y por último el que va desde 1962 a 1990. El primero abarca desde el nacimiento de la narrativa en el país hasta su reconocimiento definitivo como género literario. El segundo se nutre de las diferentes tendencias temáticas y formales que se fueron conformando en la primera mitad del siglo XX, y evidencia la gran influencia que tuvieron los conflictos sociopolíticos –como las dictaduras–, en la evolución narrativa del país. Y el tercer período abarca desde la muerte del dictador Rafael Trujillo y la posterior apertura democrática, hasta la caída de los movimientos políticos y culturales de izquierda y la anulación de las influencias ideológicas en las artes y la política dominicana.

### **3.1. Período de 1850 a 1900**

Como ya adelantamos en páginas anteriores, la primera novela dominicana (que no escrita por un dominicano) en ver la luz desde la isla fue *El montero* (1856), de Pedro Francisco Bonó, un pensador social, iniciador de la sociología en República Dominicana, que sólo se acercó a la literatura en esa ocasión, no publicando ningún libro literario más. Sin embargo, varios dominicanos residentes en Cuba publicaron varias novelas allí. Entre ellos se destaca el ya mencionado Javier Angulo Guridi, quien, además de la novela *La joven Carmela* (1841), escribirá *La Ciguapa* (1868) y *El fantasma de Higüey* (1869), ambas inspiradas en leyendas folklóricas del pueblo dominicano.

---

<sup>137</sup> El esquema que presentaremos es una combinación de los elaborados por Héctor Amarante, *Esquema para el estudio de la novela dominicana*, Lima, Asociación Nacional de Escritores y Artistas, 1987, y José Alcántara Almánzar, op. cit.

Otros autores dominicanos residentes en Cuba fueron Nicolás Heredia, que escribió novelas como *Un hombre de negocios* (1882) y *Leonela* (1893), obras en clave romántica que reflejan el ambiente cubano de la época, y Esteban Pichardo con *El fatalista* (1865), la primera novela de considerable extensión escrita por un dominicano.

El hecho de que muchas de las novelas publicadas en este período sean escritas por dominicanos residentes en Cuba ha llevado a muchos intelectuales dominicanos, como Marcio Veloz Maggiolo, a considerar que la novela dominicana no nació en la República, sino en la vecina isla.

Algunas novelas menores publicadas en República Dominicana en este período son *Adela* (1873), de Francisco Javier Amiama, y la polémica *Madre Culpable* (1892), de Amelia Francasci, quien ambientó su obra en Madrid, ciudad que nunca conoció, pero que a su parecer hacía más exótico su argumento romántico.

El escritor dominicano Héctor Amarante reflexiona de la siguiente manera sobre este período de la literatura nacional:

El conjunto de novelas y novelines [...] escritas durante el ciclo comprendido entre 1850 y 1900, está integrado por obras que no tienen propiedad verdadera como novelas ni en lo expresivo ni en lo vernáculo; eran obras primigenias dentro del género que hoy sólo tienen un interés histórico<sup>138</sup>.

Sin embargo, tres obras publicadas en este período fundacional de la novela dominicana han adquirido, además de importancia histórica, amplias reseñas de logros literarios comparadas con lo que en aquel entonces se publicaba en la América hispana recién independizada. Estas son: *El montero*, de Bonó, *Enriquillo* (1882), de Manuel de Jesús Galván, y *Baní o Engracia y Antoñita* (1892), de Francisco Gregorio Billini.

---

<sup>138</sup> Héctor Amarante, op. cit., pp. 8-9.

Bonó escribe su novela a los 23 años de edad y luego se olvida de la literatura. No obstante se refleja en ella un agudo observador de la realidad social dominicana y un avanzado estado de conciencia literaria. *El montero* narra las vivencias de los cazadores de ganado salvaje que se internaban en el bosque (“monte”, como se le llama en Dominicana) de la región norte o Cibao del país, durante varias semanas en condiciones sumamente precarias. Se trata de una novela romántica que exalta al héroe por su arrojo y coraje ante la adversidad. Esta obra es fiel representante del movimiento criollista que recorrió toda Latinoamérica.

*Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván, es un caso muy diferente al de Bonó. Hablamos de la primera novela dominicana de largo aliento, con una majestuosa representación de la época colonial del país y que ha sido calificada, junto con *María* de Jorge Isaacs, como obra cumbre del indianismo hispanoamericano<sup>139</sup>. Resulta llamativo cómo, sin contar con una tradición novelística formada y a sólo veinticuatro años de la aparición del género en Santo Domingo, Galván logra una novela a la altura de las mejores que se publicaron en Latinoamérica. En el siguiente capítulo analizaremos los elementos principales de esta obra y su significado para el discurso sobre la identidad nacional dominicana.

Diez años después de la publicación de la novela de Galván, ve la luz una obra que representa otra de las facetas del romanticismo en Santo Domingo: el costumbrismo. Se trata de *Baní o Engracia y Antoñita*, de Francisco Gregorio Billini. Esta novela presenta una serie de cuadros de costumbres de la vida pueblerina en la República Dominicana a finales del siglo XIX, especialmente de la región suroeste de la Isla. En ella puede resaltarse su fidelidad descriptiva y la presentación del ambiente

---

<sup>139</sup> Bruno Rosario Candelier, *La ficción montonera: las novelas de las revoluciones*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2003, p. 27.

pueblerino con detalles que aún no han sido igualados en la narrativa nacional. Sin embargo, pierde toda su fuerza cuando entremezcla discursos moralizantes que retienen la acción y disgregan la atención del lector. En general la crítica literaria dominicana de la primera mitad del siglo XX<sup>140</sup> ha valorado *Bani o Engracia y Antoñita* como un fiel retrato de las costumbres rurales del pueblo dominicano y también como un profundo y agudo estudio de la psicología popular que ha forjado la nación dominicana.

### **3.2. Período de 1900 a 1961**

Durante la primera mitad del siglo XX la novela dominicana giró en torno a dos núcleos temáticos principales. El primero está integrado por obras que tratan de hechos históricos, haciendo hincapié en las constantes revoluciones y revueltas políticas que se sucedieron en toda la geografía nacional desde la independencia (1844) hasta prácticamente mediados del siglo pasado. El segundo bloque se compone de novelas que tratan sobre las graves condiciones sociales que entrañaba la masiva producción de caña de azúcar. Por lo que han sido bautizadas como “novelas de la caña”.

- **Novelas de revoluciones históricas**

Aunque se han publicado una inmensa cantidad de novelas con la temática de las revoluciones históricas (incluso podría afirmarse que es el tema que más han tratado los novelistas dominicanos), nos limitaremos a la reseña de sólo algunas obras que nos parecen esenciales.

Inspirado en Benito Pérez Galdós y sus *Episodios Nacionales*, Federico García Godoy escribirá la llamada “Trilogía Patriótica”, integrada por las novelas *Rufinito*

---

<sup>140</sup> Encabezada por Max Henríquez Ureña y Joaquín Balaguer.

(1908), *Alma dominicana* (1911) y *Guanuma* (1914). Al igual que el maestro español, García Godoy entremezcla episodios reales con historias ficticias.

Nacido en Cuba pero radicado desde muy joven en La Vega, ciudad de la región norte del país, Federico García Godoy vive durante una de las épocas más conflictivas de la República, bautizada por los historiadores como la época de “concho primo”<sup>141</sup>. El país se hallaba en una constante inestabilidad política pues las guerras caudillistas se sucedían interminablemente con el único objetivo de conseguir el poder. Dos presidentes asesinados en menos de diez años, incontables alzamientos, sitios y matanzas, daban pocas esperanzas a los intelectuales para aspirar al desarrollo del país. García Godoy se propone revisar la historia nacional y narrar los episodios más gloriosos, donde los dominicanos habían demostrado un profundo amor por su patria y habían luchado para conservar su integridad territorial y su independencia.

*Rufinito*, la novela que inicia la trilogía, narra la conspiración que organizan los pobladores de la ciudad de La Vega, para apoyar al patricio Juan Pablo Duarte y luchar contra la dictadura de Pedro Santana. La gesta termina en fracaso debido a la delación de un personaje llamado “Rufinito”, que traiciona a sus compañeros y se pasa a las filas de Santana.

En *Alma dominicana* se narran los sucesos inmediatamente anteriores a la anexión a España en 1861. Muestra cómo la República, principalmente la región norte o Cibao, donde se había desarrollado una potente burguesía comercial, se encontraba en una gran agitación política, que sólo dos años después desembocaría en las llamadas Guerras de Restauración.

Por último, *Guanuma* relata los años durante los cuales la República se convirtió nuevamente en colonia española (1861-1863), el malestar de líderes históricos

---

<sup>141</sup> Una especie de saludo con que se iniciaba la conversación que equivaldría a “qué pena hermano”.

como Pedro Santana por la pérdida total de su poder y las luchas del pueblo por recuperar su independencia durante la gesta restauradora.

Otra obra importante perteneciente al ciclo temático de las novelas históricas de revoluciones y política es *La Sangre* (1914), de Tulio M. Cestero, subtitulada “Una vida bajo la tiranía”. En ella se elabora un retrato de la vida del pueblo dominicano durante la dictadura de Ulises Heureaux (Lilís), quien gobernó el país desde 1882 hasta que cayó asesinado en 1899. *La Sangre* es una novela difícil de ubicar en un movimiento literario determinado: su prosa es modernista, incluye muchos pasajes romántico-criollistas, pero además se distingue por planteamientos políticos más cercanos al realismo social que se desarrollaría en Latinoamérica a partir de los años veinte. Cestero también aborda el conflicto racial que subyace en la sociedad dominicana, escogiendo como protagonista a un mulato como emblema del luchador por la libertad de la patria.

No obstante, el rasgo de la obra que más me interesa reseñar aquí es su fiel muestra de las corrientes de pensamiento que predominaba en los intelectuales dominicanos de la época. El doctor Roberto Marte lo expresa así:

*La Sangre* recoge en el imaginario de la literatura una tradición que fue ganando influencia en el pensamiento intelectual y en la cultura histórica dominicana desde la penúltima década del siglo XIX: el debate acerca del pesimismo de los intelectuales respecto de la posibilidad de una renovación de la sociedad dominicana<sup>142</sup>.

La última novela que nos interesa reseñar de este ciclo temático es *La Mañosa* (1936), de Juan Bosch. El año de la publicación de esta novela es el mismo que inicia el primer exilio de su autor debido a la represión trujillista. Bosch, sin duda el narrador que más ha influido en las posteriores generaciones dominicanas, se propuso reflejar

---

<sup>142</sup> Roberto Marte, “La historia como tragedia en la novela de Cestero”, Suplemento Biblioteca, *Listín Diario*, 23 de junio de 2002.



cómo se vivieron en los campos dominicanos las constantes revoluciones montoneras de finales del siglo XIX.

Luego de la guerra de restauración (1863), por la cual la República Dominicana dejó de ser, por segunda vez, colonia española, las luchas entre caudillos se sucedían interminablemente, hasta el punto de que entre 1876 y 1879 se sucedieron catorce gobernantes<sup>143</sup>. La horrible dinámica era bastante sencilla: careciendo de una tradición institucional y con una población analfabeta, los caudillos que lograban hacerse con cierto poder económico arrastraban a los campesinos (la mayor de las veces de forma obligatoria) a luchar en “revoluciones” destinadas a derrocar el gobierno. Una vez llegados al poder, la cúpula dirigente de la contienda se dedicaba a sacar todo el provecho económico que pudiera antes de que otro caudillo, repitiendo el mismo procedimiento, lo sustituyera en el gobierno.

En *La mañosa* se narra, desde el punto de vista de un niño, el terror en que vivían los campesinos (la mayoría de la población del país en aquella época), debido a que en cualquier momento podía estallar una revuelta y ellos serían obligados a luchar con uno u otro bando.

Con esta novela, Bosch, da inicio al realismo social, que en República Dominicana se dedicaría a retratar las condiciones de vida de las poblaciones rurales.

- **Novelas de la caña**

El segundo bloque temático está conformado por novelas que tratan sobre el tema de la producción de caña de azúcar y sus repercusiones sociales en el país, la llamada “novela de la caña”.

---

<sup>143</sup> Juan Bosch, *Las dictaduras dominicanas*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1992, p. 35.

El cultivo y producción de caña de azúcar comenzó a implementarse en la isla, de manera rudimentaria, a finales del siglo XVI por la Corona española. Sin embargo, no llegó a desarrollarse, pues ya en los siglos XVII y XVIII el imperio español había descubierto y colonizado las tierras del continente, mucho más ricas, y prácticamente se desentendió de La Española. Fue a finales del siglo XIX y primera década del XX cuando, por la llegada de muchos exiliados cubanos debido a la guerra de independencia de 1898, comienza a vislumbrarse una producción plenamente capitalista del azúcar dedicada a la exportación a los países europeos.

Hasta el momento en que despunta la industria azucarera, la población dominicana –mayoritariamente rural– vivía a base de una agricultura de subsistencia en pequeñas porciones de terreno llamados “conucos”, y de la caza de ganado salvaje en los montes. Por eso, cuando la base de la producción nacional pasa a ser el azúcar se vislumbrarán tres fenómenos que transformarán la sociedad dominicana para siempre.

El primero de estos fenómenos fue la inmigración. La nueva industria azucarera necesitaba mucha mano de obra, por lo que grandes cantidades de campesinos dominicanos se desplazaban a los ingenios azucareros en busca de trabajo. Además, debido a la difícil situación en que se encontraban los haitianos, la producción de azúcar atrajo a muchos de ellos en busca de una mejora en sus condiciones de vida.

Aparte de mano de obra, la industria azucarera necesitaba de grandes inversiones de capital, que no existía en el país en esos momentos. Así que también fueron atraídos por el auge de la nueva industria los inversores y administradores norteamericanos, quienes acabarán dirigiendo todo el proceso de explotación azucarera.

Como es fácil de inferir, el cambio de sistema económico desde una especie de feudalismo precapitalista a una economía de mercado varió notablemente las relaciones sociales que habían prevalecido en la isla. La clase dirigente autóctona, anclada en un

sistema de producción patriarcal mediante el cual eran dueños de las tierras que trabajaban los campesinos, que producían sólo lo necesario para alimentar a sus amos y a ellos mismos, derivó en mera arrendataria de la tierra en su posesión para la explotación extranjera de los ingenios azucareros. Por su parte, los campesinos, acostumbrados a una agricultura de subsistencia y una ganadería nómada, se convirtieron en obreros asalariados cuyos ingresos no les alcanzaban para mejorar sus condiciones de vida, pero al menos evitaban que se murieran de hambre.

El segundo fenómeno que se hizo patente con el desarrollo de la industria azucarera fue el racismo antihaitiano. Las causas de dicho racismo habría que buscarlas en la colonización española y la importación de esclavos negros a la isla. Así, el negro personifica la esclavitud, la servidumbre; mientras que el blanco encarna el poder, el amo. También influye la invasión haitiana a la parte española de la isla, que duraría veintidós años (1822-1844). No obstante, lo que nos interesa de este fenómeno para este ensayo es el cambio que se percibe en las relaciones sociales (reflejado en la literatura) para con los haitianos una vez que la industria azucarera hace posible la inmigración de éstos a la República.

El tercer y último fenómeno que generó el desarrollo de la industria azucarera en el país fue el desplazamiento de la hegemonía económica desde la región norte, o Cibao, a la región sureste, donde se establecieron la mayoría de las centrales azucareras. Este desplazamiento causó una reorganización del poder político y económico, que antiguamente estuvo representado por la pequeña burguesía cibaëña dedicada a la exportación de tabaco y al comercio importador.

Si bien, sobre el tema de la caña se han publicado bastantes novelas, para este ensayo reseñaremos tres de ellas, pues nuestra intención es realizar una visión panorámica del género novelístico en la República Dominicana y no un exhaustivo

análisis de cada uno de sus períodos. Por orden cronológico, las tres novelas son: *Cañas y bueyes* (1936), de Francisco Moscoso Puello; *Los enemigos de la tierra* (1936), de Andrés Requena, y *Over* (1939), de Ramón Marrero Aristy.

*Cañas y Bueyes* narra la vida cotidiana de la comunidad del ingenio “Inocencia”, ubicado en la región sureste de la República. A través de sus personajes retrata fielmente las relaciones sociales que se desarrollaban en torno a la producción azucarera. Así, presentará las distintas migraciones de los directivos de empresas norteamericanas, de los campesinos de otras regiones de la República Dominicana y, principalmente, de braceros haitianos.

Una lectura simple de esta novela nos revela los tres fenómenos que enunciábamos en páginas anteriores. Sobre las migraciones, vemos las complicadas relaciones entre los directivos norteamericanos, los braceros dominicanos, los haitianos y los “cocolos”<sup>144</sup>, hasta el punto de que los administradores separaban a los grupos para evitar problemas.

También se ve en la novela el racismo contra el negro y el haitiano por parte de los dominicanos (y hasta del autor). Berta Graciano ilustra esta actitud, que aún pervive en la mayoría del pueblo dominicano, de la siguiente manera:

Los dominicanos han inventado la raza india, que significa la ascensión en la escala racial y un acercamiento al modelo español deseado. Los censos dominicanos dividen la población en cuatro categorías: caucásicos, los indios, indios claros (muchas veces ubicados en la categoría caucásica) y los indios oscuros, que son los que serían denominados por casi todo el resto del mundo como “negros”<sup>145</sup>.

---

<sup>144</sup> “Cocolo” fue el nombre dado por los dominicanos a los inmigrantes provenientes de las islas colonizadas por los ingleses y holandeses.

<sup>145</sup> Berta Graciano, *La novela de la caña: estética e ideología*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1990, p. 43.

Francisco Moscoso Puello, médico de profesión, suscribía la tesis de que las razas nórdicas eran superiores que las del trópico y que el problema del atraso económico y cultural en la República Dominicana se debía, en gran parte, a la composición racial de la mayoría del pueblo, es decir, los mulatos.

Otra novela importante de este ciclo temático es *Los enemigos de la tierra*, de Andrés Requena, donde se presenta el drama de las migraciones de los campesinos de las distintas regiones del país hacia la región sureste, con el objetivo de emplearse en la zafra de la caña de azúcar. Refleja la explotación a que eran sometidos los braceros y cómo se les obligaba a endeudarse para que no pudieran dejar de trabajar en los ingenios azucareros. Al final, enfermos y míseros regresaban a sus lugares de origen sin nada que les permitiera mejorar sus condiciones de vida. Por la temática de su obra este autor se inscribe dentro de la corriente de la novela de tierra muy extendida en Hispanoamérica. Requena murió asesinado en 1952, en Nueva York, a manos de esbirros de la dictadura de Trujillo, debido a la publicación, algunos años antes, de su novela *Cementerio sin cruces*.

El caso de Ramón Marrero Aristy, autor de la novela *Over*, que cierra este ciclo temático sobre la caña, es parecido al de Requena: colaborador del régimen de Trujillo, ocupó varios cargos de importancia en la administración. Sin embargo, la publicación de *Over* fue censurada por el régimen y retirada de todas las librerías del país. En 1959 Marrero Aristy sería asesinado por supuestas actividades conspirativas contra el trujillato.

*Over* es la biografía de su protagonista, Daniel Comprés, un joven de la región sureste del país que es obligado a independizarse rápidamente de sus padres. Daniel se convierte en bodeguero de un central azucarero y es cómplice de los engaños a que son sometidos los obreros para que se dejen el poco salario en las instalaciones de la

central. Al final, producto del remordimiento, lo abandona todo y termina mendigando por las calles.

- **La novela durante la “Era de Trujillo”**

Muy poco se ha escrito sobre la novela durante los 31 años de dictadura de Rafael Leonidas Trujillo (1930-1961), hasta el punto de que muchos autores consultados afirman que la publicación de las mismas en dicho período fue prácticamente nula<sup>146</sup>, lo que revela que la mayor parte de los críticos desconocen o han pasado por alto la historia de la literatura dominicana durante el trujillato. La estudiosa española Ana Gallego Cuiñas ha sistematiza el estudio de la novela que tratan sobre este período de la historia dominicana explicando que la mayoría del corpus que lo compone fue escrito después del ajusticiamiento del tirano<sup>147</sup>.

Es cierto que la narrativa no fue, ni mucho menos, el género más cultivado durante la Era; sin embargo, una mirada atenta descubre que se publicaron bastantes novelas en aquellos años. Aunque la poesía fue, sin duda, el género predilecto del dictador para que tomaran forma “literaria” las loas destinadas a glorificar su persona y mandato, la narrativa también trató de satisfacer el afán propagandístico del tirano.

Durante los años de régimen dictatorial muchos intelectuales se adhirieron al gobierno desempeñando importantes cargos públicos. Fueron los años –según nos dice José Alcántara Almánzar– en que mayor número de intelectuales estuvieron representando al país en misiones consulares y en importantes tareas para el régimen. Y es que “colaborar [con la dictadura] entonces parecía inevitable, so pena de convertirse

---

<sup>146</sup> Andrés L. Mateo dice que sólo “se publicaron tres o cuatro novelas, dos de ellas del mismo autor”. *Mito y cultura en la Era de Trujillo*, Santo Domingo, Librería La Trinitaria e Instituto del Libro, 1993, p. 200.

<sup>147</sup> Ana Gallego Cuiñas, *Trujillo, el fantasma y sus escritores: historia de la novela del trujillato*, Andinica, Paris: Mare & Martin, 2006.

en enemigo del régimen y arriesgar su vida y la de su familia”<sup>148</sup>. Aquellos intelectuales que se negaron a formar parte de la dictadura tuvieron que irse al exilio o perdieron la vida, algunas veces las dos cosas.

Ahora bien, el crítico italiano Giovanni di Pietro, que en las últimas décadas ha realizado un encomiable rescate de la literatura dominicana, explica que aunque la novela trujillista tuviera como principal objetivo la propaganda, durante la época se publicaron una serie de obras cuyos méritos literarios sobresalen por encima de la valoración ideológica. En su artículo “La novela trujillista”<sup>149</sup>, Di Pietro propone dos listas de novelas. La primera lista se compone de novelas que no tienen –según su criterio– ningún valor literario. Entre ellas se encuentran: *No hay peligro en seguirlo* (1937), de Colón Echevarría, *La octava maravilla* (1943), de Luís Henríquez Castillo, *Gente de portal* (1954), de Miguel Alberto Román, o *Rosa Elena* (1935), de Tomás E. Morel, entre otras.

En el segundo listado se encuentran las novelas que para el autor logran traspasar la categoría de mera propaganda y se apuntan claros méritos como obras de arte. Estas son: *El viaje* (1940), de Manuel A. Amiama, *Revolución* (1942), *La cacica* (1944) y *¡Hello Jimmy!* (1945), de Rafael Damirón, *Trementina, clerén y bongó* (1943), de Julio González Herrera, y *Caonex* (1949), de J. M. Sanz-Lajara.

Aparte de la habilidad de cada novelista, la razón que encuentra Di Pietro para esta abismal diferencia en cuanto a calidad literaria entre las novelas de la primera y la segunda lista es que en estas últimas “no está en verdad tanto la ideología trujillista en sí cuanto que los sentimientos nacionalistas del novelista, como es el caso de Damirón

---

<sup>148</sup> José Alcántara Almánzar, *Los escritores dominicanos y la cultura*, Santo Domingo, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1990, p. 102.

<sup>149</sup> Giovanni di Pietro, “La novela trujillista”, en *Ponencias del Congreso Crítico de Literatura Dominicana*, Santo Domingo, Editora de Colores, 1994, p. 206.

y Sanz-Lajara, o el dilema personal de ese novelista frente al poder, que es el caso de González Herrera y de Amiama”<sup>150</sup>.

Las novelas de las dos listas que propone Giovanni di Pietro defienden la ideología trujillista. No obstante, es necesario fijarse en los matices. En las novelas tanto de Rafael Damirón como de Sanz-Lajara se presenta una personificación de la nación en la figura de Trujillo. Él es la figura providencial que ha llegado a Santo Domingo para salvar a la patria del caos de las revoluciones caudillistas y traer la paz y el progreso. Por eso, a falta de una mejor opción, ambos autores se adhieren al régimen.

El caso de González Herrera es más complejo. En sus inicios fue un fuerte opositor de la dictadura, hasta el punto de sufrir problemas mentales y ser internado en un manicomio. Su novela *Trementina, clerén y bongó* se nutre de las vivencias obtenidas durante su estancia en la institución mental y elabora una fábula a través de la cual se vislumbra el mensaje de que, aunque Trujillo es cruel y despiadado con sus enemigos, esa fuerza es necesaria y es la única opción para el progreso del pueblo dominicano.

En *El Viaje*, Manuel A. Amiama trata de “reglamentar” su adhesión al régimen trujillista. La obra comienza a escribirse en 1923 y la termina en 1940, en este lapso se notan los cambios ideológicos que ha pasado el autor, el cual recorre desde la lucha romántica por la libertad hasta la aceptación de la paz que proporciona el régimen de Trujillo.

---

<sup>150</sup> Ibid., pp. 206-207.



### 3.3. Período de 1961 a 1990

A partir del ajusticiamiento del dictador Trujillo, en 1961, la sociedad dominicana se internará en una verdadera revolución que tocará todos los aspectos de la vida nacional. En lo político la nación pasa, en pocos meses, de una ausencia total de opciones a la formación de múltiples partidos que se disputarán el gobierno en los próximos años. En cuanto a lo literario, centro de este estudio, al diluirse la represión y la censura que había impuesto el dictador, comienza a aflorar una nueva generación de escritores que cambiarán radicalmente los presupuestos estéticos existentes hasta entonces en todos los géneros.

La primera muestra de este cambio la protagonizan cuatro novelas que han sido llamadas “el ciclo bíblico”: *Testimonio* (1961), de Emilio Reyes, *El buen ladrón y Judas* (1962), de Marcio Veloz Maggiolo y, *Magdalena* (1965), de Carlos Esteban Deive. Estas novelas son llamadas bíblicas por su ambientación pero no por su tema, ya que una mirada atenta descubre rápidamente que los autores proponen una metáfora política de la vida durante el régimen de Trujillo. También es notable el cambio en el tratamiento de la literatura por parte de estos autores, quienes se preocupan de insertar en sus obras nuevas técnicas narrativas, profundidad psicológica de los personajes y un uso cuidado del lenguaje. Para continuar nuestro recuento de la novela dominicana en este período es necesario adentrarnos en el complejo proceso político que vivió la República Dominicana durante la década de los sesenta. Luego del asesinato de Trujillo, los remanentes de la dictadura, personificados en el entonces presidente de la República, Joaquín Balaguer (designado por Trujillo, como era su costumbre para dar la apariencia de alternancia), y los familiares del tirano, principalmente el hijo mayor Ramfis Trujillo, trataron por todos los medios de mantenerse en el poder. Pero con la

ebullición política que se vivía y sin el apoyo del gobierno estadounidense, pronto tuvieron que salir del país dejando un gobierno provisional que organizara elecciones libres. Las elecciones tuvieron lugar un año después, en 1962, y las ganó arrolladoramente el Partido Revolucionario Dominicano, liderado por Juan Bosch.

Pero Bosch, con ideas progresistas y de justicia social, no era del agrado de las clases dominantes dominicanas, ni del gobierno norteamericano, que temía que la República se convirtiera en una nueva Cuba. A los siete meses de gobierno perredeísta, un golpe de estado, apoyado desde Estados Unidos, aborta el primer experimento democrático del país en 33 años.

El golpe de estado no hizo más que atizar el clamor social por un sistema político democrático que no se basara en los intereses de Washington. Amplios sectores de la sociedad, entre los que destacaban los estudiantes universitarios, los obreros y la clase intelectual, comenzaron la tarea de presión para la vuelta a la constitucionalidad del gobierno de Bosch. La situación era cada vez más incendiaria y la ingobernabilidad del país era latente. En abril de 1965, un grupo de militares progresistas lideran una revolución exigiendo el retorno del gobierno perredeísta. Con ayuda de los sectores del país que propugnaban un cambio democrático, la revuelta logra vencer a las fuerzas conservadoras. Sin embargo, el desembarco de 42 mil marines estadounidenses obliga a la resistencia a llegar a un acuerdo para celebrar nuevas elecciones el año siguiente.

En 1966, en unas elecciones muy cuestionadas, Joaquín Balaguer, el candidato de las clases dominantes y de los Estados Unidos, obtiene la primera magistratura. Se mantendrá en el poder hasta 1978, en un período denominado como “los doce años”. Durante el gobierno balaguerista se desató una amplia represión a los sectores de izquierda. La mayoría de los líderes serán eliminados, tanto en el país como en el exilio, por bandas que el gobierno de entonces llamó “incontrolables”, pero lo cierto es

que estaban integradas por elementos militares de ultraderecha, permitidos por el gobierno dominicano y apoyados por la CIA.

La frustración generada por la Revolución del 1965 y la posterior llegada de Balaguer al poder marcará definitivamente la literatura dominicana. De hecho, la narrativa escrita desde 1965 hasta, aproximadamente, 1985 presenta como común denominador las diferentes formas de reaccionar a esa derrota de ideales. Todos los escritores tuvieron que tomar partido en uno u otro bando. La nueva generación estaba imbuida del pensamiento de izquierda, próximo al marxismo. Pero también los escritores del otro lado de la trinchera mostraron su frustración al ver tantos compañeros caídos. Este es el caso del poeta Héctor Incháustegui Cabral (1912-1979), próximo a los sectores conservadores, que hace un triste balance de su experiencia en sus obras *Diario de la guerra* y *Los dioses ametrallados* (1967). José Alcántara Almánzar describe así el ambiente que vivieron los creadores de la época:

Entre los autores bisoños, la literatura fue considerada, en un primer momento, como una especie de artefacto bélico, y después como un bálsamo al desencanto y la amargura que siguieron al desenlace de la guerra: los marines desocuparon el territorio dominicano pero dejaron en el poder a un gobernante y a una burguesía que pudieran garantizarles sumisión política y dieran estabilidad al modelo económico de capitalismo dependiente que todavía continúa<sup>151</sup>.

Por su parte, Doris Sommer, autora de numerosos estudios sobre literatura dominicana, contrapone la figura de dos narradores que comenzaron a publicar en los sesentas para ejemplificar dos maneras extremas de enfrentarse a la experiencia de la “guerra del 65”: René del Risco Bermúdez y Marcio Veloz Maggiolo. Sommer nos dice:

---

<sup>151</sup> José Alcántara Almánzar, *Los escritores dominicanos y la cultura*, op. cit., p. 148.

Both are expressions of their respective manner of dealing with the contradictions in post-revolutionary Dominican Society. Veloz learned to live with them; del Risco never did, for his death was surely not the accident that was reported, but a suicide<sup>152</sup>.

Como puede intuirse fácilmente, sería contraproducente separar la producción literaria dominicana posterior a 1960 de los complejos acontecimientos sociopolíticos que se vivieron en la época, ya que la efervescencia de ideologías y organizaciones de izquierda es lo que posibilita, en gran medida, la explosión de nuevos autores en todos los géneros literarios. A pesar de la gran cantidad de obras publicadas en este período y de la escasa bibliografía crítica escrita al respecto, podemos aislar tres elementos característicos que, lejos de definirla, nos orienten sobre las tendencias principales de la literatura de esos años.

El primer elemento a reseñar es el complejo debate en que se vieron envueltos la práctica totalidad de los artistas sobre el sentido del arte y el compromiso social. Imbuidos de las ideologías de izquierda y la tesis sartreana del “compromiso de la literatura”, la mayoría de los artistas (pintores, escritores, actores, etcétera) tuvieron que definir sus posturas ideológicas ante lo que consideraban que era la “utilidad” del arte.

En el caso de la literatura, la conclusión –mayoritariamente asumida– de que el arte no tenía un sentido en sí mismo, sino que debía servir a la consecución de cambios políticos y sociales, dio lugar al surgimiento de muchas obras de carácter meramente panfletario, que enarbolaban el realismo socialista como la única forma legítima de creación. Pero no todas las obras de este período adolecen de méritos literarios. La repuesta artística a los complejos acontecimientos de las décadas sesenta y setenta fue

---

<sup>152</sup> Doris Sommer, “Good-Bye to revolution and the rest: aspects of dominican narrative since 1965”, *Latin American Literary Review* vol. VIII, n° 6, primavera-verano, 1980, (págs. 223-228), p. 223.  
“[la vida de] ambos es la expresión de la manera respectiva de asumir las contradicciones de la sociedad dominicana post-revolucionaria. Veloz aprendió a vivir con ellas; del Risco nunca lo hizo, pues su muerte seguramente no fue el accidente que se reportó, sino un suicidio”.

abundante y de calidad comparable con las producciones de la mayoría de los países latinoamericanos, principalmente en la poesía y el cuento.

El segundo elemento que caracteriza la literatura de este período es la formación de grupos culturales que aglutinaban a artistas de varias ramas (principalmente escritores y pintores) en torno no sólo a una estética determinada, sino a una manera –la mayor de las veces ideológica y política– de concebir el arte. Entre estos grupos sobresalen La Máscara, El Puño y La Isla, vinculados con las organizaciones políticas de izquierda y de extrema izquierda que afloraron tras la muerte de Trujillo. Estos grupos surgieron inmediatamente después de la revolución del 1965 y, aunque su permanencia fue breve, la mayoría de los autores actuales empezaron formando parte de estos conglomerados.

La razón de la breve permanencia de dichos grupos culturales tiene que ver más con la política que con el arte mismo. Ramón Francisco, integrante de El Puño, que ha fungido como recopilador de las experiencias vividas, explica las disidencias internas así:

En esos momentos [justo al finalizar la guerra] no se percataron [los integrantes de El Puño] siquiera que la misma guerra los había separado. No se percataron siquiera del hecho más importante, a saber, de que ellos no pensaban lo mismo. Quizás coincidían en el análisis final, pero las motivaciones, los métodos, habían sufrido cambios profundos. Y estos cambios tendrían su reflejo en la literatura que ellos harían<sup>153</sup>.

Por último –y de mayor relevancia para este estudio–, la literatura de este período se caracteriza por una verdadera renovación en el campo de la escritura, incorporándose las técnicas narrativas y poéticas más modernas, influenciadas por los autores del llamado “boom” latinoamericano.

---

<sup>153</sup> Ramón Francisco, *Literatura dominicana 60*, Santiago, República Dominicana, Universidad Católica Madre y Maestra, 1969, p. 28.

La mayoría de los críticos sitúa el año 1967, con la publicación de *Los ángeles de hueso*, de Marcio Veloz Maggiolo, como la línea divisoria que separa la narrativa dominicana tradicional de la moderna. Esta novela fue la primera en incorporar recursos experimentales y novedosos en la historia de la narrativa dominicana. Además, en el campo temático, se reemplaza el escenario campesino por los temas urbanos. Dicho desplazamiento es bastante lógico, ya que a partir de los años sesenta la población dominicana deja de ser mayoritariamente rural debido al éxodo hacia las ciudades. En 1968 la poeta Aída Cartagena Portalatín es finalista del premio internacional de novela de la editorial Seix Barral, con su obra *Escalera para Electra*, una atrevida e innovadora narración que crea un paralelismo entre la Grecia antigua y la sociedad dominicana<sup>154</sup>. Ese mismo año, Carlos Esteban Deive publica *Las devastaciones*, novela que recrea las despoblaciones de la época colonial en 1605-1606.

De la década de los setenta, algunas de las novelas más representativas son: *El masacre se pasa a pie* (1973), de Freddy Prestol Castillo, que narra la matanza de haitianos ordenada por Trujillo en 1937; *El oro y la paz* (1975), de Juan Bosch; *De abril en adelante* (1975), de Marcio Veloz Maggiolo, sobre la revolución de abril del 1965; *Goeiza* (1979), de Manuel Mora Serrano, que trata sobre el mito folclórico dominicano de un ser mitológico que habita las montañas llamado “ciguapa”; *Los algarrobos también sueñan* (1979), de Virgilio Díaz Grullón, de temática antitrujillista; y *Pisar los dedos de Dios* (1979), de Andrés L. Mateo, también sobre la Era de Trujillo.

En la década de los ochenta destacan: *Cuando amaban las tierras comuneras* (1980), de Pedro Mir, que aborda los problemas de los terrenos comuneros en los siglos XVII y XVIII; *Sólo cenizas hallarás (bolero)* (1980), de Pedro Vergés, ganador del Premio Blasco Ibáñez y el Premio de la Crítica Española, recrea la sociedad

---

<sup>154</sup> La novela se publicó en Santo Domingo en 1970.

dominicana desde la caída de Trujillo en 1961 hasta la elección del gobierno de Juan Bosch en 1962; *La biografía difusa de Sombra Castañeda* (1980), de Marcio Veloz Maggiolo; *La telaraña* (1980), y *Lucinda Palmares* (1982), de Diógenes Valdez; y *Currículo (el síndrome de la visa)* (1982), de Efraim Castillo, donde trata la problemática del exilio económico dominicano hacia la ciudad de Nueva York.

## 4. El cuento dominicano

### 4.1. Los inicios

La narrativa breve comienza a cultivarse en Latinoamérica en pleno apogeo del romanticismo, movimiento que encontró un propicio terreno de desarrollo en las incipientes naciones americanas. Seymour Menton comenta las características que influyeron en la adopción del romanticismo por parte de los latinoamericanos:

Inspiradas en parte en la Revolución Francesa, las guerras de independencia eran románticas: la lucha por la libertad; las grandes hazañas militares; los altibajos en las fortunas de las guerras; la participación del plebeyo en algunos países; y las condiciones anárquicas. Una vez ganada la victoria final sobre España, los caciques adoptaron el romanticismo como una manera de vivir y siguió un período anárquico de unos cincuenta años durante el cual los intelectuales-literatos o mantuvieron una lucha exaltada contra los tiranos, o buscaron en la literatura las bases para fundar una cultura nacional, o sencillamente se desentendieron por completo de la barbarie que asolaba su patria<sup>155</sup>.

En la República Dominicana, la narrativa breve nace tardíamente en las últimas décadas del siglo XIX, bajo la tendencia romántica del costumbrismo, que permanecería en vigor hasta bien entrado el siglo XX. En esta primera etapa del desarrollo de la narrativa breve, los autores dominicanos mezclan indiscriminadamente los conceptos de cuento, tradiciones folclóricas, cuadro de costumbres, fábula y leyenda. Así que, aunque varios autores se interesaron por el cuento en aquella época, el cultivo del género no pasó de ser un pasatiempo ocasional sin rigor o intencionalidad,

---

<sup>155</sup> Seymour Menton, *El cuento hispanoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, pp. 11-12.



ya que los géneros que más se destacaban eran la poesía patriótica, la oratoria y el periodismo<sup>156</sup>.

La mayoría de los historiadores del cuento dominicano coinciden en señalar que el período fundacional de la narrativa breve en el país fue el producto de una acción grupal de autores que se propusieron indagar en las tradiciones y costumbres más arraigadas de las diferentes regiones de la República con el afán de encontrar una expresión verdaderamente nacional<sup>157</sup>. Así encontramos, en las postrimerías del siglo XIX y los primeros lustros del XX, obras dedicadas a la recopilación de tradiciones populares, como son: *La Campana de Higo: tradiciones dominicanas* (1866), de Francisco Angulo Guridi; *Fantasías Indígenas* (1877), de José Joaquín Pérez; *Cosas Añejas* (1891), de César Nicolás Penson, y *Cuentos puertoplateños* (1904), de José Ramón López. Ya bien entrado el siglo XX podemos vislumbrar algunas colecciones de narrativa breve que, ajenas a los movimientos literarios del resto de Latinoamérica, siguen cultivando el costumbrismo. Algunos ejemplos son: *Narraciones y tradiciones sureñas* (1960), de Emigdio Garrido Puello; *Fábulas dominicanas* (1946) y *Tradiciones y cuentos dominicanos* (1969), de Emilio Rodríguez Demorizi, y *Cuentos del Sur* (1939) y *Cuentos Cimarrones* (1958), de Sócrates Nolasco, entre otros.

Sobre este primer período de la narrativa breve en República Dominicana, cabe destacar que la mayor parte de las obras fueron publicadas en revistas y periódicos de la época que incluían habitualmente en sus páginas éste tipo de narraciones, tanto de autores dominicanos como traducciones de maestros franceses del género como Maupassant, Daudet y Zola. Emilio Rodríguez Demorizi documenta ocho revistas

---

<sup>156</sup> Jenny Montero, *La cuentística dominicana*, Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 1986, p.55.

<sup>157</sup> Los principales autores consultados sobre este período inicial de la narrativa breve en Santo Domingo son: Max Henríquez Ureña, *Panorama Histórico de la Literatura Dominicana*, Santo Domingo, Librería Dominicana, 1945, Tomo I y II; Sócrates Nolasco, *El cuento en Santo Domingo*, Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 1957; y Emilio Rodríguez Demorizi, *Cuentos de política criolla*, Santo Domingo, Librería Dominicana, 1963.

exclusivamente literarias desde 1859, con la aparición de *Flores del Ozama*, hasta 1908, año en que nace *Blanco y Negro* en la ciudad de Santo Domingo<sup>158</sup>.

Después del romanticismo, en Latinoamérica comienza a cultivarse el realismo, que coincidió en el tiempo con el naturalismo francés. Mientras, en República Dominicana, los escritores, aislados de las corrientes del resto del continente, continuaron trabajando un costumbrismo tardío y anquilosado. Lo mismo ocurrió con el modernismo. Mientras esta corriente renovaba la poesía y la narrativa latinoamericana, en Santo Domingo sólo Fabio Fiallo, considerado el primer cuentista dominicano<sup>159</sup>, narró según los cánones modernistas en sus *Cuentos frágiles* (1908) y *Las manzanas de Mefisto* (1934).

Habrá que esperar a la década de 1930 para encontrar al que sigue siendo el cuentista más importante de las letras dominicanas: Juan Bosch. Con él “puede afirmarse que el cuento es asumido como una convención literaria, como un género excluyente que tiene sus propias leyes formales, su propio código narrativo inscrito en una estructura que no acepta digresiones ni tolera remembranzas o introducciones caprichosas”, al decir de Pedro Peix<sup>160</sup>.

Juan Bosch publica su primer libro de cuentos, *Camino Real*, en 1933, a éste le seguirán *Dos pesos de agua* (1941), *Ocho Cuentos* (1947), *La muchacha de la Guaira* (1955), *Cuentos de Navidad* (1956), *Cuentos escritos en el exilio* (1962), *Más cuentos escritos en el exilio* (1964) y *Cuentos escritos antes del exilio* (1975). Su obra ha sido considerada por críticos dominicanos y extranjeros como una de las más importantes en la cuentística criollista del continente.

---

<sup>158</sup> Emilio Rodríguez Demorizi, op. cit., pp. 14-18.

<sup>159</sup> Aída Cartagena Portalatín, *Narradores Dominicanos*, Caracas, Monte Avila Editores, 1969, p. 9.

<sup>160</sup> Pedro Peix, *La narrativa yugulada*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1981, p.7.

Pero estamos en plena “Era de Trujillo” y Bosch debe partir al exilio durante 24 años (1938-1962), la mayor parte de su obra se producirá en esta etapa. Es por esa razón que las principales antologías y estudios sobre la literatura dominicana, como *El cuento en Santo Domingo* (1957), de Sócrates Nolasco, y *Panorama histórico de la literatura dominicana* (1945), de Max Henríquez Ureña, ambos colaboradores del régimen, no mencionan nada que tenga que ver con la obra de Juan Bosch, aunque en el resto de Latinoamérica muchos reconocieran sus aportes a la cuentística continental.

Los cuentos de Bosch se enmarcan en la corriente que se denominó en Hispanoamérica como la “narrativa de la tierra” y que en República Dominicana se caracterizó por el cuento de ambiente rural, cuya temática predominante fue el campesinado, sus condiciones de vida, sus logros, frustraciones y costumbres.

En torno al magisterio de Juan Bosch –y no “junto” como bien apunta Pedro Peix–, “surgen algunos cuentistas noveles como Ramón Marrero Aristy, José Rijo y Freddy Prestol Castillo, a quienes Juan Bosch orienta y dirige, estimulándolos a perseverar en el oficio al tanto que acoge y divulga sus textos”<sup>161</sup>.

Las tres décadas de una dictadura tan férrea como la que impuso en el país Rafael Trujillo, con la represión, la censura y el aislamiento que supuso, provocó que la cuentística dominicana no pudiera renovarse como la del resto de Hispanoamérica. Los grandes talentos del cuento o tuvieron que irse al exilio (como Bosch) o perdieron la vida a manos del aparato represivo de la tiranía (como Marrero Aristy). Por eso en Santo Domingo se siguió cultivando un criollismo desfasado hasta la década de 1960, al contrario de lo que sucedía en el resto de Latinoamérica, donde autores como Miguel Ángel Asturias, Juan Rulfo y Jorge Luís Borges, encabezaban una verdadera revolución en las letras del continente.

---

<sup>161</sup> Pedro Peix, op. cit., p. 7.

## 4.2. El cuento dominicano de 1960 a 1990

Asesinado el dictador Rafael Trujillo y desmembrado el régimen que había dominado la República durante 31 años, libres ya de la inquisición literaria que se había impuesto, surge una importante generación de escritores ávidos de renovar la narrativa del país. Son momentos de euforia, pues en el primer lustro de la década de los sesenta los escritores no podían imaginarse que la libertad recién estrenada les sería arrebatada pocos años después con el reestablecimiento en el poder de los colaboradores de la dictadura, dirigidos por Joaquín Balaguer y apoyados por los Estados Unidos.

José Alcántara Almánzar explica la importancia de esta nueva generación de narradores para la literatura dominicana:

A partir de 1960 surgen narradores con especial aptitud para el relato fantástico y el cuento psicológico. Se produce una renovación del cuento, no sólo por el desplazamiento de los focos de interés, relegando la preocupación rural por los complejos problemas urbanos del mundo contemporáneo; sino por la riqueza y multiplicidad de técnicas y el perfeccionamiento que han alcanzado los autores en años recientes <sup>162</sup>.

Para este análisis hemos preferido dividir a los autores en tres promociones que coinciden cronológicamente con las tres décadas del estudio: sesenta, setenta y ochenta. Aunque la mayoría de los narradores continúan escribiendo a lo largo de las tres décadas, este esquema nos permite presentar una visión panorámica del cuento de este período.

La primera promoción de escritores surge a principios de la década del sesenta, algunos de ellos como Marcio Veloz Maggiolo, Hilma Contreras, Virgilio Díaz Grullón, Ramón Lacay Polanco y Aída Cartagena Portalatín, ya eran autores

---

<sup>162</sup> José Alcántara Almánzar, *Dos siglos de literatura dominicana. Prosa: (S. XIX-XX)*, op. cit., p. 13.

reconocidos y lideran y orientan a los noveles en esa efervescencia cultural que se produjo con la muerte del tirano y las esperanzas del establecimiento de un sistema político y social que otorgara libertad y bienestar a la mayoría de los dominicanos. Entre estos autores noveles podemos destacar a Manuel Mora Serrano, Carlos Esteban Deive, Ramón Francisco, Iván García y Antonio Lockward Artiles.

La totalidad de estos autores (a excepción de Virgilio Díaz Grullón) no se dedican de manera exclusiva al cuento. Algunos como Carlos Esteban Deive, Manuel Mora Serrano y Marcio Veloz Maggiolo destacarán por sus novelas. Otros como Ramón Francisco y Aída Cartagena se dedicarán al estudio y recuento de los avatares de los escritores de este período. Iván García se convertirá en un importante autor teatral y Antonio Lockward Artiles cultivará también la poesía. Esta aclaración nos parece importante debido a que influirá en la cantidad y calidad de los cuentos escritos por estos autores. Ya nos hemos referido a la polémica entre los intelectuales dominicanos sobre la existencia de una tradición narrativa en el país debido a que la mayoría de los autores no se dedican exclusivamente al trabajo literario. Para este estudio es necesario puntualizar que el ejercicio de la cuentística en el país –salvo algunas pocas excepciones– siempre ha tendido a ser compartido con los trabajos apremiantes para subsistir.

Ahora bien, los escritores de esta época se unen a través de varios grupos culturales que se forman en los primeros años de los sesenta. Se trata de La Máscara, El Puño y La Isla. El grupo La Máscara instaurará un concurso nacional de cuentos que se convirtió en el referente de los autores de narrativa breve de la época. A través de este concurso y de las publicaciones auspiciadas por los grupos culturales, los escritores desconocidos tuvieron un importante canal de difusión para sus obras, además de

tertulias, conferencias y reuniones que los ayudó en su proceso de formación como narradores.

Los autores de esta promoción (y de la siguiente) estarán fuertemente influidos por ideologías de izquierda y en sus obras –en el orden temático–, tratarán de incluir los conflictos de las clases sociales en las grandes urbes, dejando de lado el ambiente campesino característico hasta entonces de la cuentística dominicana. En cuanto a la forma, los narradores beberán de la renovación literaria que venía gestándose en Latinoamérica y se dedicarán a experimentar con las técnicas narrativas más novedosas, rompiendo así con el tratamiento tradicional que había tenido el género en el país. Un buen ejemplo de esta tendencia se encuentra en el Virgilio Díaz Grullón cuya obra incorporará un estudio pormenorizado de la psicología y el subconsciente de los personajes que pueblan sus historias (*Más allá del espejo*, 1975), construyendo caracteres complejos y simbólicos que representarán la problemática de las recién pobladas urbes de la República Dominicana.

Es justo resaltar aquí que no toda la producción narrativa de este período tuvo un alto nivel artístico. Muchos autores jóvenes, convencidos de que la literatura debía servir activamente a la transformación sociopolítica que se anhelaba, engendraron obras panfletarias y manidas que en nada contribuyeron a la renovación del cuento en el país.

En cuanto a las obras de los narradores de esta etapa es necesario advertir que muchos no llegaron a publicar colecciones de cuentos, sino que sus obras se difundieron a través de revistas y folletos elaborados por los diversos grupos culturales. Otros autores tardaron años en recopilar sus relatos, por lo que se mezclan las producciones de las distintas promociones que estamos estudiando. Algunas de las obras principales son: *El ojo de Dios: cuentos de la clandestinidad* (1962), de Hilma Contreras; *Crónicas de Altocerro* (1966), *Más allá del espejo* (1975) y *De hombres*,

*niños y fantasmas* (1981), de Virgilio Díaz Grullón; *La guerra es para nosotros* (1975), de Iván García; *Hotel Cosmo* (1966) y *¡Ay! ¡Ay! Se me muere Rebeca* (1979), de Antonio Lockward Artiles; *No todo está perdido* (1966), de Ramón Lacay Polanco, y *Tablero* (1978), de Aída Cartagena.

Y de pronto llegó la guerra. La revolución de 1965, con la posterior invasión del ejército norteamericano y la reposición, en 1966, de los remanentes de la dictadura trujillista encabezados por Joaquín Balaguer, que se mantendría doce años en el poder, repercutió decisivamente en la literatura que se produciría hasta finales de la década de los ochenta. La pérdida de la esperanza de lograr un cambio político hacia la democracia, las disensiones y radicalizaciones de los diferentes grupos culturales y políticos y la frustración de muchos creadores por la derrota, marcarán la producción de la promoción de escritores que surgirá a finales de los años sesenta y principios de los setenta.

Esta segunda promoción estuvo compuesta, además de los narradores ya mencionados, por Armando Almánzar Rodríguez, José Alcántara Almánzar, Miguel Alfonseca, René del Risco Bermúdez, Diógenes Valdez, Efraim Castillo, Abel Fernández Mejía y Rubén Echevarría, Roberto Marcallé Abreu, Pedro Peix y Pedro Vergés, entre otros.

Todos ellos presentan en sus narraciones la fractura que produjo la guerra: amigos muertos, pérdida de libertad, la tortura y la cárcel. Miguel Alfonseca y René del Risco Bermúdez fueron los escritores más sobresalientes de esta promoción, ambos buscaron retratar en sus cuentos los efectos de la revolución del 65, tanto en el pueblo como en los escritores. Alfonseca publicó la colección de relatos *El enemigo* (1970), en la que realiza una reinterpretación de los acontecimientos vividos durante el conflicto, y René del Risco, que murió en un misterioso accidente automovilístico en 1972, dejó

una producción cuentística dispersa que póstumamente fue reunida en el volumen *En el barrio no hay banderas* (1974).

Algunas obras destacadas de los autores de este período son: *Límite* (1967), *Infancia feliz* (1978) y *Selva de agujeros negros para “Chichí la Salsa”* (1985), de Armando Almánzar; *Viaje al otro mundo* (1973), *Callejón sin salida* (1975) y *Testimonios y profanaciones* (1978), de José Alcántara; *Las locas de la Plaza de los Alméndros* (1978), de Pedro Peix; *El silencio del caracol* (1978) y *La telaraña* (1981), de Diógenes Valdez; *Las dos muertes de José Inirio* (1972) y *El minúsculo infierno del señor Lucas* (1973), de Roberto Marcallé.

A mediados de la década de los setenta, la cuentística dominicana sufre otro estancamiento. Las causas las define acertadamente Pedro Peix:

Muchas fueron las causas de esta lastimera luxación promocional. Entre ellas la muerte a destiempo de René del Risco; la súbita abdicación que hizo de su oficio Miguel Alfonseca; y la más común, la más dolorosa y grotesca de las causas que contribuyen en sociedades como las nuestras a embalsamar una vocación creciente: [...] la patada hacia oficios espurios y dolientes, hacia esa rutina a destajo que tiene que asumir el escritor [...] para caminar sin remiendos por las calles o tan sólo para blanquear diariamente la fachada del decoro <sup>163</sup>.

Pero al igual que los concursos nacionales de cuento del grupo La Máscara sirvieron de incentivo para los narradores jóvenes, a finales de los sesenta nace su sucesor. Hablamos del Concurso de Casa de Teatro, una institución cultural fundada por jóvenes intelectuales de la época. Al calor de este concurso surge la última promoción de narradores que estudiaremos: la que recorrería la década de los ochenta. Entre los que podemos destacar a Ángela Hernández, René Rodríguez Soriano, Rafael García Romero, Manuel García Cartagena y Fernando Valerio-Holguín. Al igual que en

---

<sup>163</sup> Pedro Peix, op. cit., p. 25.



las demás épocas, como explica Ana Gallego Cuiñas, “el género que más se cultiva en este decenio es el lírico, surgiendo una nueva generación de escritores en las que ocupan un lugar preeminente las mujeres”<sup>164</sup>, sin embargo, en la narrativa también se notarán los cambios de visión política y social que fue sufriendo el país en dicha década. Estos cambios no sólo se expresarán en el experimentalismo formal mamando de los hallazgos narrativos de los sesenta y setenta, sino que presentarán una visión más reposada, más madura de esta experimentación con las técnicas del cuento. En el orden temático no dejan de enfocar los conflictos urbanos, pero lo hacen desde una perspectiva menos política y reivindicativa, abogando por “una mirada intimista”<sup>165</sup> de la realidad dominicana sin ánimo de abarcar a toda la sociedad ni de presentar soluciones conjuntas los problemas nacionales. En ese sentido, los temas elegidos por los autores de este período se centran más en los conflictos individuales o de minorías sociales que reivindican sus derechos. Por ejemplo, encontramos por primera vez en la narrativa obras que exploran el feminismo, el vacío existencial y el desencanto por las utopías políticas.

Otra peculiaridad de la narrativa de esta época es el interés internacional por sus obras, que se traducirá en la publicación de varias antologías de cuentistas dominicanos y en el hecho de que varios de ellos hayan publicado en importantes editoriales extranjeras durante los últimos años.

Finalmente citamos algunas obras destacadas de la década de los ochenta: *Las mariposas no le temen a los cactus* (1985), *Los fantasmas prefieren la luz del día* (1986) y *Alótopos* (1989), de Ángela Hernández; *Todos los juegos del fuego* (1986), *No les guardo rencor, papá* (1989) y *Su nombre, Julia* (1991), de René Rodríguez

---

<sup>164</sup> Ana Gallego Cuiñas, “La novela del Trujillato en los ochenta o cómo escuchar el silencio”, *Hipertexto* No. 6, Verano 2007, pp. 3-13, p. 3.

<sup>165</sup> *Ibid.*, p. 4.

Soriano; *Fisión* (1983), *El agonista* (1986) y *Bajo el acoso* (1987), de Rafael García Romero; *Historias que no cuentan* (2003), de Manuel García Cartagena, y *Viajantes insomnes* (1983), de Fernando Valerio-Holguín.

# **C**apítulo IV

## **La narrativa y el discurso sobre la identidad dominicana**



## **1. Las tres culturas**

Si un visitante llegara a la ciudad de Santo Domingo y se situase frente al Museo del Hombre Dominicano (especializado en la historia y los hallazgos arqueológicos del país), podrá ver las estatuas de tres personajes históricos: en el centro, con el brazo derecho estirado mostrando un crucifijo, el sacerdote dominico Fray Bartolomé de las Casas. A su derecha sosteniendo una lanza, se reconoce la figura del indígena taíno que dirigió una importante rebelión contra los conquistadores, Guarocuya, bautizado con el nombre cristiano de Enrique y conocido como Enriquillo principalmente por la novela que lleva su nombre, escrita por Manuel de Jesús Galván. Y por último, a la izquierda del visitante, se vislumbra la representación de un esclavo con los brazos en alto mostrando las cadenas que acaba de romper, se trata de Sebastián Lemba, líder africano que en el siglo XVI se mantuvo fugitivo de las fuerzas imperiales durante quince años, conformando asentamientos de esclavos rebeldes por todo el sureste del país que llegaron a la impresionante suma de quince mil hombres.

Cada uno de estos personajes históricos simboliza una parte de la identidad dominicana. Cada uno representa una compleja lucha de intereses para determinar qué grupo humano ha tenido mayor influencia en su población. Podemos reconstruir el debate racial dominicano partiendo de la posición de las estatuas frente al museo.

El padre las Casas, representante de la raza blanca europea, es conocido por los dominicanos como el defensor de los indígenas, debido a la conocida polémica de Valladolid que, ante el emperador Carlos V, demostró que los indígenas poseían alma inmortal y por tanto eran hijos del Dios cristiano y debían ser protegidos. La posición central de su estatua ilustra el hecho de que durante la mayor parte de la vida independiente de la República Dominicana, los intelectuales oficiales han sostenido que

la sociedad es prominentemente española con algunas características simbólicas derivadas de los primeros pobladores de la isla. La dictadura de Trujillo llevó hasta el extremo esta ideología negando cualquier influencia africana. Pero, aunque ha habido una revisión de los estudios antro-po-culturales sobre la formación de la identidad dominicana, aún es predominante la concepción de que los elementos hispánicos son los que más la han marcado. Por ejemplo, Carlos Dobal, en un importante estudio sobre los factores que conforman la dominicanidad, afirma que “la armazón de la cultura dominicana hoy [escribe en 1981], es, a nuestro juicio, fundamentalmente hispánica. La contribución del negro en algunos de sus aspectos es más bien periférica y no se aprecia como esencial”<sup>166</sup>.

Ya durante el siglo XVII, en medio de la miseria en que se encontró la colonia, la jerarquización racial resultó determinante para mantener el control de la mayoría de población por parte de una minoría blanca. En aquel entonces los dominicanos se dividieron racialmente en: blancos (criollos), blancos de la tierra (mulatos) y negros (esclavos africanos). Los mulatos se consideraban muy superiores a los negros y negaban sus raíces africanas.

The disdain for blackness in the Dominican Republic began during the colonial period. In order to justify the oppression of black and Indian slaves, the Spaniards had to distinguish themselves from their slaves and servants. After manumission, when the Creole landowners were no longer in the majority or as wealthy as their forebears, they differentiated themselves from blacks by creating a social structure in which the color of one's skin determined one's place in society<sup>167</sup>.

---

<sup>166</sup> Carlos Dobal, “Herencia española en la cultura dominicana de hoy”, en Bernardo Vega [et. al.], *Ensayos sobre cultura dominicana*, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1981, p. 103.

<sup>167</sup> Dawn F. Stinchcomb, *The Development of Literary Blackness in the Dominican Republic*, University Press of Florida, Gainesville, United States, 2004, p. 34.

“El desdén por lo negro en la República Dominicana comenzó durante la colonia. Para poder justificar la opresión de los esclavos negros e indígenas, los españoles tuvieron que diferenciarse de los esclavos y sirvientes. Después de la liberación de los esclavos, cuando los terratenientes criollos ya no eran

Como ocurrió en la mayoría de los países latinoamericanos, las relaciones entre comunidades étnicas que se establecieron durante la conquista fueron extremadamente complejas debido a que la dicotomía entre españoles/indios o conquistadores/conquistados no fue tan rígida como se ha pretendido y los sectores intermedios –y el paso de un estamento a otro–, no era tan difícil. Además los “indios” pertenecían a muchos y variados pueblos, al igual que los “negros”, por lo que la unificación étnica sólo valía en términos administrativos, no reales.

Michel Baud presenta una importante muestra de casos en los cuales españoles, indios, mestizos, mulatos y negros, son considerados como diferentes según su nivel económico, su profesión o el lugar donde residen. Los casos se desarrollan en México y Guatemala en el siglo XVIII, demostrando que la diferenciación étnica se hizo tan flexible que, en muchos casos, dejó de tener sentido<sup>168</sup>.

Ahora bien, gran parte de la hispanofilia de los intelectuales dominicanos proviene de las circunstancias en que ocurrió la independencia de la República Dominicana. Luego de un breve período en que el país se independizó del imperio español, la recién formada República negra de Haití, ocupó la parte este de la isla, unificándola bajo su bandera durante veintidós años (1822-1844). Por tanto, las principales batallas militares por la independencia del país no se libraron contra España, como sucedió en el resto de Latinoamérica, sino contra el país vecino, compuesto en su totalidad por una población negra y mulata.

Hay que tener en cuenta que la simple existencia de un “Estado Negro”, levantado sobre los escombros de una sangrienta revolución que exterminó toda presencia europea en la antigua colonia, suponía una grave amenaza para las elites

---

*mayoría, ni tan acaudalados como sus antepasados, comenzaron a diferenciarse de los negros creando una estructura social en la cual el color de la piel determinara el lugar en la sociedad”.*

<sup>168</sup> Michel Baud, op.cit., pp. 18-24.

blancas latinoamericanas. Luego del triunfo de la revolución haitiana, las elites blancas sintieron el terror de una revuelta étnica que les despojara de sus privilegios. Además, el darwinismo social y las demás teorías racistas, atribuían una gran agresividad a los negros y los mulatos. Es por esto que en casi ninguno de los nuevos estados se abolió la esclavitud justo después de la independencia. Y también explica la tardía independencia de las elites cubanas y puertorriqueñas. Sobre este punto, Michiel Baud afirma que:

En general, la adjudicación de derechos civiles formales a los grupos de población indígenas y afro-americanos tuvo en la práctica un efecto limitado hasta bien entrado el siglo XIX. Por lo general la arbitrariedad jurídica y política pesaba más que los derechos democráticos establecidos constitucionalmente. Dominaban las relaciones personales. En la vida diaria la discriminación en base a clase, posición social, educación, religión y etnicidad era la regla<sup>169</sup>.

Para la mayoría de la población de la parte española de la isla de Santo Domingo resultaba más deseable seguir bajo el gobierno haitiano que someterse a las elites blancas de la colonia que podían restablecer la esclavitud o, al menos en la práctica, conservar los privilegios que habían tenido antes de la ocupación haitiana. Por consiguiente, desarrollar un discurso indentitario nacional que pudiera incluir y convencer a la mayor parte de la población dominicana de su superioridad ante todo elemento africano se convirtió en la única forma de lograr un país independiente de la República de Haití.

Carlos Esteban Deive explica que la elaboración de una narrativa nacional que pudiera separar la percepción común de los dominicanos de que tenían más lazos culturales y raciales con los haitianos que con los antiguos amos criollos, se realizó a través de dos mitos que la historiografía oficial dominicana todavía sostiene: primero el

---

<sup>169</sup> Ibid., p. 92.



establecimiento de una especie de relación idílica entre el amo y el esclavo, carente de explotación, maltrato o sometimiento, que supuestamente fue vivida en la parte española de la isla durante los siglos XVII y XVIII. Esta relación idílica se debió – sostienen sus defensores– a la práctica desaparición de las clases sociales causada por la pobreza generalizada y la total ausencia de recursos económicos en que se vio envuelta la colonia. El segundo mito se refiere a que los esclavos de la parte española de la isla siempre prefirieron seguir siendo esclavos del amo criollo que ser libres bajos el mandato de los “haitianos invasores”<sup>170</sup>.

Junto a otros autores como Doris Sommer, yo añadiría un tercer mito: el que afirma que las características fenotípicas de la mayoría de los dominicanos no provienen de la mezcla con la raza negra sino de los primeros pobladores de la isla. Este mito ha permitido la externalización de los elementos africanos de la cultura dominicana, considerándolos haitianos, es decir, extraños al ser dominicano.

El primer y segundo mito se interrelacionan formando una argumentación compacta, de sólida apariencia, que persuade a no mirar más allá de la retórica. El relato cuenta –como vimos en el capítulo dos en la obra de Sánchez Valverde– que, a diferencia de los crueles colonos franceses que establecieron en la parte oeste de la isla una producción extensiva de plantación, donde el único objetivo era sacar la mayor riqueza posible, deshumanizando al negro esclavo hasta el punto de convertirlo en un simple animal de carga; los españoles de la parte este de la isla no dudaron en establecer relaciones fraternas con los esclavos, mezclándose incluso maritalmente y aboliendo en la práctica toda diferencia social entre las razas. En medio de esa situación, ¿qué interés podían tener los esclavos del Santo Domingo español en unirse a

---

<sup>170</sup> Carlos Esteban Deive, “La herencia africana en la cultura dominicana actual”, en Bernardo Vega [et. al.], *Ensayos sobre cultura dominicana*, Fundación cultural dominicana, Santo Domingo, 198, pp. 105-143.

la recién creada República Haitiana, que sólo podía ofrecerles algo que ya disfrutaban en la práctica aunque la legalidad aun no lo reconocía: la emancipación?

¿Con qué objetivo iban a rechazar esa cultura hispánica y católica claramente superior, para abrazar el caos y las religiones primitivas propias de las razas inferiores?

Sin embargo, estos mitos no se sostienen cuando se analizan las fuentes históricas que le sirven de base. Por ejemplo, aunque Sánchez Valverde quiso pintar una situación de armonía racial en la parte este de la isla, no deja de apuntar sus deseos de establecer una economía de plantación como los franceses habían hecho en la vecina colonia. Por otra parte, la miseria en que se encontró la parte española de la isla durante más de un siglo fungió como catalizador para que se separaran las relaciones entre raza y economía, es decir que, para conservar sus privilegios, la minoría blanca exacerbó la importancia de la raza tanto social como legalmente, para convertirla en el componente predominante sobre el cual se fundamentaba el respeto y la dignidad personal.

Pero es a través del estudio de la legislación colonial como se demuestra la gran falacia que representan las afirmaciones de que las relaciones entre amo y esclavo en el Santo Domingo de los siglos XVII y XVIII estaban basadas en “sentimientos humanitarios” o de “ausencia de discriminación racial”, como dice Manuel Arturo Peña Batlle. Carlos Esteban Deive explica que dicha legislación desmiente cualquier pretensión de igualdad racial en la colonia. Las leyes se caracterizaron por un corpus especial encargado de proteger la potestad del amo sobre el esclavo en cualquier circunstancia, ya sea a través del reconocimiento de la inferioridad de la raza negra en todos los aspectos o el establecimiento de castigos muy variados para los diferentes tipos de rebelión en que podían incurrir los esclavos<sup>171</sup>.

---

<sup>171</sup> Carlos Esteban Deive, op.cit., p. 117.

El tercer mito se relaciona con la situación diestra de la estatua del guerrero Enriquillo que nuestro hipotético visitante en la ciudad de Santo Domingo observará desde su posición frente al museo. De acuerdo a la simbología católica, a la derecha del padre se sienta su hijo preferido. Del mismo modo, la posición diestra de la figura de Enriquillo simboliza la preferencia de los intelectuales dominicanos hacia los rasgos culturales y raciales indígenas. Además, el hecho de que se conozca al líder taíno por el nombre que le dieron los conquistadores y no por Guarocuya, su nombre indígena, explica lo “maquillado” que ha sido la figura histórica para caer dentro de los cánones europeizantes de la elite dominicana.

En este punto debemos plantearnos la problemática que se propusieron resolver los creadores de las narraciones identitarias dominicana durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX: ¿cómo lograr que una población eminentemente mulata considerase como extraños los rasgos raciales y culturales de uno de los grupos humanos que conformaba una parte integral de su ser? Su respuesta fue la negación de dicha influencia. A partir de una reelaboración histórica que convenientemente “olvida” la desaparición de los indígenas durante los primeros cincuenta años de la colonización, afirman que los caracteres fenotípicos de la mayoría de la población dominicana son el producto de la mezcla del español con el indígena. Incluso hoy en día, en los documentos oficiales dominicanos, las personas de piel oscura son catalogadas como “indios”.

De acuerdo con Fernando Valerio Holguín, el término “indio” ganó popularidad durante la primera ocupación norteamericana al país en 1916, pues al realizar uno de los primeros censos poblacionales de la isla, registraron a los mulatos como “indios” en

los documentos de identidad<sup>172</sup>. Por otra parte ya hemos visto que Sánchez Valverde usaba la terminología “indo-español” para referirse a los mulatos dominicanos en el s. XVIII. Sin embargo, la mayoría de los autores concuerdan en atribuir la popularidad del mito de la herencia indígena a la novela *Enriquillo*, de Galván, que analizaremos en el siguiente acápite. Pero *Enriquillo* no fue el primer ni único texto literario o histórico que se propuso enaltecer la figura del indígena en la formación de la nación dominicana. Escritores como José Joaquín Pérez con sus *Fantasías Indígenas* (1877), y la que fuera la “poetisa nacional”, Salomé Ureña, con su poema *Anacaona* (1880), sobresalen en el afán de magnificar los elementos raciales y culturales indígenas en la identidad dominicana<sup>173</sup>.

Aunque la rápida extinción de los indígenas taínos impidió que hubiese una influencia racial en los actuales dominicanos, culturalmente pueden rastrearse múltiples elementos comunes, principalmente en el campesinado dominicano. Bernardo Vega sostiene que las principales influencias de la cultura taína en la conformación del pueblo dominicano se encuentran en el aspecto económico, como por ejemplo en diversos productos agrícolas y métodos tradicionales de siembra, manejo y distribución de la tierra<sup>174</sup>. Por su parte, José Alcántara Almánzar valora la influencia indígena diciendo que:

Apenas han sobrevivido en la cultura dominicana actual algunos rasgos de la taína, como podemos advertir en la pervivencia de palabras del lacayo (idioma hablado por

---

<sup>172</sup> Fernando Valerio-Holguín, “Primitive Borders: cultural identity and ethnic cleansing in the Dominican Republic”, en Erik Camayd-Freixas y José Eduardo González (eds.) *Primitivism and identity in Latin America: essays on art, literature and culture*, The University of Arizona Press, Tucson, 2000, p. 78.

<sup>173</sup> Para un estudio detallado sobre la temática indígena en los escritores dominicanos de finales del siglo XIX ver: Frauke Gewecke, “La vía dominicana hacia la independencia, tres momentos de un proceso iterativo: 1821-1844-1865”, en Dieter Janik (ed.), *La literatura en la formación de los Estados hispanoamericanos (1800- 1860)*, Vervuert-Iberoamericana, Madrid, 1998.

<sup>174</sup> Bernardo Vega, “La herencia indígena en la cultura dominicana de hoy”, en Bernardo Vega [et. al.], op.cit., pp. 9-55.

los taínos, que no conocían la escritura), el bohío o vivienda campesina, el conuco o sembrado de víveres, la cerámica, la cestería y ciertas prácticas alimentarias. La raza aborigen fue aniquilada en menos de cincuenta años<sup>175</sup>.

Y aquí llegamos al último personaje histórico que se erige frente al Museo del Hombre Dominicano, Sebastián Lemba. Lemba fue un esclavo cimarrón (que se había escapado del dominio de su amo) que inició una rebelión saqueando los poblados españoles en rápidas incursiones de varios cientos de hombres, muy parecido a las guerrillas. Su banda de esclavos tuvo tanto éxito que lograron fundar varios poblados de cimarrones denominados “manieles”, donde subsistían a través de la agricultura y la caza de ganado salvaje. Quince años duró la rebelión hasta que las fuerzas reales pudieron capturarlo, condenándolo a morir en la horca para escarmiento de sus compañeros.

La inclusión de Lemba como símbolo de la ascendencia africana de la identidad dominicana suscitó una agria polémica en 1980 (fecha de la construcción del museo) entre los sectores conservadores dominicanos. La razón es muy sencilla, como afirma David Howard en su riguroso estudio sobre las relaciones raciales en la República Dominicana: “African heritage is deemed unsuitable not only at the individual level, but also in institutional terms”<sup>176</sup>.

En su estudio, Howard presenta los resultados de una encuesta actual entre jóvenes universitarios dominicanos que en su mayoría respondían negativamente a la pregunta de si contraerían matrimonio con alguien que tuviera la piel más oscura que ellos, demostrando la persistencia de las concepciones racistas en las nuevas

---

<sup>175</sup>José Alcántara Almánzar, *Los escritores dominicanos y la cultura*, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, Santo Domingo, 1990, p. 169.

<sup>176</sup> David Howard, *Coloring the nation*, Lynne Rienner Publishers, Colorado, Estados Unidos, 2001, p. 18. “La herencia africana es considerada inconveniente no sólo al nivel individual, sino también en términos institucionales”.

generaciones de dominicanos. En sus conclusiones Howard explica que el rechazo racista hacia los elementos africanos tiene mucho que ver con la estética que se presenta en el discurso dominante. La contraposición entre “pelo bueno” y “pelo malo”, refiriéndose al pelo lacio y al crespo respectivamente, es tan sólo la punta del iceberg de las complicadas relaciones raciales que se viven en la República Dominicana.

Sería imposible atribuir el rechazo generalizado de los caracteres fenotípicos negros de la sociedad dominicana al mito creado por Galván. La estrategia más agresiva, y a la vez exitosa, la realizó el régimen trujillista a través de un sistema escolar, unos medios de comunicación cómplices y unos intelectuales que proporcionaron la legitimidad histórica y pseudocientífica a las pretensiones racistas del dictador. El mismo Trujillo, descendiente de mulatos, blanqueaba su piel utilizando polvos de talco, llegando hasta el ridículo de ser declarado oficialmente nieto de franceses y españoles.

A la muerte del dictador, una nueva generación de estudiosos buscó el reconocimiento de la gran influencia africana en la formación de la identidad dominicana. Aunque algunos intelectuales desembocaron en el otro extremo de la balanza, defendiendo una ausencia absoluta de rasgos raciales y culturales europeos, la mayoría intentó definir científicamente la proporción e influencia de los distintos elementos negros en la población. Sin embargo, lo que parecía muy evidente se convirtió en una ardua tarea. Los intelectuales se dieron cuenta de lo elusivo que resultaba la determinación certera de los rasgos africanos presentes. Primero porque el término “africano” es una generalización usada para nombrar a un conglomerado bastante heterogéneo culturalmente hablando, cuyos únicos caracteres comunes son el color de su piel y su proveniencia de algún lugar de ese continente, todos secuestrados

y llevados por la fuerza a tierras americanas por la trata negrera. La diversidad de lenguas, religiones, tribus y costumbres, hacen la tarea de rastrear la presencia de dichos elementos en la identidad dominicana muy complicada

Además, Deive hace referencia a dos procesos psico-sociales a los que fueron sometidos los esclavos a su llegada a las Américas: la deculturación y la endoculturación. La primera busca desarraigar la cultura de un grupo humano para fines de explotación económica. Para ello, los esclavos fueron separados de sus grupos tribales, aislándolos dentro de diferentes lenguas y costumbres para que no pudieran comunicarse entre sí. Los conquistadores preferían a los esclavos llamados “bozales”, refiriéndose a aquellos que aún no habían aprendido a comunicarse con sus capataces ni con sus compañeros esclavos, en contraposición de los “ladinos”, pues refieren que éstos últimos eran más proclives a la holgazanería y a las rebeliones. El otro proceso psicosocial que presenta Deive es la endoculturación, un mecanismo mediante el cual los negros esclavos debían interpretar la inferioridad de su cultura con respecto a la de sus amos y por ende “elegir” adoptar la misma<sup>177</sup>. Los anteriores mecanismos, lejos de ser una estrategia consciente elaborada por los amos para dominar a los esclavos, se refieren a diversas dinámicas que se dan entre grupos humanos donde el grupo inferiormente posicionado debe aprender a sobrevivir alterando su identidad individual para adaptarse a las nuevas circunstancias que se le imponen.

Sin embargo, el consenso actual entre los estudiosos establece que las principales influencias panafricanas en la identidad dominicana se encuentran en la música, los bailes y el sincretismo mágico-religioso. Todos estos elementos están íntimamente relacionados. En la música se especifican varios instrumentos de claro

---

<sup>177</sup> Carlos Esteban Deive, op.cit.

origen africano, como los diversos tipos de tambores: congos, palos, tumbadora y tambora. Estos instrumentos, mezclados con acompañamiento de cantos corales propios de los rituales africanos, son el componente esencial de ritmos actuales como el merengue, la mangulina y las salves. Los bailes son una clara derivación de la adoración tribal a sus divinidades por parte de varios grupos africanos identificados en la frontera congo-angoleña, y también se mezclan con diferentes creencias mágico-religiosas muy arraigadas en la cultura dominicana como el vodú y la santería<sup>178</sup>.

---

<sup>178</sup> Sobre la influencia africana en la música y el baile en la República Dominicana ver: Fradique Lizardo, *Danzas y bailes folclóricos dominicanos*, Fundación García-Arévalo, Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, 1975. Y sobre el sincretismo religioso ver: Carlos Esteban Deive, *Vodú y magia en Santo Domingo*, Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, 1975.



## 2. Las novelas

El planteamiento de este capítulo se basa en la estrecha correlación entre muchas de las novelas dominicanas y los diversos estudios ensayísticos sobre la dominicanidad. Incluso afirmamos que el pensamiento identitario dominicano se ha ido construyendo y reelaborando a través de la dialéctica constante entre la narrativa y el pensamiento científico. Así, hemos hecho una selección de novelas para su análisis que cumplen con las siguientes características: por un lado, son las más representativas de los distintos períodos de la tradición narrativa dominicana, como vimos en el capítulo tres de este trabajo. Además, temáticamente abordan los diversos aspectos de los debates sobre la dominicanidad. Y por último, puede trazarse una evolución –no en el sentido de progresión lineal, sino más bien como continuidad a través de la vida republicana– de los planteamientos, problemáticas y soluciones en que se ha contado a los dominicanos la forma en que deben verse a sí mismos. En algunos casos buscaremos analizar varias novelas en un mismo acápite pues consideramos que son complementarias de una visión de la identidad nacional predominante en un período determinado. Es necesario advertir que, como hemos dicho en la introducción a este trabajo, la narrativa dominicana no ha tenido una presencia importante en la crítica académica internacional, por lo tanto, para algunas novelas que analizamos no podemos citar artículos especializados, por lo que nos limitaremos a hacer referencia a algunas reseñas publicadas en periódicos nacionales que no cumplen con el rigor científico de una crítica académica.

Las novelas a analizar son las siguientes: *Enriquillo* (1882), de Manuel de Jesús Galván; *La Sangre* (1914), de Tulio Cesteros; *La mañosa* (1936), de Juan Bosch; *El Masacre se pasa a pie* (1973), de Freddy Prestol Castillo; *La biografía difusa de*

*Sombra Castañeda* (1980), de Marcio Veloz Maggiolo; *Sólo cenizas hallarás (bolero)* (1980), de Pedro Vergés; y por último dedicaré un breve acápite al papel de escritores como Julia Álvarez y Junot Díaz en la narración de la identidad dominicana desde la diáspora.

### **3. *Enriquillo*: la fundación del mito nacional dominicano**

#### **3.1. El autor**

En 1884, dos años después de que se publicara la versión final de *Enriquillo*, José Martí enviaba una elogiosa carta a su autor calificando la novela de “novísima y encantadora manera de escribir nuestra historia americana”, añadiendo emocionado que “acaso sea esa la manera de escribir el poema americano”<sup>179</sup>. Estas palabras del apóstol de la independencia cubana dan una pequeña idea del revuelo que causó la publicación del libro de Galván.

Antes de adentrarnos en el análisis literario de la obra, es necesario contextualizar la vida y las ideas del autor, pues nuestro objetivo con el estudio de esta novela no es meramente literario, sino que incluye los elementos distintivos que han hecho de esta obra un símbolo identitario dominicano. Galván como novelista merece – y ha sido objeto– amplios reconocimientos, sin embargo trazar su trayectoria como intelectual y hombre de estado es imprescindible para entender los postulados sobre el ser nacional dominicano plasmados magistralmente en esta novela.

Manuel de Jesús Galván comenzó a darse a conocer como figura pública en los primeros gobiernos del caudillo Pedro Santana, poco después de la independencia del país de la República de Haití en 1844. Galván pertenecía a la elite conservadora adinerada de la recién declarada República Dominicana. Al igual que la mayor parte de la elite en aquel entonces, concentró todos sus esfuerzos en la guerra contra Haití y en alcanzar el patrocinio de una potencia extranjera que asegurara la continuidad racial de

---

<sup>179</sup> Manuel de Jesús Galván, *Enriquillo: leyenda histórica dominicana*, Las Américas Publishing Company, Nueva York, 1964, pp. 9-10. Las páginas entre paréntesis corresponden a esta edición.

la parte este de la isla de Santo Domingo. Pocos dominicanos conocen las disputas que lideró Galván contra los Trinitarios<sup>180</sup>. Sobre este particular Stinchcomb nos dice:

The fact that Galván fought against the efforts of the members of La Sociedad Trinitaria, the revolutionaries who formed the independent nation, calling them “traitors”, has been long forgotten in the Dominican Republic<sup>181</sup>.

¿Por qué llamaba Galván traidores a los hoy reconocidos como “padres de la patria dominicana”? Porque se oponían a lo que luego culminaría su obra como ministro de Exteriores del general Santana: la anexión de la República a una potencia extranjera, en este caso España en 1861. Cuando, después de un corto periodo de espera, comenzó la lucha para la recuperación de la independencia, Galván escribió en el único periódico nacional (*La Razón*) que los que luchaban contra las fuerzas reales eran “traidores sin fe ni opinión” pues para él “la dominación española es el áncora de salud de todos los principios sociales, contra los elementos deletéreos que amenazan a Santo Domingo”<sup>182</sup>.

La eurofilia de Galván llegó a extremos tales que fueron motivo de mofa para muchos conciudadanos. Marina Gálvez describe la casa y las costumbres del autor durante la segunda mitad del siglo XIX:

Su actitud es la de quien está por encima de las pequeñeces locales. El pueblo no siempre creará legítima su actitud, pero él no la abandona. Su casa, de tono europeo en aquella época ingenuamente criolla, es asiento de letras clásicas, hogar de buena música, escuela de fina cortesía<sup>183</sup>.

---

<sup>180</sup> La Trinitaria fue una asociación clandestina de jóvenes, encabezada por Juan Pablo Duarte, que planearon y ejecutaron la declaración de independencia dominicana del dominio de la República de Haití en 1844.

<sup>181</sup> Dawn F. Stinchcomb, op.cit., p. 9.

*“El hecho de que Galván luchara contra los esfuerzos de los miembros de la Sociedad Trinitaria, los revolucionarios que formaron la nación independiente, llamándoles “traidores”, ha sido olvidado en la República Dominicana”.*

<sup>182</sup> Citado en Doris Sommer, *One master for another*, op.cit., p. 52.

<sup>183</sup> Marina Gálvez Acero, *Prólogo a Enriquillo*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1996, p. 14.

Para la oligarquía que representaba Galván, la República Dominicana no podía sobrevivir como nación independiente. Las razones de este convencimiento fueron variando a través de toda la segunda parte del siglo XIX. Primero se adujo el peligro de una nueva invasión de Haití, pero cuando las condiciones objetivas no permitían sostener esta hipótesis, se varió hacia la composición racial dominicana incapaz de formar una nación moderna. Esta inferioridad se expresaba en las constantes revoluciones que se iban sucediendo. Durante el siglo XX, el argumento de la dependencia dominicana de otra potencia volvió a sus raíces del “miedo haitiano” no ya como invasor militar, sino como ejército inmigrante que “contamina” la raza dominicana.

Derrotadas las tropas españolas en 1865, Galván se exilió a Puerto Rico, donde continuó trabajando para la burocracia colonial. En 1876 regresa al país nombrado nuevamente Ministro de Relaciones Exteriores. Durante los últimos años de su vida dirigió las fracasadas negociaciones promovidas por el dictador Ulises Heureaux para arrendar la Bahía de Samaná a los Estados Unidos, a cambio de apoyo financiero y militar para afrontar la grave crisis en que se encontraba el país.

Pero Galván no fue ni un caso aislado, ni un extremista en el pensamiento dependiente dominicano. Incluso podría decirse que su hispanofilia no buscaba la pertenencia al decadente imperio español sino la completa separación de lo que percibía como una tradición primitiva y condenada al caos: la haitiana. Como explica Doris Sommer:

From Sarmiento on, the liberal opposition between civilization and barbarism in Latin American thought has often implied a racial or a cultural opposition between whites and others<sup>184</sup>.

---

<sup>184</sup> Doris Sommer, *op.cit.*, p. 55.

El principal objetivo de Galván era alejar a la República Dominicana de la posibilidad de encontrarse fuera del consorcio de las naciones civilizadas, lo que supondría la pérdida total del poder de la oligarquía descendiente de europeos. Aquí interviene la creación del mito de Enriquillo. Galván se propuso convencer a sus conciudadanos que su cultura era muy diferente de la de Haití. Para ello era necesario borrar cualquier vestigio de presencia africana en el surgimiento de la nación dominicana. De ahí su elección del primer siglo de colonización cuando –aunque luego se ha demostrado falso– aun no se habían importado negros africanos a la primera colonia de América.

### **3.2. La novela**

*Enriquillo* es una novela que no debe separarse del contexto histórico en el que fue publicado. Galván se propuso crear un “héroe dominicano” que expresara la mezcla entre taínos y españoles y negara cualquier elemento africano en la conformación del mestizaje dominicano.

A través de las diferentes etapas que ha pasado la República, la novela de Galván ha tenido diferentes valoraciones histórico-ideológicas y literarias. Cuando más valorada estuvo fue durante la llamada “Era de Trujillo”, pues sirvió de poderoso símbolo histórico para justificar la elaboración de un discurso de la identidad nacional que provenía de la mezcla del español y el indio, dejando totalmente de lado la influencia de los esclavos negros en la cultura dominicana. Colaborador del régimen, Max Henríquez Ureña se maravilla de la influencia hispánica en el estilo de la prosa de Galván: Novela romántica escrita por un espíritu dotado de serenidad clásica, todo en

---

*“Desde Sarmiento en adelante, la oposición liberal entre civilización y barbarie en el pensamiento latinoamericano muchas veces ha implicado una oposición racial o cultural entre blancos y otras razas”.*

ella es admirable: el lenguaje castizo, la castigada sencillez del estilo, la ordenación y el método<sup>185</sup>.

Después de la muerte del dictador en 1961 la novela fue muy criticada debido al sistema ideológico en que se basa, claramente pro-español o, mejor dicho, pro-europeo y, aunque critica la brutal forma de conquista y colonización a la que fueron sometidos los indios, justifica estos hechos por los “aportes” que esa cultura dominante trajo a los primitivos pobladores de las América, a saber: el catolicismo y el idioma castellano. En el contexto de una relectura de la identidad dominicana, muchos intelectuales vieron en la novela de Galván la semilla primigenia de los tres elementos esenciales en que se basó la dominación trujillista: el hispanismo, el antihaitianismo y el autoritarismo. Incapaces de negar la enorme influencia que había tenido la novela, prefirieron fijarse exclusivamente en sus valores literarios y puntualizar su desacuerdo con la ideología que representaba. La crítica actual, encabezada por el filólogo Bruno Rosario Candelier, escribe que “si se lee con atención su novela se apreciará que hay, pese al indianismo indiscutible de su obra, un apego por lo español, una defensa de lo hispánico y una exaltación del blanco [...]. *Enriquillo* se puede señalar como un modelo de creación que incorpora una posición ideológica sin desmedro de lo artístico”<sup>186</sup>.

En cuanto la ubicación de la novela en los movimientos literarios vigentes en Latinoamérica, es innegable la factura romántica tanto de la trama como de la forma de la obra. Sin embargo, existen opiniones diversas sobre su pertenencia al movimiento

---

<sup>185</sup> Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Río de Janeiro, 1945, p. 248. Citado en Manuel Valldeperes, “Evolución de la novela en la República Dominicana”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 206, 1967, (págs. 311-325), p. 312.

<sup>186</sup> Bruno Rosario Candelier, *Tendencias de la novela dominicana*, op. cit., p. 130.

indianista –en boga a finales del siglo XIX–, o si es un adelantado precursor del indigenismo que se desarrollaría a principios del XX.

*Enriquillo* puede clasificarse entre las novelas indigenistas por la clara actitud reivindicativa que adopta el narrador sobre los derechos de los indios [...]; es por ello manifiestamente diferente a la de los escritores indianistas de su época. Basta observar inicialmente las diferencias que se aprecian en la idealización del mundo indígena. En la novela del dominicano se exalta no tanto lo exótico o diferente –como es común entre los indianistas– sino aquello que se estima valorable por la cultura importada<sup>187</sup>.

Para estudiosos como Doris Sommer, por el contrario, “*Enriquillo* is neither a novel nor historical and it is indigenist only in the most exoticizing and sentimental use of the term”<sup>188</sup>.

A mi parecer, dependiendo del énfasis que se ponga en la temática o en la forma podrá considerarse la novela indianista o indigenista. Está claro que Galván no busca las descripciones de las costumbres y ritos de los taínos, incluso en las escenas en que describe su modo de vida, lo hace siempre usando términos comparativos con la cultura europea. Pero también es cierto, como explica Sommer, que la composición sentimental de sus personajes hacen referencia al mundo de los hidalgos medievales (honor, valentía, etc.), y ahí sí se detiene el autor en la descripción de las costumbres españoles, que para la época en que se escribe pueden ser caracterizadas como exóticas.

Ahora bien, temáticamente *Enriquillo* es la narración de la histórica rebelión del cacique Guarocuya (bautizado como Enrique por los franciscanos que le educaron), contra el exterminio español del pueblo indígena. Cuenta la historia que luego, de sufrir matanzas y humillaciones contra él y su pueblo, Enriquillo decide agrupar a la mayor

---

<sup>187</sup> Marina Gálvez Acero, op.cit., p. 17.

<sup>188</sup> Doris Sommer, *One Master for Another*, op.cit., p. 16.

“*Enriquillo no es ni una novela ni es histórica, y es indigenista sólo en el más exotizante y sentimental uso del término*”.



cantidad de taínos posibles y alzarse, en 1519, en la Sierra de Bahoruco, en la región suroeste del país. Allí establece una colonia indígena dedicada a la supervivencia y a la defensa de las continuas incursiones españolas. Al final logran mantenerse en la sierra hasta que se negocia la capitulación de los alzados, catorce años después, con una carta del emperador Carlos V que garantiza la seguridad y respeto de todos los indios sublevados y los exime de las encomiendas.

La novela se inicia con la Matanza de Jaragua (1503), cuando, engañados por una invitación amistosa de los conquistadores españoles, los principales jefes taínos se reunieron en uno de los más poderosos reinos indígenas en que estuvo dividida la isla a la llegada de Colón: el cacicazgo de Jaragua. En lugar de una reunión amistosa, el gobernador Frey Nicolás de Ovando ordenó el asesinato no sólo de los líderes indígenas, sino de toda la población incluidos mujeres y niños. Así narra Galván el genocidio de Jaragua:

El nombre de Jaragua brilla en las primeras páginas de la historia de América con el mismo prestigio que en las edades antiguas y en las narraciones mitológicas tuvieron la inocente Arcadia, la dorada Hesperia, el bellissimo valle de Tempé, y algunas otras comarcas privilegiadas del globo, dotadas por la Naturaleza con todos los encantos que pueden seducir la imaginación y poblaría de quimeras deslumbradoras. Como ellas, el reino indio de Jaragua aparece, ante los modernos argonautas que iban a conquistarlo, bajo el aspecto de una región maravillosa, rica y feliz. Regido por una soberana hermosa y amable; habitada por una raza Beligna, de entendimiento despejado, de gentiles formas físicas; su civilización rudimentaria, por la inocencia de las costumbres, por el buen gusto de sus sencillos atavíos, por la graciosa disposición de sus fiestas y ceremonias, y, más que todo, por la expansión generosa de su hospitalidad, bien podría compararse ventajosamente con esa otra civilización que los conquistadores, cubiertos de hierro, llevaban en las puntas de sus lanzas, en los cascos de sus caballos, y en los colmillos de sus perros de presa. Y en efecto, la conquista, poniendo un horrible borrón por punto final a la poética existencia del reino de Jaragua, ha rodeado este nombre de otra especie de aureola siniestra, color de sangre y fuego —algo parecido a los reflejos

del carbunclo. Cuando se pregunta cómo concluyeron aquella dicha, aquella paz, aquel paraíso de mansedumbre y de candor; qué fue de aquel régimen patriarcal, de aquella reina adorada de sus súbditos, de aquella mujer extraordinaria, tesoro de hermosura y de gracias, la historia responde con un eco lúgubre, con una relación espantosa, a todas esas preguntas. Perecieron en aciago día, miserablemente abrasados entre las llamas, o al filo de implacables aceros, más de ochenta caciques, los nobles jefes que en las grandes solemnidades asistían al pie del rústico solio de Anacaona; y más tarde ella misma, la encantadora y benéfica reina, después de un proceso inverosímil, absurdo, muere trágicamente en horca infame. A tales extremos puede conducir el fanatismo servido por eso que impropriamente se llama razón de Estado. (pp. 11-12)

En este pasaje ya se expresan las ideas principales que presentará la narración. La primera de ellas es la idealización de la vida indígena antes de la llegada de los conquistadores como una utópica sociedad llena de abundancia, con justos y capaces líderes y donde la naturaleza se complace en atender todas las necesidades del hombre. El segundo planteamiento trata de la contraposición entre la “apacible e inocente” raza taína y la “violencia” de los conquistadores. Y la tercera se refiere a las razones por las cuales las rebeliones indígenas estarían justificadas siempre y cuando no buscaran alterar el “orden natural de las cosas”, a saber, la sociedad patriarcal y la jerarquía social de las razas. Más adelante volveré sobre estas ideas.

Desde el punto de vista de simbología sobre la identidad nacional dominicana, la novela se construye alrededor de cuatro personajes principales, cada uno de ellos representante de una raza o tradición de pensamiento que pone en evidencia las ideas identitarias del autor: el jefe indígena Guarocuya (Enriquillo), su esposa, la mestiza Mencía, Fray Bartolomé de las Casas y don Pedro de Mojica.

Es importante resaltar que los personajes que construye Galván no son en ningún caso caracteres profundos y redondos, como bien apunta Doris Sommer:

The characters in *Enriquillo* are exceedingly flat [...] The traditional assumptions about masculine and feminine ideals here are to the point: they point backward to medieval quest-romances where victory meant restored fertility, the union of male and female heroes<sup>189</sup>.

Enriquillo representa la nueva raza indígena en contraposición al impulsivo Guaroa, que después de escapar de la Matanza de Jaragua, se hunde en el odio y el deseo de venganza. Por su parte, Enriquillo, aunque no olvida todo lo aprendido en los tiempos de la rebelión de Guaroa, se educa con los frailes dominicos, que le transmiten todos los valores morales cristianos que en definitiva guiarán su actuación.

Galván presenta al niño Enriquillo observando toda la organización de su tío Guaroa:

El niño todo lo miraba y a todo se prestaba sin manifestar extrañeza. Tenía siete años, y a esta tierna edad ya entreveía y comenzaba a experimentar todo lo que hay de duro y terrible en las luchas de la existencia humana. (p. 30)

Sin embargo, busca desligar la noción de que Enriquillo quiere ser el sucesor líder de los indígenas. Incluso no escatima esfuerzos para presentar la figura del príncipe taíno como manso, dócil, temeroso de Dios y respetuoso de la autoridad. Vive una vida acomodada, no sufre la opresión y la esclavitud de la que fueron objeto sus hermanos de raza. Galván lo presenta como un príncipe virtuoso al que los frailes dominicos educaron en las más excelsas cualidades del pensamiento y las armas para que un día reclamara su reino. Su caracterización no difiere mucho de la de los hidalgos y nobles del Medievo.

---

<sup>189</sup> Doris Sommer, *One master for another*, op.cit., p. 16.

“Los personajes de *Enriquillo* son excesivamente planos [...] Los supuestos con respecto a los ideales masculinos y femeninos van directo al punto: apuntan hacia los romances medievales donde la victoria significaba la restauración de la fertilidad, la unión de los héroes masculinos y femeninos”.

Al adentrarnos en su decisión de rebelarse contra la opresión española, encontramos que ésta sólo se realiza luego de haber agotado todos los caminos legales posibles para defenderse de los agravios al que es sometido, incluido el intento de violación de la que es objeto su esposa Mencía por parte del hacendado que debe ser su tutor, don Francisco de Valenzuela. Galván narra las cavilaciones de Enriquillo sobre el alzamiento:

La fuga a las montañas estaba decidida; pero se trataba de un alzamiento en forma, una redención, mejor dicho. Enriquillo no quería matanza, ni crímenes; quería sólo, pero firme y ardorosamente, su libertad y la de todos los de su raza. Quería llevar consigo el mayor número de indios armados, dispuestos a combatir en defensa de sus derechos; de derechos ¡ay! que los más de ellos no habían conocido jamás, de los cuales no tenían la más remota idea, y que era preciso ante todo hacerles concebir y enseñárselos a definir, para que entre en sus ánimos la resolución de reivindicarlos a costa de su vida si fuere necesario. (p. 407)

Mencía, por su parte, tiene todas las atribuciones de la heroína romántica. Es comedida, aunque audaz y valiente; acepta la autoridad total de su marido, aunque no duda en expresar sus reservas cuando piensa que éste se equivoca. Y en definitiva vive y muere por el amor que tiene hacia el héroe. En la novela Mencía es tentada por los opresores para que renuncie a su matrimonio con Enriquillo a cambio de una vida llena de lujos. Como toda abnegada heroína romántica prefiere la muerte a separarse de su amado:

—Hoy mismo —continuó el hidalgo— se empeñan en alimentar vuestra aversión hacia mí; pero yo, movido a misericordia ante vuestro infortunio y abatimiento, acudo a ofreceros una mano protectora, y deciros con el alma llena de ternura: “Mencía: no estáis desamparada ni sola. De vos depende el vivir opulenta y feliz: os basta con firmar este papel, en el cual pedís a la autoridad separaros de Enriquillo, y constituíros con vuestros bienes bajo mi protección paternal”.

Diciendo estas palabras, el hidalgo frotó con las manos sus dóciles ojos, de los cuales manó copioso llanto.

Mencia le preguntó secamente:

—¿Es eso cuanto teníais que decirme, señor?

—Es todo.

—Pues nada tengo que contestaros. Soy la esposa del cacique Enrique, y nadie podrá separarme de él.

—Pues prepárate a ver redoblar sus sufrimientos y los tuyos, ¡menguada! —dijo fuera de sí y trémulo de rabia Mojica.

—A todo estoy dispuesta —contestó con entereza la joven—; a todo con él. Nada tengo ni quiero de común con vos.

Y sin más ceremonia salió de la sala, dejando a Doña Leonor sola con el corrido hidalgo. (p. 385)

Fray Bartolomé de las Casas es según muchos estudiosos el personaje principal de la historia. Marina Gálvez refiere sobre el personaje de Las Casas que:

Es a él a quien sigue la historia que se cuenta en la novela, que se olvida de Enriquillo durante gran parte de la trama. El título de la obra subraya sin duda la idea de vincular la anécdota a las peripecias biográficas de este indígena dominicano, pero lo cierto es que desde el inicio, una vez presentado el escenario de la acción, es la figura de Las Casas la que va vertebrando la novela<sup>190</sup>.

En cuanto a la función del personaje de Las Casas en la novela, Galván se propuso crear la contraposición entre “buenos” y “malos” conquistadores. El primer grupo lo encabeza el fraile dominico, pero también incluye a figuras como la de Fray Antón de Montesinos, que pronunció su conocido sermón de Adviento en el que condenaba el trato dado a los aborígenes. La visión de Galván es que los actuales dominicanos son una mezcla entre la aguerrida raza indígena y lo mejor de la cultura

---

<sup>190</sup> Marina Gálvez Acero, op.cit., p. 31.

española, esa que no estuvo dominada –como los del segundo grupo– por la codicia y el hambre de oro.

Por último, el personaje de don Pedro de Mojica –nombre que no se encuentra en las crónicas de la colonia dominicana– es el villano en toda regla. A él se deben las intrigas contra los héroes, y a él puede culpársele por todo el sufrimiento de los protagonistas. Ya a través de sus rasgos físicos podemos darnos cuenta de que será el malvado de la historia:

Muy avara de sus dones se había demostrado la naturaleza con aquel individuo, que a una notable fealdad de rostro y cuerpo unía un alma sórdida y perversa. En su fisonomía campeaba un carácter grotesco, del cual trataba de aprovecharse, para mitigar, con chistes y bufonadas que excitaban la risa, el desagradable efecto que a todos causaba su pésima catadura, sus espesas y arqueadas cejas, nariz curva como el pico de un ave de rapiña. (p. 21)

La personificación del mal en este personaje tiene una doble función: primero realzar la división, como ya hemos dicho, entre buenos y malos conquistadores, con el objetivo de poner el énfasis en los valores de la cultura hispánica que propone se transmitan a los actuales dominicanos. La segunda función es la justificación de la rebelión de los héroes. En la visión patriarcal de Galván, el hecho de ser esclavo no era suficiente afrenta para rebelarse contra el orden establecido, era necesario mostrar la injusticia de los líderes locales para contraponerlos con la magnanimidad de los reyes y altos representantes imperiales.

Pero también desde el comienzo, el relato de Galván presenta a otros españoles que, enfrentados a los anteriores y al propio signo de los tiempos, lucharon con denuedo para cambiar esa situación y salvar material y espiritualmente a los indígenas, con las únicas armas de sus sentimientos compasivos y "la intrepidez de la caridad" que infundía en ellos sus principios cristianos. Lucha desigual que acaba en este caso, como

corroborar la peripecia del cacique Enriquillo, con la victoria de los débiles frente a los poderosos<sup>191</sup>.

### 3.3. Olvidos y mitos

Aunque es evidente la intención didáctica de Galván al escribir su novela, nos parece que ha sido un error de la crítica postrujillista juzgar la novela por sus incorrecciones históricas. Sin embargo, debido al uso político e identitario que se ha dado del texto, elevándolo a la categoría de autoridad histórica por autores como Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer; y por la poderosa influencia que aun tiene en la conformación y reafirmación de la identidad nacional dominicana, me veo obligado a sacar a relucir las diversas tergiversaciones históricas en que incurre Galván y, que en cierta medida, son las tergiversaciones en las que se basa la visión nacional de una mayoría de los dominicanos.

*Enriquillo* es un símbolo muypreciado por la elite dominicana de lo que es la identidad nacional. Sus postulados de la descendencia hispana e indígena sin ninguna presencia africana en la composición identitaria dominicana, han sido inculcados en el pueblo llano hasta el punto de que una población mayoritariamente mulata niega su condición racial apelando al mito creado por Galván calificándose a sí mismos como “indios”. A diferencia del resto de Latinoamérica, donde los indígenas y mestizos fueron discriminados por las elites blancas, en República Dominicana, la supuesta descendencia indígena se convirtió en una defensa contra los obvios rasgos africanos de la mayoría de la población.

Ahora bien, la construcción romántica de Galván en *Enriquillo* se basa en una serie de “olvidos” o meras tergiversaciones históricas, que quitarían bastante valor a su

---

<sup>191</sup> Marina Gálvez Acero, op.cit., p. 24.

propuesta didáctica de presentar al indio rebelde y a los “buenos” conquistadores como los precursores directos de los actuales dominicanos. Galván basa su narración de los primeros años de la conquista de La Española en los relatos de Fray Bartolomé de las Casas, los cuales han sido ampliamente caracterizados por sus exageraciones y falta de rigor histórico en pos de demostrar la “humanidad” de los indígenas y su supuesta “cristiandad de nacimiento”.

Entre los “olvidos” más importantes en que incurre el autor está la documentada presencia extendida de negros esclavos en La Española que fueron traídos para trabajar en la incipiente industria azucarera. Estos esclavos se mezclaron con los indígenas y los españoles, hecho que es cuidadosamente silenciado por Galván. La segunda tergiversación son las causas y las condiciones de la firma de paz entre la rebelión liderada por Enriquillo y las autoridades representativas de Carlos V. En la novela se nos presenta que dicho acuerdo se tomó luego de catorce años de rebelión, siendo las fuerzas reales incapaces de sofocar a los sublevados. Además narra Galván que, en una carta del propio emperador, éste promete libertad a los indígenas y tierras para su cultivo. Pero como cuenta el relator real Gonzalo Fernández de Oviedo<sup>192</sup> – ampliamente contrastado por los historiadores– las condiciones que aceptó Enriquillo para obtener la libertad y las tierras fue las de convertirse él y sus compañeros en agentes de la corona asistiéndola en la caza y captura de cualquier indígena o negro esclavo que se refugiara en las montañas de Bahoruco. No caben dudas de que la inclusión de estas condiciones en la novela habrían variado mucho las características heroicas del cacique taíno.

---

<sup>192</sup> Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia natural y general de las indias*, Centro de Estudios de Historia de México, México 1978.



En 1946 Fray Cipriano de Utrera dictó una demoledora conferencia en la entonces Ciudad Trujillo, en la que presentaba su bien documentado tratado sobre la rebelión de Enriquillo. En ella –aunque no se refería a la novela de Galván– desvela características tanto de la rebelión como del propio cacique que se alejaban mucho de la idílica visión cultivada por los intelectuales dominicanos<sup>193</sup>. Fray Cipriano documenta diversos asaltos, saqueos y asesinatos que los indígenas sublevados perpetraron bajo el mandato de Enriquillo, calificando a éstos de banda de ladrones y asesinos. Como era de esperarse, el régimen trujillista no permitió la difusión de dicho discurso y varios libros fueron publicados defendiendo la figura de Enriquillo en la historia de la colonización de la Española. El más relevante fue el de Manuel Arturo Peña Batlle titulado *La rebelión de Bahoruco*.

Resulta innegable que *Enriquillo* es el mito nacional dominicano. Sus premisas y postulados han sido utilizados por la elite para elaborar una identidad nacional basada en la hispanofilia y el rechazo hacia cualquier elemento africano en la cultura dominicana. Los efectos de dichos postulados siguen vigentes hasta el día de hoy, pues han resultado de amplia utilidad para mantener los privilegios de los descendientes de europeos en la isla.

---

<sup>193</sup> La conferencia fue publicada –muy a su pesar, como él mismo explica en el prólogo– por Emilio Rodríguez Demorizi, con el título *La polémica de Enriquillo*, Editora del Caribe, Santo Domingo, 1973.

## **4. *La Sangre*: las dictaduras dominicanas**

### **4.1. La narrativa del dictador-dictadura en Latinoamérica**

Aunque pueda parecer extraño el análisis de la ésta novela no estaría completo si no nos refiriéramos a la temática de la narrativa del dictador-dictadura en el plano continental, debido tanto a su importancia histórica, como a su gran influencia a la hora de contar la identidad nacional de los países latinoamericanos en general y de la República Dominicana en particular. Se trata de la narrativa que se adentra en la intrincada historia de los dictadores y las dictaduras que han asolado Latinoamérica desde su fundación.

Desde el inicio de su vida como naciones independientes, la mayor parte de los países latinoamericanos han sufrido una larga sucesión de dictadores. En la mayoría de estos países, el militarismo de las guerras de independencia, el bajo nivel educativo de la población, la ausencia de una tradición política y la organización rural de las sociedades, dieron como resultado el surgimiento de caudillos cuyo principal objetivo era llegar al poder y mantenerse hasta que otro, siguiendo el mismo procedimiento de violencia y represión, lo sucediera en la primera magistratura.

Al fracaso del sueño de Simón Bolívar de una Hispanoamérica unida en la “Gran Colombia”, siguieron separaciones y luchas continuas entre los principales actores de la independencia. El caos generado dio lugar al surgimiento de “hombres fuertes” que pudieran mantener el orden en las incipientes naciones americanas. El pueblo –se aducía-, al ser analfabeto y estar compuesto mayoritariamente por negros, indios, mulatos y zambos, necesitaba que se le condujera sin su participación, pues no había alcanzado la madurez necesaria para ser tomado seriamente en cuenta en las cuestiones de estado.

En el siglo XIX prácticamente todas las naciones latinoamericanas son gobernadas, con cierta intermitencia, por dictadores de diversas clases. Así, Venezuela comienza su vida como nación soberana bajo la dictadura de Páez, lugarteniente de Bolívar, al que seguirá Guzmán Blanco y, más tarde, Villanueva Crespo. Ecuador, por su parte, vive una constante sucesión de dictadores, entre los que se encuentran: el general Flores, García Moreno y el general Ignacio Veintemilla. La historia dictatorial del Paraguay se inicia con el pintoresco doctor Francia y continúa con el general Solano López. Argentina vivirá la lucha entre unitarios y federales que desembocará en la dictadura de Juan Manuel de Rosas. Estos son sólo unos pocos ejemplos de la larga lista de dictadores que pudiéramos elaborar.

Por su parte, el pueblo, aunque sufrirá las consecuencias del caudillismo, se sentirá fatalmente atraído por el magnetismo y la fortaleza de estas figuras. El escaso desarrollo de las instituciones y la mitificación del poder del caudillo explican que muchos de los tiranos hayan basado su influencia en el fuerte apoyo popular que detentaban. Lo cierto es –como explica Ángel Rama–, que en Latinoamérica “el dictador, lejos de ser una aberración que se mantiene en el poder gracias al terror, al ejército o a la Iglesia, es un producto de las sociedades a las que expresaba cabalmente, en especial respecto a las vastas masas incultas que constituían la inmensa mayoría de la población”<sup>194</sup>.

El escritor dominicano Manuel Rueda relaciona las dictaduras con un triángulo donde la figura del dictador es sólo un lado complementado por el pueblo y las especiales circunstancias históricas, “en tensiones y distensiones sucesivas, tres puntos de un conflicto secular que hoy la sociología explica como basamento de una ciencia

---

<sup>194</sup> Ángel Rama, *Los dictadores hispanoamericanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 7.

donde evolución e ideología se mezclan de continuo, provocando transformaciones explosivas”<sup>195</sup>.

Durante el siglo XX los regímenes dictatoriales volvieron a sucederse con cierta regularidad en las naciones de América Latina. Pero, a diferencia de los caudillos del siglo XIX, las dictaduras se fueron estableciendo con la influencia y el apoyo de potencias extranjeras que necesitaban proteger y aumentar sus intereses en la región. El principal impulsor de estos regímenes fue Estados Unidos, entrenando, armando y sosteniendo a la mayoría de los dictadores latinoamericanos durante el pasado siglo, como parte de su estrategia de explotación de los recursos naturales de la región y, posteriormente, de la lucha anticomunista.

Así, podemos destacar las figuras de Maximiliano Hernández Martínez (1931-1944) en El Salvador, Rafael Trujillo (1930-1961) en República Dominicana, François Duvalier (1957-1971) en Haití, Manuel Estrada Cabrera (1898-1920) en Guatemala, Juan Vicente Gómez (1908-1935) en Venezuela y un largo etcétera. Latinoamérica ha tenido dictadores militares, civiles, clericales, anticlericales, conservadores y progresistas, personajes convencidos de que su visión de la vida social y política era la que salvaría al pueblo del caos y la anarquía. Todos han dejado su triste legado tanto en la política como en las relaciones sociales de los pueblos de América Latina.

Pasamos al caso que nos ocupa, la literatura. Puede afirmarse que las obras que fundan la narrativa (principalmente la novela) hispanoamericana están impregnadas de un firme propósito político, ya sea denunciar, educar o presentar las visiones sociopolíticas del autor. Como afirma Juan José Amante Blanco: “Nada más nace la literatura hispanoamericana, en el apasionante capítulo que constituyen las narraciones

---

<sup>195</sup> Manuel Rueda, “Presencia del dictador en la narrativa dominicana”, en *El dictador en la novela latinoamericana*, Voluntariado de las Casas Reales, Santo Domingo, 1980, (págs. 113-145), p. 114.

de los cronistas, observamos que el autor –misionero o soldado– concibe la literatura como una posibilidad propagandística, lo que lleva implícito el tácito compromiso con uno de los grupos litigantes”<sup>196</sup>. Y es que lo político ha sido una preocupación constante de los escritores hispanoamericanos. Entendiendo como preocupación política –en palabras de Ricardo Navas Ruiz–, “un interés positivo y central por los acontecimientos de significación política: una guerra que cambia el destino de un pueblo, una revolución, una forma de gobierno”<sup>197</sup>.

Dicha preocupación política de los escritores latinoamericanos tiene quizás su expresión más común en el tema de los dictadores y las dictaduras, por ello son tan numerosas las narraciones que abordan esta problemática. Sin embargo, no es hasta la década de 1970 –a raíz de la publicación de varias novelas de influyentes autores de esa década– cuando los críticos comienzan a prestarle atención y a vislumbrar las características de este subgénero.

En el afán de analizar este tipo de obras, surgieron dos formas principales de abordarlas. La primera es el análisis por países de la narrativa que trata sobre el dictador o la dictadura<sup>198</sup>. Y la segunda es la división en dos categorías<sup>199</sup>: a) *De dictador*: es la que tiene como protagonista la figura del dictador. b) *De dictadura*: también llamada “con dictador”, se refieren a textos con orientación sociopolítica que intentan denunciar los crímenes de las dictaduras y retratar a las sociedades que los padecen. En esta división se suele considerar superior a la narrativa del dictador que a

<sup>196</sup> Juan José Amante Blanco, “La novela del dictador en Hispanoamérica”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 370, 1981, (pp. 85-102), p. 85.

<sup>197</sup> Ricardo Navas Ruiz, *Literatura y Compromiso*, São Paulo, Instituto de Cultura Hispánica de São Paulo, 1963, p. 22.

<sup>198</sup> Dos ejemplos de esta división pueden encontrarse en: Julio Calviño Iglesias, *La novela del dictador en hispanoamérica*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985. Y en Paul Verdevoye, *Caudillos, caciques et dictateurs dans le roman hispano-américain*, París, Editions Hispaniques, 1978.

<sup>199</sup> Nos basamos en el esquema propuesto por Sharon Keefe Ugalde, “Veloz Maggiolo y la narrativa de dictador-dictadura: Perspectivas dominicanas e innovaciones”, *Revista Iberoamericana*, Enero-Marzo 54 (142), 1988, p. 129.

la de dictadura, a causa de la inclusión en muchas de las novelas de dictadura de aspectos propagandísticos y panfletarios. Nos parece riesgosa esa valoración *a priori* de las obras, ya que el solo hecho de incluir elementos destinados a reforzar una ideología política no necesariamente resta méritos artísticos a las obras. Si siguiéramos este razonamiento tendríamos que descartar muchas de las mejores obras literarias latinoamericanas, por su fuerte componente político.

Para nuestra breve reseña de la narrativa del dictador-dictadura seguiremos el esquema planteado por la división del subgénero en narrativa del dictador y narrativa de la dictadura, ya que operativamente consideramos que nos sirve para subrayar las tendencias principales que ha tenido este subgénero a través de la historia literaria latinoamericana. Además la división por países requeriría de una extensión y una profundización que nos resultaría imposible de abordar en el marco de este trabajo.

- *Narrativa de dictadura*

La narrativa de la dictadura nace en Hispanoamérica a mediados del siglo XIX con tres obras que denunciarían el gobierno de Juan Manuel de Rosas, quien gobernó de forma despótica en Argentina desde 1835 hasta 1852. En orden cronológico: *Civilización y barbarie: vida de Juan Facundo Quiroga*<sup>200</sup> (1845), de Domingo Faustino Sarmiento; *Amalia* (1851-1855), de José Mármol; *El matadero* (escrito en la década de 1840, pero publicado 1883), de Esteban Echevarría.

De estas obras nos interesa destacar su carácter panfletario. En ellas el autor expone los crímenes y males de tal o cual dictador. Los personajes están a disposición de la exposición de una idea preconcebida y reflejos de los conceptos que el autor busca demostrar. En ninguno de los casos el dictador es elevado a la categoría de

---

<sup>200</sup> Estamos conscientes de los problemas para enmarcar esta obra dentro del género narrativo, pero como nuestro trabajo no versa sobre esta obra no consideramos oportuno abundar a ese respecto.

protagonista. Es un personaje muy secundario que sólo aparece en escena en ocasiones contadas aunque se le siente omnipresente en toda la obra.

Para este estudio, la principal relevancia de estas obras y otras posteriores que tratan sobre las dictaduras latinoamericanas es que crearon el estereotipo de lo que se conoce como “dictador hispanoamericano”, rasgos que permanecerán en prácticamente todas las narraciones que aborden la problemática esta figura. El estereotipo se formó sobre la base de la elaboración de una especie de híbrido que extrae las características esenciales de la enigmática personalidad del tirano (al menos, la manera como lo veían los pueblos que los padecían). Entre estos rasgos podemos destacar: vejez casi de momia, un impresionante magnetismo personal, machismo, innumerables concubinas, crueldad con sus enemigos y colaboradores, amor por la madre, ternura de padre, aislamiento y soledad.

Ya en el siglo XX, de la considerable cantidad de novelas que tratan sobre las dictaduras latinoamericanas, cuatro de ellas logran superar las debilidades artísticas que merman el subgénero. Estas son: *Tirano Banderas* (1926), de Ramón María del Valle-Inclán; *La sombra del caudillo* (1929), de Martín Luís Guzmán; *El señor Presidente* (1946), de Miguel Ángel Asturias y *Muertes de perro* (1958), de Francisco Ayala.

En estas novelas la preocupación de los autores sigue siendo la de condenar las dictaduras, pero tratan de enfocar no sólo qué hicieron los tiranos, sino qué fueron y por qué lo fueron. Además optan, no por la mera denuncia de los crímenes, sino por hacer sentir en carne propia al lector la pesadilla de vivir bajo la represión. Sin embargo, la figura del dictador que presentan no es todavía un personaje redondo, no sabemos qué piensa, por qué hace lo que hace, cuáles son sus temores, sus manías. En palabras de Ángel Rama, refiriéndose a dichas obras: “En estos textos el dictador, aunque presente,

se trata desde fuera, introduciéndose tímidamente en la intimidad del Palacio Nacional”<sup>201</sup>.

*Tirano Banderas*, de Valle-Inclán, al igual que sucede con *Nostramo* (1904), de Joseph Conrad, presenta una perspectiva exótica y esperpéntica de los dictadores latinoamericanos, muy relacionada con la visión europea que se tenía de las sociedades de América Latina. En ambos casos se trata de una aproximación externa al problema de las dictaduras, ya que ambos autores carecían de una experiencia directa al respecto.

Más que el aporte en la caracterización de la figura del dictador o de las sociedades que sufren su tiranía, en *Tirano Banderas* encontramos una apuesta lingüística que, tomando giros y palabras específicas de diversos países hispanoamericanos, trata (en mi opinión con bastante acierto) de recrear un lenguaje coloquial de la América hispanohablante.

*El señor Presidente*<sup>202</sup>, de Miguel Ángel Asturias, es la novela que lleva al límite de sus posibilidades la narrativa de dictadura y aún se considera el referente del subgénero. En ella Asturias nos presenta un dictador sin nombre ni ubicación espacio-temporal, aunque puede inferirse que toma muchos elementos de la dictadura de Manuel Estrada Cabrera en Guatemala (1898-1920), tiranía de la que fue testigo durante su juventud.

Desde el punto de vista temático, esta premisa de extraer al dictador y a la sociedad oprimida de un contexto histórico específico quizás sea el mayor acierto de la novela, pues logra extender los rasgos esenciales de la dictadura a toda Hispanoamérica. Así consigue recrear un ambiente turbio de descomposición social donde nadie puede estar seguro: los enemigos por la implacabilidad de la ira del

---

<sup>201</sup> Angel Rama, op. cit., p. 15.

<sup>202</sup> Miguel Ángel Asturias, *El señor Presidente*, Madrid, Anaya y Mario Muchnik, Edición de Selena Millares, 1995.



dictador y los adeptos debido a las constantes pruebas y trampas que la maquinaria dictatorial les hará atravesar para confirmar su lealtad absoluta. Giuseppe Bellini afirma que la intención de Asturias en esta novela es la de “presentar el poder deformante y desmoronador de la dictadura, la difusión de un clima en el que la personalidad humana se anula frente al temor”<sup>203</sup>.

En cuanto a la figura del dictador, Asturias, en lugar de describirlo, lo oculta, mostrando rasgos confusos y negativos que permiten inferir de él su extremado desprecio por sus conciudadanos y su crueldad para con sus enemigos. Sobre cómo lo presenta Asturias, Bellini afirma que éste “no contruye a su personaje, sino que lo va demoliendo poco a poco destacando a través de escasos detalles cromáticos –negro y gris– y anatómicos de la cara –encías desiertas, carrillos pellejados y párpados ralos–, la negatividad de su figura”<sup>204</sup>.

El dictador de Asturias es, en verdad, una personalidad misteriosa, que sólo un círculo muy selecto de colaboradores pueden tratar cotidianamente y al que el pueblo llano ha visto en muy pocas ocasiones. En esta invisibilidad radica la elaboración, por parte de los ciudadanos, del mito, del ser sobrenatural, características que adornarán a casi todos los dictadores latinoamericanos. Aunque el Presidente sólo aparece en escena seis veces en la novela, el mecanismo opresivo es una constante asfixiante en cada una de sus páginas. Cara de Ángel es el personaje que Asturias utiliza para ilustrar la inseguridad de los adeptos más próximos al dictador, pues el terrible final que padece –víctima de una trama del tirano–, ejemplifica los constantes cambios en el temperamento autoritario del Presidente. El Pelele, un mendigo con problemas mentales que es asesinado por la policía política para ocultar un crimen, podría

---

<sup>203</sup> Giuseppe Bellini, *El tema de la dictadura en la narrativa del mundo hispánico*, Roma, Bulzoni, 2000, p. 31.

Giuseppe Bellini, op. cit., p. 32.

considerarse una metáfora del mecanismo de la dictadura basado en el espionaje y en el miedo.

Deteniéndonos en cómo presenta Asturias la sociedad oprimida por el dictador, vemos que el autor hace uso de una contraposición dialéctica entre una realidad objetiva y una realidad mitológica. Es decir, yuxtapone la visión racional de una sociedad derivada de Occidente y la visión mítica proveniente de la herencia indígena. Muestra las contradicciones culturales del mestizaje y explica, de alguna manera, la permanencia y continua sucesión de los caudillos en el poder. Notamos el acercamiento que hace Asturias a las culturas precolombinas, en especial la cosmovisión del pueblo maya, que ha tenido una fuerte influencia en la sociedad guatemalteca. En este sentido, Carmen Mejía Ruiz nos dice que *El señor Presidente* “responde al mestizaje, mezcla de la concepción primitiva con la occidental. Fusión de historia y ahistoria, de realidad e irrealidad. Camino hacia el mito sin traspasarlo”<sup>205</sup>.

- *La narrativa de dictador*

Antes de adentrarnos en la narrativa del dictador, resulta interesante preguntarse el porqué de la ausencia hasta los años setenta, en la narrativa hispanoamericana, de una visión “desde dentro” de esta problemática. ¿Por qué los escritores han declinado abordar la personalidad del tirano y fijarse en la sociedad que padece las dictaduras?

Lo más probable es que la respuesta haya que buscarla en las muy especiales circunstancias en que han trabajado siempre los escritores latinoamericanos. Jorge Castellanos y Miguel Martínez, en su artículo “El dictador hispanoamericano como personaje literario” exponen lo siguiente:

---

<sup>205</sup> Carmen Mejía Ruiz, “La figura del dictador en la novela moderna y contemporánea (narrativa hispanoamericana)”, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, España, 1987, p. 151.

En estas tierras el valor de lo político está hipertrofiado y prima sobre otros valores, a los que debería estar subordinado [...]. Debido al carácter patológico de las instituciones cívicas, el público hispanoamericano exige del escritor no sólo una expresión estética sino, ante todo, una definición política [...]. Si se escribe sobre una dictadura, al dictador no puede hacersele ni la apariencia de una concesión. De otro modo se corre el riesgo de ser acusado de estar en complicidad con él<sup>206</sup>.

Ahora bien, en sólo dos años de la década de los setenta (1974-1975) se publican tres novelas sobre los dictadores latinoamericanos que rompen con el enfoque tradicional con que se había tratado el tema, pero, al mismo tiempo, están fuertemente influidas por la visión de la figura del dictador que elaboraron sus antecesores. Se trata de *El recurso del método* (1974), del cubano Alejo Carpentier<sup>207</sup>, *Yo el Supremo* (1974), del paraguayo Augusto Roa Bastos<sup>208</sup>, y *El otoño del Patriarca* (1975), del colombiano Gabriel García Márquez<sup>209</sup>.

El cambio principal es plantear el problema “desde dentro”, es decir, a través de estas obras no sólo se condenan los regímenes dictatoriales o se presentan las penurias de los pueblos que los sufren, sino que además, y principalmente, conocemos la compleja y misteriosa conciencia del dictador. El tirano nos contará, usualmente en primera persona –aunque se utilizan múltiples puntos de vistas y voces narrativas–, cómo ve su país, el poder, las relaciones humanas, sus enemigos, su misión y su soledad.

Muchos han sido los avances de la literatura mundial que permitieron que los autores latinoamericanos pudieran resolver los graves problemas que sufría la narrativa del dictador-dictadura desde sus inicios. Aunque algunas de estas técnicas son

---

<sup>206</sup> Jorge Castellanos y Miguel A. Martínez, “El dictador hispanoamericano como personaje literario”, *Latin American Research Review*, Vol. XVI N° 2, 1981, (pp. 79-105), pp. 86-87.

<sup>207</sup> Alejo Carpentier, *El recurso del Método*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 1976.

<sup>208</sup> Augusto Roa Bastos, *Yo el Supremo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986.

<sup>209</sup> Gabriel García Márquez, *El otoño del Patriarca*, Madrid, Plaza y Janes, 1975.

utilizadas por autores anteriores, como Asturias por ejemplo, es en los narradores de los setenta cuando toman mayor auge para enfrentarse a la temática dictatorial. Entre estos avances técnicos y temáticos citamos los principales<sup>210</sup>: la viabilidad de lo feo como material estético, la exaltación del antihéroe a la categoría de personaje central, fragmentación de la trama, descomposición cronológica, alteración rítmica de los puntos de vista y desvertebración de la sintaxis.

Para muchos estudiosos, en estas tres novelas se utiliza el tema de la dictadura sólo como punto de partida, pues lo realmente planteado por los autores es qué le hace a una persona la posesión de un poder aparentemente ilimitado. Angela Dellepiane lo explica así: “El objetivo [de las tres novelas] apunta a desentrañar el poder absoluto y sus secuelas, tanto en el individuo que lo ejerce como en el pueblo que lo padece”<sup>211</sup>.

Alejo Carpentier es el primer autor latinoamericano que se enfrenta al gran reto de mostrar la misteriosa conciencia del dictador. Será el mismo dictador, en primera persona, quien nos cuente lo que ha hecho, sus razones, cómo derrotó a sus enemigos, cómo gobierna su país, sus concepciones sobre la sociedad y los ciudadanos.

Al igual que Asturias, Carpentier recurre al sistema de generalizaciones. Crea un dictador sincrético, que toma su personalidad tanto de la tradición de la novela de dictadura como de varios de los dictadores que han gobernado Latinoamérica durante el siglo XX<sup>212</sup>. Además, opta por un país indefinido, del que sólo sabemos que se encuentra en la región del Caribe. El “Primer Magistrado”, único nombre que se le da en la novela (a excepción de la escena del estreno de la ópera *Tosca* cuando sus enemigos gritan “¡abajo Valverde!”), no corresponde al bruto caudillo que se ha hecho

<sup>210</sup> Tomado de Jorge Castellanos y Miguel A. Martínez, op. cit., p. 88.

<sup>211</sup> Angela B. Dellepiane, “Tres novelas de la dictadura: *El recurso del Método*, *El otoño del Patriarca*, *Yo el Supremo*”, *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Bresilien*, n° 29, 1977, (pp. 65-87), p.67.

<sup>212</sup> Los rasgos principales del dictador de Carpentier, según Angela B. Dellepiane (op. cit., p.68).se toman de Machado y Batista, dos tiranos cubanos que el autor conoció de cerca.

con el poder a base de la fuerza y que está muy relacionado con el campesinado y con la organización rural de la sociedad. Es el tirano ilustrado “amante de las artes académicas, de la opera, devoto de la ‘Ciudad Luz’; pero al mismo tiempo general improvisado, déspota, negociador de la hacienda pública, padre de la patria, etc.”<sup>213</sup>. Se trata pues, del intelectual surgido del positivismo del siglo diecinueve, para el cual el pueblo latinoamericano estaba en una especie de adolescencia social y necesitaba de un padre bueno y rígido que lo guiase por los caminos de la paz y el progreso. El Primer Magistrado lee los clásicos franceses e ingleses en sus respectivos idiomas y considera que la fuerza es la única manera de sacar de la anarquía los países hispanoamericanos.

Esta elección del “tirano ilustrado” recrea una personalidad ambivalente. Hablamos de un dictador que vive entre su país latinoamericano y París, donde se codea con la crema de la intelectualidad y el poder político mundial; exquisito, sensual y a la vez cruel y despiadado; en definitiva, un ser cuya compleja personalidad desconcierta y rompe radicalmente con los juicios polarizantes de bueno o malo.

Cada uno de los siete capítulos en que está dividido *El recurso del método* se inicia con un epígrafe cuidadosamente seleccionado de *El discurso del método* de Descartes. Estos epígrafes tienen dos funciones principales en el orden temático. La primera es que proporcionan una clave enunciativa para orientar al lector sobre los sucesos que se desarrollarán; y la segunda función es contribuir al sistema de contrastes que utiliza Carpentier para presentar la ambivalente figura del dictador. Es decir, la contraposición entre el racionalismo que enarbola el dictador con su formación afrancesada y la brutalidad irracional de sus acciones para reprimir cualquier atisbo de rebelión.

---

<sup>213</sup> Ángel Rama, op. cit., p. 44.

El Primer Magistrado llegó al poder por las armas y se siente predestinado a la misión de “mantener el orden y la paz social en un país que, hasta su llegada, había vivido en constante anarquía”<sup>214</sup>. Por eso utiliza “la regla del juego, el Recurso del Método”, que consiste en aplastar de cualquier manera y a cualquier precio a todo adversario que ose oponérsele en su sagrada gesta y apartarlo de lo que realmente importa: el poder.

En cuanto a la caracterización de la sociedad oprimida por la dictadura, en la novela de Carpentier –como también pasará en las otras dos que analizaremos– está representada por algunos personajes que muestran las distintas tendencias ideológicas con las que puede resolverse la problemática de la dictadura. Así, nos queda claro que la suplantación del dictador por medio de una rebelión militar está descartada, ya que los dos alzamientos que se narran en la obra (el del general Ataúlfo Galván y el del general Hoffmann) son sofocados con relativa facilidad. También el autor se muestra desconfiado con las alternativas propuestas por la revolución que pretenden el doctor Luís Leoncio Martínez, austero profesor de filosofía, que a la caída del Primer Magistrado subirá al poder apoyado por los norteamericanos; y el minero Miguel Estatua, caudillo popular que terminará volándose a sí mismo con dinamita para no caer en manos de los esbirros del Primer Magistrado. La apuesta la hará el autor en la persona de “El estudiante anónimo [...] que es marxista-leninista y logra resistir las amenazas y sobornos que le tiende el Primer Magistrado”<sup>215</sup>.

*El recurso del método* no deja de ser una novela política. Condena las dictaduras, expone sus crímenes, da voz a la parte de la sociedad que resiste con valentía sumirse en la degradación que conlleva la sumisión incondicional. Sin

<sup>214</sup> Jorge Castellanos y Miguel A. Martínez, op. cit., p. 89.

<sup>215</sup> Seymour Menton, *Caminata por la narrativa lationamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 40.

embargo, no descuida en ningún momento la caracterización de sus personajes, principalmente la del protagonista, ni convierte el discurso en un panfleto revolucionario. Nos presenta cuadros positivos y negativos en constante tensión dialéctica, que escenifican la complejidad tanto del dictador como del régimen político que impone a sus conciudadanos.

Poco tiempo después de la publicación de la novela de Carpentier, ve la luz la segunda novela esencial de la narrativa del dictador-dictadura. Se trata de *Yo el Supremo*, del paraguayo Augusto Roa Bastos. El tratamiento de la problemática del dictador que hace Roa Bastos es bien distinto a la de Carpentier. Mientras el primero crea un dictador sincrético, utilizando rasgos físicos y psíquicos de varios de los más emblemáticos sátrapas latinoamericanos, Roa Bastos trata de desentrañar la conciencia de un personaje muy concreto: el doctor Francia, gobernante supremo del Paraguay desde 1814 hasta 1840.

El reto de Roa Bastos es inmenso: los materiales históricos de que dispone son sumamente limitados, debido al halo de leyenda que rodea la misteriosa figura de Francia. Acólitos y detractores del dictador habían creado una historiografía poblada ya de elementos fabulosos e increíbles, ya de maldades y odios impensables. En resumen, la caracterización del personaje del doctor Francia así como de la época de su gobierno tenía, además de las complicaciones tradicionales del subgénero de la narrativa del dictador-dictadura, las añadidas por múltiples situaciones ajenas al texto. Aun así Roa Bastos logra una impresionante interpretación literaria iluminando muy diversos niveles de la personalidad del doctor Francia y de la configuración de la nación paraguaya.

*Yo el Supremo* está elaborada por un supuesto “compilador” que va insertando documentos históricos de diversa índole, algunos de ellos escritos o dictados por Francia a su escribiente Policarpio Patiño. Sin embargo también aparecen numerosas conversaciones entre Francia y Policarpio, monólogos interiores del dictador, alucinaciones y desdoblamientos de personalidad, que no se aclara quién los introduce en el texto.

El autor nos presenta a un doctor Francia en el fin de su mandato. Viejo y enfermo (debido a una caída de su caballo mientras paseaba por la ciudad), el Supremo comienza a recapitular su vida: nos habla de su lucha para librarse de la dominación española y de las apetencias de las naciones cercanas por anexarse el territorio paraguayo. También explica su propósito de crear una “nación paraguaya”, causa por la que sometió al país a un aislamiento casi absoluto.

El golpe que recibe al caer del caballo le produce una especie de delirio que desdobra su personalidad. Aparte del *Yo*, que es el dictador, aparece un *El*, figura de sí mismo, incorruptible que le reprocha su megalomanía, sus decisiones, su absolutismo. Mediante este mecanismo Roa Bastos nos presenta un Francia en sus múltiples facetas, creando un héroe-villano que se autoinculpa y se vanagloria a la vez de sus acciones como dictador.

El misterio sobre la personalidad de Francia no se resuelve en la novela. El compilador nos dice en su nota final que todo lo escrito puede ser cierto o no, dependiendo de cómo se mire. La figura del Supremo fue y seguirá siendo un mito fabuloso y terrible para los paraguayos. Algunos verán en él el implacable defensor de la independencia del país, mientras que los detractores remarcarán su megalomanía, su absolutismo y la represión a que sometió a sus conciudadanos.



En cuanto a la sociedad oprimida que presenta Roa Bastos en su obra, vemos que están presentes todos los sectores sociales que conformaban la nación paraguaya. Para cada uno de estos estamentos el Supremo tendrá una actitud definida. Así, a los porteñistas (formados por una veintena de familias de la clase alta paraguaya que estaban a favor de la anexión del país a la Argentina) Francia les trató como traidores y antipatriotas, terminando muchos de ellos “bajo el naranjo” de las ejecuciones. Frente a los más desfavorecidos de la sociedad, los indígenas y mestizos, Roa Bastos nos presenta a un dictador paternalista y estricto que “pactó con los indios, entre quienes él afirma haber encontrado los patriotas más incondicionales, les ayudó a que defendiesen sus propios bienes y su territorio”<sup>216</sup>. Por último, el Supremo se mostró independiente con respecto a la Iglesia Católica, aunque respetando las instancias de su poder, siempre que no interfirieran con sus designios. La fe no era el problema del dictador sino “la importancia que gracias a esta fe, puedan adquirir los ministros de ella”<sup>217</sup>.

Sobre la última novela a reseñar en este apartado, *El otoño del Patriarca*, Gabriel García Márquez ha referido que sería un estudio sobre la “soledad del déspota”<sup>218</sup>. En ella vuelve sobre la figura de un prototípico dictador caribeño, extraído de un compendio de rasgos de varios tiranos latinoamericanos. Seymour Menton refuerza la idea de que El Patriarca es el prototipo de todos los dictadores latinoamericanos haciendo las siguientes comparaciones:

Como Porfirio Díaz, el cometa Halley marcó un hito en la historia de sus largos e interminables años de gobierno [...], como Maximiliano Hernández Martínez de El Salvador o como François ‘Papa Doc’ Duvalier de Haití, tiene fama de brujo y cura a los leprosos con sólo tocarlos. A la

---

<sup>216</sup> Enrique Marini Palmieri, “Roa Bastos: ‘Yo El Supremo’”, en Paul Verdevoye ed, *Caudillos, caciques et dictateurs dans le roman hispano-américain*, París, Editions Hispaniques, 1978, (págs. 354-365), p. 354.

<sup>217</sup> Ibid., p. 355.

<sup>218</sup> Ernesto González Bermejo, “García Márquez habla sobre su próxima novela”, *La Hora*, Puerto Rico, 22 de septiembre de 1971..

manera de Anastasio Somoza García de Nicaragua, manda construir el estadio de béisbol más grande del Caribe<sup>219</sup>.

No obstante, Menton ve las mayores similitudes de El Patriarca con la figura del dictador dominicano Rafael Trujillo, cuya divinización y excentricidades proporcionaron la mayor fuente de contrastes para el personaje de García Márquez.

En *El otoño del Patriarca*, García Márquez se embarca en el universo de lo mitológico para crear un mundo ficcional absurdo, de pesadilla, a la vez que verosímil y comprensible para cualquier persona que conozca los avatares políticos que ha sufrido América Latina durante los últimos dos siglos. Logra individualizar el personaje del tirano presentándolo desde diversas perspectivas, explicando las facetas por las que va transcurriendo su mandato y su existencia, hasta el punto que ambas cosas se funden en una misma.

A través de episodios y anécdotas extravagantes –además de los constantes cambios temporales, la casi total ausencia de signos de puntuación y el paso incesante de diversos puntos de vistas y voces narrativas–, consigue hacer sentir lo que muchos habían intentando recrear pero que por muchas razones no consiguieron: el mundo absurdo, eterno y de pesadilla en que viven sumidos los pueblos que sufren gobierno autoritarios y dictatoriales.

Para este estudio nos interesa remarcar varias características del tratamiento que esta novela hace de la problemática del dictador, que, aunque no es una novedad exclusiva de esta obra, nos sirve para cerrar el ciclo de la novelística del dictador.

El primer elemento es la presentación de lo sobrenatural como parte intrínseca del dictador. Esto, lejos de ser una mera fantasía del autor, es parte esencial de la mitología

---

<sup>219</sup> Seymour Menton, op. cit., p. 64.

que se crea en los pueblos latinoamericanos en torno a los sátrapas. Así, presentará un dictador que vive trescientos años, que cura a los enfermos, que está en todas partes, que gobierna desde las luchas de independencia, que asiste a la llegada de los españoles a América, entre otras muchas cosas.

El segundo elemento es la manifestación de la dictadura como un proceso cíclico e interminable de la historia de los países latinoamericanos. En la novela vemos que El Patriarca llega al poder a través de una revuelta militar, derrocando a otro dictador (esta vez un tirano ilustrado) y a su muerte es muy posible que uno de los tantos caudillos le suceda en el poder.

Otro elemento es la influencia de las potencias extranjeras en la política latinoamericana. El dictador que caracteriza García Márquez sube al gobierno con el apoyo de los norteamericanos. En la novela actúan cerca de veinte “embajadores” de esa potencia, mencionados solamente por sus apellidos (Stetson, Thompson, Evans, Norton, Wilson, Baxter, entre otros), mostrando así la continuidad de la influencia imperial a través de los casi trescientos años en que gobierna El Patriarca. Además, un tema reiterativo en la obra es la venta que hace el dictador del mar Caribe a los norteamericanos, a cuenta del cobro de la deuda externa, dejando al país con un litoral parecido al paisaje desierto de la luna.

El último elemento a recalcar es la visión que presenta la obra respecto a la sociedad oprimida por la dictadura. La recriminación a la pasividad de los súbditos es, según Giuseppe Bellini, el significado último de la novela, “un reproche contra la resignación”<sup>220</sup>. Y es que el dictador no se mantiene en el poder sólo gracias a la

---

<sup>220</sup> Giuseppe Bellini, op. cit., p. 100.

violencia y a su astucia, sino también, utilizando el apoyo popular para el que representa un padre estricto, pero padre al fin.

Por último, aunque no pertenece al periodo cronológico de este estudio, debemos dedicar unas líneas a la que sin dudas es la mejor novela sobre Trujillo. Hablamos de *La fiesta del chivo*, de Mario Vargas Llosa, publicada en el año 2000. La reciente publicación de esta novela muestra que la temática del dictador está muy lejos de agotarse en Latinoamérica y que todavía existen nuevas formas de abordar la problemática. No pretendemos hacer un análisis exhaustivo de la novela, sino simplemente, poner de manifiesto la importancia de esta obra maestra en el tema de este estudio.

Con una estructura estudiada de forma milimétrica, Vargas Llosa hace lo que ningún escritor dominicano había intentado: presentar la oscura y megalómana psiquis de uno de los más crueles dictadores latinoamericanos. A través de la novela conocemos las virtudes, los defectos y los porqués de Trujillo en el último periodo de su dictadura, poco antes de caer asesinado. Además, el autor nos presenta a los principales actores históricos que rigieron durante el trujillato y después de la muerte del tirano, como Joaquín Balaguer. Utilizando el personaje de Urania, una emigrante dominicana que reside en Estados Unidos, refugiada allí de un pasado que la atormenta, Vargas Llosa consigue exponer la actualidad del pasado trujillista en el sistema político y social dominicano, mucho después de la muerte del tirano.

Por último es importante resaltar que el autor consigue humanizar a los personajes históricos que protagonizaron los hechos más relevantes de la historia dominicana del siglo XX. Esta humanización se contrapone con la visión presentada tanto por la historiografía oficial como por la mayoría de los autores dominicanos, que siempre han

cargado a estos personajes con caracteres propios de los héroes románticos o de los malos de los *westerns*.

#### **4.2. *La Sangre*: contexto histórico**

Tulio Manuel Cestero (1877-1955) ha sido reconocido por la crítica literaria como uno de los principales precursores de la novela moderna en la República Dominicana. Su biografía, como narra Emilio Rodríguez Demorizi, corresponde a los típicos avatares de los “hombres de letras” de principios del siglo XX, donde la literatura y las luchas políticas estaban irremediabilmente unidas<sup>221</sup>. Desde muy joven, Cestero se destacó no sólo por su talento literario sino por participar activamente en varias revoluciones tendientes a derrocar alguno de los múltiples gobiernos que padeció la República entre 1900 y la primera ocupación norteamericana en 1916. Con el asesinato del dictador Ulises Heureaux concluye la etapa política caracterizada por la rivalidad entre el Partido Azul (liberales progresistas) y el Partido Rojo (conservadores), instaurándose la lucha encarnizada de dos caudillos que marcarían los destinos del país hasta el advenimiento de la dictadura de Trujillo. Estos dos caudillos fueron: Horacio Vázquez (1860-1936) y Juan Isidro Jimenes (1816-1919). Las tendencias y partidos políticos pasarán a llamarse como sus caudillos (horacistas y jimenistas) o con características de gallos de pelea, en ese entonces el deporte más popular en el país (Coludos y Bolos).

Bajo la tutela de Horacio Vázquez, Cestero intentará un golpe de Estado cuyo fracaso lo llevó al exilio en Cuba. Néstor Contín Aybar, en su *Historia de la literatura dominicana* narra el acontecimiento:

---

<sup>221</sup> Emilio Rodríguez Demorizi, “Bio-bibliografía de Tulio Manuel Cestero”, *Revista Dominicana de Cultura*, No. 3, Ciudad Trujillo, 1957.

Las acciones bélicas que en los alrededores de la capital de la República, sitiada por los *horacistas*, siguieron al golpe del 23 de marzo de 1903, contaron con la presencia de Tulio Manuel Cestero. Había venido desde el poblado de Guerra, acompañando al valiente general Casimiro Cordero (Corderito), que en gesto de audacia suprema e imprevisora, había de caer más tarde, en un intento de tomar por asalto la ciudad de Santo Domingo. Vencida su gente, convencido de la realidad de su inexplicable e inesperada derrota, hubo de seguir a su jefe político, el general Vásquez, hasta las playas de la vecina Cuba, fungiendo como su Secretario Particular<sup>222</sup>.

La cercanía a los grupos de poder que vive Cestero desde su juventud marcará profundamente la visión de la sociedad dominicana que plasmará en sus escritos. Esta visión ha sido caracterizada como “el gran pesimismo dominicano” y tuvo su momento de apogeo en las primeras tres décadas del siglo XX. Como hemos visto en los capítulos dos y tres de este trabajo, tanto los tratados ensayísticos como las obras literarias de esta época se caracterizan por una actitud de rechazo de los intelectuales y hombres de estado hacia el pueblo que deben dirigir. Anteriormente hemos abundado en las razones socio-históricas que sustentaban este pensamiento pesimista, con referencia a este autor nos interesa subrayar un elemento que nos parece fundamental y que queda plasmado en la novela que nos proponemos analizar, se trata del concepto trágico de la historia. Para los pensadores dominicanos de finales del siglo XIX y principios del XX, la historia debía transcurrir en un sentido progresivo lineal, pudiendo evaluarse las etapas de desarrollo en un análisis temporal. Refiriéndose a la novela de Cestero, el historiador dominicano Roberto Marte explica dicha visión de la historia:

[la concepción trágica de la historia presenta] una configuración regresiva [que] supone una idea lineal de la historia, lo que quiere decir que la obra presenta a la sociedad

---

<sup>222</sup> Néstor Contín Aybar, *Historia de la literatura dominicana*, Universidad Central del Este, San Pedro de Macorís, República Dominicana, Tomo 3, p. 129.

dominicana como una sociedad que se rezaga en su momento con relación a las expectativas de parte de su elite y también con respecto al ritmo del “progreso” de otras sociedades de afuera<sup>223</sup>.

Pero la realidad política, social y económica del país desde su separación de la República de Haití no hace más que contradecir esa linealidad de la historia, ya que presenta una constante discontinuidad plagada de saltos hacia delante y enormes retrocesos. Esta imposibilidad de encuadrar la realidad dominicana en su visión de la historia contribuyó a que creciera la corriente intelectual que analiza el pasado desde un punto de vista trágico. Cestero se adhiere totalmente a esta corriente y plasma en su novela *La Sangre* uno de los principales sustentadores literarios de dicho pensamiento valiéndose del “sinécdoque: los infortunios del pasado reciente constituyen una demostración resumida del desenlace infeliz del acontecer histórico insular desde los tiempos coloniales hasta el presente”<sup>224</sup>.

Si comparamos la secuencia narrativa regresiva de *La Sangre* (el héroe que sucumbiendo ante las adversidades en un estado de permanente hostilidad contra la evolución de los acontecimientos políticos) con el discurso historiográfico dominicano decimonónico, notaremos que en ambos casos existe un interés en establecer el sentido final de la historia, pero en la primera este sentido final de la historia se manifiesta según una acepción eminentemente trágica mientras que en la segunda la historia muestra alternativamente progresiones y regresiones en un sentido romántico<sup>225</sup>.

Es necesario contextualizar el carácter ideológico en el que se desarrolla tanto el autor como su novela. En la primera década del siglo XX ya era evidente el fracaso de los esfuerzos liberales para establecer una República capitalista, con un fuerte sistema agroexportador y una avanzada escolarización de la población. La dictadura de Lilís

---

<sup>223</sup> Roberto Marte, “La historia como tragedia en la novela de Cestero”, *Suplemento Biblioteca*, Periódico Listín Diario, 23 de junio de 2002, p.4.

<sup>224</sup> Ibid.

<sup>225</sup> Ibid.

había demostrado que incluso en las filas del “honorable” Partido Azul se encontraba agazapado ese germen autoritario y violento que se creía inherente al ser dominicano. Con un país en el que todavía predominaban las relaciones económicas feudalistas, endeudado hasta el punto que el gobierno norteamericano controlaba directamente las aduanas para garantizar el pago de las numerosas deudas, los intelectuales no encontraron ninguna razón para elaborar un discurso que aglutinara a la mayoría de la población y animara a reformar la sociedad. En lugar de ello ahondaron en la idea de que la República era un estado fallido, carente de ciudadanos con una conciencia clara de nación y que sólo podían ser gobernados por caudillos autoritarios que pudiesen controlar esos impulsos veleidosos propios del pueblo dominicano. Reflexionando sobre la novela de Cestero, el crítico literario José Rafael Lantigua explica las raíces y consecuencias del pesimismo en la intelectualidad del país:

[La Sangre] Es la expresión singularizada del discurso pesimista dominicano al que Cestero se adhiere con una visión que postula desde el epicentro de una realidad que atormenta y degrada el ser dominicano, entonces, en el siglo diecinueve finisecular y en las violentas luchas políticas de los inicios del veinte, diluidas sus esperanzas y menguadas su posibilidad de redención y progreso. El pesimismo siempre nos ha parecido una materia objetiva en la visión desgarrada de sus prohijadores, vistas las singularidades de las épocas en que vivieron, y ante la descarnada mirada de la razón concreta que anunció desbalances claros de la personalidad del dominicano que, todavía, a tantos años de aquellos “pesimismos” se muestran invariables, objetivados sin dudas en los vaivenes políticos y sociales de las décadas recientes<sup>226</sup>.

La otra cara de la moneda que representa la visión trágica de la historia de la sociedad dominicana es la posibilidad de un “salvador”, un mesías cuyas dotes extraordinarias pudieran lograr lo que por otros medios había resultado imposible: la

---

<sup>226</sup> José Rafael Lantigua, “*La Sangre*, de Tulio Cestero: una memoria sociohistórica”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 28 de enero del 2000, p. 32.



adecuación de la mayoría de la población del país a la institucionalidad de un país “civilizado”. Esta idea de que los infortunios nacionales sólo podían ser resueltos con el advenimiento de un caudillo fue ganando fuerza en la intelectualidad durante las primeras décadas del siglo XX. Cestero la planteará en su novela *La Sangre* –como veremos en el próximo acápite– pero es en su actividad política en donde estos planteamientos causarán el apoyo incondicional, no sólo de él, sino de gran parte los letrados dominicanos, al aparato dictatorial que creará Trujillo y que mostrará las consecuencias últimas del caudillismo institucionalizado como expresión del discurso sobre la identidad nacional.

Como veremos, las diversas lecturas que los estudiosos han elaborado sobre la novela de Cestero tienen en común la admiración por el hombre de estado que, luego de su exilio en Cuba, regresa a la República colaborando estrechamente con todos los gobiernos que requirieron sus servicios. Al llegar del exilio se convierte en consejero del recién nombrado presidente de la República Carlos Morales Languasco, puesto que ocupa hasta que decide dedicarse a las relaciones diplomáticas, actividad que le llevará a representar al país en diversas ciudades del mundo como Madrid, París y Santiago de Chile. Aunque la mayor parte de su vida la pasó residiendo fuera del país en calidad de embajador, durante la última etapa de su vida fue un amplio colaborador de la dictadura trujillista fungiendo como Ministro de Hacienda durante varios años.

#### **4.3. La novela**

*La Sangre* (1914) es mucho más que una novela sobre la dictadura del General Heureaux. Como anuncia el subtítulo de la obra: “una vida bajo la tiranía”, se trata de un recuento del tumultuoso acontecer político de la República Dominicana desde su independencia en 1844 hasta la firma de la Convención Domínico-Americana de 1907,

cuando los norteamericanos asumieron el control de las aduanas dominicanas para asegurar el pago de la deuda externa del país. La dictadura de Heureaux ocupa menos de la mitad de la obra. En el resto, el autor evocará tanto las revoluciones y las dictaduras anteriores al caudillo como las que sobrevinieron a partir de su muerte. Además, como bien dice José Rafael Lantigua, una lectura fundamental de la novela es la que “permite establecer un análisis sociohistórico de la realidad epocal, desentrañando sus coordenadas tipificantes y ensamblando los ejes de una memoria que expone y guarda las vivencias de la cotidianidad dominicana [...] sus virtudes y pobreza, en la enunciación de los dilemas sociales, políticos y humanos”<sup>227</sup>.

Desde el punto de vista de un estudio sobre el discurso identitario nacional esta última lectura de la novela plantea interesantes aristas sobre el entendimiento intelectual de “lo dominicano” a principios del siglo XX. Una de estas aristas es la identificación de la totalidad de la población del país con los habitantes de las ciudades, principalmente Santo Domingo. En la novela no encontramos una caracterización importante de la vida campesina, sin embargo, amplios pasajes son dedicados al trajinar cotidiano de los capitaleños, abundando los detalles sobre “juegos y costumbres, el carnaval y el ritmo social de aquellos tiempos, la vida juvenil y los silencios de Semana Santa, la forma de enamoramiento de la juventud”<sup>228</sup>. Este punto resulta interesante tomando en cuenta que en 1917, cuando las tropas de ocupación norteamericanas elaboraron un censo poblacional, reportaron que cerca de un noventa por ciento de la población dominicana vivía en zonas rurales con escasas y mal diseñadas vías de comunicación. Y es que para intelectuales como Cestero el campo representaba el caos, las eternas revueltas, la ausencia total de civilización, el predominio de actitudes y

---

<sup>227</sup> José Rafael Lantigua, op.cit., p.32.

<sup>228</sup> Ibid.

costumbres que eran percibidas como responsables de los continuos fracasos en el establecimiento de una nación moderna. En la ciudad, principalmente en las zonas donde residían las familias acomodadas, era posible imaginarse una reforma social radical del país; en el campo ya se habían agotado todas las esperanzas de los intelectuales.

Otra arista que se deriva de esta presentación de las condiciones sociohistóricas de los dominicanos a principios del siglo XX es la extrema división entre las personas educadas y los campesinos. La educación, mucho más que una habilidad para adquirir diversas oportunidades laborales, era percibida como un certificado de iniciación a la vida política del país. Aprender a leer y escribir y graduarse de bachiller abría las puertas de la tan anhelada burocracia estatal, verdadera primera industria nacional, que permitía a los elegidos repartirse el pastel del erario público. Como contraste, el trabajo en el campo representa la encerrona de la pobreza eterna: múltiples horas de duro trabajo con escasas remuneraciones económicas. El establecimiento de la industria azucarera y la fuerte penetración del capital y las políticas estadounidenses cambiarán este tipo de divisiones llegando a desaparecer durante el trujillato, sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX, la consecución de un empleo en el sector público será el sueño de la mayoría de los dominicanos debido no sólo a la posibilidad de riqueza, sino sobre todo por el prestigio y el poder que otorgaba.

Temáticamente la obra está construida en torno a tres personajes que representan las posturas “tipo” con respecto a la dictadura que el autor busca analizar: Antonio Portocarrero, protagonista del relato; el general Ulises Heureaux, dictador; y Arturo Aybar, amigo del protagonista. El primer personaje contará los sucesos desde el

punto de vista del narrador omnisciente. Antonio, “de estatura prócer [...], cabellos negros, de rebeldes vedijas, la nariz roma y los labios carnosos de bordes morados que denuncian las gotas de sangre africana que, desleídas, corren por su venas”<sup>229</sup>, como lo describe Cestero, pasará la mayor parte de la obra en la cárcel por oponerse a la tiranía de Lilís. Cuando es liberado, luego del asesinato del dictador, comenzará su peripecia por el mundo político dominicano, para acabar frustrado, arruinado y con las ansias nunca colmadas de llegar a ser ministro de algún gobierno. Portocarrero es un caso particular dentro de férrea división social dominicana. Se trata de un intelectual surgido de las clases campesinas de la región sureste del país y que, mediante una beca, logra educarse en un colegio religioso frecuentado por los hijos de las clases pudientes, llegando a hacerse bachiller. Su lucha contra la tiranía comienza desde el mismo momento en que sale egresado del colegio, escribiendo en la prensa artículos que critican la “política económica” del régimen de Heureaux. A partir de ese momento, su vida transcurrirá entre la cárcel y la férrea crítica política tanto al régimen de Lilís como a los efímeros dictadores que tomarán el poder luego de su muerte.

En un principio pensamos en Antonio Portocarrero como un héroe romántico: un luchador por la libertad, incorruptible y cuyo máximo deseo es ver a su país libre de la tiranía. En la cárcel rememora su idílica infancia y su despertar a las ideas y a la represión del tirano. En esta etapa lo vemos proferir largas reflexiones, mezcladas con recuerdos, en los que condena a ultranza la dictadura que lo esclaviza a él y todos los que buscan la libertad. Sobre el carácter incorruptible del protagonista, nos dice Cestero:

---

<sup>229</sup> Tulio M. Cestero, *La Sangre*, Santo Domingo, Sociedad de Bibliófilos Dominicanos, 1975, p. 1. Las páginas entre paréntesis corresponden a esta edición.

Arturo [...] reconoce y admira la fiereza con que Portocarrero se ha estrellado contra la tremenda realidad, sin miedo ni fatiga. Es como un dardo: ciego, hiere o se quiebra. Cree que su misión es combatir, exterminar, y ataca sin mirar a su alrededor; no conoce los hombres y acepta con la mayor candidez que la tiranía desaparece con Lilís. (pp. 121-122)

Sin embargo, a medida que nos vamos adentrando en las circunstancias que vive el protagonista, se nos presentará como un oportunista que sólo busca la gloria personal y un puesto de prestigio en cualquier gobierno. Su férrea crítica a la tiranía no es fruto del deseo de libertad, sino de la frustración por no gozar de las ventajas del poder. Se trata en realidad de un caudillo en potencia, un personaje que si alcanzase el poder no tardaría en convertirse en el tirano contra quien dice luchar. Así, a la muerte de Heureaux y libre ya de la cárcel, Antonio comenzará su periplo por conseguir el prestigio y la posición social que cree merecer. Pero su postura intransigente y radical ahuyentará a todos los caudillos que se van sucediendo en el poder del hecho de incluirlo en el gabinete de su gobierno, por lo que Portocarrero arremeterá contra la “corrupción” y la “injusticia” de cada uno de los regímenes. Al final, rechazado, con el orgullo herido y sin ninguna posibilidad de ver cumplidos sus sueños de grandeza, se despide de su amigo Arturo con esta amarga sentencia: “¿A qué luchar? Y lo peor es que el médico afirma que mi carácter, mi altivez, mi intransigencia, no es virtud, sino consecuencia de terrible herencia. Ahora resulta que yo, no soy yo” (p. 225). Como es evidente, Portocarrero representa el pesimismo paralizante de una gran parte de la intelectualidad dominicana que, al no poder reducir la realidad del país a sus esquemas y expectativas, carga las culpas al pueblo por permitir –y apoyar– la sucesión de dictadores y las constantes revoluciones. En el caso de nuestro personaje principal, éste se hunde en la melancolía, pero para muchos hombres de letras el apoyo a un líder

fuerte que pudiera imponer al pueblo las reformas capitalistas que ellos pretendían se convirtió en la misión patriótica por excelencia. Por esta razón no es de extrañar que gran parte de la intelectualidad dominicana rodeara a Trujillo como el Mesías que tanto tiempo llevaba esperando.

El segundo personaje, aunque no aparece directamente en la obra, se encuentra presente a través de los diálogos y reflexiones del protagonista y del narrador-autor. Se trata del dictador Ulises Heureaux. El autor nos lo describe como un hombre “inexorable [que] no retrocedía ante los obstáculos ni le temía a los muertos; sus virtudes: audacia, energía, valor; además, la gente ignorante creíale brujo” (p. 33). Con respecto a la caracterización de este personaje, Lantigua nos dice que uno de los mayores logros de Cestero es la presentación de “Lilís en toda su amplitud humana, en su civismo y en su crueldad, en su arrojo y en su maldad, en su inteligencia y en su liviandad”<sup>230</sup>.

La novela refiere que Heureaux basa su poder en dos factores: la subyugación del adversario a través de prebendas o de la represión y un amplio apoyo popular de la gente que llama “ignorantes” por atribuirle al dictador condiciones sobrenaturales. Estos dos factores serán extensamente analizados por el autor. Sobre el primero resulta verdaderamente ilustrativo el siguiente pasaje, donde se explica la corrupción y represión que assolaba a la sociedad dominicana:

Antonio tiembla al considerar la trama de intereses ingentes, de la cual el sátrapa es remate. Toda la culpa tiene en él refugio. La avaricia, medro. Dispone de las vidas como le peta, y el oro le acorre porque incita la angurria pagando dos y tres por ciento al mes por los préstamos que se le hacen. Su vida y su poder significan el goce de tales beneficios. Todos son sus cómplices. [...] ¿Y quién protesta, si él, aunque dice riendo, que no leerá la historia, demuestra horror por la letra impresa? [...] ¿Y no se cuenta

---

<sup>230</sup> José Rafael Lantigua, op.cit., p.32.

que en la fosa del poeta Juan Isidro Ortea, ejecutado preagónico, Lilís arrojó un ejemplar del periódico en el que éste le atacara, murmurando palabras vengativas? [...] ¿Y quién chista, si los cadáveres aconsejan resignarse? Las vidas están a merced suya y el oro es su aliado. (pp. 57-58)

Por otra parte, el autor define a Heureaux como “un negro, hijo de hatiano” (p.62). Su linaje y su color de piel exaltan los prejuicios raciales de los intelectuales y la clase dominante dominicana, pero a la vez le convierten en el depositario de la confianza de la mayoría de la población que sufre en sus carnes esa discriminación racial. Aunque el mismo dictador reniegue de su raza y considere como una ofensa el ser llamado “negro”, aprovecha las ventajas que le ofrece su condición promoviendo el mito de que posee poderes sobrenaturales y explotando las creencias religiosas populares provenientes de la mezcla entre el catolicismo y las tradiciones africanas. Así, el dictador se granjeará el respeto y el miedo de la mayoría de la población y, además, evitará momentáneamente los alzamientos rebeldes contra su gobierno.

Una conversación entre Antonio Portocarrero y su carcelero, Papa Quin, explica la influencia en el pueblo dominicano de los mitos sobre el dictador:

- Dicen que es brujo –le interrumpe Antonio.
- Ello pué que lo sea. Lo que le digo es que sabe más que yo mismo lo que pasa en la cáice. To se lo cuentan o lo adivina. Yo tengo un compadre seibano, que cree que Lilí es *galipote*.
- ¿Y qué es eso?
- [...]
- Pues un hombre que tiene la virtud de volverse animal: perro, gallo, hormiga; y dime si con un marchante así, hay quien se atreva.
- [...]
- Sí, riéte, pero oye lo que te digo por tu bien: arréglate. No seas sonso, mira que Lilí, está untao y no le entran las balas (p. 62).

Más adelante, cuando el carcelero le comunica a Antonio el asesinato del dictador y el protagonista salta de alegría, Papa Quin le espetará: “Lilí ha sido un padre para nosotros, y a este país no va a haber quien lo gobierne. Tú no conoces la gente” (p. 111). El convencimiento de que la dictadura era una consecuencia del atraso del pueblo, recrea en la novela la postura intelectual sobre el ser dominicano. Resulta esclarecedor que las clases dominantes no criticaran las actitudes autoritarias *per se*, sino que la molestia resultaba del “tipo de persona” que obtenía el apoyo de amplios grupos sociales para mantenerse en el gobierno. Para los sectores pudientes, la violencia y la represión eran acciones absolutamente necesarias para cualquier gobierno que aspirase agotar su mandato, lo que no podían soportar era que diversos personajes provenientes del campesinado y, sobre todo, con rasgos negros, pudieran ser considerados presidentes de la República.

El tercer y último personaje en el que se basa temáticamente la construcción de la novela, Arturo Aybar, es un distante “amigo” del protagonista, al cual conocemos a través de varios diálogos con éste. Arturo es un hombre práctico, educado en el mismo colegio que Antonio Portocarrero, desconfía de las verdades eternas y busca conjugar sus principios con posiciones que le permitan ocupar puestos importantes tanto en el régimen de Lilís como en las demás dictaduras que surgen a la muerte de éste. Proveniente de una familia adinerada, tiene asegurado su sustento y su influencia en cualquier régimen que se establezca. Consciente de su linaje y su posición social tratará de introducir pequeños cambios en los aparatos administrativos de la nación, pero sin perjudicar los privilegios de la clase a la que pertenece. Para Arturo –como intuimos que también para el autor–, la dictadura no es producto de un hombre especial y extraño a la idiosincrasia del pueblo dominicano, sino una parte fundamental de él. Apoyándose



en la historia de la República desde su independencia, justifica el surgimiento de los caudillos y aprovecha las coyunturas favorables para educarse en el extranjero y volver a implementar lo aprendido al servicio del gobierno de la nación. En contraposición a Antonio, Arturo Aybar no apoya las constantes “revoluciones” que se alzan contra los gobiernos pues sabe que sólo se trata de despojar del poder a un caudillo para encumbrar a otro. Arturo, en una reflexión mientras comparte celda con Antonio, resume el acontecer sociopolítico de la República desde su independencia y las razones que han hecho que Heureaux se haga con el poder absoluto:

Con la perspicacia de los ojos que vuelven a ver, y que por tanto pueden aislar seres y cosas, observándolos por los cuatro lados, Arturo registra ayer y hoy en busca de un hilo para guiarse mañana. La tiranía de Heureaux, se dice, no ha sido adventicia, como Antonio y muchos piensan. No. Los veintidós años de dominación haitiana disgregaron las castas colonias, y fueron los restos de éstas lo que dieron molde a las dos facciones contendientes en la primera república [de 1884 a 1861]. Caudillos y huestes concordaban; las pasiones eran sinceras, comunes; de ahí el fervor, la abnegación y la implacable saña de sus bregas. En Santana predomina el instinto, en Báez el intelecto; pero ambos llegan a su hora. Con la levadura de los restauradores triunfantes de España, adviene un factor nuevo. Los hombres tienen prisa de gozar; la disciplina social desaparece; las clases se mezclan; el peculado asoma. El *baecismo* sobreviviente impera con más vigor frente a los *azules*, quienes, por sentimentales, no se concilian en una sola aspiración bajo un jefe único, y a la postre, contagian al adversario. Fragmentados ambos, rotos los ídolos, se inicia la era de los caudillejos ignorantes, sanguinarios; las regiones se imponen, las figuras efímeras se suceden en Palacio, y en tal ambiente de asonadas, fusilamientos y asesinatos, se destacan un austero ideólogo, una mente patricia caída en la dictadura y un poeta epicúreo, hasta que la anarquía engendra a Heureaux, cuya voluntad suma todas las ajenas dispersas, y cercenando cabezas, estudiando los hombres y sus flaquezas, mete al país en el puño de su diestra manca. Pero como a su sombra las andadas, a los pronunciamientos, a los golpes de estado, a los gobiernos estériles. La exaltación revolucionaria presumió, sin género de duda, que basta vitorear la libertad para alcanzarla, y encumbrará un civil, un hombre de levita, o un novel general enamorado de las doctrinas de Hostos, que no comprende, y a las mismas manos lo derribarán al día siguiente. (pp. 122-123)

Resulta evidente que este pasaje citado corresponde al resumen del pensamiento intelectual positivista que predominó en Santo Domingo desde finales del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX. Tulio Cestero, que compartía enteramente estos postulados, consideraba que el pueblo dominicano necesitaba de un hombre fuerte que gobernara el país y evitara ser derrocado por los “caudillejos ignorantes”. Además de fuerte, ese gobernante debía tener un amplio sentimiento de patriotismo y dedicarse a educar a los dominicanos para que pudiesen ir engendrando una democracia.

Desde el punto de vista del discurso sobre la identidad nacional, esta novela repasa con verdadera maestría los debates intelectuales en los que se vieron envueltos la mayoría de hombres de estado con el poder y prestigio suficiente para encausar reformas sociales que tuvieran un impacto nacional. El tema de la dictadura y los dictadores estará muy presente durante esta época, algunas veces como un proceso inevitable por el cual el país debía pasar para alcanzar estadios evolutivos más refinados, y otras como la causa principal del atraso socioeconómico en que se encuentra el país. En ambos casos la disección del problemática de la dictadura –y de las constantes revoluciones, como veremos en el próximo acápite–, se posicionó como el tema central de un sinnúmero de ensayos y textos narrativos que buscaban dar respuesta a la acuciante cuestión de la formación nacional dominicana.

## **5. *La mañosa*: las eternas revoluciones**

### **5.1. Las montoneras**

La primera edición de la novela *La mañosa* vio la luz en 1936. Su autor, Juan Bosch, que no era considerado hasta entonces como un opositor al régimen de Trujillo, aceleradamente comenzó a ser visto como un subversivo. Un año después de la publicación de la novela, Bosch deberá partir a un exilio itinerante que durará hasta la muerte del dictador. Resulta enigmático, teniendo en cuenta la temática de la novela, que los personeros del régimen la interpretaran como un alegato contrario al orden establecido. Incluso, debido a que el surgimiento del trujillato se hizo a costa de la derrota de los distintos caudillos regionales y que la novela presenta el personalismo caudillista como una de las principales causas del subdesarrollo dominicano, podría considerarse como una alabanza a Trujillo. Sin embargo, la edición de mil ejemplares de *La mañosa* se agotará rápidamente y no volverá a circular en la República hasta 1974, cuando se homenajea el libro con una edición especial.

Esta novela no es la primera que aborda el tema de las constantes revoluciones que se fueron sucediendo en la República Dominicana desde su independencia hasta bien entrada la dictadura de Trujillo. Incluso, como hemos visto en capítulos anteriores, en la elite intelectual dominicana había un consenso en la presentación de las revueltas caudillistas como el más grave problema nacional. Sin embargo, la forma de presentar la temática, además de la maestría con que está narrada, la convierten en la mejor representación dominicana de este tema.

En primer lugar resulta útil adentrarnos en los elementos sociohistóricos que hacen que la temática de las revoluciones tenga una marcada influencia en el discurso

sobre la identidad dominicana. Es importante recordar que durante la guerra por la independencia con la recién fundada República de Haití, la parte española de la isla nunca había contado con un ejército regular. Los “soldados” dominicanos no eran más que jóvenes campesinos armados con machetes y otros instrumentos agrícolas, comandados por un caudillo, generalmente un terrateniente ligado a sus jornaleros por una relación protectora de tipo patriarcal. De esta manera resulta claro que, luego del establecimiento de un estado central, dirigentes y poblaciones que veían peligrar sus intereses por las decisiones gubernamentales echaran mano de los tradicionales ejércitos “montoneros”, para tratar de cambiar la situación. Las montoneras son definidas por el Diccionario de la Real Academia de la Lengua como “grupo o pelotón de gente a caballo que intervenían como fuerza irregular en las guerras civiles de algunos países suramericanos”, sin embargo Bruno Rosario Candelier explica los matices locales que ha ido adquiriendo el vocablo en la República Dominicana:

En nuestras inveteradas revoluciones caudillistas el vocablo adquiere otros matices. Se llaman montoneros: a) porque marchan en montón, es decir, en cantidades desordenadas o desorganizadamente; b) se agrupan en los montes, o en la manigua, para pelear contra el gobierno; y c) los guerrilleros andan montados a caballo, o en burros, desafiando de la ley o la autoridad como buenos montaraces<sup>231</sup>.

Durante toda la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX, las constantes revueltas se convirtieron “en un procedimiento habitual, frecuente y rutinario entre nosotros [los dominicanos] y como manifestación del descontento y el rechazo a una situación dada”<sup>232</sup>, lo que imposibilitaba la estabilidad gubernamental y dificultaba enormemente la puesta en práctica de reformas de largo alcance que pudieran paliar las enormes carencias que padecía el pueblo. Así, junto con la

<sup>231</sup> Bruno Rosario Candelier, *La ficción montonera*, op.cit., p.14.

<sup>232</sup> Ibid.

dictadura, la definición de la esencia de lo dominicano por parte de los intelectuales, incorporó el rasgo “inconformista y violento” que se expresaba a través de continuos alzamientos armados que muchas veces contradecían los propios intereses de los combatientes. Como el pensamiento de la época gustaba buscar las respuestas de los comportamientos sociales en la composición biológica de los individuos, una parte de la intelectualidad del país atribuyó estas características a la “contaminación” en la mayoría del pueblo dominicano de los elementos negroides provenientes del vecino Haití.

Pero la expresión literaria de la manigua<sup>233</sup> no buscaba una explicación esencialista de su existencia y su reproducción en el medio dominicano, sino que se orientaba en dos vías: la descripción del funcionamiento lineal en que se desarrollaba el alzamiento, es decir, los mecanismos mediante los cuales los dirigentes y sus acólitos decidían adentrarse en las montañas para desafiar al gobierno establecido, y la segunda vía –que analizaremos en la novela de Bosch– se basaba en la personificación de la rebelión como una fuerza destructora, irracional pero permanente que verdaderamente ejercía una influencia total en la cotidianidad del país. Las narraciones que abordan las revoluciones dominicanas pronto eliminaron de sus páginas las alusiones románticas al caudillo heroico y patriótico, luchador por la libertad y en contra de gobiernos corruptos, para enfatizar el individualismo y la mezquindad que producían las enemistades que daban origen a los alzamientos. Asimismo, esos “arrojados guerrilleros”, como los define Joaquín Balaguer<sup>234</sup>, “movidos tal vez por un ideal de convivencia civilizada, y otros, por el disfrute desembozado del poder, sentían la

---

<sup>233</sup> Término con que se llegó a conocer las revueltas montoneras. Se refiere al lugar boscoso e impenetrable, generalmente en las montañas, donde establecía su centro de operaciones el ejército guerrillero.

<sup>234</sup> Joaquín Balaguer, *Los Carpinteros*, Santo Domingo, Editora Corripio, 1985, p. 115.

‘euforia de los tiros’ como una apelación ineludible. Acudían a la manigua arrastrados por el magnetismo de los caudillos que convidaban a la acción guerrillera”, comienzan a ser esbozados en las narraciones como hordas incontrolables sedientas de alcohol y de ron, arrasando con todo lo que encuentran a su paso, como mercenarios cuyo negocio consiste en la lógica de las rebeliones.

Ahora bien, la lectura que se ha hecho de la novela *La mañosa* es inseparable de la importancia que su autor ha tenido en la organización políticosocial del país desde la muerte de Trujillo hasta la actualidad. Bosch, de vuelta del exilio en 1961 encabezó las tendencias de izquierda, fundando los dos partidos políticos que hoy en día se disputan las elecciones presidenciales (Partido Revolucionario Dominicano y Partido de la Liberación Dominicana). Así, la novela ha sido equiparada a los numerosos libros sobre la sociedad del país que escribió Bosch en los que exponía su interpretación de la historia y los avatares nacionales, para proporcionar nuevos elementos que de alguna manera cuestionan la visión tradicional del discurso sobre la identidad que habían construido las clases dirigentes. Ya en el segundo capítulo de este trabajo analizamos el pensamiento identitario de Bosch, para este acápite es importante reseñar que la novela, aunque se adentra en la temática de las rebeliones al uso del momento en que fue escrita, contiene una carga indiscutible de memorias autobiográficas que proporcionan múltiples interpretaciones de los hechos que narra el autor.

## **5.2. La novela**

En palabras de Bosch, la mañosa fue concebida como un vasto escenario donde el personaje central sería la revolución:

En *La Mañosa*, según el plan que me hice, debía haber un "personaje" central, y sería la guerra civil; y todos los seres vivos que desfilaran por las páginas del libro, sin

exceptuar la mula que le daría nombre, deberían ser, en un sentido o en otro, víctimas de ese personaje central. El mismo jefe del movimiento armado, Fello Nazario, sería otra víctima de la fuerza que había desatado. Puesto que su imagen de combatiente leal a ciertos principios debería quedar destruida al final<sup>235</sup>.

Así, la revolución está presente en toda la novela como un fantasma omnipresente, como un “sordo rumor pesimista”<sup>236</sup>, al decir de Bruno Rosario Candelier. Antes, durante y después, la revuelta monopoliza la atención, hace imposible los días, o simplemente, cosecha la desolación sembrada. Los hombres tienen que dejar sus campos, los jóvenes deben esconderse para no ser reclutados por uno u otro bando. Bosch plantea la revolución como un desastre natural, algo que no puede ser evitado y que no puede traer otra cosa que no sea pesar y miseria.

Había empezado la revuelta. ¡Revolución! Por todos los confines del Cibao rodaba un sangriento fantasma y la misma tierra olía a pólvora. Los hombres iban abandonando los bohíos a mujeres e hijos y se marchaban con la noche, o bajo la madrugada, apretando febrilmente el arma recién conseguida. Parecían ir a fiestas lejanas, a remotos convites. Respiraban una alegría feroz. Y los firmes de las lomas se iban poblando de tiros y de “quemados” en las primas noches. Uno hubiera podido verlos pasar, fila tras fila, enfriándose en los barrancos de los ríos, quemándose en los caminos pelados, bajo el sol inclemente. ¡Revolución! ¡Revolución! Bien sabía padre cómo cada enemigo cobraba, al amparo de la revuelta; bien sabía padre que no quedaban hombres para torear andullos; bien sabía padre que las llamas no tardarían en chamuscar los conucos, en marear las hojas de los plátanos; que pronto ardería el maíz, cuando las bandas entraran de noche a asolarlo todo. Y bien sabía que todo dueño de reses encontraría, una mañana cualquiera, los huesos de sus mejores novillos sacrificados en la madrugada. (pp. 93-94)

<sup>235</sup> Juan Bosch, *La mañosa*, Industrias Banilejas, Santo Domingo, 2004, p. 331. Las páginas entre paréntesis pertenecen a esta edición.

<sup>236</sup> Bruno Rosario Candelier, *La ficción montonera*, op.cit., p.85.

A la guerra no se la nombra, se la llama por eufemismos inciertos (la cosa, el desorden) tratando de huir de su perenne influencia: “En el pueblo rompió la cosa ya, doña. Yo creo que pa” allá —y señaló la dirección en que estaba padre— debe taré la cosa fea” (p. 85). Además, como bien explica Doris Summer “las guerras parecen no tener agentes humanos y, por tanto, no pueden ser comprendidas en términos racionales o en una escala de emoción humana. Bosch, así, evita la narración tradicional de la novela motivada por el amor o por la lucha entre el bien y el mal”<sup>237</sup>. La revuelta lo paraliza todo, lo corrompe todo, hace que los “hombres decentes y trabajadores” tengan que dejar a sus familias; que los jóvenes se “echen al monte” a matar o dejarse matar por caudillos e intereses que ni siquiera conocen. La vida pobre pero afable del campo se convierte en un infierno de sangre y dolor.

La vida del campo estaba suspensa para todo aquello que no fuera la revolución. En las tertulias de casa se contaban historias de sangre; se hablaba de tal pleito, de las bajas que hubo en tal lugar. Cada día aparecían noticias nuevas que nadie sabía de dónde procedían, puesto que ninguno de los contertulios salía del Pino [...] La amenaza de la revolución paralizaba las vidas. A cada momento se la creía ver aparecer por el recodo de la Encrucijada, arrasándolo todo. (p. 101)

El elemento primordial que contribuye a la presentación de la revolución no como una guerra provocada por hombres, con bandos, estrategias y un fin determinado a conseguir, sino como una niebla misteriosa que se va tragando la vida, los cultivos y los poblados; es la utilización de un niño-narrador. La figura del niño se plantea como un espejo que refleja el miedo de los adultos pero que no puede comprender o analizar sus causas. El niño “no es solamente una víctima entre muchas, sino que es tan ingenuo y está tan confundido que cualquier intento de interpretación consistente hubiera sido

---

<sup>237</sup> Doris Sommer, “La ficción fundacional de Galván y las revisiones populistas de Bosch y Marrero Arísty”, op.cit., p. 117.



atípico. El narrador le ofrece al lector solamente resultados desconectados del pánico de los adultos<sup>238</sup>. A través de este narrador es posible deconstruir el fenómeno de las revoluciones en sus elementos esenciales y primitivos, es decir, esos sentimientos de individualismo, egoísmo, odio, codicia y ansias de poder que posibilitaban el avances asfixiante del conflicto.

Otra técnica que utiliza el autor para despojar a las revoluciones de cualquier significado fuera de su propia vorágine destructiva es igualar la presentación de los integrantes de ambos bandos. Tanto los revolucionarios como los partidarios del gobierno establecido –que por otra parte pueden ser intercambiables según las épocas y las luchas– son caracterizados como grupos de ladrones que extorsionan a todos los que encuentran a su paso para comprar alcohol o simplemente enriquecerse. En la visión del autor los ideales que dicen justificar los alzamientos de caudillos regionales no son más que pretextos para defender intereses creados o para hacerse con el poder. Para Rosario Candelier la novela se caracteriza por presentar “el modelo de praxis revolucionaria que denuncia los verdaderos móviles de una actitud seudopatriótica fundada en la idea del poder como botín”<sup>239</sup>.

Y esa es la clave de la interpretación que hace Bosch de las revueltas caudillistas: “el poder como botín”. Hay que tener en cuenta que en una sociedad eminentemente rural donde predominaban los grandes latifundios, el terrateniente era percibido como un protector patriarcal para “su gente”; es decir, los campesinos que trabajaban como jornaleros en sus tierras. Resultaba muy fácil reunir quinientos hombres armados con sus herramientas de trabajo –predominaba el machete– e ir saqueando villas y ciudadelas que contaban con muy poca protección militar por parte

---

<sup>238</sup> Ibid.

<sup>239</sup> Bruno Rosario Candelier, *La ficción montonera*, op.cit., p.89.

del lejano gobierno central ubicado en la ciudad de Santo Domingo. Para los líderes de las revueltas, la búsqueda principal era poder servirse de lo que se llegó a denominar como “la tajada de la res”, o sea, el poder central. Para los campesinos que participaban en las luchas, muchos de ellos reclutados a la fuerza por uno u otro bando, las expectativas de movilidad social eran prácticamente nulas, por lo que satisfacían sus apetencias personales en medio de esa vorágine de sangre, intereses y miserias.

En un episodio en que se encuentra don Pepe, padre del niño-narrador, con un grupo de revolucionarios, pueden verse los postulados del autor sobre la catadura moral de los que participaban en las revueltas:

Las carabinas mohosas apuntando al cielo; los ojos enrojecidos por el traspase y el alcohol; la voz arrugada con que dieron el alto: todo indicaba que allí estaba el primer cantón de Monsito Peña. Los revolucionarios alborotaron algo al verle llegar; él les gritó que dejaran seguir los animales, y en el tono que usó dejaba entrever a la vez una amenaza si no lo hacían y un premio si le obedecían. Los alzados le vieron meter la mano en el bolsillo y le oyeron después preguntar por Monsito. Los mulos pateaban el sucio camino arreados por Mero. Papá tiró unas cuantas monedas, y un hombre joven, que le salió al encuentro le dejó pasar mientras le cantaba al oído la voz de padre:

—¡Compren aguardiente! (pp. 92-93)

La novela consigue adentrarnos en los efectos de degradación que produce la revolución en todos los personajes de la misma. Según explica Carlos Fernández-Rocha<sup>240</sup>, esos efectos pueden dividirse en individual, los que se enfocan en las consecuencias para los personajes; económicos, aquellos que aumentan la miseria general; y social, referidos a la degradación de toda la nación. En el plano individual el personaje que más evidencia la corrupción que provocan los alzamientos es el caudillo que la dirige, el general Fello Macario. Al inicio de la obra el niño-narrador describe al

---

<sup>240</sup> Carlos Fernández-Rocha *Notas sobre La Mañosa* en <http://www.literatura.us/juanbosch/notas.html> (fecha de último acceso: 25 de enero 2009)

general como una figura generosa, trabajadora y que sabe cuidar de los suyos. Una vez que triunfa la revuelta, las presiones y los compromisos hacen que Macario se convierta en la copia exacta de aquellos que consideró como sus enemigos.

[Fello Macario] es el hombre que se corrompe, el individuo que antes de la revolución había sido una persona mansa y de trabajo y luego mata y realiza actos vandálicos para “dar ejemplo” y porque simplemente se espera que los haga. Pero, ¿podría Macarlo escapar a tales exigencias de la revolución? Aparentemente, no. El mismo es sujeto y objeto de la revolución<sup>241</sup>.

Los efectos económicos que produce la revuelta se expresan en ese continuo lamento de los personajes que van viendo cómo las hordas de uno y otro bando desperdician los cultivos y el ganado, dejando a su paso campos inmensos sin manos que lo trabajen, con la consecuente miseria, hambre y penuria que asolarán a las poblaciones. Así, las imágenes que nos presenta la novela sobre los efectos sociales que produce la revolución son inseparables de su modo de entender la misma. Es decir, al igual que cuando se describe el paso de un fenómeno de la naturaleza que arrasa todo lo que encuentra a su paso, la revolución desencadenará las mismas fuerzas destructivas, pero esta vez comandadas por la voluntad de caudillos irresponsables que sólo buscan su beneficio.

Por otra parte, a la horrible violencia de las continuas revoluciones, el autor contrapone una visión idílica de la vida en el campo. La campiña en cuestión es una de las zonas más fértiles del país, el valle del Cibao, situado en la parte norte de la isla. En esa rica tierra los hombres mantienen a sus familias de la cosecha de tabaco y cacao que luego venden en el mercado, intercambiándolas por los productos necesarios para vivir.

---

<sup>241</sup> Ibid.

En la descripción de Bosch, aunque la pobreza es un lugar común para todos los campesinos, nunca llega al extremo de la miseria. La revolución es una disrupción de aquel paraíso terrenal.

¡Oh la vida aquella, tranquila, fresca y satisfecha como una tinaja! Todo el campo haciéndose ondulado, ancho y luminoso frente a nosotros; el sustento traído y llevado en aparejos de mulos y serones claros; la salud en risas, el día en trabajos y la noche en cuentos.... (p. 73)

Para nuestro estudio identitario es necesario señalar que aparte de la representación que hace el autor del ambiente que se vivía durante y en torno a las constantes revueltas, Bosch consigue una excelente presentación de las costumbres del campesino cibaeño. Primero debemos presentar a algunos personajes. La novela es narrada desde el punto de vista de un niño –que se llama Juan, como el autor–, que vive en una familia conformada por su padre Don Pepe, su madre, Doña Angela, y su hermano mayor, Pepito; en un pequeño pueblito de las montañas cibaenas llamado Los Pinos. Desde prácticamente el principio de la novela, el niño cae enfermo de fiebre debido a la picadura de mosquitos. En su convalecencia da paso a la narración de todas las noticias que van trayendo los visitantes de la casa de Los Pinos sobre los vecinos del pueblo, la revolución, la cosecha, etcétera.

El primer aspecto cultural que podemos identificar de las relaciones familiares entre los protagonistas es el total dominio patriarcal de la familia. Rosario Candelier lo llama con razón “machismo respetuoso”<sup>242</sup>. El papel de la mujer en la vida campesina está restringido al cuidado de la casa y de los hijos; sin embargo, el trato de la que es objeto por parte de los hombres –tanto el marido como los demás visitantes de la casa– es siempre de respetuosa reverencia. Además, se presenta el rígido papel que debe

<sup>242</sup> Bruno Rosario Candelier, *La ficción montonera*, op.cit., p.85.

desempeñar la mujer como una autoimposición, como un sacrificio consciente a favor de la familia.

Madre no distaba mucho de papá, si bien era más fuerte en sus sentimientos: había que odiar esto o amar aquello; con eso le bastaba. No podía, como padre, ver lo que pensaba, ni le quitaba el sueño nada que no significara peligro para los suyos. No sentía el dolor ajeno de la manera intensa que su marido. Apegada a lo viejo, la mujer, según ella, debía hablar poco, trabajar sin descanso y vivir de puertas adentro. (p. 71)

Otro elemento importante de la cultura campesina en el Cibao es la importancia de la tradición oral. En la cocina de la casa de Los Pinos, los visitantes, arropados por el aroma del café y el humo del “cachimbo”<sup>243</sup>, narran sus historias fantásticas en las que mezclan realidad y fantasía en complejos cuentos que pueden durar noches enteras y que se han ido contando de generación en generación, cada cual añadiendo, agrandando, exagerando los aspectos que más curiosos le parecen al narrador. Los relatos sirven para educar a los niños, exaltar su curiosidad, contraponer ejemplos de situaciones beneficiosas o peligrosas y transmitir los valores imprescindibles de la vida del campo. En la República Dominicana, la tradición de los cuentos orales tiene un fuerte raigambre en las provincias cibaenas.

Padre parecía más cariñoso, sobre todo cuando volvía de algún viaje largo. Sabía cientos de juegos, miles de cuentos, y cantaba motivos de su tierra con una voz bella y acariciadora. De mañana nos llamaba a su cama y nos hacía relatos maravillosos de los mulos que hablaban, del río que se iba volando, de las golondrinas que le contaban lo que hacíamos Pepito y yo. (p. 72).

Muy ligado a la tradición oral se encuentra el último elemento a reseñar de la cultura campesina: las creencias mágico-religiosas. Al igual que en el resto de Latinoamérica, el catolicismo mezclado con creencias de origen indígena y africana ha

---

<sup>243</sup> Cigarro tradicional elaborado de las sobras del tabaco de buena calidad.

dado origen a un particular sincretismo religioso que aglutina la figura de los santos, con dioses yorubas y caciques indígenas. Así, en la noche oscura del monte, los campesinos ven, oyen y sienten los favores divinos o las maldiciones del infierno. Los animales pueden convertirse en monstruos enviados por los espíritus para vengar alguna muerte prematura o algún ajuste de cuentas. En la novela, muchos de los relatos que los visitantes cuentan en la cocina de la casa de Los Pinos reflejan estas creencias. Como ejemplo cito el final de la narración que hace el viejo Dimas de una noche en la que él y su hijo creyeron ver al demonio: “Pa” mí esa culebra no era culebra, porque nosotros anduvimos largo y en camino cerrado. Yo creo que era el Enemigo Malo... ¡Tenía los ojos muy encandilados!” (p. 67).

Entonces ¿a qué se debe el título de *La mañosa* para la obra? La Mañosa es el nombre que Don Pepe le da a una mula que trae de uno de sus viajes. La mula es tratada como un familiar más y el narrador la describe: “Tenía figura de estampa. Era oscura como la madera a medio quemar; tenía la mirada inteligente y cariñosa; las patas finas y seguras: las pezuñas menudas, redondas, negras y duras. Todo en ella era vistoso y simpático. Simeón se esmeraba en hacerla más linda, más digna del amor que le profesábamos en casa” (p. 77). Don Pepe la usaba para sus viajes en los que transportaba la cosecha a los lugares más remotos del país. La mula era el orgullo de la familia. Pero al desatarse la revolución, Don Pepe se ve obligado a prestar la mula a uno de los caudillos principales de la revuelta, el general Fello Nazario. Al final debido a los malos tratos a los que es sometida la mula muere poco después de que es devuelta a sus dueños. La muerte de La Mañosa es el símbolo de cómo las revoluciones no crean más que destrucción y miseria en el pueblo que las sufre. Para Bosch, tanto el nombre

como el símbolo que representa la mula contienen un mensaje extraliterario que se relaciona con la concepción intelectual del discurso sobre la identidad dominicana.

*La Mañosa* fue un título simbólico. La mula de silla de papá se llamó La Melada. En la obra se llama La Mañosa porque nuestras llamadas revoluciones de aquellos tiempos eran una maña nacional, la versión tumultuosa y populachera y sangrienta de lo que después de 1930 serían los ya clásicos golpes de Estado latinoamericanos. (p. 332)

El vocablo “maña” es utilizado en la República Dominicana solamente en su acepción de “vicio o mala costumbre”, como refiere el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. Bosch presenta en su novela que los levantamientos contra el gobierno establecido por parte de diversos grupos de intereses se correspondían a una característica del ser dominicano aprendido a través de siglos de inoperancia gubernamental y de la “ley del más fuerte”. La poca o nula movilidad social, la corrupción y las condiciones de vida miserable en que se encontraba la mayoría de la población hacían de la práctica de los levantamientos armados una rentable empresa para aquellos que no tenían nada que perder.

## **6. *El Masacre se pasa a pie: el antihaitianismo***

### **6.1. Las relaciones domínico-haitianas**

La historia de la República Dominicana y de Haití han estado irremediablemente entrelazadas desde la época en que ambas fueron colonias de imperios rivales. La revolución Haitiana, que logró convertir a la parte francesa de la isla en la primera nación negra soberana, en 1804, precipitó los choques entre la elite esclavista dominicana (aún española) y los recién emancipados esclavos de la ex-colonia. La amenaza de que alguna de las potencias imperiales de la época utilizara la parte española de la isla como puente para someter al pueblo haitiano convenció a sus dirigentes de la necesidad de unificar la isla bajo la bandera de la República de Haití. Así, en 1822, aclamados por la mayoría de la población dominicana, el ejército haitiano tomó posesión del gobierno de Santo Domingo dirigiendo sus destinos hasta 1844, cuando la unión de los terratenientes y los intelectuales liberales dominicanos consiguió declarar la separación de las dos naciones.

Como ya hemos visto en el capítulo dos de este trabajo, el prejuicio antinegro –personificado en lo haitiano– constituye una de las bases del discurso identitario nacionalista conservador dominicano. Por esta razón no fue hasta la muerte de Trujillo cuando empezaron a publicarse textos ensayísticos que analizaran de una manera objetiva las relaciones históricas entre las dos naciones, su mutua influencia cultural y sus problemas comunes. Contrario a la historiografía oficial que presenta el período de unificación de la isla como una etapa oscura, llena de miseria y discriminación hacia lo dominicano, varios intelectuales han señalado que en dicha etapa pudo fácilmente cuajar un sentimiento nacional unitario entre las dos poblaciones debido a su reciente



pasado colonial y a las características comunes. Hugo Tolentino lo explica de la siguiente manera:

Para ambas sociedades la encrucijada era realmente apropiada. Los factores que podían orientar a los habitantes de Santo Domingo hacia la búsqueda de una nacionalidad diferenciada de la haitiana no habían asomado aún. Es verdad que la nación tiene raíces muy profundas en la historia, pero es preciso que maduren ciertas condiciones y aparezcan de manera definida ciertos elementos para que pueda integrarse. Pero eso no había sucedido todavía en la parte oriental de la isla. Lo que el proceso señalaba era, a pesar de ciertas características de formación social diferente, una fusión de las dos comunidades en una sola nacionalidad<sup>244</sup>.

En realidad gran parte de la población dominicana compartía los ideales de la revolución haitiana ya que sufría en sus propias carnes la rígida organización social que habían impuesto las clases dominantes donde el componente racial determinaba en gran medida la posición socioeconómica que ocuparía el individuo. Un ejemplo de cómo la población dominicana se identificaba con los dirigentes haitianos puede verse en que durante la primera mitad del siglo XIX, cuando España cedió la parte oriental de la isla a Francia y los que luego dirigirían la independencia haitiana se apresuraron a tomar posesión de la parte española, éstos fueron recibidos como héroes al pasar por las provincias del norte del país. Sobre este punto resulta ilustrativa una cita de Franklyn Franco que da la versión de una dama española, residente en la colonia de Santo Domingo y emigrada a Cuba debido a la cesión de la parte española de la isla:

Una dama de "alcurnia", Doña Francisca Valerio, relata en Santiago de Cuba al Presbítero doctor Francisco González y Carrasco el espectáculo de la entrada de Toussaint a la ciudad de Santo Domingo el 3 de enero de 1801. Entre otras cosas dice:

---

<sup>244</sup> Hugo Tolentino, "El fenómeno racial en Haití y en la República Dominicana", en Gerard Pierre-Charles [et al] *Problemas dominico-haitianos y del Caribe*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1972, p. 119.

“Entró el levantado Toussaint en nuestra ciudad, y solo faltó recibirlo debajo del Palio, porque según entiendo, a nuestro Monarca, no se le hubiera hecho más”<sup>245</sup>.

Esas mismas provincias, un siglo después, protagonizarían la mayor matanza indiscriminada de haitianos que haya conocido la historia. Para entender el cambio de mentalidad de la población dominicana con respecto al vecino haitiano es necesario adentrarnos en el incansable martilleo de diversas narraciones identitarias propuestas por la elite dominicana en las cuales la desconexión entre lo dominicano y lo negro (lo haitiano) se corresponde al elemento principal de la nacionalidad. En el capítulo dos de este trabajo ya hemos elaborado una sinopsis del pensamiento antihaitiano y sus consecuencias para el discursos sobre la identidad nacional, además hemos presentado la importancia que tuvo dicho pensamiento en el ordenamiento socioeconómico de los intelectuales orgánicos del régimen trujillista; sin embargo, para el análisis de la novela debemos contextualizar algunas de las justificaciones principales del prejuicio contra el haitiano en la República Dominicana.

Hemos visto que, durante el siglo XIX, la única manera de que la mayoría de la población dominicana aceptara la conformación de un país diferente a Haití fue a través del convencimiento de que ambos pueblos integraban deferencias irreconciliables. Así, desde el punto de vista racial, en la parte dominicana surgió el mito de que su composición racial era la mezcla entre los españoles y los indígenas, despreciando cualquier elemento de la raza negra en la conformación del discurso sobre la identidad nacional. Desde ese momento el haitiano se convirtió en el extranjero que “contamina” la pureza racial dominicana por su cultura primitiva y su religión bárbara.

---

<sup>245</sup> Franklyn Franco, *Los negros, los mulatos y la nación dominicana*, Editora Nacional, Santo Domingo, 1969, p. 87.

Pero existe otro elemento que no se menciona mucho cuando se habla del surgimiento del prejuicio antihaitiano en la República Dominicana: las razones económicas. Con el establecimiento de los ingenios azucareros, la mano de obra haitiana fue esencial para las elites dominicanas durante la mayor parte del siglo XX. Las condiciones de semiesclavitud que se vivían en los ingenios no hubieran sido toleradas por la población dominicana si no fuera por la demonización del haitiano hasta el punto de atribuirles rasgos animales. Toda esta discriminación, como explica Hugo Tolentino, tiene sus raíces en que la propuesta de un estado haitiano, con la abolición de la esclavitud, la repartición de tierras a los campesinos y el convencimiento de que sólo conservando la soberanía era posible construir la nación, representaban una temible amenaza a los privilegios de la clase dominante dominicana.

Es preciso notar que será a partir del momento en que surge la libertad del esclavo y la igualdad del negro que el racismo contra los haitianos iniciará una desbocada carrera. Cuando Santo Domingo alcance su independencia, en 1844, la campaña racista se hará más violenta en la medida en que los sectores independentistas dominicanos se opongan a las maniobras de la oligarquía para anexar el país a una potencia extranjera, y, asimismo, en la medida en que Haití, bajo el temor de perder también su independencia, trate de oponerse a esos intentos<sup>246</sup>.

Tanto para la clase dominante dominicana como para la del resto del continente americano el surgimiento de una nación negra fue visto como una anormalidad que, además, atentaba directamente a las simientes –muchos de ellos raciales– en las que se pretendía basar el discurso identitario de las incipientes naciones. Pero no sólo fueron las elites americanas las que se sintieron amenazadas por la revolución haitiana, las potencias coloniales entendieron que su dominio estaba en peligro de triunfar los

---

<sup>246</sup> Hugo Tolentino, “El fenómeno racial en Haití y en la República Dominicana”, op., cit., p. 119.

principios en que se basaba la revuelta, sobre todo la abolición de la esclavitud.

Tolentino explica que:

En todo el mundo colonial basado en la esclavitud, se tuvo la sensación de que algo se estaba resquebrajando peligrosamente. España reaccionó muy pronto contra la revolución haitiana. Ya en 1793 había delineado, con el apoyo de sus posesiones coloniales de Cuba, México y Santo Domingo, todo un plan de guerra contra Haití. Inglaterra, por su parte, mantenía en todo el Caribe una lucha enconada contra los efectos que iba produciendo la Revolución Francesa en la gran masa de esclavos y en los libertos. En la colonia de Santo Domingo la reacción no se hizo esperar. Cuando el gobernador Joaquín García se enteró de que Francia y España se encontraban en guerra y contempló el panorama insurreccional de la colonia vecina, sintió muy de cerca la Revolución Francesa. Bajo el miedo de la posibilidad del contagio, organizó seriamente en su colonia una cuarentena contrarrevolucionaria<sup>247</sup>.

Es por esto que no ha de extrañar que las clases dirigentes dominicanas, conscientes de que sus privilegios estaban en peligro en caso de triunfar la unificación de la isla, organizaran una agresiva campaña en detrimento de lo haitiano que aún sigue vigente en la actualidad.

## **6.2. La novela: historia y testimonio**

*El Masacre se pasa a pie* es una novela-testimonio que trata sobre uno de los períodos más oscuros de la dictadura de Trujillo: el asesinato de entre doce y veinte mil haitianos en la franja fronteriza y en la región Cibao en el año 1937. Con el propósito de “blanquear” la frontera e impedir la “invasión” de los negros haitianos (que generalmente eran requeridos para trabajar en los ingenios azucareros), el régimen dispuso la puesta en libertad de presos con crímenes de sangre y reclutó entre las aldeas un gran número de “reservistas” que, armados y dirigidos por militares, formaron

---

<sup>247</sup> Hugo Tolentino, Ibid, pp. 112-113.

bandas cuyo único objetivo era asesinar a la mayor cantidad de haitianos que encontraran a su paso. Un libro poco conocido de Rufino Martínez describe con detalles la masacre:

Una orden fue pasada por teléfono a los jefes de destacamentos de Santiago, Montecristi, Puerto Plata, Duarte y Barahona. Los que asombrados pidieron explicación sobre el caso, recibieron la intimidación de cumplir la orden, y nada más. En Santiago, el Comisionado del gobierno José Estrella, reunió su cuerpo de matones, al que se agregó un número de jóvenes, entre ellos estudiantes universitarios, y pasó a cuchillo a los haitianos residentes en Quinigua y demás campos cercanos. Las casas que habían construido en barrios de la ciudad pasaron a ser propiedad de los oficiales del Comisionado. Los legítimos dueños fueron también exterminados. En Puerto Plata, una movilización de miembros del ejército, que se pusieron en pie de guerra, estuvo acompañada del secreto rumor de que habría una matanza. Al amanecer del día dos de octubre, en el llamado campo de experimentación (agrícola), alcanzaban a ver los vecinos la matanza con garrote y puñal. En los lugares más apartados como Sosua, Cabarete y toda la costa siguiente hasta Nagua, el exterminio se hizo con arma de fuego, y fueron víctimas las mujeres, muchas encintas, y los niños, con la misma saña despiadada que los hombres<sup>248</sup>.

La matanza duró varios meses pero tuvo su punto álgido en octubre de 1937, con la pasividad cómplice de la mayoría del pueblo dominicano y de los intelectuales orgánicos del régimen que veían los asesinatos como una gesta patriótica que defendiera la “cristiandad” y las costumbres “españolas” de la mayoría de la República, frente a los “bárbaros negros haitianos con su promiscuidad y su religión primitiva”. En realidad la dictadura sólo tuvo que aprovechar los rencores de los dominicanos hacia sus vecinos haitianos provenientes de más de un siglo de narraciones identitarias que culpabilizaban al pueblo haitiano del atraso económico y social en que se encontraba el país.

---

<sup>248</sup> Rufino Martínez, *Hombres dominicanos*, Editora del Caribe, Santo Domingo, 1961, p. 156.

Ante la matanza, la comunidad internacional reaccionó imponiendo sanciones al régimen de Trujillo, que argumentaba que se trataba de conflictos entre bandas dominicanas y haitianas, envueltas en el siempre engorroso problema de contrabando de mercancías por la poco vigilada frontera, y no un asunto racial. La complicidad del dictador haitiano Francois Duvalier, “Papa Doc”, ayudó a Trujillo a llegar a un acuerdo con el gobierno haitiano pagando una indemnización por los daños causados. Habrá que esperar hasta la muerte del tirano para comenzar a entrever las dimensiones de la masacre. Así, el texto de Prestol Castillo es la obra literaria dominicana que mejor capta las vibraciones sociales que dieron lugar y permitieron el desarrollo de la matanza<sup>249</sup>.

*El Masacre se pasa a pie* se publicó en diciembre de 1973, treinta y cinco años después de la redacción del primer borrador. En su introducción a la novela, el autor nos cuenta su impotencia como testigo mudo de tanta sangre y dolor. Escribió este libro –dice– como catarsis al presenciar tanta crueldad, con el miedo a ser descubierto y la mirada de la tiranía en cada una de las páginas:

Tiranía es todo esto. La tiranía tiene el rostro como el de las estatuas: no ríe. La tiranía acogota con su mirada amarilla, peligrosa. (Cada vez que escribía, veía sobre mis pliegos furtivos los ojos amarillos de la tiranía).

La tiranía es el tirano y todos los que no son el tirano. La tiranía es “Don Panchito el Matón” –aquel que agonizara catorce noches cantando como gallo, croando como rana, roncando como cerdo. También, el Cabo Sugilio: manos de tenazas, ojos profundos de animal de presa, actitud de leopardo. “Don Panchito el Matón” y el “Cabo Sugilio”, estarían en todas partes. ¿No asecharían mi libro? ¿No espiarían mis pliegos?... ¡Ah no! ¡Don Panchito no sabe leer! ¡Tampoco sabe el cabo Sugilio! ¡Puedo escribir, tranquilo, en la noche!<sup>250</sup>

<sup>249</sup> En 1998 se publicó la obra *The Farming of Bones* (traducida como *Cosecha de huesos*) de la escritora norteamericana de origen haitiano Edwige Danticat, novelando la matanza de sus conciudadanos desde el punto de vista del pueblo y las costumbres haitianas. El gran éxito de la novela, que obtuvo el premio al mejor libro norteamericano (American Book Award) en 1999, atestigua la importancia y actualidad del tema para las relaciones dominico-haitianas.

<sup>250</sup> Freddy Prestol Castillo, *El masacre se pasa a pie*, Santo Domingo, Editora Taller, 1973, p. 10. Las páginas entre paréntesis corresponden a esta edición.

En 1937 Freddy Prestol Castillo se desempeñaba como fiscal en la perdida ciudad fronteriza de Dajabón. Ante la masacre, tuvo que elegir entre callarse y hacerse cómplice del crimen o escribir a escondidas para dejar un testimonio vivo de lo que realmente fue aquel genocidio. Por eso la novela se presenta no como un libro de ficción sino como una serie de retazos, reflexiones y situaciones yuxtapuestas que pretenden dar la visión de conjunto de lo que se vivió durante esos meses sangrientos. Esta presentación tan real y vivida de los hechos es, quizás, el mayor logro artístico de la obra. El lector se ve frente una serie de escenas inconexas, personajes apenas esbozados, diálogos escuetos, cuya único hilo conductor es la omnipresencia de la barbarie.

La novela se unifica temáticamente en torno a dos metáforas que funcionan como pilares de andamiaje en el que se apoyan los retazos de historias encadenadas sin aparente conexión. Estas dos metáforas son: el corte y el río Masacre. “El corte” fue el nombre con que el pueblo dominicano bautizó la matanza de haitianos. La fuerza evocadora de este nombre nos remite a tres aspectos fundamentales de la sociedad dominicana y del conflicto de la inmigración haitiana. Primeramente, en el lenguaje de los productores de caña de azúcar, “corte” es equiparable a la zafra. Se refiere al extenuante trabajo que realizaban primero los esclavos durante la colonia y luego los haitianos. Es por esta actividad económica por la que gran parte de los inmigrantes haitianos cruzan anualmente la tenue frontera entre los países. Al llegar a los ingenios son mantenidos en un régimen de semiesclavitud, continuamente amenazados con la deportación, rechazados por la mayoría de la población que los percibe como seres inferiores que “quitan el trabajo a los dominicanos”.

La segunda significación de “el corte” es la que evoca la decapitación de los haitianos por “la mocha”. El mismo instrumento agrícola que se utiliza para la zafra es el que utilizaron los asesinos para la matanza, de esta manera se presenta una correlación entre la necesidad económica que trae al haitiano a trabajar las tierras dominicanas y la muerte traidora a manos del instrumento que les provee su sustento cotidiano.

Por último, en un nivel más general y sociológico, “el corte” hace alusión a la fractura socioeconómica que pretendía el asesinato masivo de haitianos, tanto desde el punto de vista de limpieza étnica como de sumisión al poder de Trujillo de las regiones fronterizas. Lo cierto es que las provincias que limitan con las ciudades haitianas siempre han tenido un ritmo diferente al del resto de la nación. Lejos del poder central de la capital, abandonados a su suerte por los funcionarios estatales, durante la mayor parte de su historia han basado su economía en el contrabando con diversos grupos haitianos. En los inicios del trujillato, la libertad de movimiento que tenían las elites de las provincias fronterizas comenzó a verse como un problema de seguridad nacional. Así, la matanza de haitianos fungió como una fuerte señal a la población de las intenciones de poder totalizador del régimen. Al eliminar la fuerza de trabajo haitiana que permitía a los hateros la cría extensiva de ganado y la agricultura de subsistencia, Trujillo fue capaz de doblegar la relativa independencia con que se desarrollaba la región fronteriza del país.

En cuanto al río internacional Masacre, frontera natural entre República Dominicana y Haití, la simbología principal puede dividirse en dos aspectos. El primero sería el mismo nombre del río “Masacre”, nombre predestinado a la barbarie y al enfrentamiento entre los dos pueblos. Y el segundo aspecto queda de manifiesto en el



contraste entre las dos orillas. Del lado haitiano, muerte, sequía y hambre para sus pobladores, víctimas, también, de incontables tiranos que han arrasado el país. Del lado dominicano (para el haitiano), la única esperanza de supervivencia, aunque sea trabajando como esclavo en una nación que le desprecia.

El río Masacre es el testigo mudo no sólo de la matanza que narra la novela, sino, mucho antes, de todo el conflicto racial y territorial entre las dos naciones:

El Masacre sigue corriendo, casi sin sonar de guijas. Río estrepitoso en sus cascadas de “La Garrapata” y “Loma de Cabrera”, pasa cauto, como otro haitiano, frente al fortín dominicano. ¿Teme? El río sigue callado, hasta el Atlántico (p. 88).

### **6.3. El antihaitianismo como identidad nacional**

A través del narrador de la novela, ese joven fiscal capitalino que se traslada a la fronteriza ciudad de Dajabón designado por el régimen de Trujillo y se encuentra como testigo de la matanza, podemos observar que, aunque existe un tono general de espanto en cuanto a la indiscriminada matanza, también se busca la justificación –o al menos la explicación– de la masacre como un hecho inevitable debido a la conflictiva relación entre los dos países.

Tres razones principales son presentadas en la novela como causas de la reacción del régimen de Trujillo para ordenar el genocidio. En primer lugar, el constante robo de ganado y ocupación de tierras dominicanas por parte de los haitianos. Incluso se presenta el personaje Hilarión, conocido como “el patú”, que debido a sus poderes sobrenaturales era capaz de robar ganado en las posesiones mejor vigiladas del lado dominicano de la frontera. Según esta visión, tanto los ricos terratenientes como el pueblo llano se encontraban en constante amenaza por parte de bandas haitianas que

saqueaban las propiedades, hecho que catalizó la violenta reacción contra ellos como una especie de escarmiento en defensa por tanto robo.

Después de “El Patú”, las reses las robaban otros tantos como él. De noche hay ladrones, reses, puñaladas y gritos. En el día el sol muestra una soledad terrible y los hombre están bajo el fuego de la calentura eterna de la brisa, que tiñe de cobre o afirma el ébano. Entonces, hay silencio, un silencio aplastante. (p. 79)

Sin limitar la extensión del robo de ganado, que, según fuentes consultadas, como por ejemplo Frank Moya Pons en su *Manual de Historia Dominicana*, llegó a ser de número considerable (aunque perpetrados no sólo por los haitianos sino por bandas mixtas que se dedicaban a vender la carne y las pieles en los mercados del interior de los países), la mayoría de los haitianos residentes en las provincias fronterizas se encontraban como jornaleros de terratenientes, muchos de ellos amancebados con nacionales dominicanos y bastante integrados a la mezcla cultural que se vivía en esas provincias. La presentación del robo de ganado como justificación para la matanza indiscriminada de mujeres y niños ha sido utilizada por el pensamiento nacionalista conservador para enmascarar como “rabia popular incontenible” lo que realmente fue una planificada limpieza racial.

La segunda razón presentada es la supuesta haitianización de la frontera. Al igual que el régimen de Trujillo, nuestro narrador observa como la mayoría de las transacciones comerciales que se realizaban en la frontera se hacían con moneda haitiana; a lo que se añade el hecho de que una gran parte de la población se manejaba mejor con el creole que con el castellano para su comunicación cotidiana. Estas realidades remitían a la tan temida teoría dominicana de que las potencias extranjeras buscaban la unificación de la isla en una sola nación. Para preservar las diferencias identitarias entre las naciones era necesario –de acuerdo a estos planteamientos–

“dominicanizar” la frontera no sólo dotándola no sólo de presencia mayoritaria de nacionales, sino sobre todo, evitando el constante asentamiento de los haitianos en el territorio y su consecuente amancebamiento con ciudadanos dominicanos. La contraparte del plan de “dominicanizar” la frontera la realizó el régimen poco después de terminada la matanza. A través de redadas en las principales ciudades de la República, el gobierno logró capturar a una gran cantidad de mendigos, enfermos mentales y delincuentes comunes y los envió a la frontera para que poblaran las tierras que fueron arrebatadas a los haitianos. El autor nos describe a estas huestes como “vagos” que no tenían la menor idea ni el deseo de cultivar la tierra o criar ganado.

A Dajabón venían ahora otros hombres. Eran los reclutados de los bajos fondos de las ciudades. También, campesinos sin tierras y sin trabajo agrícola, declarados “vagos” por sentencias. Estos hombres vendrían a asentarse en Dajabón y en las comarcas que le rodean. Los “vagos” vinieron traídos como reses en camiones del Ejército. Llegaron cuando se habían ido todas las reses y el viento de la montaña había escondido los restos de los ranchos y de los hombres, trocados en cal. (p. 123)

Por último, el narrador hace un paralelismo entre la matanza de haitianos ordenada por el trujillato y las luchas por la independencia dominicana libradas contra el ejército haitiano. Un episodio histórico en particular le sirve al narrador para, en cierto modo, justificar la masacre. Se trata de la retirada del general haitiano Jean Jacques Dessalines, quien en 1805 ordenó el asesinato y la quema de aldeas dominicanas (principalmente la ciudad cibaeña de Santiago de los Caballeros) como método para debilitar las huestes dominico-españolas que apresuraban su retirada. Esta desafortunada acción de Dessalines ha servido durante más de dos siglos de ejemplo de la brutalidad haitiana para los pensadores nacionalistas conservadores dominicanos. Sin embargo, Pedro Mir contextualiza ese momento histórico:

Pero la gravedad de estas consecuencias no se deriva, como lo plantean los historiadores convencionales y los sectores más retrógrados de nuestro país que se sirven de ellos o que a ellos sirven, del hecho de que Dessalines cometiera tales o cuales acciones brutales e innecesarias. Aquéllos eran tiempos de extrema violencia y la situación, e inclusive las provocaciones que vinieron de esta parte, principalmente las de Serapio Reynoso, un nativo de color que servía a los franceses, pueden muy bien explicar y cohonestar estas acciones. Los estudiosos que se libran de la pasión y de la subjetividad no suelen ser tan condenatorios ni tan inquisidores a la hora de juzgar a Dessalines desde la parte española. La gravedad de estas acciones se deriva del hecho fundamental de que pusieron de manifiesto que el caudillo haitiano no era tan poderoso ni la Francia metropolitana tan débil, como pareció en el momento de la victoria y de la proclamación de la Independencia. La retirada de Dessalines y la llegada de recursos franceses cambiaron bruscamente la imagen épica del caudillo haitiano y expresaron que no era él la fuerza indiscutible y decisiva en los destinos de la isla. Semejante cambio en la situación hacía inevitable que cambiara la actitud de los habitantes de esta parte<sup>251</sup>.

Es por esta dualidad al presentar la masacre de los haitianos en 1937 que Iván Grullón, autor de un documentado trabajo sobre la presentación de las relaciones dominico-haitianas en las novelas *El Masacre se pasa a pie* y *Mi compadre el general sol* (1955), del escritor haitiano Jaques Stephen Alexis, nos dice:

Por un lado, el narrador lamenta y denuncia como “bárbaro” la matanza de haitianos, pero por otra parte, evoca constantemente el pasado para explicar o justificar, quien sabe, el presente. No era necesario, repito, que Prestol Castillo insistiera tanto sobre la matanza del siglo pasado, pues con ellos excusa implícitamente a los asesinos del régimen trujillista<sup>252</sup>.

En *El Masacre...* el autor dedica un largo espacio a contraponer las dos matanzas. Lo hace a través de un sueño del narrador que lo retrotrae hacia la mitad del

<sup>251</sup> Pedro Mir, “Acerca de las tentativas históricas de unificación de la isla de Santo Domingo”, en Gerard Pierre-Charles [et al], op.cit., pp. 176-177.

<sup>252</sup> Iván Grullón, *La matanza de los haitianos en “El Masacre se pasa a pie” y “Mi compadre el general sol”*, Editora Universitaria UASD, Santo Domingo, 1989, p. 23.

siglo XIX, al escenario de la guerra de independencia dominicana. Despertando el sueño, el narrador señala:

Me sorprendió meditando sobre la historia presente que veía con mis ojos, escrita en caracteres de sangre, y aquella historia de impiedad, despotismo y crímenes cometidos por los haitianos, aprendida en las clases de historia de la infancia. (p. 140)

En otra escena uno de los personajes justifica la matanza haciendo también alusión al pasado:

— ¡Estamos cobrándoles!

Así me decía Don David, el repartidor de las tierras, riendo plácidamente con su boca desdentada donde viaja el cigarro de comisura a comisura como un péndulo.

— ¡No me hable de Humanidad ni de yerbas de academia!... ¡Estamos cobrándoles! ¡Es una deuda vieja! ¡Hace un siglo estos mismos negros desangraron al pueblo dominicano, degollando hasta en las iglesias!... ¡Estamos cobrándoles!

Y miraba con odio sobre las montañas verdes, las montañas azules, las montañas estrujadas de Haití. (p. 84)

El último elemento que quiero reseñar de esta novela es la presentación que hace el narrador de los autores materiales de la masacre. Como ya hemos dicho el régimen de Trujillo liberó presos violentos acusados de los más diversos delitos en las cárceles del país y los envió a la frontera donde fueron estimulados por el botín y el alcohol a que dieran rienda suelta a sus instintos asesinos. Este procedimiento fue bastante común durante el régimen para luego poder justificar los hechos indicando que los habían cometido “civiles exaltados” y que el gobierno no tenía ninguna responsabilidad directa en los mismos.

En la novela Prestol Castillo presenta a los autores de la masacre como, por un lado, criminales y militares corruptos sedientos de sangre, y por otro, como campesinos reclutados forzosamente por las tropas del gobierno y obligados a servir de verdugos de

personas inocentes a las que no conocían ni les guardaban ninguna animadversión. Los primeros son representados por el sargento Tarragona y el capitán Ventarrón, elementos del ejército dominicano que habían sido encomendados a dirigir a los reclutados para la matanza. También buscaban mejorar su posición social adueñándose del ganado y las posesiones de los campesinos haitianos asesinados. Ambos militares conocen el poder de exaltar la violencia que se le atribuye al ron en la cultura dominicana, por eso mantienen a sus reclutas en un estado permanente de borrachera para evitar las desertiones, los remordimientos o la insubordinación.

Pero otros integrantes de la turba asesina de haitianos eran campesinos que, acostumbrados al reclutamiento forzoso de uno u otro bando durante las incontables revoluciones que se rebelaban contra el gobierno central, sólo buscaban seguir las ordenes para evitar ser acusados de insubordinación y fusilados por los militares. Estos campesinos tuvieron que echar mano del fuerte adoctrinamiento antihaitiano del que fue objeto (y en muchos sentidos todavía es objeto) la mayoría de la población dominicana. Ese odio recién estrenado, compuesto de una mezcla de complejo de superioridad racial y desquite por tanta miseria, unido al siempre utilizado argumento de que los inmigrantes “quitan el trabajo a los nacionales”, conjugó uno de los capítulos más terribles del uso del sentimiento contra los haitianos como elemento aglutinador de la identidad nacional dominicana.

## **7. *La biografía difusa de Sombra Castañeda: identidad y sincretismo religioso***

### **7.1. Religiosidad popular e identidad**

Además de la raza, el elemento que el discurso oficial sobre la identidad dominicana ha enfatizado más es el referente a la religión católica. Desde la época colonial, la fuerte presencia de un representante del Vaticano determinó la condena o bendición de múltiples facetas culturales que se fueron desarrollando a medida que las mezclas raciales y la lejanía de la metrópoli permitían una evolución de las costumbres típicamente españolas para convertirse en lo que luego sería la conciencia nacional dominicana.

Durante los primeros años de la independencia el poder eclesiástico vio reforzada su influencia política debido a que la narrativa sobre la identidad que permitió la separación de la isla en dos naciones, acuñó como fuente distintiva entre los pueblos el hispanismo y el catolicismo, para la parte dominicana, y la cultura africana, para la parte haitiana. Pero esta relación con el poder político no siempre fue positiva para los intereses de las elites tanto criollas como españolas. Frank Moya Pons documenta que una de las causas para el alzamiento que condujo a la Guerra de Restauración, en 1865, contra la recién anexión de la República a España, fue el descontento producido en el seno de la sociedad –principalmente en las áreas rurales, que constituían cerca del noventa por ciento del territorio nacional– por las disposiciones del nuevo arzobispo nombrado por la Corona, quien trató de instituir severas reglas a la práctica del catolicismo en la isla.

La llegada de un nuevo arzobispo para dirigir la Iglesia dominicana también tuvo efectos negativos en el ánimo de la población, pues el arzobispo, cuyo nombre era Bienvenido de Monzón, tan pronto llegó se dispuso a modificar las costumbres de los

dominicanos, que él creía en deplorable estado debido a que en aquel entonces el matrimonio eclesiástico era muy poco frecuente en el país. La poca cantidad de matrimonios religiosos tenía sus raíces en la misma vida colonial, pues la falta de caminos y la pobreza en que vivió la Colonia durante siglos impidieron a sus habitantes contar con la asistencia permanente de los poquísimos miembros del clero que quedaron en Santo Domingo en los siglos XVII y XVIII. El resultado fue un estado generalizado de amancebamiento que la mayoría de la población aceptaba como algo natural y que a nadie molestaba, ni siquiera a los curas. Monzón consideró que aquella era una situación de inmoralidad que él debía corregir y quiso obligar a los dominicanos a casarse dentro de un determinado plazo, lo que irritó mucho a la mayoría de las familias que, aunque no estaban legalizadas, sus uniones tenían para ellos un valor similar al del matrimonio religioso. En un país donde la mayoría de la población había nacido fuera del matrimonio, aquella disposición debía de aparecer como algo injusto, pues a partir de la misma sólo quedarían reconocidos como hijos legítimos los tenidos en las nuevas uniones, que no por ser legales tenían que ser las más estables o las más deseadas<sup>253</sup>.

Las dificultades que encontró el arzobispo Monzón para establecer leyes más estrictas en cuanto a la práctica del catolicismo no hicieron más que aumentar durante toda la segunda mitad del siglo XIX y la primera parte del XX. Aunque oficialmente fueron negadas y hasta perseguidas las prácticas religiosas populares que introducían elementos africanos en los ritos católicos, lo cierto es que la mayoría de la población rural practicaba –y practica aún– un sinnúmero de ceremonias provenientes del sincretismo religioso que surgió, en un primer momento, de la mezcla del esclavo con el amo español, y que fue incorporando nuevas temáticas a partir de la extensa relación entre las regiones fronterizas del país y el pueblo haitiano.

No fue de nuevo hasta la muerte de Trujillo cuando diversos autores pudieron comenzar a explorar la riqueza sincrética en las creencias populares del pueblo

---

<sup>253</sup> Frank Moya Pons, *Manuel de historia dominicana*, op.cit., pp. 347-348.



dominicano. Sin embargo, el discurso oficial sobre la identidad nacional ha intentado limitar la presencia de estas creencias atribuyéndolas únicamente a la “mala” influencia haitiana y a sectores de la población que, por razones económicas, tienen una constante relación con los inmigrantes de la vecina nación. En un interesante artículo sobre las políticas punitivas que han utilizado los gobiernos dominicanos en distintos períodos con respecto a las prácticas de la religiosidad popular, Aquiles Castro comenta que en la actualidad todavía están vigentes leyes que prohíben la libre celebración de estos ritos:

En diferentes momentos en el discurrir histórico de la nación dominicana, ciertas manifestaciones culturales populares han sido objeto de discriminación, denuncia o coerción por parte del discurso y la cultura oficial. Situación ésta que se prolonga a nuestros días con la vigencia de la ley No. 391 de factura trujillista de 1943 y modificada en 1958, la cual establece penas correccionales para las personas que practiquen los bailes nombrados “vodu” o “Luá”<sup>254</sup>.

Para los sectores dominantes del país, la extensiva práctica de rituales sincréticos por parte de una nada desdeñable porción de la población es utilizada para justificar las políticas contra la inmigración laboral haitiana y como muestra del perjuicio social que producen estas creencias consideradas como primitivas. Estudiando la práctica del vudú –término originado en el África occidental que significa “espíritu”–, y los curanderos populares en las provincias fronterizas del país, la antropóloga austriaca Yvonne Schaffler se sorprendió de que los habitantes de estas zonas no admitieran que practicaban religiones africanas:

During my investigations it emerged that most of the inhabitants of the Dominican Republic are not very proud of their African heritage –a fact that initially made it

---

<sup>254</sup> Aquiles Castro, “Prohibiciones y persecución de creencias y prácticas populares en República Dominicana: ¡alerta guloyas y gagás!”, en <http://www.cielonaranja.com/aquilescastrogaga.htm> (Fecha de último acceso: 25 noviembre 2008)

difficult to enter this field of research. Asking about *vodú* turned out to be problematic because the locals perceive themselves as Catholics, even though they apparently practice *vodúistic* possession rites and other *vodú*-related techniques<sup>255</sup>.

Es decir, el discurso dominante ha logrado enajenar de tal manera a las clases populares que éstas buscan diferenciarse de cualquier manera de elementos culturales que puedan identificarse con los haitianos. Por esta razón, Schaffler continúa diciendo que es más apropiado describir “the Dominican folk Religion as *folk Catholicism* because this expression respects the perceptions of the locals more than the expression *vodú*”<sup>256</sup>. Habrá que esperar hasta los años setenta del pasado siglo para que antropólogos y folcloristas como Fradique Lizardo y Dagoberto Tejeda mostraran a los estudiosos del país la gran riqueza afrocaribeña que –aunque sumergida y camuflada– ha estado presente en las masas populares dominicanas desde los tiempos coloniales.

Ahora bien, la literatura dominicana, aunque ha tenido varias obras principalmente poéticas que recuperan parte de la herencia africana y los rituales de religiosidad popular presentes en la ruralidad del país<sup>257</sup>, ha tendido a minimizar dicha presencia y a catalogarla como una serie de supersticiones producto de la falta de una educación formal en el pueblo. Por esta razón no es de extrañar que sea un antropólogo como Marcio Veloz Maggiolo, ampliamente conocido en los ámbitos académicos del país por sus estudios sobre el pasado precolombino de la isla, el que se embarque con

---

<sup>255</sup> Yvonne Schaffler, “Dominican folk Catholicism – healing spirits away from tourism” en <http://www.cielonaranja.com/schaffler2.htm> (Fecha de último acceso: 25 noviembre 2008)

“Durante mi investigación pude darme cuenta que la mayoría de los habitantes de la República Dominicana no están muy orgullosos de su herencia africana –hecho que inicialmente dificultó entrar en esta área de investigación. Preguntar sobre *vudú* resultó ser problemático porque la población se percibe a sí misma como católicos, aunque aparentemente practican ritos de posesión y otras técnicas relacionadas con el *vudú*”.

<sup>256</sup> Ibid.

“la religión popular dominicana como catolicismo popular porque esta expresión resta las percepciones de los habitantes más que la expresión *vudú*”.

<sup>257</sup> Un autor dominicano que destacó en la poesía negroide fue Manuel del Cabral.

éxito en la poco conocida temática de la religiosidad popular en su relación con la organización social, el poder político y las dictaduras.

Veloz Maggiolo es el novelista más prolífico que ha tenido la República. Se dio a conocer a principios de los años sesenta del pasado siglo con novelas como *El buen ladrón* (1960) y *Los ángeles de hueso* (1967). Aunque la principal preocupación de este autor ha sido la temática de la narrativa del dictador-dictadura, a la que ha dedicado cuatro novelas y dos cuentos<sup>258</sup>, en el estudio de esta novela vamos a centrarnos – además de en dicho tema– en la interesante mezcla entre la figura y el ambiente de la dictadura con las creencias mágico-religiosas del pueblo dominicano. Este sincretismo religioso fue un gran componente utilizado por los gobiernos autoritarios de toda Latinoamérica para perpetuarse en el poder.

## **7.2. La novela**

Una de las características esenciales de la generación de narradores postrujillista es una profunda revisión del discurso oficial sobre la identidad nacional. Veloz Maggiolo se adscribe totalmente a esta corriente incorporando en sus obras lo que llama “el territorio híbrido” donde el mestizaje se condensa y genera interesantes manifestaciones culturales.

[En] *La Biografía difusa de Sombra Castañeda*, donde yo abordo el tema del mestizaje, en función de que existe una mezcla de ideas, de creencias, de formas, de rituales que están presentes no sólo en la frontera, sino en todo el país. La influencia haitiana, aunque ha sido negada, ha sido muy importante desde el punto de vista de la religiosidad popular [...] La línea fronteriza marca también un factor de identidad en el dominicano. No podemos salir de esa realidad que es una realidad de una isla dividida

---

<sup>258</sup> Novelas: *El prófugo* (1963), *Los ángeles de hueso* (1967), *De abril en adelante* (1976), y *La biografía difusa de Sombra Castañeda* (1980). Cuentos: “La vida no tiene nombre” (1963) y “El coronel Buenrostro” (1982).

en dos países y dos culturas. En este territorio híbrido pasan muchas cosas: pasa, por ejemplo, la presencia de leyendas tanto haitianas como españolas a la vez<sup>259</sup>.

Es en la tenue línea fronteriza que divide la isla donde tiene lugar este mestizaje que luego se desborda de igual manera por los dos países. En ese “territorio híbrido” la leyenda y la realidad se vuelven ininteligibles y los santos católicos se dan la mano con las deidades africanas y el animismo taíno. Según el autor, esta hibridez religiosa ha sido una constante desde la época colonial, debido sobre todo a la poca presencia de clero católico durante varios siglos.

Durante largos años el país era un territorio abandonada a la leyenda. La religión católica que fue una religión importante apenas en el siglo XVIII tenía ocho o diez sacerdotes en todo el territorio. Es evidente que la gente necesita de un más allá inmediato y cotidiano que inventa. La leyenda emerge saturada por ese mundo de las creencias y de la religiosidad popular que va cambiando permanentemente<sup>260</sup>.

En *La biografía difusa de Sombra Castañeda*, Veloz Maggiolo consigue entrelazar dos elementos muy presentes en el discurso sobre la identidad dominicana: la dictadura y el sincretismo religioso. Con respecto al primero el autor abandona el tradicional enfoque de presentar los efectos de la dictadura en la sociedad, para centrarse en la personalidad del dictador y su interrelación con el pueblo. En mi opinión *La biografía...* es la novela más completa y que desarrolla el tratamiento más acabado sobre la temática del dictador escrita por un dominicano. Para su presentación de esa figura del dictador que ha sido una constante en la narrativa nacional, el autor utiliza dos planos narrativos: el fantástico y el real. El primero corresponde a la historia explícita que narra la novela, sobre la confabulación de una serie de seres

---

<sup>259</sup> Rita De Maeseneer, “Entrevista con Marcio Veloz Maggiolo”, 7 de abril 2003, publicada en <http://www.cielonaranja.com/demaeseneermaggiolo.htm> (Fecha de último acceso: 25 noviembre 2008)

<sup>260</sup> Ibid.

sobrenaturales (dioses afro-indígenas, espíritus muertos) para alcanzar el poder absoluto, dirigidos por Sombra Castañeda. El segundo plano se verifica por las referencias que hacen los personajes a los diferentes períodos históricos y políticos que ha vivido la República Dominicana.

En el primer plano, el protagonista, Sombra Castañeda, es una figura fantástica, descendiente de españoles, que ha vivido cientos de años y cuya única obsesión es conseguir el poder absoluto. Sobre este personaje Emilio Rodríguez comenta:

[Sombra Castañeda] is able to create imaginary beings, to remember the entire history of the nation, and to call up into existence all of the myths that have clustered around the border area. Through his protagonist, Veloz Maggiolo presents the reader with a symbolic convergence of disparate ethnic and cultural traditions<sup>261</sup>.

El personaje de Sombra Castañeda parece estar construido alrededor de una combinación de características mitológicas con retazos de elementos reales de los diferentes dictadores que ha sufrido la República, es decir Santana, Báez, Heureaux y Trujillo. Su filosofía es “ordenar el medio, y luego ordenar a los que viven en él”<sup>262</sup>. La obsesión del protagonista es superar a todos los anteriores dictadores dominicanos, pero atemorizado por el “poder de hombre” (p. 35) de Trujillo, decidió salir de Santo Domingo y establecer su tiranía en la sierra Martín García, ejerciendo su influencia en las gentes de un pueblo llamado Barrero. Para Castañeda, el establecimiento de una dictadura no obedece a las apetencias personales, es una cuestión que necesita de un estudio riguroso y sopesado, de un conocimiento absoluto del medio.

---

<sup>261</sup> Emilio Jorge Rodríguez, “Encroachment of creole culture on the written and oral discourses of Hispaniola”, *Matatu - Journal for African Culture and Society*, vol. 27, 2003, (pp.109-135), p. 129.

“[Sombra Castañeda] es capaz de crear seres imaginarios, de recordar toda la historia de la nación, y de llamar a la existencia a todos los mitos que se han generado en el área fronteriza. A través de su protagonista, Veloz Maggiolo presenta al lector una convergencia simbólica de diversas tradiciones culturales y étnicas”.

<sup>262</sup> Marcio Veloz Maggiolo, *La biografía difusa de Sombra Castañeda*, Santo Domingo, Editora Taller, 1980, p. 33. Las páginas entre paréntesis pertenecen a esta edición.

Trujillo, allá, en la sombría cúpula de su capital, no sabe lo que mata. No tiene conciencia de lo que extermina; no ha estudiado lo que destruye. La dictadura es una ciencia, no un arte (pp. 28-29).

Así, Castañeda se rodea de colaboradores que poseen poderes sobrenaturales para que le ayuden a conseguir su obsesión. Algunos de ellos son: Antonio el bacá, un ser encarnado en animales con el poder de transformarse rápidamente en una forma u otra; Curimbangó, un negro que vive convertido en agua en el arroyo Mordán; y Mimilo, el brujo del pueblo de Barrero que tiene el poder de curar. Cada uno de estos personajes tiene su correlación con mitos populares de diversas zonas del país. Por ejemplo, “el bacá”, un personaje que está muy presente la religiosidad popular dominicana, proviene de la tradición haitiana y es una figura mitológica que puede rastrearse hasta los inicios del siglo XIX cuando se creía que algunos contrabandistas tenían el poder de convertirse en animales para pasar desapercibidos cuando robaban las reses. Por otra parte, aunque el nombre de Curimbangó remite a la tradición africana, su poder de convertirse en arroyo se corresponde a diversas tradiciones animistas de los aborígenes originarios de las islas del Caribe.

Esta forma de elaboración de un dictador sincrético, caricaturizando rasgos de los dictadores dominicanos, permite a Veloz Maggiolo establecer una figura prototípica de la personalidad del dictador dominicano. La traslación de la tiranía a un mundo fantástico funge de salvoconducto para que el autor no se vea en la necesidad de ceñirse a los datos históricos y a los personajes predeterminados por los avatares políticos del país. No obstante, esta presentación del tirano entraña la difuminación de la psicología humana del dictador y acerca esta figura más a la concepción de leyenda supersticiosa

que el pueblo dominicano ha elaborado sobre los tiranos que a la comprensión real del personaje del dictador.

El segundo aspecto esencial que queremos resaltar en el análisis de esta novela es la presencia de lo mágico-religioso. En la novela, el autor hace gala de un amplio conocimiento de la mitología popular dominicana, donde se mezclan rasgos del cristianismo, leyendas indígenas y dioses afrohaitianos. A través de estos elementos, Veloz Maggiolo consigue entrelazar la amalgama de creencias populares con la temática de la dictadura, aspectos que habían estado ausentes en la narrativa del país. En esta mezcla el autor pone el énfasis en la participación del pueblo oprimido en la entronización del dictador. Y es que los dictadores dominicanos utilizarán las creencias populares para erigirse en semidioses, adornándose con leyendas sobre la posesión de poderes sobrenaturales. De Heureraux se decía, por ejemplo, que estaba protegido por los espíritus y que por eso no era posible matarle con armas de fuego. A Trujillo se le atribuía la característica anormal de no transpirar, aun en el sofocante calor del trópico. Llevar el conflicto político que suponen las dictaduras a los pueblos bajo su dominio, al terreno de lo mágico-religioso, permite al autor presentar –de una manera alegórica–, la intrincada red de relaciones y supersticiones que las personas no educadas de los países pobres utilizan como cristal desde el cual ven el mundo. Los dictadores comprendieron que haciéndose con el control de esas creencias podían obtener un inmenso apoyo popular.

Sharon Keefe Ugalde explica la importancia de los elementos mágico-religiosos en la novela:

Las raíces mágico-rituales de la alegoría se unen al del mundo concreto en que se mueve Sombra: un mundo saturado de las creencias taínas y afro-haitianas. Esta unión proyecta una de las significaciones más importantes del libro: rescatar del silencio

elementos fundamentales de la cultura dominicana. Las divinidades, el animismo, la mitología, los ritos y los médicos hechiceros que se describen en la novela remontan a estas dos culturas. Por ejemplo, Guabancex, Guatauba, Coastriquié, Boinayel y su heraldo Maroya, dioses relacionados con las aguas, las lluvias y las inundaciones, son identificables como dioses taínos. Otras figuras, como los galipotes, los bacás, los gagás y los petrós, tienen origen haitiano<sup>263</sup>.

Los personajes de la novela hacen referencias constantes al mundo real, citando períodos históricos, dictadores e invasiones extranjeras. Sabemos, por ejemplo, que la tiranía que busca instaurar Sombra Castañeda está dentro de la época denominada “Era de Trujillo”. Al lector se le presenta el reto de identificar la historia implícita que evoca la novela a través del mundo fantástico que presenta en primer plano. A medida que avanzamos en la historia nos damos cuenta de que el autor presenta un paralelismo entre los personajes mágico-religiosos y los caracteres históricos que menciona en la novela. Esta identificación comenzamos a intuir la con la historia de un personaje verosímil llamado Esculapio Ramírez, hombre de clase baja, torturado y perseguido por el régimen de Trujillo por oponerse a la dictadura. Asimismo en el plano fantástico otro personaje orquestará la lucha contra la tiranía de Sombra Castañeda en el pueblo Barrero, se trata de Serapio Rendón quien declara “guerra florida contra el diccionario agotado de toda dictadura” (p. 186). Gradualmente, el autor va dando pistas sobre las conexiones entre las dos historias paralelas, descubriendo al lector la significación de su alegoría. Es decir, la unificación entre Trujillo y Sombra Castañeda, de Esculapio Ramírez y Serapio Rendón, y la del oprimido pueblo de Barrero con toda la República Dominicana.

---

<sup>263</sup> Sharon Keefe Ugalde, op. cit., p. 145.



En mi opinión esta novela se relaciona ampliamente con el subgénero de la narrativa del dictador-dictadura que describimos al inicio de este capítulo. En ella, de forma alegórica, se presentan los principales elementos de esta temática: la presencia de un dictador prototípico y su relación con el pueblo oprimido.

## **8. *Sólo cenizas hallarás (bolero)*: revisión postrujillista del discurso sobre la identidad nacional**

Publicada en 1980, esta es la novela dominicana que más ha sido estudiada por los críticos internacionales. No sólo porque fue galardonada con el prestigioso premio español Blasco Ibáñez y el premio de la Crítica Española (1981), sino, sobre todo, por la enorme ruptura que significa este texto en referencia a toda la tradición novelística dominicana precedente. Para el director del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Fordham en Nueva York, Arnaldo Cruz-Malavé, “Vergés ha creado una obra susceptible de investigación, abierta al análisis y a la disección; obra en la que el autor y el lector pueden sopesar todos los fragmentos, la disparidad de fuerzas, intereses o clases sociales que constituyeron el proceso revolucionario en la República Dominicana”<sup>264</sup>.

Desde el punto de vista del estudio del discurso sobre la identidad dominicana, *Sólo cenizas...* se ha convertido en un texto indispensable que se adentra en los turbulentos años luego del ajusticiamiento del tirano y la posterior reelaboración que fueron haciendo los diversos sectores de la nación con respecto a la manera en que los dominicanos debían verse a sí mismos y su relación con las otras naciones. Comparando la novela del mismo período *De abril en adelante* (1975), de Marcio Veloz Maggiolo, Cruz-Malavé explica que:

Obras como las de Veloz Maggiolo y Vergés reflejan un momento de frustración de lo nacional, se definen necesariamente en oposición a la narrativa dominicana anterior, en las que el análisis, la disección de la realidad siempre daban paso a una solución que se presentaba como un marco ideológico o genérico que clausuraba y circunscribía, a la

---

<sup>264</sup> Arnaldo Cruz-Malavé, “La historia y el bolero en *Sólo cenizas hallarás (bolero)*”, *Revista Iberoamericana*, op. cit., p. 63.

vez, el análisis, las instancias dispersas de la obra. Son obras [...] que demueven sistemáticamente<sup>265</sup>.

La mayoría de los autores, tanto historiadores como novelistas, coinciden en la descripción del período inmediato al asesinato de Trujillo como uno de los momentos más caóticos que ha vivido la República. Caos y posibilidad se unieron en ese tiempo tumultuoso en el que, por primera vez en mucho tiempo, quedaron destruidas las rígidas relaciones socioeconómicas implantadas en el país y fue posible vislumbrar –acaso soñar– con cambios en las estructuras de poder que permitieran el surgimiento de una sociedad más igualitaria. Es en este período histórico en que Vergés ambienta su novela, concretamente entre mayo de 1961, cuando ocurre el ajusticiamiento del tirano, y diciembre de 1962, fecha de la histórica victoria electoral del Partido de la Revolución Dominicana liderado por Juan Bosch. Este período estuvo caracterizado por una fuerte represión desatada por los remanentes de la dictadura –personificados en la figura del hijo mayor del tirano, Ramfis Trujillo– con el objetivo de permanecer en el poder, y las constantes manifestaciones y protestas de una gran parte de la juventud dominicana que, en las calles de las principales ciudades, se iban aglutinando entorno a las diversas opciones políticas que fueron surgiendo con el retorno de los exiliados políticos y la legalización de los partidos.

Antes de comenzar el análisis temático de la novela y su relación con el discurso sobre la identidad dominicana, es importante hacer un paréntesis para exponer tres elementos extraliterarios que contextualizan las lecturas que se han hecho de esta novela: su estructura, su manejo lingüístico y la utilización del bolero y la cultura del folletín. Sobre el primer aspecto, el texto está construido, en palabras del mismo Pedro

---

<sup>265</sup> Arnaldo Cruz-Malavé, op. cit., p. 64.

Vergés, como un crucigrama. Cada capítulo se dedica a un personaje principal, a un período de tiempo determinado que se va entrelazando con las historias de otros personajes. La cronología va dando saltos dependiendo de los personajes y las historias que se relacionan en cada capítulo. Pero dejemos que Vergés explique cómo se propuso estructurar la novela:

And then I said to myself that the novel I wanted to write had to have the perfection of a crossword puzzle. It had to offer the reader a similar structure so that at the end he or she could experience the sensation of having completed a crossword puzzle; the feeling of having hit upon the answer because all of the horizontal and vertical squares combine perfectly<sup>266</sup>.

La importancia de esta estructuración externa del texto está en su novedad dentro de la tradición novelística dominicana, donde, aunque en el período comprendido entre los años sesenta y sesentas se había practicado una serie de experimentaciones formales, no habían cuajado dentro de la literatura nacional, ni se acercaban a la perfecta integración con la temática de la obra que logra la novela de Vergés.

En cuanto al manejo lingüístico, se verifica un acertado uso del léxico dominicano en cada una de las clases sociales que presentan los personajes. El autor, que escribió la novela durante su exilio de dieciocho años en España, consiguió fijar los principales elementos de oralidad y ritmo que caracterizan el castellano-dominicano. Sobre este aspecto el autor nos cuenta:

OLMOS: So that means that the novel was written outside of Santo Domingo.

---

<sup>266</sup> Margarite Fernández Olmos, "Challenging the Silence: a dialogue with Pedro Vergés", *Callaloo*, Vol. 23, No. 3, Summer 2000, (pp. 1068-1075), p. 1070.

*"Y entonces me dije a mí mismo que la novela que quería escribir tenía que tener la perfección de un crucigrama. Tenía que ofrecer al lector una estructura similar para que al final él o ella pudieran experimentar la sensación de haber completado un crucigrama; el sentimiento de haber dado con las respuestas porque todos los cuadros horizontales y verticales se combinan a la perfección".*

VERGES: Yes, totally outside. That made the writing more difficult in some respects and easier in others. The difficulty was in selecting the plot lines; but the absence of linguistic interferences helped in that I was able to work with an epochal language which had remained fixed within me, or rather frozen<sup>267</sup>.

Esta caracterización lingüística es uno de los mayores logros de la novela ya que, por primera vez en la narrativa nacional, se consigue dar vida a los giros expresivos utilizados en un período determinado por diversas clases sociales dominicanas. Y es a través de este aspecto que el autor incorpora la cultura mediática presentada en sus formas de los programas radiales, principalmente de boleros y de radionovelas. El personaje utilizado por Vergés para encarnar la influencia de la cultura de masas es Lucila, la sirvienta –de la que hablaremos más adelante–, quien moldea sus sueños de ascensión social a través del discurso alienante propuesto por las letras de los boleros o la trama de los melodramas.

La función del bolero y la cultura de masas en esta novela ha sido estudiada como una propuesta de evasión del caos, es decir, mediante estas manifestaciones populares los personajes tratan de sobrevivir una realidad histórica que no comprenden y que no pueden modificar. A este respecto Cruz-Malavé explica:

En ella se documenta también el intento de sus personajes por evadir lo histórico, intento que se refleja en la estructura de la novela. Este intento de evasión se expresa estructuralmente en *Sólo cenizas hallarás...* con su recurso al bolero-folletín, en el escape al romance y al melodrama y en la inversión de la importancia relativa de los planos histórico y afectivo, en tanto que la trama romántica se proyecta a un primer plano y lo histórico pasa a un plano secundario, a un insignificante telón de fondo. Gran parte de la ironía de la novela de Vergés deriva de esta inversión, pues, aunque

---

<sup>267</sup> Ibid., p. 1071.

“Olmos: Eso significa que la novela se escribió fuera de Santo Domingo.

Vergés: Sí, en su totalidad. Eso hizo la escritura más difícil en algunos aspectos y más fácil en otros. La dificultad fue seleccionar las líneas de la trama; pero la ausencia de interferencias lingüísticas me ayudó en el sentido de que fui capaz de trabajar con una lenguaje epocal que había permanecido fijo en mí, congelado.”

los personajes creen evadir lo histórico proyectándose y proyectando sus sueños arribistas hacia el romance, lo histórico es, en última instancia, el verdadero resorte y alcance de sus sueños, lo que los limita y define, distorsiona y desvirtúa<sup>268</sup>.

Por su parte, Fernando Valerio Holguín añade que el bolero, con su erotismo y sus letras relativas al amor perdido, “introduce a través de la vida de los personajes una dimensión privada en los acontecimientos históricos. Y es el mismo registro simbólico-imaginario el que posibilita desde una perspectiva privada la narración de dichos acontecimientos. El erotismo, como fuerza que busca romper con los patrones establecidos de la sociedad, se convierte en una alegoría de la lucha política y hace acto de presencia precisamente en momentos críticos de la historia”<sup>269</sup>.

### **8.2. La novela**

El tema principal de *Sólo cenizas...* podría sintetizarse en la búsqueda de una salida al caos, pues en medio de esa vorágine, de ese despertar desordenado de una población que había sido subyugada durante 31 años por uno de los dictadores más crueles que ha gobernado un país latinoamericano, los personajes tratan de encontrar su lugar, digiriendo los cambios vertiginosos que se sucedían y utilizando herramientas de entendimiento político muy rudimentarias y recién estrenadas. Como históricamente pasó con aquella generación de jóvenes, los acontecimientos les superarán y la imposición de los sectores dominantes y las potencias extranjeras frustrarán nuevamente los anhelos de libertad y prosperidad para la mayoría de la población.

Desde el punto de vista del discurso sobre la identidad dominicana esta novela presenta una indispensable disección de la sociedad postrujillista: su ordenación social,

---

<sup>268</sup> Arnaldo Cruz-Malavé, op. cit., p. 69.

<sup>269</sup> Fernando Valerio Holguín, “La historia y el bolero en la narrativa dominicana”, *Revista de Estudios Hispánicos*, 1996. Vol. 23, (pp. 191-198), p. 197.

sus costumbres, sus anhelos de libertad, su confusión y, sobre todo, la manera en que cada clase social se posicionó frente a los cambios que conformarían la actual sociedad nacional. Así, a través de las historias personales de cada uno de los caracteres principales, Vergés se adentra en la psicología de un “tipo” de dominicano determinado por su clase social, sus posiciones políticas y sus sueños de futuro.

El primer personaje que presenta la obra es Freddy Noguerras, un joven estudiante universitario cuya única obsesión es conseguir un visado para partir hacia Nueva York, donde pretende iniciar una nueva vida. A través de este personaje podemos entender la frustración de una parte de la juventud dominicana para la cual las respuestas a la inestabilidad que se vivía en la República se encontraban en el exilio a la tierra prometida: los Estados Unidos de América. Políticamente indiferentes, los jóvenes como Freddy se encontraban en medio de una batalla a muerte entre las fuerzas conservadoras de la nación, que aspiraban a ocupar ellos el vacío de poder generado por la abrupta desaparición del tirano –representadas por el partido Unión Cívica Nacional (UCN)– y los diversos partidos izquierdistas, entre los que destacaba el Movimiento Revolucionario 14 de Junio (1J4), que propugnaba un antiimperialismo radical y un acercamiento a las políticas sociales marxistas para mejorar la vida de la mayoría de la población empobrecida del país.

Freddy, aunque en un principio se muestra interesado en la organización 1J4, estableciendo una cercana relación con Paolo, uno de los dirigentes de la zona, pronto adoptará una posición de pesimismo sobre los destinos del país. Escéptico con respecto a la preparación y a la fuerza real de los partidos políticos de izquierda, y convencido de que las potencias extranjeras no permitirían un desarrollo natural de las tendencias socialistas en el país, Freddy prefiere evadirse en bares y discotecas a la espera de ser

llamado a la embajada norteamericana para obtener el visado que le permitirá escapar. “Escape” es la palabra clave en la caracterización que hace el autor del personaje de Freddy: escapar del país no por razones políticas o económicas, sino como forma de liberarse de la asfixia que le produce tener que escoger entre las limitadas opciones que presenta la provinciana sociedad de la media isla: “Por eso, entre otras cosas, quería Freddy marcharse, porque pensaba que quizás el hecho de viajar disminuyera en él la sensación de apresamiento que siempre había tenido”<sup>270</sup>.

El segundo personaje es Yolanda, una dominicana que vivía en “Nueva York [...] y ganaba bastante en una compañía exportadora donde ella era la única latina”. Acostumbrada a la vida de la gran ciudad, tuvo que volver a la isla “porque el aspecto sentimental de su existencia se le complicó de una manera imprevisible y prácticamente insoportable (p. 32)”. Este personaje permite fijarse en una multiplicidad de aspectos con respecto al papel de la mujer en la sociedad dominicana, por eso concordamos plenamente con Margarita Fernández Olmos en que “Vergés demuestra una capacidad, poco común en los escritores dominicanos, de penetrar la conciencia y la perspectiva femenina en la literatura dominicana. El resultado es una de las más logradas representaciones femeninas en la narrativa dominicana”<sup>271</sup>.

Yolanda vuelve a Santo Domingo para escapar de una relación amorosa que le había hecho “perder su virginidad de la manera más pendeja del mundo (p. 34)” y cuyo recién descubierto frenesí sexual no se sentía capaz de controlar. Perteneciente a la clase media dominicana, representa un nuevo tipo de mujer que, habiendo vivido en el extranjero y disfrutado de la independencia y el crecimiento personal que significaba

---

<sup>270</sup> Pedro Vergés, *Sólo cenizas hallarás (Bolero)*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2000, p. 19. Las páginas entre paréntesis corresponden a esta edición.

<sup>271</sup> Margarita Fernández Olmos, “La narrativa dominicana contemporánea: en busca de una salida”, *Revista Iberoamericana*, op.cit., p. 84.



desenvolverse en una sociedad donde la mujer tenía muchas menos restricciones que en la República Dominicana, reivindica un papel central de la mujer en la sociedad. Al final, incapaz de encontrar su lugar en el país, regresa a Nueva York, ciudad que ahora considerará su hogar.

Políticamente, el personaje de Yolanda es más ignorante que Freddy. Proveniente de una clase acomodada que no se vio excesivamente perjudicada por el trujillismo, no puede comprender la explosión de libertad que domina las calles dominicanas y añora esa educación sumisa y provinciana a la que estuvo sometida la mayoría de la población durante la dictadura.

A ella le parecía muy bien que el país, su país, al fin hubiera despertado de la pesadilla de la tiranía, que siempre le resultó abominable y criminal. Pero no se explicaba por qué en lugar de protestar por todo, por qué en lugar de estar organizando huelgas todo el santo día, no se ponía la gente a trabajar para salir de aquel atolladero. (p. 35)

En definitiva, Yolanda representa a esa clase de dominicanos que fueron incapaces de adaptarse a los tiempos postrujillistas, que no comprendían que la libertad no estaba totalmente garantizada después de la muerte del tirano, sino que había que arrebatársela por la fuerza a las clases dominantes que no iban a ceder sus privilegios fácilmente. Así, los y las “Yolandas” (clase media, educada, con posibilidades de una emigración beneficiosa para un país desarrollado) buscaron abandonar el barco antes de que la batalla se radicalizara demasiado.

El siguiente personaje también busca una emigración, pero no hacia otro país, sino del campo a la ciudad. Se trata de Lucila, la sirvienta. Es importante puntualizar que a la muerte de Trujillo el ochenta por ciento de la población dominicana residía en

áreas rurales, y en sólo veinte años se revirtió ese porcentaje<sup>272</sup>. Para la época en que se ambienta la historia, una de las formas más comunes para las personas de las empobrecidas áreas rurales mudarse a las ciudades era entrar a trabajar como sirvientas en las casas de familias de clase media y clase alta. Así, Lucila hará todo lo posible por demostrar su valía como trabajadora para que la contraten en la casa de las “doñas” en Santo Domingo.

El personaje de Lucila resulta sumamente rico desde el punto de vista de las percepciones identitarias de la mayoría de la población dominicana al final de la dictadura. Físicamente, Lucila rechaza todos los rasgos negros en las personas. Se considera a sí misma “indecita clara” y por eso “se lava la cara con el agua de arroz para blanquearse más” (p. 61). Se jacta de tener el pelo bueno (lacio) y no malo (crespo) como los negros, lo que contribuirá –según su modo de pensar– a ser mejor aceptada por las clases dominantes dominicanas. Lucila “siempre tuvo su sueño de vivir en una casa buena, una casa con piso de mosaicos, una casa donde llegara el agua por un tubo y con bombillos de esos que uno hace así, aprieta un botoncito, y se ilumina todo el cuarto que parece de día” (p. 50). Por eso rechaza la pobreza, esa perpetua frustración de haber tenido la desventura de nacer en el lado equivocado de los privilegios:

Lo que a Lucila no le gustaba, por ejemplo, era la gente sucia, ni los limosneros, ni la gente pobre que no se la diera un poco, como ella, que fuera gente sin aspiración y anduviera por ahí como quien va a un entierro, no podía soportarla (pp. 57-58).

---

<sup>272</sup> Frank Moya Pons, *Manual de historia dominicana*, op.cit.

Para lograr ese éxito anhelado Lucila busca relacionarse con personas percibidas por ella como “gente bien”, es decir, pertenecientes a la clase media capitalina.

A Lucila que trajeran hombres con apariencia, con caché, que se parecieran por lo menos un poco a esos locutores que salían por la televisión y sobre todo que fueran de negritos lavados para arriba, que esa vaina de andar con gente prieta a ella no la convencía ni un chin así. (p. 58)

Ese afán de sentirse perteneciente a la clase dominante la conducirá a tener una relación amorosa con el teniente Sotero, novio de una de las hijas de amigos cercanos a los dueños de la casa donde Lucila trabaja, que la dejará embarazada y por ello será despedida de su empleo y tendrá que volver al campo, ahora con un niño que mantener. Pero es en sus concepciones políticas donde reside la evolución principal del personaje de Lucila. Primero, por la influencia de las personas de clase alta a las que tanto aspira a parecerse, Lucila se identifica con el partido de los conservadores (UCN), yendo contra sus más obvios intereses. Pero a raíz de su desencanto con esa misma clase social dominante, Lucila va tomando conciencia de las grandes desigualdades que existen en el país y cómo ella nunca sería aceptada dentro del club de esa clase alta. Por tanto, como una abrumadora mayoría de dominicanos de los campos y los barrios pobres de las ciudades, decide votar por el Partido Revolucionario Dominicano, dirigido por Juan Bosch, que ganaría las elecciones en 1962.

Otro personaje que pertenece a las clases menos acomodadas es el teniente Sotero, quien busca convertirse en un exitoso hombre de negocios abriendo una cadena de tiendas de ventas de pollos a la que llamará Sotero Chicken. Al igual que Lucila, el Teniente busca relacionarse con las personas de la clase dominante que pueden

ayudarlo en su afán de prosperar económicamente. Por eso frecuenta la casa del coronel Tejada (donde trabaja Lucila) y se compromete para casarse con Estela.

El problema de Sotero es que no comprende nada de los vertiginosos cambios en que se verá envuelto el país durante los años posteriores a la muerte del tirano. No entiende la lucha encarnizada que se desatará entre los conservadores y las fuerzas progresistas. Para él, las fuerzas socialistas dominicanas “no eran más que cuatro nalgas sucias, cinco o seis bullosos y siete u ocho muertos de hambre que nunca lograrían hacerle frente a un ejército disciplinado y fuerte” (p.70), por lo que considera asegurado el triunfo de la UCN y la correspondiente avalancha de inversiones extranjeras que ayudarán a los pequeños empresarios como él a sacar adelante sus negocios. Al final de la historia su fracaso se escenifica en las llamas que se verá obligado a encender para deshacerse de los desperdicios del intento de granja de pollos que no pudo hacer prosperar.

Desde una perspectiva identitaria, el personaje del Teniente Sotero representa a la gran cantidad de militares de rangos medios que, a la muerte del tirano, se sintieron con la autoridad y las conexiones suficientes para colocarse ventajosamente en el mundo de los negocios. Es importante recordar que la corrupción dentro de los cuerpos castrenses durante la dictadura fue muy controlada con crueles castigos para cualquier culpable. Al irse desmoronando el régimen, también se fueron evaporando los controles que impedían el enriquecimiento ilícito. Aunque Sotero fracasará, muchos de sus correligionarios encontrarán la forma de erigirse en verdaderos caudillos de sus regiones. Luego del golpe de Estado que removi6 a Juan Bosch de la presidencia, los militares se convertirán en una fuerza indiscutible para la gobernabilidad de la nación. Su influencia aun hoy es sentida en la vida política dominicana.

Por último, la obra nos presenta la voz de un personaje que vive en el pasado. Sustraída de los acontecimientos turbulentos que mantienen en vilo a la nación, Altagracia del Valle viuda Noguerras (la madre de Freddy) es una figura estática que se dedica a recordar los buenos tiempos pasados y que se mantiene al margen de la vida diaria. Altagracia del Valle pertenece a la clase acomodada venida a menos por la muerte de su marido (en un lío de faldas). Proveniente del Cibao, recuerda con nostalgia los tiempos de bonanza económica y envidia a todos los amigos de entonces que ahora siguen teniendo el nivel de vida que ella desearía para sí. En los recuerdos de Altagracia vemos la descripción de un país predominantemente rural, dominado hasta el extremo por la dictadura, pero que proveía un lugar muy propicio para una clase dominante acostumbrada a vivir de los privilegios que les proporcionaba el régimen.

Dentro de este concierto de voces que se van entrelazando, buscando una salida al caos vital del tiempo político que les ha tocado vivir, *Sólo cenizas...* presenta ese reajuste histórico que sacudió a la sociedad dominicana durante los primeros años del sesenta y que, en muchos aspectos, las problemáticas de pobreza, desigualdad y exclusión, aún están presentes y definen las relaciones sociales del país. Todo eso bañado con el ritmo y los versos de los principales boleros que hacían llevadera la incertidumbre y la conmoción.

## **9. Julia Álvarez y Junot Díaz: la identidad dominicana desde el exterior**

### **9.1. La polémica de la dominicanidad de la diáspora**

La narración de la identidad dominicana ha tenido que hacer frente a la realidad socioeconómica de una gran comunidad que se ha visto obligada a radicarse en el extranjero, principalmente en los Estados Unidos. A partir de los años ochenta, razones económicas llevaron a una gran cantidad de dominicanos a emigrar, principalmente a la ciudad de Nueva York. Aunque no existe una estadística confiable, se calcula que la comunidad dominicana en Nueva York es una de las más grandes de la ciudad, llegándose a hablar de dos millones de personas. Esta inmensa cantidad de emigrantes, que al legalizar su situación viajan al país durante las vacaciones, ha creado un elemento cultural diferenciante entre los dominicanos “de aquí” (los de la isla) y los “de allá” (residentes en el extranjero). Ese diálogo entre la cultura de la isla y la de la metrópoli, con sus sistemas educativos opuestos, con sus diferentes tradiciones y con sus correspondientes choques entre visiones identitarias, ha generado una forma de contar la identidad dominicana, no sólo desde el inglés, sino desde una comunidad periférica que ha tenido que reafirmar sus raíces en contraposición a la avalancha igualadora que ejerce el país de acogida ante los nuevos ciudadanos.

Durante los primeros años de dicha emigración, la literatura producida podría calificarse como “literatura del exilio”, es decir, elaborada en castellano con los mismos rasgos estilísticos presentes en la literatura de la isla, variando sólo algunas temáticas y escenarios. Un ejemplo de esta tendencia es el escritor Viriato Sención, radicado en Nueva York, que tuvo un considerable éxito en la isla por su novela *Los que*

*falsificaron la firma de dios* (1992), sobre el período de los doce años de gobierno balaguerista (1966-1978).

La polémica entre los pensadores del discurso sobre la identidad nacional comenzó a generarse cuando escritores de segunda generación, de habla inglesa, comenzaron a utilizar las temáticas propias de la historia dominicana y a reivindicar en su narrativa un entendimiento diferente sobre la manera de contar la dominicanidad. Para este acápite me interesa centrarme en dos escritores que han alcanzado una notable fama dentro del mundo de las letras anglosajonas, reivindicando siempre sus orígenes dominicanos. Se trata de la “dominicana de Vermont”, como ella misma se ha definido en varias ocasiones, Julia Álvarez, y el reciente premio Pulitzer de Novela (2008) Junot Díaz.

La crítica literaria nacional se ha debatido entre los que aceptan las obras de estos escritores dentro de la narrativa nacional y los que sostienen que éstas deben ser englobadas dentro de la literatura norteamericana aunque aborden problemáticas propias de la isla. Un ejemplo de la primera postura es el académico Diógenes Céspedes, que al hablar sobre Álvarez explica:

A Julia Álvarez [...] voces necias e ignorantes le han negado que sea escritora dominicana por el simple hecho de que escribe en inglés y confunden la cultura con la adopción, por la razón que sea, de una ciudadanía extranjera. Cuando para un norteamericano promedio es prueba harto palmaria que cuando leen *In the Times of the Butterflies* no perciben su contenido nocional como propio de la cultura norteamericana, incluso la forma, es decir, el código, no lo perciben como si estuvieran leyendo el inglés de Hemingway, Carol Oates, Truman Capote o Henry Miller<sup>273</sup>.

---

<sup>273</sup> Giovanni Di Pietro, *La dominicanidad de Julia Álvarez*, Editora Imago Mundi, San Juan, Puerto Rico, 2002, pp. 9-10.

Por su parte, Giovanni Di Pietro se queja de la “canonización” que ha entronizado a Álvarez y Díaz como figuras cimera de la literatura nacional, argumentando que no pueden ser considerados como escritores dominicanos<sup>274</sup>, sino norteamericanos, y que dentro de esa literatura son catalogados como escritores de calidad media. Así, sobre el primer punto explica que:

A la literatura producida por los emigrantes dominicanos en inglés, no la consideramos parte de la literatura nacional en sí. Podríamos considerarla como una mera variante. Es que los libros de Julia Álvarez y el libro de Junot Díaz, como las obras de otros, no pertenecen a la literatura dominicana; pertenecen, por el contrario, a la literatura norteamericana. [...]. Éstos son escritores norteamericanos de origen dominicano que trabajan temas relacionados con sus recuerdos de infancia o su etnicidad, o sea, cosas que en la escritura muy a menudo no son más que simple colorido<sup>275</sup>.

Sobre la calidad estos escritores, Di Pietro considera que su éxito editorial se debe a que la literatura latina está muy de moda en Norteamérica y sus practicantes tienen ahora la oportunidad de sobresalir dentro de esa temática. Considera que el hecho de que los críticos dominicanos hayan encumbrado a estos dos autores se debe a un complejo de inferioridad.

Es que en Santo Domingo todos quieren estar con los *blanquitos*. Quieren estar con ellos porque en su fuero interno no están seguros de su propio asunto y, por consiguiente, experimentan sentimientos de inferioridad [...] Los *blanquitos* son los triunfadores [...] los *blanquitos* son los que están seguros de sí mismos, los que no sufren las mordidas de esos sentimientos de inferioridad que sienten los escritores

---

<sup>274</sup> En este punto Di Pietro coincide con Ana Gallego Cuiñas quien, dentro de su estudio sobre la novela del trujillato incluye a Julia Álvarez entre los escritores que “‘desde fuera’, desde la óptica de escritores no dominicanos, pretenden llevar a cabo una construcción que conlleva una parcial re-escritura de la historia.”

Ana Gallego Cuiñas, “El trujillato por tres plumas foráneas: Manuel Vázquez Montalbán, Julia Álvarez y Mario Vargas Llosa”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XXXI, No. 62, Lima-Hanover, 2do. Semestre de 2005, (pp. 211-228), p. 211.

<sup>275</sup> Giovanni Di Pietro, *La dominicanidad de Julia Álvarez*, op.cit., p. 124.



dominicanos. Y es así cómo procede la *canonización* de Julia, *Santa Julia*, y de Junot, *San Junot*, esos santos triunfadores que hablan el nuevo *latín* y hasta lo escriben<sup>276</sup>.

Para fines de este estudio no consideramos útil adentrarnos en esta polémica debido a que nuestro acercamiento a estas obras no es meramente literario y, por tanto, la posibilidad de inclusión o no de los autores dentro de la tradición novelística dominicana no resulta un hecho imprescindible para ser tomadas en cuenta como voces que narran la dominicanidad desde el exterior. Incluso considerando que estos autores no puedan ser englobados dentro de la narrativa nacional, su posición como inmigrantes, o hijos de inmigrantes dominicanos, califica sus obras para aportar esa reelaboración del discurso sobre la identidad dominicana que las comunidades de inmigrantes en ciudades como Nueva York o Madrid vienen explorando desde su posición híbrida. Por esta razón, aunque estas novelas tradicionalmente han estado ausentes de la mayoría de los estudios críticos sobre la literatura dominicana, este trabajo acerca del discurso sobre la identidad nacional dominicana resultaría incompleto si no tomara en cuenta la narrativa de los llamados “dominicanos ausentes”.

## **9.2. Julia Álvarez: el papel de la mujer en la historia dominicana**

Julia Álvarez se dio a conocer como novelista con la obra *How the García girls lost their accents* (1991), sobre la experiencia de una familia latina inmigrante en Estados Unidos. Pero es con sus novelas *In the times of the butterflies* (1994) y *In the name of Salomé* (2000) donde la autora se adentra en la temática de símbolos históricos dominicanos con narraciones que, por su calidad, han abierto las estrechas fronteras de la media isla al conocimiento internacional.

---

<sup>276</sup> Giovanni Di Pietro, *La dominicanidad de Julia Álvarez*, op.cit., p. 115.

*In the times of the butterflies* narra la historia de “las mariposas”, código secreto con que fueron conocidas las hermanas Mirabal, líderes del movimiento clandestino que buscaba el derrocamiento de Trujillo. Su horrendo asesinato es comúnmente citado como una de las causas del retiro del apoyo de Estados Unidos al régimen. Pero, a diferencia de otras obras que narran el drama de las Mirabal ahondando el encumbramiento de “símbolo patrio” del que han sido objeto por parte de los contadores de la identidad nacional<sup>277</sup>, Álvarez, como afirma certeramente Ana Gallego Cuiñas, “presenta a unas hermanas Mirabal de carne y hueso, que viven su sexualidad como cualquier mujer, y explora sus experiencias diarias humanizándolas”<sup>278</sup>.

Las hermanas Mirabal son consideradas por la historiografía dominicana como el símbolo de la lucha contra la tiranía. Su involucramiento –junto a sus maridos– en las actividades clandestinas que buscaban organizar una oposición al régimen trujillista, fungió como un estridente grito que despertó las adormecidas conciencias de la sociedad nacional, al poner en evidencia que la “paz” de Trujillo había costado el total sometimiento del país a los caprichos del Jefe y sus colaboradores. De las tres, Patria, María Teresa y Minerva, es ésta última la que tuvo un protagonismo más extendido debido no sólo a que fue sexualmente requerida por el dictador, como era una práctica común durante el régimen, sino porque junto a su marido, Manolo Tavares Justo, fundaron el Movimiento 14 de Junio, de tendencias socialistas, organizando a los jóvenes de clase media y alta contra la tiranía. Por sus actividades las hermanas y sus maridos fueron encarceladas varias veces. El 25 de noviembre de 1960, mientras visitaban a sus maridos presos en la cárcel de Puerto Plata, al norte del país, fueron

---

<sup>277</sup> El ejemplo comúnmente citado para ilustrar esta tendencia es la novela de Miguel Aquino García, *Tres heroínas y un tirano*, publicada por la Editora Manatí en 2004.

<sup>278</sup> Ana Gallego Cuiñas, “El trujillato por tres plumas foráneas: Manuel Vázquez Montalbán, Julia Álvarez y Mario Vargas Llosa”, op.cit., p. 215.

asesinadas por los gendarmes del régimen, haciéndolo pasar como un accidente de tráfico.

En su obra, Álvarez novela la historia menos conocida de las hermanas, enfocándose no en la grandilocuencia de la retórica patriótica, sino en la vida común de mujeres de clase media, de un pequeño pueblo de la región norte del país, que hicieron cosas extraordinarias pero sin dejar de ser madres, hijas y esposas. A través de la novela conocemos la personalidad de cada una. Minerva, fuerte, decidida, se enfrenta a una sociedad extremadamente machista. Trujillo le permitirá estudiar Derecho en la universidad sólo para poder humillarla una vez graduada negándole la licencia para ejercer. Patria, la mayor, es la más conservadora de todas. Casada desde los dieciséis años, es atraída a la lucha contra la tiranía como forma de proteger a su impulsiva hermana menor. Sin embargo, gradualmente se va dando cuenta de la importancia de la resistencia y del fuerte papel que juegan las mujeres en la construcción de una sociedad más igualitaria. María Teresa, la menor de las hermanas, es presentada como una niña ingenua que necesita convertirse en adulta a marchas forzadas debido al acoso al que la dictadura somete a su familia. Por último, Dedé, la única hermana Mirabal que sobrevivió, es la guardiana de la memoria de la familia, Álvarez utiliza a este personaje como un enlace con el presente, simbolizando que la lucha por la libertad es todavía pertinente.

Es en esta caracterización del papel de la mujer en la historia de las luchas políticas nacionales donde se destaca la obra de Álvarez. Es evidente que en una sociedad de estructura patriarcal como la dominicana, la historia es una “cosa de hombres”, se reconstruyen los avatares de generales, estadistas y miembros de la elite intelectual y económica, pero el papel de las mujeres queda ausente de la narrativa

histórica o, cuando está presente, se desfigura su contenido hasta hacer irreconocibles a las protagonistas debido a la atribución de caracteres fabulosos que evitan que el narratorio pueda identificarse con la humanidad del personaje. En un estudio sobre la presentación de la memoria colectiva en las novelas *The Farming of Bones*, de la escritora haitiana Edwing Danticat, y *In the time of the butterflies*, Kelli Lyon Johnson explica que:

Dominicans and Haitians under the dictatorships that characterized much of their history in the twentieth century have seen history books written that neglect their stories-as the poor, the disenfranchised, the silent, and the “disappeared”. Women have been further marginalized by their inability to participate in politics, education, and the economy, all sources of the male narrative of history. Danticat and Alvarez re-value the memory of women's experiences during Trujillo's regime by writing from women's perspectives, largely ignored in other narratives of the trujillato<sup>279</sup>.

En esa misma tónica, *In the name of Salomé* se adentra en la intrincada historia de la que fue la “poetisa nacional”, Salomé Ureña, y su hija Camila, además de la caracterización del papel de la mujer en la sociedad dominicana a finales del siglo XIX y principios del XX. La familia Henríquez Ureña ha tenido una gran influencia en el pensamiento identitario dominicano. El miembro más conocido internacionalmente, Pedro Henríquez Ureña, vivió la mayor parte de su vida en Argentina luego de escapar del régimen de Trujillo. El patriarca, Federico Henríquez y Carvajal, ocupó brevemente la presidencia de la República en 1916. Max, el hermano menor, fue un fiel colaborador

---

<sup>279</sup> Kelli Lyon Johnson, “Both Sides of the Massacre: Collective Memory and Narrative on Hispaniola”, *Mosaic : a Journal for the Interdisciplinary Study of Literature*, Winnipeg, Jun 2003. Vol. 36, Issue 2, (pp. 75- 93), p. 78.

“Dominicanos y haitianos, bajo las dictaduras que han caracterizado buena parte de su historia durante el siglo veinte, han visto que los libros de historia relegan sus historias –como los pobres, sin representación, silenciados y “desaparecidos”. Las mujeres han sido marginadas por la imposibilidad de que participen en política, educación y la economía, fuentes de las narraciones masculinas de la historia. Danticat y Álvarez reevalúan la memoria de las experiencia femenina durante el régimen de Trujillo, escribiendo desde la perspectiva de las mujeres, largamente ignorada por otras narraciones del trujillato”.

de Trujillo ejerciendo varias carteras ministeriales. Sin embargo, los dominicanos en su mayoría desconocían a Camila, la tímida hermana menor que pasó toda su vida como profesora universitaria en Estados Unidos. Álvarez la describe como un ser que “she indulged this habit of easing herself, of turning herself into the third person, a minor character, the best friend (or daughter!) of the dying first-person hero or heroine. Her mission in life –after the curtain falls– to tell the story of the great ones who have passed on”<sup>280</sup>.

La novela está estructurada como un diálogo entre el pasado y el presente. Cada capítulo se titula con los nombres de famosos poemas de Salomé Ureña, en español, los que corresponden a la poeta y en inglés los que hablan de Camila. Es a través de la relación entre Salomé y Camila como Álvarez presenta la historia nacional dominicana desde finales de siglo XIX hasta la muerte de Trujillo. En esa relación madre-hija vamos reconociendo las actitudes masculinas que opacan a las mujeres de la familia hasta hacerlas invisibles. Nos enteramos no de los brillantes estudios de medicina realizados por Federico Henríquez y Carvajal en Francia, sino de los efectos que la separación y las infidelidades tienen en su esposa Salomé, enferma y sintiéndose prisionera por un amor que la traiciona. También nos adentramos no en los viajes y exitosas conferencias de Pedro Henríquez Ureña, sino en la dominante reacción que éste muestra para tratar de que Camila no persiga una carrera como poeta. De esta manera Julia Álvarez narra la dominicanidad desde perspectivas ausentes en la novelística nacional, incluyendo a un inmenso sector de la población que ha vivido silenciado por un mundo contado por los hombres: las mujeres.

---

<sup>280</sup> Julia Álvarez, *In the name of Salomé*, Algonquin Books of Chapel Hill, Chapel Hill, Carolina del Norte, Estados Unidos, 2000, p.8.

*“Tenía la costumbre de borrar a sí misma, de convertirse en tercera persona, en personaje secundario, en la mejor amiga (¡o hija!) de la moribunda primera persona, del héroe o heroína. Su misión en la vida, al caer el telón, es relatar la historia de los grandes que han muerto”.*

En ambas novelas Álvarez ha tomado temas esenciales –históricos, políticos, raciales– del país y ha creado historias cabales, con personajes redondos, lejos de esas estatuas inertes e inescrutables que por muchos años se presentaron a los dominicanos como únicos intérpretes de los “héroes nacionales”. Su osadía no ha estado exenta de crítica. La mirada oficial sobre la identidad cultural dominicana es poco dada a aceptar los aportes de los que considera “de fuera”. En muchas ocasiones ha sido denostada como una “impostora” que no comprende la cultura dominicana pues escribe en inglés. Pero gracias a ella hemos descubierto que los llamados héroes de la patria tenían hijos, esposas o maridos y que muchos no tienen ese pasado inmaculado que siempre se ha pretendido. Respondiendo a las críticas Álvarez se ha definido con las siguientes palabras:

I'm a mixed breed, as are many of us U.S.A. Latino/a writers. With our finger-snapping, gum-chewing English, sometimes slipping in una palabrita o frase español. With our roots reaching down deep to the Latin American continent and the Caribbean where our parents or abuelitos or we ourselves came from. With our asabaches and SAT scores; our fast-paced, watch-checking rhythms combining with the slower eternal wavings of the palm trees<sup>281</sup>.

### 9.3. Los dominicanos “en los países”: Junot Díaz

Para las clases populares dominicanas la expresión “los países” sólo puede significar un lugar: Washington Heights, en la ciudad de Nueva York. Tantos dominicanos han emigrado a esa parte de Nueva York, que muchos la confunden con

<sup>281</sup> Julia Álvarez, *Something to declare*, Penguin Books, New York, 1998, pp. 173-174.

“Soy una raza mixta, como muchos de nosotros los escritores latinos en Estados Unidos. Con nuestro inglés de chasquear los dedos y masticar chicles, algunas veces dejando caer una palabrita o frase español. Con nuestras raíces muy adentro del continente latinoamericano y el Caribe de donde vinieron nuestros padres o abuelitos o nosotros mismos. Con nuestros azabaches y los resultados de la selectividad; nuestro paso rápido, mirando ritmos y combinándolos con el eterno vaivén de las palmeras”.

alguno de los barrios marginales de Santo Domingo. Es desde esa experiencia de hijo de inmigrante desde dónde el escritor Junot Díaz reelabora el discurso sobre la identidad dominicana. El caso de Díaz es muy diferente al de Julia Álvarez. Sus obras no escogen diversos períodos históricos dominicanos para novelarlos, sino que se centra en la experiencia de vivir en una sociedad minoritaria dentro de un país tan social y racialmente jerarquizado como los Estados Unidos. Sus historias narran los diversos diálogos interculturales que se dan entre las comunidades latinas en Estados Unidos y los demás grupos. Además, refleja ese sentimiento de extrema separación que siente la primera generación de inmigrantes que lo dejan todo buscando un bienestar que muchas veces no es posible. Esta separación se percibe en dos sentidos: primero en la añoranza del país y la gente que dejaron atrás y luego en la lucha cotidiana con los hijos que se vuelven extranjeros ante sus ojos. Los mismos patrones culturales con los que ellos fueron criados no se aplican a la nueva realidad. El resultado es un hibridismo identitario muy difícil de digerir pero imposible de revertir.

Díaz se dio a conocer con la publicación de su aclamado libro de cuentos *Drown* (1996), cuyas historias se desarrollan entre el “gueto” de Nueva York y los barrios marginales de la ciudad de Santo Domingo. Con su novela *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao* (2007) explora el lenguaje de los residentes de las comunidades de inmigrantes en los Estados Unidos, utilizando indistintamente palabras en inglés y en español y moviéndose como pez en el agua en un complejo mundo de referencias culturales provenientes de la tradición latinoamericana (dominicana en particular) y estadounidense.

En una entrevista reciente, Díaz explica la difícil empresa que se propuso en esta novela:

So I was thinking about how in the world to describe the extreme experience of being an immigrant in the United States, the extreme experience of coming from the Third World and suddenly appearing in New Jersey. You know when you test cars or planes, and you put them through stress test? Every language that I was deploying, every language system, fell apart [...] Every time I tried to use a narrative to take me from here to there, it disintegrated, as soon as it reached that –I don't know how to call it– that world barrier<sup>282</sup>.

En *The Brief*... se mezclan las voces de varios personajes cuyas historias narran la acuciante búsqueda de un lugar que se pueda considerar como un hogar. El primer personaje es Oscar, un hijo de inmigrantes dominicanos en Nueva Jersey para quien el mayor problema es que no puede ligar con las mujeres. Gordo, empollón y con el deseo de convertirse en el Tolkien dominicano, la historia de Oscar refiere la desconexión que siente la primera generación de inmigrantes que, aunque no son considerados propiamente ciudadanos del país de acogida, tampoco pueden refugiarse en el país de origen, el cual no conocen. El autor utiliza la problemática sexual debido a que, para la cultura machista dominicana, los chicos deben probar su hombría teniendo relaciones sexuales con muchas mujeres. Así, el hecho de que Oscar no pueda ligar con ninguna mujer no sólo lo incapacita como hombre, sino como “hombre dominicano”. Para ilustrar este punto debemos referirnos a la novela. El narrador, un compañero de Oscar en la universidad que conocemos como Yuniór, lo describe de la siguiente manera:

Sophomore year Oscar found himself weighing in at a whopping 245 (260 when he was depressed, which was often) and it had become clear to everybody, especially his

---

<sup>282</sup> Armando Celayo y David Shook, “In the Darkness we meet: a conversation with Junot Díaz”, *World Literature Today*, Marzo-Abril 2008, (pp. 13-17), p.15.

“Así que estuve pensando cómo era posible describir esa experiencia extrema de ser un inmigrante en Estados Unidos, la extrema experiencia de venir del Tercer Mundo y, de repente, aparecer en Nueva Jersey. ¿Sabes cuándo pruebas coches o aviones y los sometes a pruebas de tensión? Cada lenguaje que yo desarrollaba, cada sistema de lenguaje, no resistía. Cada vez que trataba de usar una narrativa para llevarme del punto A al B, se desintegraba tan pronto como llegaba a –no estoy seguro de cómo llamarlo– esa barrera de palabras”.



family that he'd become the neighborhood parigüayo. Had none of the Higher Powers of your typical Dominican male, couldn't have pulled a girl if his life depended on it"<sup>283</sup>.

A la patética vida sexual de Oscar se le contrapone la exuberancia de las tres mujeres de su familia presentes en la novela: Lola, su hermana mayor, Beli, su madre y La Inca, la tía abuela que vive en Santo Domingo. Las tres tienen (o tuvieron en su juventud) un físico despampanante que, de alguna manera, marcó su futuro al ser deseadas por los hombres. La contraposición entre el deseo de Oscar –y la obligación como hombre dominicano– de gustar a las mujeres y el exceso de atracción sexual que provocan las mujeres de la familia, presenta los diversos roles sociales heredados de la tradición patriarcal dominicana donde la sexualidad se convierte en la única valía de la persona. Esta tradición es cargada en las maletas de los inmigrantes que se enfrentan a diferentes paradigmas del país de acogida. Para todos los personajes el aspecto sexual se percibe como una tragedia. Como ya hemos dicho, para Oscar la inexistencia de una relación sexual es un símbolo de su fracaso como hombre. Para Lola, la estricta educación de su madre para que sea “the perfect Dominican daughter, which is just a nice way of saying a perfect slave”<sup>284</sup> (p. 56), hace que no pueda explorar su sexualidad naturalmente. El caso de Beli es el de más trascendencia. Después de una explosiva pubertad, su padre es asesinado por el régimen de Trujillo por no permitir que su hija sufriera el abuso sexual del dictador. Luego se enamora de un hombre mayor, que resulta ser el esposo de una de las hermanas de Trujillo. Su exilio a Nueva Jersey sólo

<sup>283</sup> Junot Díaz, *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao*, Riverhead Books, New York, 2007, pp.19-20. Las páginas entre paréntesis corresponden a esta edición.

“El Oscar de segundo año de bachillerato se encontró así mismo pesando 110 kilos (120 cuando estaba deprimido, que era a menudo) y todo el mundo se había dado cuenta, especialmente su familia, que se había convertido en la “parigüayo” del barrio. No tenía nada del “super poder” del típico hombre dominicano, no podía conquistar a una chica ni siquiera si su vida dependiera de ello”.

<sup>284</sup> “La perfecta hija dominicana, que es sólo una amable forma de decir la perfecta esclava”.

la convierte en una mujer amargada y deseosa de venganza, actitud que se reflejará en sus hijos.

Ahora bien, resulta ciertamente interesante comprobar que los rasgos elementales del discurso sobre la identidad dominicana que hemos esbozado durante este trabajo se encuentran plenamente presentes en esta obra. Pongamos varios ejemplos. El primero es la especial concepción racial que han desarrollado los contadores de la identidad nacional y que han inoculado a la población, a saber, la negación de cualquier elemento africano en la cultura dominicana. El caso de Lola resulta paradigmático en ese sentido. El autor nos la describe con la tez oscura, el pelo lacio y los ojos verdes. En Estados Unidos le disgusta ser comparada con “las morenas” (las negras) que “used to come after me with scissors because of my straight-staight hair”<sup>285</sup> (p. 57). Aunque Lola no llega al extremo de considerarse “india”, se refugia en el término latina, o “dominican”, que la separa no sólo cultural, sino racialmente, de otras minorías residentes en Estados Unidos.

Otro rasgo identitario a destacar es el continuo uso del castellano. Aunque se mezcla constantemente con el inglés, no pierde las características rítmicas del castellano que se habla en el Caribe. Para los personajes, el constante ir y venir entre el español y el inglés se convierte en un puente entre las dos culturas y las referencias de la cultura popular que ambas cimentan en los nuevos ciudadanos. Muchos críticos han destacado la capacidad de Díaz para escribir desde el bilingüismo. Alice O’Keeffe, editora de la revista *New Statesman*, escribe:

---

<sup>285</sup> “Solían venir tras de mí con tijeras para cortar mi cabello lacio”.

Díaz writes in a zinging, muscular Spanglish, so a skinny waitress is a girl “whose cuerpo was all pipa and no culo”[...] He has embarrassment of verbal riches to draw on: the precision of English, the rhythm and playfulness of Caribbean Spanish<sup>286</sup>.

Por su parte, William Deresiewicz del suplemento literario de *The Nation* señala:

For what is most striking about his writing is his voice, and what is most striking about his voice is the audacity, bounce and brio of its bilingualism [...] Not only are the two languages woven seamlessly together into a thrillingly rhythmic line: both are treated with an exhilarating improvisational freedom<sup>287</sup>.

Sin embargo, Díaz nos asegura que escribe desde el inglés y que su objetivo a la hora de elaborar esta novela, desde el punto de vista del lenguaje, fue:

I was trying to see how far I could push English to the edge of disintegration, but still be, for the large part, entirely coherent. In other word, could I make the unintelligibility gap for any one reader as wide as I could, but still have it hold together, still be able to communicate the experience<sup>288</sup>?

Es a través del bilingüismo como el autor presenta una redefinición del discurso sobre la identidad dominicana. Se trata de la inclusión de otro mundo de referencias culturales que incluyen manifestaciones populares norteamericanas como los tebeos,

<sup>286</sup> Alice O’Keeffe, “Spanglish Surrealism”, *New Statesman*, 25 de febrero del 2008, p. 58.

“Díaz escribe en un chispeante y muscular Spanglish, en el que una delgada camarera es una chica “cuyo cuerpo era todo pipa y nada de culo” [...] Él provee una gran cantidad de riquezas verbales: la precisión del inglés, el ritmo y juguetón español del Caribe”.

<sup>287</sup> William Deresiewicz, “Fukú Americanus”, *The Nation*, 26 de noviembre de 2007, Vol. 285, issue 17 (pp. 36-41), p. 39.

“Lo más asombroso de su escritura es su voz, y lo más asombroso de su voz es la audacia, la vitalidad y el brío de su bilingüismo [...] No sólo los dos lenguajes están perfectamente entretreídos en una emocionante línea: ambos son tratados con un excitante libertad de improvisación”.

<sup>288</sup> Armando Celayo y David Shook, “In the Darkness we meet: a conversation with Junot Díaz”, op.cit., p. 14.

“Estaba tratando de comprobar qué tan lejos se podía llevar al idioma inglés hasta los límites de su desintegración, pero todavía ser, la mayor parte, completamente coherente. En otras palabras, ¿podía yo ampliar la incomprensión de los lectores, pero aun sostener un texto coherente, aun poder comunicar la experiencia?”

los libros de ciencia ficción, las películas de Hollywood. El manejo indistinto del inglés y el castellano abre las puertas a los personajes para mostrar una nueva manera de sentirse “dominicanos”, apropiándose de rasgos culturales traídos de la isla (la música, el baile, la cocina), que curiosamente no se corresponden con los rígidos marcos de influencia hispánica que proponen los contadores oficiales de la identidad nacional. Estos rasgos son transformados a la vista del nuevo territorio en el que deben afirmarse, creándose imprevistos rescates de la cultura originaria que ha sido marginada en el lugar de origen. Un ejemplo de esto es la utilización de la música popular dominicana (merengue típico, bachata), que ha sido tradicionalmente rechazada por la elite como elementos sin ninguna validez para el discurso sobre la identidad nacional. Otro rasgo comúnmente negado por las elites, pero que se ve reforzado en las comunidades de inmigrantes dominicanos, es la práctica de las creencias mágico-religiosas parecidas a la santería cubana o al vudú haitiano. Penada legalmente estas prácticas en la isla, el hecho de que tengan una presencia en los dominicanos en el exterior testifica su amplia influencia para las clases desfavorecidas del país.

Por último, la historia tampoco está ausente de esta novela, en la que se reseñan –principalmente para el lector anglosajón– las brutales dictaduras que han asolado la isla y las diversas invasiones militares estadounidenses. Utilizando las notas al pie de página, Díaz se burla del desconocimiento de los norteamericanos de la historia:

The first American Occupation of the DR, which ran from 1916 to 1924. (You didn't know we were occupied twice in the twentieth century? Don't worry, when you have kids they won't know the U.S. occupied Iraq either<sup>289</sup> (p. 19)

---

<sup>289</sup> “La Primera Ocupación de la República Dominicana, ocurrió desde 1916 hasta 1924. (¿No sabíais que fuimos invadidos dos veces durante el siglo XX? No os preocupéis, cuando tengáis hijos ellos tampoco sabrán que los Estados Unidos invadieron a Iraq”.

La historia, trágica y sangrienta, pero también llena de olores, recuerdos y seres queridos, es revivida constantemente por los grupos de inmigrantes como una brújula para no perder el rumbo dentro de la nueva sociedad que deben integrarse. Tanto Beli, como La Inca, pasan a los nietos (Oscar y Lola) las diversas tradiciones familiares, los avatares políticos y hasta los equipos de béisbol, para que de alguna manera se sientan parte de esa isla que sus padres tuvieron que abandonar.

En mi opinión, tanto Álvarez como Díaz presentan un tipo de narrativa que debe ser tomada en cuenta a la hora estudiar la narrativa identitaria dominicana. Sus aportes presentan a una comunidad que ha tenido que redefinir sus principios culturales para adaptarse a su nueva situación. La inmensa cantidad de dominicanos que, residiendo en el extranjero (muchas veces habiendo nacido en otros países), se sienten ligados a la cultura nacional, hace necesaria la revisión no sólo de lo que se considera dominicano, sino, para el caso que nos ocupa, de lo que debe llamarse literatura dominicana.



## Conclusiones

La narrativa nace en Latinoamérica con un marcado carácter didáctico. Los escritores/hombres de estado, buscaron proponer a través de sus obras las características esenciales que pretendían que fueran el centro ideológico de las incipientes naciones americanas. Así, una breve mirada por las principales obras narrativas hispanoamericanas del siglo XIX verifica que la mayoría de los autores se preocupan —en diversas formas y medidas— por la cuestión de la formación de la identidad nacional en pueblos considerados como inferiores en la jerarquía racial de la época.

El caso de la República Dominicana no es diferente. Incluso, podemos afirmar con autores como Doris Sommer, que la cristalización de las ideas de la elite dominicana sobre la identidad nacional se realizó con la publicación de la novela *Enriquillo* de Manuel de Jesús Galván. Ya en esta novela se encuentran los rasgos principales que serán promovidos oficialmente como esenciales en la formación de la dominicanidad. Estos rasgos, esbozados tímidamente al principio, y luego reforzados con la potente maquinaria propagandística de la dictadura de Trujillo, son: primero, la concepción del origen nacional como la mezcla racial entre los primeros pobladores de la isla (Taínos) y los conquistadores españoles. Aunque se hace hincapié en la mezcla racial, la raza indígena sólo se utilizará para “excusar” los fenotipos evidentemente mulatos de la población dominicana. En la visión propuesta por la elite descendiente de europeos, la dominicanidad no es más que una variación geográfica de la cultura y la raza española, “coloreada”, por así decirlo, con algunos exóticos caracteres de la valiente y aguerrida raza indígena que pobló la isla antes de la venida de los conquistadores.

*Enriquillo* es una novela cuyos silencios evidencian la gran esperanza de las clases dominantes dominicanas de que, al no nombrarse, los hechos y la historia cambiarán para volverse favorables a sus expectativas eurocéntricas. Este silencio se basa en la negación de la influencia africana no sólo en la mezcla racial que conforma a los dominicanos actuales, sino en la extensa cultura cuyos elementos negros son minimizados hasta convertirlos en accidentes históricos.

La ideología antinegra ha sido predominante en los fundadores de la identidad nacional dominicana a través de la historia. El objetivo principal de este pensamiento fue exacerbar en la población la diferenciación entre la nación dominicana y la vecina República de Haití. Aunque fue algo muy cercano a las elites dominicanas, la fundación de la primera “República Negra” en el estado Haitiano, se convirtió en una ola de pánico que recorrió todo el continente. Las clases dominantes de todos los países hispanoamericanos vieron con pavor cómo los esclavos haitianos no sólo se rebelaban contra sus amos sino que se organizaban para darles cacería a los antiguos capataces, fundando una nación cuyo principal elemento era la abolición de la esclavitud.

La “inteligentsia” dominicana, consciente de que la población mayoritaria tenía más cosas en común con los haitianos que con ellos mismos, crearon el mito indígena como fuente de diferenciación entre las poblaciones. Junto con el mito indígena, contraviniendo la gran discriminación a la que han sido objeto las poblaciones originarias del resto del continente, se creó una jerarquización racial por medio de la cual los negros están en el escalafón inferior (hasta el punto de que según los datos oficiales, en la República Dominicana los únicos negros son los inmigrantes haitianos), los indios están en el centro y los blancos en la cúspide.

El antihaitianismo tuvo su punto culminante durante la dictadura de Trujillo, plasmada en la matanza genocida contra los haitianos en 1937 el signo más violento de



la barbarie racista. Como hemos visto, la novela *El Masacre se pasa a pie*, de Freddy Prestól Castillo, funge como testimonio literario de la horrenda masacre y presenta la visión en la que se encontraban la mayoría de los dominicanos: por una parte condenaban los métodos del régimen, pero por otra hacían uso de los mismos presupuestos ideológicos racistas para defender la minimización de la presencia de inmigrantes haitianos en el país. Lamentablemente debo decir que en la actualidad las actitudes institucionales y de la mayoría de la población hacia los trabajadores haitianos no han cambiado.

Luego del ajusticiamiento de Trujillo, vemos un cambio en la manera como los intelectuales plantean los elementos constitutivos de la identidad nacional dominicana. Este cambio radica principalmente en la inclusión de los elementos africanos que tan silenciados habían sido durante prácticamente toda la vida independiente de la República. Rasgos como el sincretismo religioso, los diferentes ritmos e instrumentos musicales de origen africano y la diversidad de sabores comunes en la cocina dominicana y en la de diversos países africanos, comenzaron a poblar los estudios académicos y a ser explorados a través de la narrativa. Sin embargo, el lento avance del reconocimiento de la influencia negra en la cultura nacional se vio paralizada tanto por lo arraigado del prejuicio racista en la mayoría de la población dominicana, como por la toma del poder de uno de los colaboradores cercanos de Trujillo e ideólogo de las doctrinas racialistas más radicales con respecto al origen y evolución del pueblo dominicano: Joaquín Balaguer.

Así nos encontramos con una identidad nacional elaborada por las elites dominantes que excluye a la mayoría de la población, siendo ésta cómplice activa de la discriminación racial que los perjudica directamente. La narrativa, principalmente las novelas publicadas desde finales del siglo XIX hasta la muerte del Trujillo en 1961, ha

servido como un vehículo de transmisión de las ideas identitarias de la elite, creando mitos fundacionales cuyas tergiversaciones forman una parte esencial de la cultura mayoritaria de los dominicanos.

Por otra parte, como hemos visto a través de este trabajo, la narrativa dominicana se encuentra bastante rezagada en comparación con otros países hispanoamericanos. Este atraso también se manifiesta en la temática central de esta investigación. Los narradores dominicanos no han podido reflejar en sus obras la compleja historia de los dictadores, caudillos, racismos y opresión, que han asolado la isla desde su misma fundación como República independiente. Fue sólo a partir de los años sesenta cuando comienzan a gestarse los esfuerzos por sacar del atraso en que se encontraba la narrativa en la República Dominicana. Anteriormente, la poesía y el ensayo fueron los géneros más frecuentados por los escritores dominicanos, utilizando la narración como un oficio ocasional que no permitía un desarrollo satisfactorio, ni productos de calidad comparables con el resto de Hispanoamérica.

Cuando el ajusticiamiento del dictador Trujillo abre las puertas a las esperanzas de los dominicanos de formar una sociedad más igualitaria y democrática (esperanza que duraría muy poco), los narradores sólo pueden asirse a las enseñanzas en materia narrativa de Juan Bosch, sin duda el mejor cuentista dominicano. En cuanto a la novela, se encuentran con una buena cantidad de obras dispersas de autores que sólo publicaron una o dos novelas durante toda su vida. La tarea que se les presentaba era inmensa; se trataba de rescatar esa tradición narrativa intermitente y aclimatar, a ritmo acelerado, las tendencias más modernas de la literatura hispanoamericana y del resto del mundo. Es justo decir que hicieron lo que pudieron. Sin embargo la gran exaltación política de la época, la rápida restauración en el poder de los remanentes del trujillato y, sobre

todo, la guerra de abril de 1965 con la posterior invasión militar estadounidense, mermó notablemente las capacidades de esa generación de escritores dominicanos.

Hasta 1990 –fecha límite de este estudio–, aunque ha habido un incremento en la publicación de obras narrativas, ha quedado pendiente la impostergable tarea de llevar la narrativa dominicana a un desarrollo pleno. La industria editorial en el país es muy limitada; siendo la edición de autor y los pocos premios literarios patrocinados por algunas empresas privadas constituyen los mecanismos más comunes de dar a conocer las obras.

El desarrollo de la narrativa y su consiguiente influencia en la elaboración de una identidad nacional más acorde con la realidad del pueblo dominicano son tareas que aún quedan por hacer.



## **Bibliografía**

### **Obras de ficción analizadas**

Álvarez, Julia, *In the name of Salomé*, Algonquin Books of Chapel Hill, Chapel Hill, Carolina del Norte, Estados Unidos, 2000.

— *In the times of the butterflies*, Algonquin Books of Chapel Hill, Chapel Hill, Carolina del Norte, Estados Unidos, 1994.

Asturias, Miguel Ángel, *El señor Presidente*, Madrid, Anaya y Mario Muchnik, Edición de Selena Millares, 1995.

Bosch, Juan, *La mañosa*, Industrias Banilejas, Santo Domingo, 2004.

Carpentier, Alejo, *El recurso del Método*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 1976.

Cestero, Tulio Manuel, *La sangre*, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo, 1975.

Díaz, Junot, *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao*, Riverhead Books, New York, 2007.

Galván, Manuel de Jesús, *Enriquillo: leyenda histórica dominicana*, Las Américas publishing company, Nueva York, 1964.

García Márquez, Gabriel, *El otoño del Patriarca*, Madrid, Plaza y Janes, 1975.

Prestol Castillo, Freddy, *El masacre se pasa a pie*, Taller, Santo Domingo, 1973.

Roa Bastos, Augusto, *Yo el Supremo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986.

Veloz Maggiolo, Marcio, *La biografía difusa de Sombra Castañeda*, Taller, Santo Domingo, 1980.

Pedro Vergés, *Sólo cenizas hallarás (Bolero)*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2000.

### **Obras citadas**

Alba, Víctor. *Nationalists without nations: the oligarchy versus the people in Latin America*, Frederick A. Praeger Publishers, New York, 1968.

Alcántara Almánzar, José, *Narrativa y sociedad en Hispanoamérica*, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, Santo Domingo, 1984.

— *Dos siglos de literatura dominicana. Prosa: (S. XIX-XX)*, Vols. 1-2, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Santo Domingo, 1995.

— *Los escritores dominicanos y la cultura*, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, Santo Domingo, 1990.

— “Los escritores dominicanos bajo la dictadura de Trujillo”, *Revista/Review Interamericana*, Vol. 21, 1-2, 1991, pp. 97-109.

Álvarez, Julia, *Something to declare*, Penguin Books, New York, 1998.

Altamiranda, Daniel y David William Foster (eds), *Theoretical Debates in Spanish American Literature*, Garland Publishing, New York, 1997.

Amante Blanco, Juan José, “La novela del dictador en Hispanoamérica”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 370, 1981, pp. 85-102.

Amarante, Héctor, *Esquema para el estudio de la novela dominicana*, Asociación Nacional de Escritores y Artistas, Lima, 1987.

Anderson, Benedict, *Imagined Communities: reflections on the origin and spread of Nationalism*, Verso, New York, 1991.

Balaguer, Joaquín, *El principio de la alternabilidad en la historia dominicana*, Conferencia en el Ateneo Dominicano, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1950.

— *La isla al revés, Haití y el destino dominicano*, Fundación José Antonio Caro, Santo Domingo, 1983.

— *Los Carpinteros*, Santo Domingo, Editora Corripio, 1985.

Barradas, Efrain. “La seducción de las máscaras: José Alcántara Almánzar, Juan Bosch y la joven narrativa dominicana”, *Revista Iberoamericana*, Enero-Marzo 54 (142), 1988, pp. 11-25.

Baud, Michiel (et.al.), *Etnicidad como estrategia en América Latina y el Caribe*, Ediciones Abya- Yala, Quito, 1996.

Bellini, Giuseppe, *El tema de la dictadura en la narrativa del mundo hispánico*, Roma, Bulzoni, 2000.

Bello Andrés, “Discurso inaugural pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile el día 17 de septiembre de 1843”, obtenido de la página web:

[http://www.uchile.cl/uchile.portal?\\_nfpb=true&\\_pageLabel=conUrl&url=4682](http://www.uchile.cl/uchile.portal?_nfpb=true&_pageLabel=conUrl&url=4682)

Berroa, Rei, “Recordar para vivir: historia, alegoría y dialéctica en la crónica de Pedro Mir”, *Revista Iberoamericana*, Enero-Marzo 54 (142), 1988, págs. 27-51.

Bosch, Juan, *Composición social dominicana*, Alfa y Omega, Santo Domingo, 1970.

— *Las dictaduras dominicanas*, Alfa y Omega, Santo Domingo, 1992.

Brea, Ramonina, *Ensayo sobre la formación del estado capitalista en la República Dominicana y Haití*, Editora Taller, Santo Domingo, 1983.

Bushnell, David y Neill Macaulay, *The emergence of Latin America in the Ninetenth century*, Oxford University Press, New York, 1994.

Caballero Wagüemert, María, “La narrativa del Caribe en el siglo XX. III. República Dominicana”, en Trinidad Barrera (coord.), *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Tomo III. Siglo XX, Madrid, Cátedra, 2008, pp. 283-294.

Cachán, Manuel, “Presencia del movimiento mesiánico en la literatura dominicana”, *Revista Iberoamericana*, Enero-Marzo 54 (142), 1988, págs. 53-62.

Camayd-Freixas, Erik y José Eduardo González (eds.), *Primitivism and identity in Latin America: essays on art, literature and culture*, The University of Arizona Press, Tucson, 2000.

Cartagena Portalatín, Aída, *Narradores Dominicanos*, Monte Avila Editores, Caracas, 1969.

Castellanos, Jorge y Miguel A. Martínez, “El dictador hispanoamericano como personaje literario”, *Latin American Research Review*, Vol. XVI N° 2, 1981, pp. 79-105.

Castro, Aquiles, “Prohibiciones y persecución de creencias y prácticas populares en República Dominicana: ¡alerta guloyas y gagás!”, publicado en:  
<http://www.cielonaranja.com/aquilescastrogaga.htm>

Castro, Juan E. De, *Mestizo nations: culture, race and conformity in Latin American Literature*, The University of Arizona Press, Tucson, 2002.

Castro-Klarén, Sara y John Charles Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities: reading and writing the Nation in nineteenth-century Latin America*, Woodrow Wilson Center Press and The Johns Hopkins University Press, Washington DC, 2003.



Celayo, Armando y David Shook, "In the Darkness we meet: a conversation with Junot Díaz", *World Literature Today*, Marzo-Abril 2008, pp. 13-17.

Certeau, Michel de, *The writing of history*, translated by Tom Conley, Columbia University Press, New York, 1988.

Céspedes, Geraldina, "Notas para una reflexión sobre la identidad cultural Latinoamericana", *Estudios Sociales*, n° 87 enero-marzo 1992, pp. 87-93.

Collado, Lipe, *El foro público en la era de Trujillo: De cómo el chisme fue elevado a categoría de asunto de estado*, Ediciones Collado, Santo Domingo, 2000.

Contín Aybar, Néstor, *Historia de la literatura dominicana*, Universidad Central del Este, San Pedro de Macorís, República Dominicana, 1982.

Crovetto, Pier Luigi y Raúl Crisafio, "España en la polémica entre Domingo Faustino Sarmiento y Andrés Bello sobre el idioma", *Lingua e letteratura ispanoamericana*, Universidad de Génova, 1999, pp. 91-99.

Cruz-Malavé, Arnaldo, "La historia y el bolero en *Sólo cenizas hallarás (bolero)*", *Revista Iberoamericana*, Enero-Marzo 54(142), 1988, pp. 63-72.

Deive, Carlos Esteban. "Un siglo de novela dominicana", *El Siglo*, 3 de noviembre de 1995, p. 35.

— *Vudú y magia en Santo Domingo*, Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, 1975.

Dellepiane, Angela B., "Tres novelas de la dictadura: *El recurso del Método*, *El otoño del Patriarca*, *Yo el Supremo*", *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Bresilien*, n° 29, 1977, pp. 65-87.

Derby, Lauren, "In the shadow of the State: the politics of denunciation and panegyric during the Trujillo Regime in the Dominican Republic, 1940-1958", *Hispanic American Historical Review*, vol. 8312, 2003, pp. 295-344.

Deresiewicz, William, "Fukú Americanus", *The Nation*, 26 de noviembre de 2007, Vol. 285, issue 17, pp. 36-41.

Di Pietro, Giovanni, *La dominicanidad de Julia Álvarez*, Editora Imago Mundi, San Juan, Puerto Rico, 2002.

— *Las mejores novelas dominicanas*, Isla Negra, San Juan, Puerto Rico, 1996.

— "La novela Trujillista", en *Ponencias del Congreso Crítico de Literatura Dominicana*, Editora de Colores, Santo Domingo, 1994, págs. 203-218.

Durán-Cogan, Mercedes F. y Antonio Gómez-Moriana (eds), *Nacional identities and sociopolitical changes in Latin America*, Routledge, New York, 2001.

Fallers, Lloyd A., *The social anthropology of the nation-state*, Aldine Publishing Company, Chicago, 1974.

Fernández, Teodosio, *Los género ensayísticos hispanoamericanos*, Taurus, Madrid, 1990.

Fernández, Teodosio, Selena Millares y Eduardo Becerra, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Universitas, Madrid, 1995.

Fernández Olmos, Margarite, "Challenging the Silence: a dialogue with Pedro Vergés", *Callaloo*, Vol. 23, No. 3, Summer 2000, pp. 1068-1075.

Fernández Retamar, Roberto, *Calibán apuntes sobre la cultura de nuestra América*, Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1973.

Fernández-Rocha Carlos, “Notas sobre La Mañosa”, publicado en <http://www.literatura.us/juanbosch/notas.html>

Ferrán, Fernando I., “Figuras de lo dominicano”, *Ciencia y Sociedad*, vol. 10, N° 1, Enero-Marzo 1985, pp. 5-20

Francisco, Ramón, *Literatura dominicana 60*, Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago, República Dominicana, 1969.

Franco, Franklyn, *Historia de las ideas políticas en la República Dominicana*, Editora Nacional, Santo Domingo, 1981.

— *Los negros, los mulatos y la nación dominicana*, Editora Nacional, Santo Domingo, 1969.

Franco, Jean, “Latin American Intellectuals and collective identity”, *Social Identities*, vol. 3, issue 2, June 1997, pp. 2-12.

Gálvez Acero, Marina, *Prólogo a Enriquillo*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1996.

Gallego Cuiñas, Ana, “El trujillato por tres plumas foráneas: Manuel Vázquez Montalbán, Julia Álvarez y Mario Vargas Llosa”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XXXI, No. 62, Lima-Hanover, 2do. Semestre de 2005, pp. 211-228.

— “La mirada desenfocada: un recorrido por la literatura dominicana y su problemática”, *Hesperia Anuario de Filología Hispánica*, IX, 2006, pp. 56-73.

— “La novela del trujillato en los ochenta o cómo escuchar el silencio”, *Hipertexto* No. 6, Verano 2007, pp. 3-13.

— *Trujillo, el fantasma y sus escritores: historia de la novela del trujillato*, Andinica, Paris, Mare & Martin, 2006.

Gerassi-Navarro, Nina, *Pirate novels: fictions of nation building in Spanish America*, Duke University Press, Durham, 1999.

González Bermejo, Ernesto, "García Márquez habla sobre su próxima novela", *La Hora*, Puerto Rico, 22 de septiembre de 1971.

González Echevarría, Roberto, *The voice of the masters: writing and authority in modern Latin American Literature*, Austin University of Texas Press, Austin, 1985.

González, Raymundo, *Bonó un intelectual de los pobres*, Centro de Estudios Sociales Padre Juan Montalvo SJ, Santo Domingo, 1994.

González-Stephan, Beatriz, *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional*, Iberoamericana, Madrid, 2002.

González-Stephan, Beatriz, Javier Lasarte, Graciella Montaldo, María Julia Daroqui (comp.), *Esplendores y miserias del siglo XIX: cultura y sociedad en América Latina*, Monte Ávila Editores Latinoamericana: Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1995.

Grullón, Iván, *La matanza de los hatianos en "El Masacre se pasa a pie" y "Mi compadre el general sol"*, Editora Universitaria UASD, Santo Domingo, 1989.

Harwich Vallenilla, Nikita, "National identities and national projects: Spanish American historiography in the 19<sup>th</sup> and 20<sup>th</sup> centuries", *Storia della storiografia*, 1991, (19), pp. 147-156.

Henríquez Ureña, Max, *Panorama Histórico de la Literatura Dominicana*, Librería Dominicana, Santo Domingo, 1945.

Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, Traducción de Joaquín Díez-Canedo, Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

Hoetink, Harry, *El pueblo dominicano: 1850-1900*, Universidad Católica Madre y Maestra, Santo Domingo, 1985.

— *Santo Domingo y el Caribe*, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1994.

Hostos, Eugenio María de, *Moral Social*, Imprenta García Hermanos, Santo Domingo, 1888.

Howard, David, *Coloring the nation*, Lynne Rienner Publishers, Colorado, Estados Unidos, 2001.

Janik, Dieter (ed.). *La literatura en la formación de los Estados hispanoamericanos (1800- 1860)*, Vervuert-Iberoamericana, Madrid, 1998.

Keefe Ugalde, Sharon, “Veloz Maggiolo y la narrativa de dictador-dictadura: Perspectivas dominicanas e innovaciones”, *Revista Iberoamericana*, Enero-Marzo 54 (142), 1988, pp. 129-150.

Lantigua, José Rafael, “La Sangre, de Tulio Cestero: una memoria sociohistórica”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 28 de enero del 2000.

Larson, Neil, “¿Cómo narrar el trujillato?”, *Revista Iberoamericana*, Enero-Marzo 54 (142), 1988, pp. 89-98.

Lizardo, Fradique, *Danzas y bailes folclóricos dominicanos*, Fundación García-Arévalo, Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, 1975.

López, José Ramón, *El gran pesimismo dominicano*, Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago, República Dominicana, 1975.

Lugo, Américo, *El Estado Dominicano ante el Derecho Público*, Tipografía El Progreso, Santo Domingo, 1916.

— *A punto Largo*, Imprenta La Cuna de América, Santo Domingo, 1901.

Marte, Roberto, “La historia como tragedia en la novela de Cestero”, *Listín Diario* 23 de junio de 2002, pp. 5-6.

Lyon Johnson, Kelli, “Both Sides of the Massacre: Collective Memory and Narrative on Hispaniola”, *Mosaic : a Journal for the Interdisciplinary Study of Literature*, Winnipeg, Jun 2003. Vol. 36, Issue 2, pp. 75- 93.

Mateo, Andrés L., *Mito y cultura en la Era de Trujillo*, Librería La Trinitaria e Instituto del Libro, Santo Domingo, 1993.

Marte, Roberto, “La historia como tragedia en la novela de Cestero”, *Suplemento Biblioteca*, Periódico Listín Diario, 23 de junio de 2002.

Martínez, Rufino, *Hombres dominicanos*, Editora del Caribe, Santo Domingo, 1961.

Martínez-Echazábal, Lourdes, “Mestizaje and the discourse of National/Cultural identity in Latin America, 1845-1959”, *Latin American Perspective* 25.3, 1998, pp.21-42.

Martínez-Vergne, Teresita, *Nation and citizen in the Dominican Republic 1880-1914*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2005.

Maeseneer, Rita de, *Encuentro con la narrativa dominicana contemporánea*, Iberoamericana, Madrid, 2006.

— “Entrevista con Marcio Veloz Maggiolo”, 7 de abril 2003, publicada en <http://www.cielonaranja.com/demaeseneermaggiolo.htm>

Menton, Seymour, *El cuento hispanoamericano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

— *Caminata por la narrativa lationamericana*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.

Miller, Nicola, “The historiography of nationalism and national identity in Latin America”, *Nations and Nationalisms* 12 (2), 2006, pp. 201-223.

Montero, Jenny, *La cuentística dominicana*, Biblioteca Nacional, Santo Domingo, 1986.

Morenes, Magnus, *Race Mixture in the History of Latin America*, Boston, Little, Brown, 1964.

Mora, Carmen de, *En breve: Estudios sobre el cuento hispanoamericano contemporáneo*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1995.

Moscoso Puello, Francisco, *Cartas a Evelina*, Editora Manatí, Santo Domingo, 2000.

Moya Pons, Frank, *Bibliografía de la literatura dominicana : 1820-1990*, Comisión Permanente de la Feria Nacional del Libro, Santo Domingo, 1997.

— *Manual de Historia Dominicana*, Caribbean Publishers, Santo Domingo, 1995.

— *Breve historia contemporánea de la República Dominicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

Navas Ruiz, Ricardo, *Literatura y Compromiso*, Instituto de Cultura Hispánica de São Paulo, São Paulo, 1963.

Nolasco, Sócrates, *El cuento en Santo Domingo*, Biblioteca Nacional, Santo Domingo, 1957.

O'Keeffe, Alice, "Spanglish Surrealism", *New Statesman*, 25 de febrero del 2008, p. 58.

Peix, Pedro, *La narrativa yugulada*, Alfa y Omega, Santo Domingo, 1981.

Peix, Pedro y Danilo Manera, *Cuentos dominicanos: una antología*, Ediciones Siruela, Madrid, 2002.

Peña Batlle, Manuel Arturo, *Ensayos Históricos*, Editora Taller, Santo Domingo, 1989.

— *Política de Trujillo*, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1954.

Piña Contreras, Guillermo, *Doce en la literatura dominicana*, Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago, República Dominicana, 1982.

Pupo-Walker, Enrique, *El cuento hispanoamericano*, Castalia, Madrid, 1995.

Rama, Ángel, *La ciudad letrada*. Serie Rama, Ediciones del Norte, Hanover, N.H., U.S.A., 1984.

— *Los dictadores hispanoamericanos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1989.

Renan, Ernest, *What is a nation? / Qu'est-ce qu'une nation?*, Tapir Press, Toronto, Ontario, 1996.



Rodríguez Demorizi, Emilio, *Cuentos de política criolla*, Librería Dominicana, Santo Domingo, 1963.

— *Papeles de Pedro Francisco Bonó*, Editora Caribe, Santo Domingo, 1964.

— “Bio-bibliografía de Tulio Manuel Cestero”, *Revista Dominicana de Cultura*, No. 3, Ciudad Trujillo, 1957.

Rodríguez, Emilio Jorge, “Encroachment of creole culture on the written and oral discourses of Hispaniola”, *Matatu - Journal for African Culture and Society*, vol. 27, 2003, pp.109-135.

Rosario Candelier, Bruno, *La ficción Montonera: las novelas de las revoluciones*, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo, 2003.

— *Tendencias de la novela dominicana*, Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago, República Dominicana, 1988.

— “Trayectoria de la novela dominicana”, *Listín Diario*, 7 de marzo, 12, 19 y 25 de abril y 2 y 9 de mayo de 1980.

— “Segundo Coloquio de Literatura: La novela dominicana”, *Revista Ahora*, n°372, 1970, pp. 58-62.

Rossi, Máximo, *Praxis, historia y filosofía en el siglo XVIII: textos de Antonio Sánchez Valverde (1729-90)*, Taller, Santo Domingo, 1994.

Rueda, Manuel, “Presencia del dictador en la narrativa dominicana”, en *El dictador en la novela latinoamericana*, Voluntariado de las Casas Reales, Santo Domingo, 1980, pp. 113-145.

San Miguel, Pedro L. de, *The imagined island*, translated by Jane Ramírez. The North Carolina University Press, North Carolina, 2005.

San Miguel, Pedro L. de y Roberto Cassá (eds.), *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana: siglos XIX y XX*, Ediciones Doce Calles, Madrid, 1999.

Sánchez Valverde, Antonio, *La idea del valor de la isla Española*, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1947.

Sarmiento, Domingo Faustino, *Obras completas*, Universidad Nacional de La Matanza, San Justo, 2001.

Schaffler, Yvonne, “Dominican folk Catholicism – healing spirits away from tourism”, publicado en <http://www.cielonaranja.com/schaffler2.htm>

Stephan, Nancy Leys, *The hour of eugenics: race, gender, and nation in Latin America*, Cornell University Press, Ithaca, New York, 1991.

Stinchcomb, Dawn F. *The Development of Literary Blackness in the Dominican Republic*, University Press of Florida, Gainesville, United States, 2004.

Sommer, Doris. *Ficciones Fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*, Bogotá, Ediciones Fondo de Cultura Económica, 2004.

— “Good-Bye to revolution and te rest: aspects of dominican narrative since 1965”, *Latin American Literary Review*, Vol. VIII, n°6, Primavera-Verano, 1980, pp. 223-228.

— “La ficción fundacional de Galván y las revisiones populistas de Bosch y Marrero Aristy”, *Revista Iberoamericana*, Enero-Marzo 54 (142), 1988, pp. 97-128.

— *One master for another: populism as patriarchal rhetoric in Dominican novels*, University Press of America, Lanham, Maryland, 1983.

Tirado Bramen, Carrie, "Translating exile: the methamorphosis of the ordinary in dominican short fiction", *Latin American Literary Review*, n° 26 (51), Enero-Junio, 1998, pp. 63-78.

Tolentino, Hugo, "El fenómeno racial en Haití y en la República Dominicana", en Gerard Pierre-Charles [et al] *Problemas dominico-haitianos y del Caribe*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1972.

Torres-Saillant, Silvio "The Tribulations of Racial Identity: Black Consciousness in Dominican Society and Culture", *Latin American Perspective* 25.3 (1998): 126-146.

Valldeperes, Manuel, "Evolución de la novela en la República Dominicana", *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 206, Febrero 1967, págs. 311-325.

Vega, Bernardo, *Trujillo y Haití*, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1988.

Velerio Holguín, Fernando, "La historia y el bolero en la narrativa dominicana", *Revista de Estudios Hispánicos*, n°23, 1996, págs. 191-198.

Veloz Maggiolo, Marcio, *Santo Domingo en la novela dominicana*, Comisión Permanente de la Feria del Libro, Santo Domingo, 2002.

Verdevoye, Paul (ed.), *Caudillos, caciques et dictateurs dans le roman hispano-américain*, París, Editions Hispaniques, 1978.

White, Hayden, *Metahistory: the historical imagination in nineteenth-century Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, Maryland, 1973.

— *The content of the form: narrative discourse and historical representation*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, Maryland, 1987.

Zaglul, Jesús. "Para seguir releyendo, haciendo y recontando la identidad cultural y nacional dominicana: pistas e interrogantes". *Estudios Sociales*, n° 89-90, Julio-diciembre 1992, pp. 133-155.

— "Una identificación nacional 'defensiva': el antihaitianismo nacionalista de Joaquín Balaguer, una lectura de 'La isla al revés'", *Estudios Sociales*, n° 87 enero-marzo 1992, pp. 29-62.

## **ANEXO**

### **Las dictaduras dominicanas**

Cuatro dictadores principales han asolado la República Dominicana desde el mismo inicio de su vida como nación independiente: Pedro Santana, Buenaventura Báez, Ulises Heureaux y Rafael Trujillo. El primero de ellos, Pedro Santana, se alzó con el poder desde el mismo momento en que finalizaron las luchas de independencia para librarse de la dominación de Haití, gracias al prestigio adquirido como general de la lucha independentista. En esos primeros momentos de vida independiente, los políticos e intelectuales dominicanos se dividieron en dos facciones: la que defendía una independencia total de toda dominación foránea (encabezada por Juan Pablo Duarte y el grupo de los Trinitarios) y los que propugnaban alcanzar un protectorado de las potencias extranjeras que pudieran asegurar la defensa del país ante la amenaza haitiana. Esta segunda tendencia estuvo apoyada por los sectores económicos dominantes del país: los latifundistas en la región sureste y los madereros de la región suroeste.

Tras la victoria ante el ejército de ocupación haitiano, Santana, representando a la segunda facción antes mencionada, logra imponerse como dirigente del país. La dictadura de Santana se caracterizó por la crisis económica, los enfrentamientos con la Iglesia Católica, las guerras para detener el avance haitiano en su afán de reconquistar la parte española de la isla, el férreo control a que sometió a los dominicanos y sus continuas renunciaciones a la primera magistratura.

La primera de estas renunciaciones ocurrió en 1848, debido a la pérdida total de popularidad que sufría el régimen por su incapacidad para dictar medidas económicas eficaces que redujeran la crisis que asolaba al país. Pero el ataque haitiano del año

siguiente hizo que los legisladores nombraran nuevamente a Santana como jefe del ejército, designando como presidente del gobierno –luego de dos pseudoelecciones– a un colaborador de su confianza: Buenaventura Báez.

El primer gobierno de Báez (impuesto por Santana como un mero títere que le permitiera una influencia decisiva desde su cargo de jefe del ejército) se caracterizó por la amplia independencia con que gestionó los asuntos del Estado. Aliándose al clero e interviniendo directamente en las negociaciones de un protectorado con Francia, Estados Unidos e Inglaterra, el presidente Báez logró crear y reforzar un amplio apoyo que eclipsaba al que poseía Santana. En vista de esa situación, Santana esperó a que terminara el período constitucional de cuatro años en que debía gobernar Báez y se erigió presidente, logrando enviar a Báez al exilio acusado de diversos crímenes de “traición a la patria”.

Pero Santana, aún teniendo todo el poder político y militar, no fue capaz de paliar la crisis económica que sufría el país. Además, la competencia entre las potencias extranjeras (España, Estados Unidos e Inglaterra), para obtener arrendamientos de parte del territorio dominicano, llevó a un bloqueo de las negociaciones por las cuales Santana pretendía asegurarse ayuda financiera y militar. España, potencia que se había mostrado reacia a intervenir en los asuntos dominicanos, consideró que era una buena oportunidad para obtener beneficios de su antigua colonia, por lo que apoyó la insurrección que planeaba el exiliado Báez desde la isla de Saint Thomas. Viéndose desprovisto de apoyo popular y económico, Santana se retiró a su hacienda y renunció a la presidencia. Báez, por su parte, reforzado por el apoyo del cónsul español Antonio María Segovia, volvió al país y obligó al presidente sustituto a renunciar, asumiendo la Presidencia de la República en 1856. Como ya se había vuelto costumbre, tanto Santana como sus seguidores fueron acusados de traidores a la patria y enviados al exilio.

Buenaventura Báez representa un dictador muy diferente a Pedro Santana. Mientras éste último fue un latifundista que adquirió su prestigio gracias a su desenvolvimiento militar en la guerra por la independencia, Báez era un intelectual de formación afrancesada, dirigente de las misiones diplomáticas y experto en las negociaciones internacionales. No obstante su formación liberal, este segundo y breve período de gobierno de Báez (que sólo duró dos años: 1856-1858) se caracterizó por la represión hacia los opositores y por un nuevo elemento que se sumaría a la esencia de la política dominicana: la corrupción administrativa. Después de consolidar su poder político, enviando a Santana y a sus colaboradores al exilio y volviendo a poner en vigor la dictatorial constitución de 1854, Báez se dedicó a enriquecerse a sí mismo y a sus seguidores. Con una economía en crisis permanente producto de las guerras, de la mala gestión de la hacienda pública y de las continuas emisiones de papel moneda sin ningún respaldo, Báez concibió un plan para especular y enriquecer a sus allegados. Este plan consistió en comprar la producción de tabaco de la región norte o Cibao, con papel moneda devaluado en cerca de un 90 por ciento. El sector tabacalero del Cibao era el más dinámico y exportador, además de ser la parte de la isla donde floreció el pensamiento liberal que se oponía a la dictadura de Báez. La bancarrota a la que se vieron abocados los tabaqueros cibaños provocó el alzamiento, en 1857, de una gran parte de la región. Los rebeldes elaboraron una nueva Constitución (de marcado carácter liberal) y formaron un gobierno paralelo con sede en la ciudad de Santiago de los Caballeros (la segunda más importante del país). Báez, que preveía el estallido de una revuelta, se atrincheró en la ciudad de Santo Domingo, proponiéndose defender su gobierno a toda costa. La revuelta fue tomando fuerza y logró apoderarse de la mayor parte del territorio nacional. Sin embargo, el gobierno de Santiago cometió un error garrafal que le costaría la victoria: nombrar a Santana, que se encontraba en el exilio,

como Jefe del Ejército. En efecto, Santana logró tomar la Capital de la República, pero traicionó al gobierno de Santiago y marchó con su ejército hacia esa ciudad para deponerlo, asumiendo nuevamente el gobierno.

El tercer y último gobierno de Pedro Santana fue una repetición de los anteriores: cruda represión hacia sus opositores, constantes emisiones de dinero sin respaldo y una permanente crisis económica. Convencido de que la única forma de campear los problemas económicos y de garantizar la seguridad de la República frente a la amenaza haitiana era un protectorado con una potencia extranjera, Santana dedicó todos sus esfuerzos en conseguir de la Corona española un acuerdo de trato preferencial. En 1860 logró convencer a los funcionarios españoles de anexionar la República a España como una provincia más del decaído imperio en las Antillas. Estas negociaciones se realizaron en secreto y, aunque contaron con el apoyo incondicional de los jefes del ejército nombrados por Santana, la población dominicana recibió con recelo el anuncio, en 1861, de que la República Dominicana dejaba de ser una nación soberana y se convertía nuevamente en colonia española.

El proyecto de anexión de la República a España fue fallido desde el principio. El racismo de los militares y funcionarios españoles que llegaron a la isla causó graves perjuicios a la imagen de la Corona que tenía la población dominicana. Además, tanto Pedro Santana como sus principales colaboradores fueron destituidos (u obligados a renunciar) de sus cargos para ser sustituidos por funcionarios españoles provenientes de las colonias de Cuba y Puerto Rico. Por último, el temor de que España reinstaurara la esclavitud en el país (compuesto mayoritariamente por mulatos) atizó la revolución que estalló en el Cibao en 1863, dando lugar a una sangrienta guerra de guerrillas llamada “Guerra de Restauración”, que costaría a los españoles más de 10.000 bajas y



cuantiosos gastos económicos, y a los dominicanos la destrucción de algunas de las principales ciudades y la ruina de la economía del país.

El capítulo final de la vida de Santana está lleno de incertidumbres. Perdida totalmente su popularidad y relevado de su cargo de gobernador por los funcionarios españoles, Santana fue puesto al frente de un contingente de tropas de la Corona que intentaba romper el cerco y atacar el valle del Cibao, donde se concentraban la mayoría de los rebeldes. Pero la Corona dio la orden de no avanzar debido a lo peligroso de la misión. Santana desafió la autoridad española, enfrentándose a los generales españoles, por lo que se ordenó su envío a Cuba para ser juzgado en un tribunal militar. Sin embargo, días antes de embarcar murió repentinamente en su casa de Santo Domingo y fue enterrado rápidamente con el pretexto de evitar profanaciones del cadáver. Varios historiadores dominicanos afirman que Santana se suicidó.

La guerra de Restauración terminó en 1865 con una retirada unilateral de las tropas españolas de la República Dominicana, debido a la imposibilidad de la Corona de ganar la guerra. Terminada ésta, el país quedó desmembrado en un sinnúmero de caudillos regionales que se disputaban el poder. Como pasó con la revolución de 1857, las regiones del Sur, unidas en torno al único caudillo superviviente, Báez, no aceptaron el liderazgo de los cibaenos y lograron vencerlos, estableciendo nuevamente a Buenaventura Báez al frente del gobierno.

Entre 1865 y 1879, la República Dominicana tuvo 21 gobiernos diferentes. Los grupos en disputa eran el Partido Azul, de tendencia liberal, liderado por los intelectuales y generales cibaenos destacados durante la guerra de Restauración, y el Partido Rojo, apoyado por los grandes propietarios de la región sur del país y liderado por Báez. En estos turbulentos años el único que pudo mantenerse en el poder durante seis años consecutivos (1868-1873) fue Buenaventura Báez.

En este penúltimo período como presidente de la República, Báez no escatimó esfuerzos en enriquecerse a costa de vender, alquilar, arrendar o regalar partes del territorio nacional al mejor postor. La cruel represión que desató contra todos los seguidores del Partido Azul y la vergonzosa forma de gestionar negociaciones para anexar el país a los Estados Unidos, le costaron la pérdida de su popularidad incluso dentro de las filas de su partido. En 1874, una coalición entre dirigentes del Partido Rojo y el Azul logró la renuncia de Báez, quien se fue tranquilamente al exilio a disfrutar de la fortuna que amasó durante sus años en el gobierno. Buenaventura Báez volvería por quinta vez al gobierno en 1877, pero sólo duraría 14 meses, los cuales dedicó a robar descaradamente los impuestos que se pagaban al erario público y a retener los sueldos de los militares y los empleados públicos, para salir huyendo en 1878, al exilio en Puerto Rico, donde murió en 1884.

De 1879 a 1886 el país tuvo una relativa pausa de revoluciones. La hegemonía del Partido Azul en el gobierno, con su proyecto de reformas liberales y limpieza de los fondos públicos, otorgó a la nación el mayor periodo de paz y prosperidad desde su independencia. Pero será de las filas del Partido Azul de donde saldrá el próximo dictador que estudiaremos: Ulises Heureaux, apodado por sus conciudadanos como “Lilís”. El general Heureaux se destacó en la Guerra de Restauración y en las posteriores revoluciones contra los rojos. Su prestigio antes de llegar al poder se basaba en ser el lugarteniente y hombre de máxima confianza del líder supremo de los azules: Gregorio Luperón. Sin embargo, su objetivo al alcanzar el poder fue la división y tenaz persecución a los dirigentes del Partido Azul, además de la modificación de la Constitución liberal para poder detentar un poder absolutista. Lilís se unió con los dirigentes del Partido Rojo, que se habían quedado sin líder desde la muerte de Báez, y procedió a establecer la más férrea represión política que conociera el país. Los azules,

con su líder arruinado y desprestigiado por ser quien más confiara en el general Heureaux, se dividieron en varios grupos que, desde Haití, pretendían organizar una revolución para tomar el gobierno.

Consolidado su poder, Lilís se dedicó a establecer una amplia clientela política, comprando y favoreciendo a los líderes que podían serle útiles para sus fines de permanecer en el poder. La gran cantidad de capital que necesitaba la obtuvo de hipotecar las aduanas dominicanas a cambio de empréstitos con compañías holandesas. Con Lilís comenzaría el interminable proceso de préstamos que generarán lo que más tarde se llamará con sorna “la deuda eterna” en lugar de “externa”. Durante los trece años que duró su dictadura, el general Heureaux entró en una espiral de corrupción y represión política que le convirtió en uno de los hombres más temidos y odiados del país. Su política económica consistió en obtener préstamos sobre préstamos de los grupos financieros europeos y, principalmente, norteamericanos, hipotecando todas las fuentes de recursos de que disponía el país. Sin apoyo popular, perseguido por todos los acreedores nacionales y extranjeros, y con el país en la más penosa bancarrota, Lilís cayó asesinado en las calles del Cibao, mientras trataba de agenciarse algunos préstamos que le permitieran continuar en el poder.

De la política económica seguida por el dictador Heureaux surge la gran influencia política y económica que tendrán los Estados Unidos en el destino de la República Dominicana. Con el pretexto de garantizar el cobro de las deudas adquiridas por el gobierno dominicano se producirá, en 1914, la primera invasión militar norteamericana al país. Los estadounidenses permanecerán en República Dominicana durante ocho años, creando las condiciones que permitirán la toma del poder por el más sanguinario tirano que haya conocido la República: el “generalísimo” Rafael Trujillo

Molina, quien gobernará con mano de hierro durante treinta y un años los destinos de la nación.

Al desembarcar los norteamericanos en la isla se propusieron crear una guardia nacional, para lo cual entrenaron y armaron al rudimentario ejército del país, convirtiéndolo en una eficaz máquina represiva. En ese entrenamiento se destacó un joven Rafael Trujillo que luchó del lado de las tropas de ocupación contra los focos guerrilleros que se alzaron en el sureste del país. Terminada la ocupación norteamericana, el prestigio de Trujillo, nombrado por el gobierno de Horacio Vázquez como jefe de la Guardia Nacional Dominicana, no hizo más que acrecentarse. En 1930, luego de una hábil conspiración política, Trujillo logró hacerse con el poder, el cual detentaría hasta su ajusticiamiento en 1961. Trujillo consolidó su poder logrando lo que ningún gobernante de la República pudo alcanzar: la eliminación de todos los caudillos regionales, que se levantaban en armas contra el gobierno cuando sus intereses se veían afectados. Así se convirtió en el único líder nacional con el poder suficiente para mantenerse indefinidamente en el gobierno. El control político de Trujillo se basó en el apoyo que adquirió de los norteamericanos, del ejército, la iglesia y las masas populares, que lo colocaron en un altar como a un dios. Cada familia dominicana debía tener en su casa una foto del “jefe” a la que rendir pleitesía. El gobierno desarrolló una red de espionaje y represión sumamente efectiva, que detectaba cualquier atisbo de oposición y la eliminaba fulminantemente y de la manera más sangrienta posible. Rafael Trujillo no fue un hombre de letras, pero supo rodearse de la más amplia gama de intelectuales dominicanos, los cuales le proporcionaron una base teórica y un sistema propagandístico que consiguió –junto con el miedo– plegar a toda la sociedad dominicana ante el “padre de la patria nueva”, uno de sus innumerables títulos.

En cuanto a la economía, el gobierno de Trujillo logró pagar la amplia deuda externa del país, aprovechando los altos precios que el azúcar (primera industria nacional) alcanzó en los mercados internacionales en la década de los treinta y cuarenta, debido a la destrucción causada en Europa por la Segunda Guerra Mundial. Con el pago de la deuda, Trujillo se veía fuera de la influencia política de las grandes potencias mundiales. El sistema productivo del país fue organizado por los funcionarios del régimen como un feudo del presidente. El Estado —es decir, Trujillo— poseía cerca del 70 por ciento de las empresas, aprovechando las leyes que el dictador creaba para establecer monopolios en los diferentes productos y servicios que consumía la población. En definitiva, todo dominicano que viviera en su país estaba de una u otra manera supeditado, directamente, a las decisiones del “jefe”, debido a su control de la política y la economía.

La caída del trujillato tuvo mucho que ver con los excesos cometidos por el dictador en el ámbito internacional. El asesinato de varios opositores realizado fuera del país y el atentado contra el presidente venezolano Rómulo Betancourt promovieron un amplio rechazo de la comunidad internacional y, principalmente, de los norteamericanos, que terminaron retirándole su apoyo. En 1961, un grupo de opositores, presuntamente con el apoyo de la CIA, logró abatir al tirano cuando éste viajaba hacia una de sus estancias de descanso en el interior del país. El aparato dictatorial no tardó en desmoronarse, puesto que sin Trujillo carecía de los mecanismos para perpetrarse en el poder.